Desafíos teórico-metodológicos en los estudios de población en el inicio del milenio

ALEJANDRO I. CANALES
SUSANA LERNER SIGAL
(coordinadores)

El Colegio de México
Universidad de Guadalajara
Sociedad Mexicana de Demografía

Desafíos teórico-metodológicos en los estudios de población en el inicio del milenio

Desafíos teórico-metodológicos en los estudios de población en el inicio del milenio

ALEJANDRO I. CANALES
SUSANA LERNER SIGAL
compiladores

EL COLEGIO DE MÉXICO
Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano
Programa de Salud Reproductiva

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas
Departamento de Estudios Regionales-INESER

SOMEDE
SOCIEDAD MEXICANA DE DEMOGRAFÍA

In memoriam
Carlos García Molina

Primera edición, 2003

© D. R. 2003, Alejandro I. Canales, Susana Lerner Sigal, et al.

© D.R. 2003, Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas
Departamento de Estudios Regionales-INESER
Periférico Norte núm. 799
Núcleo los Belenes, Zapopan, Jalisco

© D.R. 2003, El Colegio de México
Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano
Programa de Salud Reproductiva

© D.R. 2003, Sociedad Mexicana de Demografía

ISBN 970-27-0404-9

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Contenido

Presentación 9

Primera parte
Cuestiones conceptuales y metodológicas

Capítulo 1
Reflexiones sobre los desafíos actuales de la demografía 13
Alejandro I. Canales
Susana Lerner Sigal

Capítulo 2
Demografía de la desigualdad. 43
El discurso de la población en la era de la globalización
Alejandro I. Canales

Capítulo 3
Debate sobre la situación actual de la ciencias sociales 87
Hugo Zemelman Merino

Segunda parte
Algunas controversias y dimensiones

Capítulo 4 99
El debate micro-macro: dilemas y contextos
Vania Salles

Capítulo 5
Algunos aspectos de la controversia entre investigación 135
cualitativa e investigación cuantitativa
Fernando Cortés

Capítulo 6
Las paradojas actuales de la investigación cualitativa en ciencias sociales 162
Rocío Guadarrama Olivera

Capítulo 7
Aportes teóricos y desafíos metodológicos de la perspectiva de género para el análisis de los fenómenos demográficos 177
Ivonne Szasz
Susana Lerner

Tercera parte
Comentarios y reflexiones adicionales

Capítulo 8 213
La demografía latinoamericana en el nuevo siglo
José Miguel Guzmán

Capítulo 9
A propósito del "Debate sobre la situación actual de las ciencias sociales", de Hugo Zemelman. Reflexiones desde y para la demografía 232
Alejandro I. Canales

Capítulo 10
Reflexiones a partir de los comentarios recibidos de Alejandro I. Canales 241
Hugo Zemelman

Sobre los autores 246

Presentación

Las reflexiones y debates conceptuales, teóricos y metodológicos en torno a la cuestión poblacional, han representado una preocupación central por parte de diversos investigadores interesados en los campos de la demografía y de los estudios de población. Testimonio de lo anterior ha sido la trayectoria en el quehacer sociodemográfico en Latinoamérica, iniciada en la década de los sesenta, y que en su momento llegó a representar una lógica y pensamiento propios alternativos a las posiciones hegemónicas, con miras a analizar y comprender la dinámica demográfica a la luz de las especificidades de los procesos de desarrollo que caracterizaban a las sociedades latinoamericanas. Una síntesis importante de estos trabajos y reflexiones se encuentra en la serie de publicaciones de la Comisión de Población y Desarrollo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Los textos que forman parte de esta obra colectiva responden en parte a estas inquietudes y se entroncan dentro de esta trayectoria del pensamiento sociodemográfico latinoamericano, a la vez que retoman la tradición de introducir planteamientos y acercamientos distintos, novedosos y no exentos de incertidumbres sobre el significado de los procesos de cambio social y demográfico en las sociedades contemporáneas y, en particular, la forma de abordar las relaciones entre población y desarrollo en la actualidad. En ellos se abordan algunas de las principales cuestiones críticas, y no suficiente ni satisfactoriamente resueltas, presentes en gran medida en las investigaciones sobre esta temática y, de manera general, en el escenario científico de las ciencias sociales.

Los textos reunidos en esta publicación corresponden a una selección de los trabajos presentados en la sesión "Balance y perspectivas de la demografía nacional ante el nuevo milenio", de la VI Reunión Nacional de Demografía, organizada por la Sociedad Mexicana de Demografía (Somede), que se celebró en El Colegio de México del 31 de julio al 4 de agosto del 2000. Con la publicación de estos trabajos —que ni agotan ni representan en su totalidad el amplio abanico de cuestiones fundamentales que requieren ser analizadas desde la demografía—, buscamos no sólo recuperar la discusión de problemas significativos, sino sobre todo ofrecer una agenda para continuar la reflexión sistemática en este campo.

Aprovechamos la presente para agradecer la respuesta y colaboración entusiasta de los autores, tanto de los ponentes como de los comentaristas. El intercambio de reflexiones de algunos de ellos con posterioridad al evento da cuenta de la importancia de continuar promoviendo la reflexión y el debate colectivo en lo que respecta a las perspectivas teóricas y metodológicas del quehacer demográfico.

Alejandro I. Canales y Susana Lerner
Compiladores

PRIMERA PARTE

Cuestiones conceptuales y metodológicas

1
Reflexiones sobre los desafíos actuales de la demografía

ALEJANDRO I. CANALES
SUSANA LERNER SIGAL

El camino recorrido

Hace cuarenta años, a fines de los cincuenta, se inició en América Latina un importante proceso de consolidación e institucionalización de las ciencias sociales, las que, en general, lograron sustanciales avances en la región, dando origen a una serie de debates sobre la conceptualización y comprensión de la realidad latinoamericana desde una perspectiva regional y crítica.

En este ambiente de discusión teórica y metodológica, los estudios de población encontraron un campo fértil para su propio desarrollo, aportando, a su vez, nuevos elementos al debate de la teoría social en y desde América Latina. En particular, desde los años sesenta los estudios de población se centraron en la configuración de un pensamiento propio e independiente, articulado al desarrollo que paralelamente se daba en las demás ciencias sociales en la región. Este pensamiento demográfico latinoamericano se sustentó en dos ejes centrales. Por un lado, en una fuerte crítica a las escuelas funcionalistas norteamericanas, que hasta esa época tendían a predominar en la región (Balán, 1984). Y por otro lado, en una reformulación del *problema demográfico*, en términos de sustituir la preocupación por el crecimiento de la población pura y simplemente, por una preocupación en torno a la relación *Población-Desarrollo* y sus diversas derivaciones en ámbitos particulares (Benítez, 1993).

Esta visión crítica y social del problema demográfico, permitió consolidar un marco conceptual y analítico propio que contribuyó significativamente para la comprensión de las particularidades latinoamericanas. En este marco, un

tema central siempre lo constituyó la tesis de que el quehacer del demógrafo debiera orientarse a la contextualización de la dinámica de la población a la luz de los cambios y transformaciones en la estructura económica, social y política que América Latina experimentaba entonces (Miró, 1994). De esta forma, tanto en el medio académico como en la esfera pública tendió a predominar una visión de la demografía que, sin abandonar las tareas de descripción y de recopilación estadística, ponía el acento en la relación entre la dinámica de la *población* y el proceso de *desarrollo* y *modernización* económica y social. Al respecto, los cambios en la dinámica demográfica, particularmente en el ritmo de crecimiento, las estructuras por edad y sexo, las tendencias de la mortalidad y la fecundidad, y los patrones de movilidad y asentamiento de la población, planteaban relaciones de alta reciprocidad entre el proceso de desarrollo económico y la dinámica de la población.

Dentro de esta preocupación por la relación entre *población y desarrollo*, el debate demográfico tendió a reproducir la discusión que al respecto se desarrollaba simultáneamente en las demás ciencias sociales en Latinoamérica. En tal sentido, podemos identificar dos propuestas teóricas en torno a las cuales se centró la polémica demográfica en los años sesenta y setenta: la *teoría de la modernización*, por un lado, y el *enfoque histórico estructural,* por otro.

De acuerdo con el primer enfoque, el cambio demográfico sería la expresión a este nivel de la transición de una sociedad tradicional a una moderna, esto es, al proceso de *modernización* y cambio social en América Latina. En este contexto, la modernización de la dinámica demográfica se entendía como una *transición demográfica*, según la cual el cambio social de una sociedad tradicional hacia una moderna, estaría acompañado por el cambio en la dinámica de los componentes del crecimiento demográfico, pasando de una sociedad *tradicional* con altos niveles de fecundidad y mortalidad, hacia una sociedad *moderna* caracterizada por bajos y controlados niveles de tales variables demográficas.

En el caso de los países latinoamericanos esta transición demográfica se manifestaría además, en un crecimiento explosivo de la población, producto del distinto ritmo y patrón de respuesta de cada componente demográfico a las transformaciones en la estructura económica y modernización de la sociedad. El mejoramiento en las condiciones de salud, servicios e infraestructura médica, habrían permitido una rápida caída de la mortalidad. Sin embargo, la fecundidad habría tendido a mantenerse elevada en la medida en que la modernización de los valores culturales y familiares ha tendido a ser más lenta, gradual y heterogénea.

Sin ocultar una inspiración neomalthusiana, se postulaba, además, que las elevadas tasas de crecimiento demográfico constituirían un serio obstáculo para avanzar en el proceso de desarrollo y cambio social, objetivo que, no obstante, se vería más próximo si se redujera la presión demográfica sobre los escasos recursos de las economías nacionales mediante un descenso en los niveles de fecun-

didad, descenso que a su vez permitiría entrar en la última fase de la transición demográfica, caracterizada por bajos y controlados niveles de los componentes del crecimiento demográfico.

Por su parte, el *enfoque histórico estructural* se sustentaba en una visión crítica a esta perspectiva neomalthusiana, cuestionando el carácter ahistórico, etapista y dicotómico sobre el que se construyen la teoría de la modernización y el enfoque de la transición demográfica. Asimismo, se criticaba la aplicación casi mecánica de esquemas teóricos construidos para explicar la dinámica demográfica en otras realidades, y según las cuales nuestras sociedades se ubicarían en una etapa anterior de una supuesta "evolución social".

A partir de la crítica a esta *razón dualista* subyacente a estos enfoques, se postula la improcedencia de hablar en términos de *transiciones* de un mundo *tradicional* (esto es, países subdesarrollados) y uno *moderno* (países industrializados), puesto que en definitiva no se trata de mundos separados e independientes. Antes bien, nuestras "atrasadas" economías no sólo son contemporáneas de las "modernas" sociedades industrializadas, sino además el desarrollo de ambas está marcado por relaciones de dependencia de las primeras respecto de las segundas.

En este contexto histórico, el análisis y conceptualización del crecimiento demográfico no puede reducirse a cuestiones de diferencias en los ritmos y secuencias de sus principales componentes (fecundidad y mortalidad), como tampoco puede explicarse por la dinámica particular del proceso de transición demográfica, al menos en la medida que nuestra modernización parcial y desestructurada no es sino reflejo de un modelo de desarrollo periférico y dependiente del sistema capitalista mundial.

Desde la perspectiva histórico-estructural, el eje de la polémica en la relación población-desarrollo debería ser trasladado desde la dinámica demográfica en sí, hacia la problemática de la acumulación capitalista y el crecimiento económico (Singer, 1971). Se trata en definitiva de invertir el orden de la relación población-desarrollo (recursos) impuesta por Malthus y retomada por los teóricos de la modernización y la transición demográfica, considerando como punto de partida (y de determinación teórica) no ya el crecimiento demográfico, sino el proceso de acumulación de capital.[1]

Ahora bien, desde inicio de los ochenta este debate político y académico sobre la población y su dinámica pareció entrar en un serio y grave estancamiento. Después del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo, celebrado en México en 1983, la demografía y los estudios de población parecen entrar en un periodo de letargo que perdura hasta nuestros días (Canales, 1999). Este

1. Planteado en términos simples, de acuerdo con el enfoque histórico estructural, el problema no es tanto un "sobrante" de población, como un "faltante" de desarrollo. Por lo mismo, el énfasis del análisis, y en especial del diseño de las políticas de población, debiera orientarse a las causas del subdesarrollo y sus consecuencias sociales, culturales y demográficas.

agotamiento del debate teórico y metodológico no es exclusivo de la demografía, sino que afecta también al pensamiento teórico y metodológico en América Latina.

En efecto, desde la primera mitad de los ochenta el pensamiento social latinoamericano atraviesa por una profunda crisis de identidad. Esta crisis está directamente vinculada con dos fenómenos distintos, pero complementarios. Por un lado, el creciente desencanto respecto a los grandes paradigmas teóricos que prevalecieron en el debate académico y político hasta fines de los setenta. Por otro, las grandes transformaciones sociales, culturales, políticas y económicas de fin de siglo, que plantean la transición de una sociedad industrial a una sociedad informacional. Esto es especialmente válido en el contexto latinoamericano, en donde el proyecto de industrialización y modernización nació trunco y desarticulado (Mires, 1994).

Sobre este proceso de cambios sociales y paradigmáticos, se ha desarrollado un amplio e inacabado debate. Sin embargo, hay un punto en el que diversos autores parecen coincidir. Nos referimos al hecho de que con el fin de siglo se inauguraría una nueva era, en la que un determinado modo de entender y pensar el mundo está siendo cuestionado y sustituido por otro. En este sentido, diversos conceptos se han usado para referirse a esta necesidad de repensar el mundo como un todo. En particular, dos categorías tienden a destacar en el debate social contemporáneo. Por un lado, la noción de que estaríamos entrando en una era *posmoderna*. Por otro, la idea de pensar los procesos sociales con base en la *globalización* de la sociedad contemporánea, que abarca todas las dimensiones de la vida actual (Canales, 2002).

Ambas categorías —*posmodernidad* y *globalización*— aluden a dos dimensiones del debate contemporáneo, por medio de las cuales se intenta comprender las recientes transformaciones en la sociedad mundial. Más allá de lo acertado o no de los términos en sí, el sello característico de ambas categorías es que señalan la emergencia de nuevos horizontes históricos que dejan al descubierto las deficiencias y limitaciones de las ciencias sociales, en términos de su compromiso con una cosmovisión muy particular y que se ha dado en llamar como modernidad (Wallerstein, 1998). En este marco, las ciencias sociales han de ser radicalmente reformuladas, no sólo en términos de sus principios teóricos, sino también de los metodológicos y epistémicos.

Como señala Beck (1998), la sociedad moderna no tiene formas de pensarse a sí misma, menos aún de pensar su crisis y agotamiento. De hecho, *globalización* y *posmodernidad* no son sino metáforas para referirse a una realidad que se torna inaprehensible bajo los marcos comprensivos de la modernidad (Ianni, 1996). En este sentido, cualquier intento serio por pensar y actuar en las sociedades contemporáneas debe fundarse en un ejercicio de crítica metodológica y exigencia epistemológica en torno a las perspectivas de entendimiento de la propia modernidad (Heller, 1991). En este sentido, la posmodernidad no es una

negación de la modernidad, sino su continuación bajo otras formas, en donde el prefijo post es una alusión a otra modernidad, que ha convertido al periodo precedente en algo tradicional. En otras palabras, la posmodernidad es una modernidad reflexiva pues, a diferencia de la primera modernidad, se funda sobre el cuestionamiento de sí misma (Beck, 1994). En síntesis, la posmodernidad es una posición crítica respecto a la modernidad, que exige volver a pensarla desde sus propias raíces y orígenes.

Ahora bien, la demografía y los estudios de población parecen estar ausentes de este debate. Salvo honrosas excepciones, no parece haber una reflexión que retome esta crisis de las ciencias sociales a la luz de la investigación demográfica. Si bien en los últimos lustros ha habido una importante apertura a nuevos campos de problematización en la investigación sociodemográfica, ella no ha ido acompañada de una reflexión en torno a un metadiscurso que los integre y les dé un sentido más allá de sus significados parciales. Así por ejemplo, destacan los aportes que desde un enfoque antropológico y de metodologías de corte cualitativo, se han hecho en distintas áreas de la investigación demográfica.[2]

Sin duda se ha avanzado en la definición de estas problemáticas, lo que ha permitido sintonizar su reflexión demográfica con diversos aspectos del debate contemporáneo en las ciencias sociales. Sin embargo, estos aportes no dejan de ser parciales, en términos de que sólo involucran temáticas específicas de la investigación demográfica, sin dar el salto hacia una reflexión en torno al estado y sentido de la investigación demográfica como un todo. En otras palabras, hace falta un ejercicio de repensar (*impensar*, diría Wallerstein, 1991) el discurso demográfico a la luz de los nuevos elementos que surgen del debate contemporáneo en las ciencias sociales.[3] Ahora bien, un ejercicio de ese tipo pasa necesariamente por la configuración de un nuevo discurso demográfico que vuelva a llenar de sentido la práctica del demógrafo abriendo los estudios de población hacia nuevos horizontes de investigación y problematización. En este sentido, los desafíos teóricos y metodológicos de la era actual exigen despejar apropiadamente los límites y bloqueos del pensamiento demográfico tradicional.

Aunque éste no es el momento ni el espacio para resolver estos desafíos, quisiéramos, no obstante, adelantar algunos comentarios en torno a tres líneas de reflexión que nos parece pueden aportar a esta cuestión, y que constituyen parte de la agenda de debate y análisis riguroso a ser considerada como prioritaria para avanzar en este camino. Por un lado, el posicionamiento del demógrafo ante la realidad actual. Por otro lado, la reconstrucción conceptual y metodológica del concepto de población, y por tanto, del problema demográfico en la era

2. Tal es el caso, por ejemplo, de los trabajos publicados en el libro *Para comprender la subjetividad*, bajo la coordinación de I. Szasz y S. Lerner.
3. Los pocos intentos de retomar el debate posmoderno han sido parciales y en no pocos casos obedecen más a una "moda" académica que a una reflexión profunda de los alcances del debate posmoderno en la investigación demográfica.

actual. Y por último, la apertura a la interdisciplina tanto en términos teóricos, como metodológicos y epistémicos.

1. La demografía latinoamericana, al igual que las demás ciencias sociales, está sometida a una serie de desafíos que tensionan su quehacer, su práctica, su manera de pensar y construir su particular objeto de estudio. Estos desafíos surgen de las contradicciones y tensiones teóricas, metodológicas y epistémicas que atraviesan el quehacer y reflexión del demógrafo, y que exigen repensar el sentido de la investigación demográfica actual de cara a las transformaciones de la sociedad contemporánea. Se trata de las tensiones que surgen de la ya tradicional pregunta del *para qué* hacer investigación demográfica en la era actual. Esto es, cuál es el posicionamiento del demógrafo respecto a la sociedad contemporánea, que le permita pensar y problematizar lo demográfico, cuáles son los horizontes que dan sentido y legitimidad a su quehacer como demógrafo.

En América Latina, desde siempre el sentido de las ciencias sociales ha sido el entendimiento del cambio social. Fieles a esa tradición, el desafío sería entonces la reinserción de la investigación demográfica en el seno de las transformaciones de la sociedad latinoamericana contemporánea. Si algún sentido debiera tener la demografía que viene, éste no es otro que hacerse cargo de la y las poblaciones en la sociedad que actualmente se construye. Por lo mismo, las nuevas claves de la demografía han de surgir de la reflexión y revisión crítica de los procesos de cambio social y demográfico que actualmente se manifiestan en nuestras sociedades.

En este sentido, la sola descripción y análisis del cambio demográfico actual (envejecimiento y fin de la transición demográfica, por ejemplo) no tendrá sentido ni trascendencia si no se inscribe en los marcos de comprensión y análisis del cambio social en la sociedad contemporánea. En efecto, el advenimiento de la sociedad informacional (global, posmoderna y postindustrial) plantea un nuevo horizonte de significación de lo demográfico, de su trascendencia y de sus alcances, cuyo entendimiento exige una posición de crítica respecto a los marcos de entendimiento que tomaron cuerpo en el discurso de la modernidad. De esta forma, el posicionamiento del demógrafo ha de tomar en cuenta las nuevas claves de autoentendimiento y reflexividad que exige el análisis social en la sociedad posmoderna.

2. En demografía —y, en general, en las ciencias sociales—, se asume que la categoría población designa algo real y concreto. En realidad, al hacer eso somos presa de una ilusión metodológica que nos lleva a aceptar una abstracción numérica como una representación de realidades empíricas y concretas. En el fondo, la población como tal no existe, es una abstracción analítica que surge con y desde la modernidad (Canales, 2001; Astorga, 1988). Como tal, el concepto de población no está libre de las limitaciones y sesgos propios del discurso de la modernidad. En efecto, como invención de la modernidad, la población define una categoría social y analítica que, sin embargo, está impregnada de los va-

lores y principios que configuran la ideología poblacionista que predomina en el pensamiento liberal (Mattelart, 1974). La población, en su sentido moderno, es resultado de un proceso mental mediante el cual establecemos la reducción de todos a la condición de sujetos indiferenciables, intercambiables y adicionables, desvinculándolos de los diversos campos de estructuración social e histórica que los convierten en sujetos sociales, y que hacen de cada individuo y de cada grupo social sujetos únicos y diferentes. Con base en esta abstracción, el individuo es desprovisto de sus ropajes sociales e históricos, en tanto ellos no hacen sino fundar la diferencia, la distinción, la diversidad, la otredad que se oculta tras la unidad del número.[4]

En este sentido, reposicionar la demografía en el marco de la sociedad contemporánea, exige trascender los límites del análisis demográfico tradicional basado en agregados poblacionales, para confluir en una reflexión sobre la constitución de *sujetos demográficos* propios y diferenciados. Si bien en la demografía tradicional se han elaborado diversas categorías para referirse a sujetos sociales concretos (indígenas, mujeres, migrantes, jóvenes, adultos mayores, entre otros), en todos esos casos se trató siempre de categorías analíticas que surgen como una mera desagregación de un concepto más amplio: la población como un todo.

Desde nuestra perspectiva, estas categorías tienen sentido sólo si se consideran en términos de la configuración de sujetos sociodemográficos en espacios históricos y concretos. Se trata de categorías sociales, que surgen no de procesos de abstracción, sino que son construidas desde la sociedad misma como dimensiones a través de las cuales se produce la diferenciación y desigualdad social. En este contexto, el sentido de la demografía ha de ser la comprensión y análisis de las heterogeneidades e inequidades sociales entre estos distintos sujetos demográficos. En otras palabras, la demografía que viene debe ser capaz de dialogar de manera fructífera con lo multicultural, con el relativismo étnico, con las radicales reivindicaciones del género, con la expresión de un diferencialismo generacional. La demografía que viene debe ser capaz de lidiar con conceptos y métodos híbridos y reflexivos. La anterior unidad que imponía el concepto de población debe abrir paso a una serie de categorías que, aunque híbridas, tendrán el potencial de desencadenar nuevos conceptos para pensar y entender la población.

3. Una tercera línea de reflexión surge de la crisis y agotamiento de los enfoques y metodologías disciplinarias. Hoy en día más importante que definir la disciplina de origen, es definir la densidad del problema a investigar. Esto no

4. Por lo mismo, no fue casual que en el discurso liberal la preocupación por la población se centrara en el número, en la abstracción de la cantidad, y no en lo concreto de la diversidad.

por un mero purismo científico, sino porque cada vez es más evidente la complejidad del entramado social, el espesor sociocultural de nuestro tiempo. En este marco, la interdisciplina no es sólo una opción metodológica, sino una exigencia epistemológica en términos de construir una estrategia de investigación que permita la apertura a otra racionalidad para pensar lo humano.

Si bien es cierto que la demografía desde siempre reclamó el carácter interdisciplinario de su objeto de estudio, esta vez se trata de algo más complejo. En nuestra época, la interdisciplina no surge de la articulación de disciplinas consolidadas, sino por el contrario, surge de la crisis identitaria de dichas disciplinas. Es porque no hay disciplinas consolidadas que hoy podemos no sólo plantear, sino exigir una interdisciplinariedad en la práctica de la investigación y reflexión demográfica. En este sentido, la interdisciplina nos permite reposicionar la demografía frente a la sociedad contemporánea. La investigación demográfica no se derivaría de formulaciones respecto a un objeto de estudio propio, sino que asume que los fenómenos demográficos están compuestos de múltiples dimensiones que aceptan lecturas desde diversos textos e instrumentos metodológicos (Canales, 2001).

Desde esta perspectiva, podemos complementar lo señalado en el apartado anterior. Cuando decíamos que la unidad de la población ahoga la diversidad de los sujetos nos referíamos, precisamente, a que no basta con la desagregación categorial si paralelamente no se recuperan las múltiples dimensiones de cada categoría sociodemográfica. Esto exige una transversalidad en términos de la densidad de relaciones que configuran cada categoría social y demográfica. La interdisciplina abre la posibilidad de esta transversalidad, en términos de construir objetos específicos a partir de la confluencia y articulación de distintas perspectivas de análisis: de género, étnica, generacional, migratoria, familiar, económica, cultural, entre otras. Se trata en definitiva de pasar de un pensamiento lineal, basado en categorías abstractas que posibilitan el tránsito de un nivel de agregación a otro, a un pensamiento reflexivo, en donde la transición de un nivel de abstracción a otro se da con base en una lógica de mediaciones y articulaciones de niveles, procesos y dimensiones del proceso sociodemográfico (Zemelman, 1982).

Un panorama sobre las principales aportaciones

Hemos organizado los trabajos publicados en este libro en tres secciones, en función del tipo de reflexión que se encuentre en cada uno de ellos. En la primera sección del libro se presentan reflexiones en torno a preocupaciones centrales de orden conceptual y metodológico que requieren de ser consideradas al abordar la complejidad de los fenómenos sociales contemporáneos ante las transformaciones que tienen lugar hoy día como resultado del cambio del proyecto modernizador mundial y que afectan de manera directa el avance en

el conocimiento científico en las ciencias sociales y por ende en el de la demografía. Las interrogantes en torno a la perspectiva que se adopte de la cuestión poblacional, requiere de repensar los significados y alcances de la misma, desarrollando e incorporando nuevos y diferentes argumentos teóricos y propuestas metodológicas, vinculados con las reflexiones y cambios contemporáneos en las ciencias sociales.

El texto de Alejandro Canales Cerón acerca de "El discurso de la población en la era de la globalización", aborda una cuestión central que ha sido descuidada y marginada del debate poblacional al subrayar la imperiosa necesidad de revisar los significados y alcances de la categoría *población*, tanto en términos de sus usos teóricos como sociales y políticos, en una sociedad global. Canales introduce la problemática planteando que el término globalización se refiere a nuevas formas de organización espacial y temporal de los procesos sociales y económicos contemporáneos, remitiendo al proceso de transición de una sociedad industrial a una informacional. Señala que si bien la población, como categoría social y teórica, surge en el seno de la sociedad moderna, donde la cuestión demográfica se delimitó en torno a la relación entre población-modernización (o desarrollo), en la medida en que el advenimiento de la era global implica un resquebrajamiento de los parámetros sobre los que se constituía el proceso de modernización, ello también significa una ruptura en la forma de abordar la cuestión demográfica a partir de dicho proceso.

En su búsqueda para reconstruir la cuestión demográfica, ante las limitaciones actuales del uso de la categoría analítica de "desarrollo" para dar cuenta de la realidad social, el autor revisa los elementos que en la sociedad industrial constituyeron el debate población-desarrollo; reflexiona sobre los alcances y exigencias analíticas que implica pensar la sociedad en términos de globalización para finalmente plantear algunas ideas sobre como reconstruir un discurso de la población en una era global, a partir de las nuevas formas de estructuración y estratificación social que dan lugar a nuevas formas de representación de la diferenciación social.

En la sociedad industrial, la preocupación por la población y su reproducción reside en el virtual desajuste que se daría entre la dinámica demográfica y la dinámica de la modernización. La primera expresión formal de esta formulación del problema surge hacia fines del siglo XVIII en los planteamientos de Robert Malthus. La construcción de una cuestión demográfica en torno al desequilibrio —o tensión— que se generaría entre la dinámica de reproducción (crecimiento) demográfico y la de desarrollo o modernización de la sociedad, será retomada por distintos autores en el siglo XX, quienes, avanzando en una formulación más detallada de la dinámica de la población y sus relaciones con el proceso de modernización, conceptualizaron el cambio demográfico como un proceso de transición demográfica, entendiéndola como un modelo que permite integrar en un mismo análisis, la dinámica del cambio en los distintos componentes del

crecimientos demográfico (mortalidad y natalidad principalmente), con la dinámica del cambio social y político.

Con base en esta conceptualización del cambio demográfico, en la segunda mitad del siglo xx el debate sobre la relación población-desarrollo tendió a ubicarse en dos posiciones extremas. Por un lado, se encuentran quienes plantean que la mejor política de modernización, es precisamente una adecuada política de población, entendida en tanto política de control del crecimiento demográfico, y por otro, quienes sostienen que la mejor política de población es la modernización misma de la sociedad.

En su primera versión, este discurso neomalthusiano en el cual también se inscriben los planteamientos del Club de Roma, la modernización es el objetivo y, la dinámica de la población, el obstáculo; es decir, la población deviene en medio y método privilegiado para lograr el desarrollo, la modernidad. Principio que sustenta en definitiva la formulación de las políticas de población, al adquirir la dinámica demográfica un sentido utilitario definido en los marcos de la sociedad industrial.

Una versión distinta de la cuestión demográfica corresponde al enfoque histórico estructural, especialmente en su vertiente marxista. En este caso, la tensión entre la población y el desarrollo no es vista como un desequilibrio, sino como una contradicción que surge del propio proceso de acumulación capitalista. A diferencia de los enfoques de la transición demográfica, en este marco conceptual la sobrepoblación no es ni un obstáculo a la modernidad ni manifestación de una modernidad inconclusa, sino producto de la propia modernización de la sociedad industrial.

A pesar de estas profundas diferencias, tanto el enfoque histórico estructural como el de la transición demográfica comparten ciertos sustratos comunes. En ambos casos, la problematización de la población se configura a partir del análisis del proceso de modernización de nuestras sociedades, la cual es conceptualizada como el tránsito de una sociedad agrícola tradicional, a una sociedad moderna, urbana e industrial. En este sentido, el autor se pregunta cómo debería reformularse la cuestión demográfica al pensar en el tránsito de una sociedad industrial a una global o informacional, sociedad global que configura un marco histórico y estructural diferente, implicando una ruptura con las categorías analíticas y sociales a partir de las cuales el discurso de la población cobraba sentido. Para Canales, la globalización exige nuevas formas de entendimiento de la dinámica de nuestras sociedades y, por tanto, de la configuración de problemáticas concretas, entre ellas, la demográfica.

Desde la perspectiva de la economía política, la globalización se refiere a los nuevos esquemas de organización territorial de la economía-mundo, en donde se redefinen sustancialmente las reglas de la competencia oligopólica y de la división internacional del trabajo. La globalización implica pasar de una escala de producción nacional con intercambios internacionales, a una escala de

producción e intercambio plenamente globalizada o mundial, donde las bases nacionales de los procesos económicos ya no son determinantes, sino que se encuentran subsumidas a procesos globales La globalización implica a su vez una transición de la sociedad industrial a la sociedad informacional, donde la supremacía del intercambio y procesamiento de información, resignifica todo el proceso de producción y distribución de bienes y servicios materiales.

La globalización implica la desestructuración de las bases nacionales (e internacionales, por tanto) sobre las que se ha construido la economía mundial, así como las categorías analíticas que dan cuenta de su dinámica. La globalización es, en sí, un proceso de desterritorialización. Los distintos elementos de los procesos económicos son articulados a una escala global, no ya internacional. No se trata ya de una articulación entre naciones (ínter-nacional) sino una articulación directa entre segmentos y territorios de economías nacionales distintas.

La tesis de Canales en relación con este proceso es que la globalización plantea un importante desafío epistemológico, el pensar en nuevas categorías que den cuenta de la configuración de los parámetros espacio-tiempo en una sociedad global, y para las cuales, las categorías analíticas usadas para pensar la modernización de la sociedad industrial, en particular aquellas referidas a la escala nacional, se tornan insuficientes. Las categorías nacionales no son ya suficientes para analizar procesos que han superado y fragmentado dicho nivel de análisis.

El autor se pregunta cómo reconstruir un discurso de la población que retome estas nuevas configuraciones espacio-temporales de los procesos sociales y plantea que la respuesta debe buscarse en las nuevas formas de estructuración de la población de la sociedad global en clases y estratos sociales. El proceso de globalización instaura una nueva configuración espacial del capitalismo como sistema-mundo, y refleja a su vez la forma que asumen las desigualdades sociales y económicas en este sistema social, ya que la globalización del capitalismo es también la globalización de sus desigualdades intrínsecas. En la actual transformación de la estructura del empleo, el componente central y fundamental de la nueva dinámica del proceso de trabajo es la tendencia a la polarización de su estructura social y ocupacional. La reconfiguración de una cuestión poblacional, debe orientarse a problematizar la desigualdad y diferenciación social que surge de la propia globalización. Se trata de superar el análisis de los agregados demográficos, para centrar la problemática en las relaciones estructurales que dan cuenta de las desigualdades entre individuos, generaciones, géneros, clases sociales, pueblos y etnias.

En la medida en que estas desigualdades son parte constitutiva de la misma globalización ya no es posible confiar en un proyecto de modernización o desarrollo social para superar la pobreza y la desigualdad social. El desarrollo ya no puede entenderse como una sucesión de etapas y de evolución social y la modernización demográfica ya no puede entenderse como una transición lineal de un

régimen demográfico a otro. La base de la sociedad global es la diversidad, la heterogeneidad y la contradicción que se reproduce en cada nivel de la sociedad. Un nuevo discurso de la población que sea consistente con esta nueva realidad debe surgir del análisis y conceptualización de las propias contradicciones y riesgos de la sociedad global.

En el segundo trabajo que se incluye en este apartado "Debate sobre la situación actual de las ciencias sociales", Hugo Zemelman esboza algunas preocupaciones en torno del quehacer y del futuro de estas ciencias. No obstante que éstas son abordadas de manera global, sus planteamientos resultan altamente pertinentes en la reflexión sobre los problemas a los que se ha venido enfrentado el análisis de los fenómenos de la dinámica poblacional. Su señalamiento acerca de que vivimos un cambio de época que requiere forjar nuevos conceptos, en especial un esfuerzo por incorporar en el análisis la dimensión histórica de los fenómenos, es sumamente indicativa y central en las reflexiones que se han realizado y que se deben continuar elaborado en torno a la cuestión demográfica.

Para el autor, una autorreflexión acerca de las ciencias sociales requiere definir si ésta se restringirá al ámbito de la ciencia o se ampliará hasta el propio sujeto investigador, ya que el problema de las ciencias sociales no está exclusivamente en la naturaleza del conocimiento sino más bien en el propio sujeto constructor. Zemelman plantea que el desequilibrio entre el desarrollo técnico-metodológico y el escaso desenvolvimiento del pensamiento se traduce en una pobreza conceptual que al exaltar el saber hacer sobre el saber pensar, resulta en una pérdida de capacidad para colocarse ante la realidad facilitando la imposición de discursos que bajo la cobertura de una falsa cientificidad pretenden dar cuenta de los fenómenos en el momento actual.

Para Zemelman abordar la complejidad de los fenómenos de la sociedad contemporánea significa poder pensar a los fenómenos sociales como fenómenos históricos. Con el fin de destacar aspectos de la problemática que se puedan traducir en cuestiones metodológicas el autor presenta de modo sintético, algunos elementos que considera deberían estar presentes en la confrontación episte-metodológica de nuestra época.

En primer lugar se encuentra la relación misma entre los fenómenos, el análisis de las mediaciones que reflejan el movimiento interno de éstas. Es necesario entender los fenómenos como componentes de una constelación de relaciones que lo configuran y determinan en un momento dado. En este sentido la especificidad del fenómeno resulta determinada por su articulación histórica concreta y la elaboración de información debe ser construida no desde el fenómeno definido como objeto que se aísla, sino desde su condición de componente de una articulación gestada por el momento histórico. Conferir a los fenómenos una significación teórica que sea además históricamente pertinente representa un segundo desafío en la construcción del conocimiento.

Un tercer problema es la necesidad de dar cuenta de los fenómenos desde sus

dinamismos constituyentes. La idea de proceso permite discernir en el fenómeno la condición de estar determinado pero simultáneamente la de determinar, lo que nos alerta acerca del peligro de considerar al fenómeno como simple producto perdiendo su dimensión de producente.

Por último, Zemelman plantea un cuarto problema que es consecuencia de los tres anteriores y que es la cuestión de los parámetros, de los límites en cuyo espacio reviste un significado particular el fenómeno que se quiere estudiar. Estos límites expresan la opción social desde la cuál se construye el conocimiento. Los parámetros que en general se imponen y que pretenden conferir a los fenómenos el estatus de reales, son los que conforman el poder, al establecer su identidad como única y excluyente de otras posibles visiones. De ahí que sea urgente revisar los límites en los cuales se construye el conocimiento, en particular el discurso disciplinario, ya que los desafíos planteados exceden los límites de las disciplinas tal como hoy son definidas, al romper con la lógica de los objetos compartimentalizados. El sistema clasificatorio de las ciencias, heredado del siglo XIX, se muestra insuficiente para resolver la cuestión relativa a las mediaciones y a la historización de los fenómenos.

Desplazando la discusión desde el discurso al sujeto pensante, Zemelman aborda también el problema de los distintos tipos de sujetos sociales que se asocian con cada disciplina como constructores de realidades. El predominio en las ciencias sociales actuales de la idea de objeto más que de mundo como concepción de realidad, reduce el sentido del conocimiento y de su construcción a la simple apropiación del objeto. La ubicación institucional del investigador puede facilitar o dificultar la tarea de insertarse en el momento histórico mediante el acto de comprenderlo, máxime cuando en el proceso formativo se ha puesto la atención en el manejo de conocimiento ya codificado, más que en una actividad de pensar que trascienda los límites del quehacer técnico profesional.

Los modos de apropiación del conocimiento acumulado no pueden estar exclusivamente mediados por la cantidad de información que el investigador esté en condiciones de manejar, por cuanto conlleva el riesgo de una utilización lineal y mecánica de la teoría. La apropiación del conocimiento tiene que obedecer a un sentido histórico, a una visión de alternativas de construcción social, que suponen la capacidad del investigador para comprender el momento histórico en el cuál se define el problema, de manera de poder insertarse en él.

Estas consideraciones remiten por tanto al desafío de la formación de científicos sociales, en la cuál se ha descuidado la adquisición de una lógica de construcción del pensamiento, lo que en el mediano plazo terminará por convertir a los científicos sociales en simples técnicos. Zemelman considera imperativa la modificación de las estructuras curriculares en las que se han excluido disciplinas tan importantes en la formación intelectual como son historia de la ciencia, filosofía, teoría del conocimiento; plantea la necesidad de incorporar al investigador en labores docentes de modo más sistemático; y la urgencia de rediscutir

los criterios por los que un programa universitario puede ser considerado de eficacia para enfrentar la contradicción entre las necesidades de la formación y las exigencias de eficacia de las instituciones académicas y de financiamiento.

Los parámetros de fuerte sesgo instrumental, que sirven para definir las políticas de apoyo a la investigación, pueden conformar una situación de esterilidad en la producción académica, si no se equilibran con las exigencias propias de la búsqueda de lo nuevo. El autor aboga por una revaloración de la imaginación creativa y de las premisas éticas que deben guiar a los científicos sociales en la tarea más importarte del conocimiento sociohistórico: descubrir alternativas desde las potencialidades más ocultas de la realidad.

En la segunda sección del libro el centro de interés gira en torno de cuestiones polémicas que representan retos sustantivos en la investigación sociodemográfica, en la medida en que se refieren a diversos acercamiento, perspectivas y recursos metodológicos que posibilitan como estrategia analítica la articulación de los diferentes procesos, ámbitos e interacciones entre actores sociales. Por una parte, se abordan al menos dos cuestiones cruciales que permean desde hace unos diez años los debates de índole epistemológica y metodológica en las ciencias sociales en general y en los estudios de población en particular: el debate en torno a lo micro y a lo macro y la controversia entre la investigación cuantitativa y cualitativa. Es, a su vez, en el análisis propiamente demográfico, donde estas cuestiones, aún requieren de desarrollos más sistemáticos y continuos. Por la otra, se incluye algunas reflexiones teórico-metodológicas acerca de la incorporación de una de las dimensiones más relevantes que subyace en la gran mayoría de las investigaciones sociodemográficas, y que remite a la perspectiva de género.

Son cuatro los documentos que forman este apartado: "El debate micro-macro: dilemas y contextos", de Vania Salles; "Algunos aspectos de la controversia entre investigación cualitativa e investigación cuantitativa", de Fernando Cortés; "Las paradojas actuales de la investigación cualitativa en ciencias sociales", de Rocío Guadarrama Olivera; y, "Algunos problemas teórico-metodológicos para la incorporación de la dimensión de género en el estudio de la reproducción", de Ivonne Szasz y Susana Lerner.

El texto de Vania Salles tiene como objetivo discutir los términos generales del debate sociológico entablado en las cinco últimas décadas del siglo xx en torno a lo micro y a la macro, las principales perspectivas conceptuales y metodológicas que lo organizan y ciertos ejes analíticos desarrollados para intentar solucionar el matiz dicotómico presente en algunas propuestas partícipes de dicho debate.

Uno de los ejes claves de este debate ha sido la dicotomización de perspectivas, donde el predominio de uno de los niveles sobre el otro (lo macro sobre lo micro, y viceversa) alude a la idea de la autonomía relativa que debe tener cada uno de estos niveles para evitar posturas reduccionistas. Salles identifica dos

corrientes de trabajo alrededor de esta cuestión, aquellas que buscan integrar las teorías microsociológicas y macrosociológicas (desde la nomenclatura micro-macro) y aquellas que buscan desarrollar procedimientos aptos para establecer niveles analíticos (desde la nomenclatura acción-estructura).

Estas corrientes de trabajo implican la búsqueda de medios y recursos metodológicos de donde emergen varias estrategias de investigación. La autora destaca tres estrategias que surgen ante la necesidad de superar planteamientos dicotómicos, polarizados y reduccionistas como parte de la reflexión sociológica más reciente: la utilización de recursos vinculativos como son las instancias de mediaciones o el concepto de mediación; los relativos a niveles analíticos engarzados (como los niveles macro-meso-micro) y los referidos a la integración de teorías y metodologías provenientes de varias ciencias.

En relación con el concepto de mediación, la autora subraya su función de instancia mediadora de lo diverso y a su vez como instancia que permite establecer vínculos entre elementos diversos. Como parte de la reflexión crítica de la investigación sociodemográfica realizada en Latinoamérica a partir de fines de los años setenta, da cuenta de los diversos discursos para pensar lo micro y lo macro a través del concepto de mediaciones y para responder a la preocupación constante por explicar los nexos entre procesos sociales globales y comportamientos individuales. En el marco de estos análisis, las mediaciones aluden a múltiples elementos materiales y simbólicos que complejizan las determinaciones sociales y la naturaleza de su influencia sobre las acciones individuales y colectivas. Ejemplificando el uso del concepto de mediaciones a partir del trabajo de diversos autores, Salles advierte que el establecimiento de mediaciones debe evitar el procedimiento del simple paso de un nivel a otro en términos discursivos, ya que esta problemática implica un esfuerzo para crear conceptos relacionales y métodos vinculativos.

En lo referente a la perspectiva micro-meso-macro, la autora retoma el trabajo de Turner acerca de la noción de capital social, para ilustrar en términos operativos una sugerente construcción tripartita y a la vez integrada de niveles analíticos. Un elemento a destacar en la revisión que la autora realiza se refiere al establecimiento de niveles como un recurso heurístico, ya que en la realidad los fenómenos se presentan interligados de modo inseparable; es decir, las acciones que toman lugar en uno de los niveles planteados, entran como elementos conformadores de los otros niveles. A su vez, agrega que el contenido sustantivo de cada uno de los niveles, se encuentra permeado por conjuntos de valores, medios de intercambio y principios que legitiman las acciones tanto individuales (nivel micro) como las realidades institucionales (niveles meso y macro), lo cual garantiza un nivel de autonomía que sustenta la diferenciación institucional social.

Finalmente, como parte de la tercera estrategia, Salles retoma en su trabajo las corrientes de análisis que han buscado desarrollar perspectivas metateóricas,

en donde destacan los clásicos de la sociología que apuntaban al desarrollo de visiones de mundo unificadas. Tales teorías plantean la integración entre lo biológico del individuo, su conducta, los componentes micro-macro de la sociedad y el entorno físico, siendo que en dicha integración todos los componentes pueden interactuar y pasar por cambios dinámicos en el tiempo, desarrollando así modelos que proveen la base para el desarrollo de una teoría multifactorial del cambio social y de la evolución.

En la última sección de su texto la autora analiza los aportes contemporáneos de cuatro autores con el objetivo de hacer un breve repaso de algunas posturas extremas prototípicas y otras que —aunque privilegien un nivel— pueden ser indicadas como reconstructivas de nexos entre lo macro y lo micro. Dentro de las posturas extremas Salles ubica los trabajos de Peter Blau y Randall Collins, en los cuales si bien ambos autores predican la no integración entre niveles, lo hacen desde diferentes ópticas; mientras que el primero propone la posibilidad de la complementariedad entre lo micro y lo macro, el segundo se posiciona desde la hipótesis de la agregación para visualizar lo macro. En lo referente a teorías que predican la integración entre lo micro y lo macro la autora considera los trabajos de Knorr-Cetina y Hans Haferkamp, quienes se valen de distintos conceptos sociológicos para sustentar su postura, mientras Cetina basa su análisis en el concepto de representación como instancia mediadora de contextos y niveles, Haferkamp alude a los conceptos de acción y de situación como elementos vinculativos tanto en el plano teórico como en el plano de los niveles de análisis.

En sus consideraciones finales, y a partir de la bibliografía revisada, la autora presenta un conjunto de definiciones de lo micro y lo macro, donde pueden percibirse aquellas que contienen formulaciones religantes y vinculativas de aquellas que permanecen dicotomizadas. Apunta a su vez, como uno de los desafíos para años venideros, puestos por la síntesis teórica, la vigencia de la necesidad de generar vínculos analíticos y empíricos entre los denominados niveles macrosociológicos y microsociológicos.

Por su parte, el texto de Fernando Cortés inicia sus reflexiones aclarando que la controversia sobre la investigación cualitativa y cuantitativa en las ciencias sociales tiene lugar en varios dominios, que van desde cuestiones filosófico-teóricas (ontología, epistemología y axiología) hasta temas propiamente metodológicos y/o técnicos en los que se discuten cuestiones como la objetividad, generalización y medición, así como el alcance y limitaciones de los instrumentos de recopilación de la información. En México, así como en muchos otros países, algunos autores han sostenido la incompatibilidad esencial entre la investigación cualitativa y cuantitativa mientras que otros han considerado que la elección del tipo de aproximación, que no excluye el uso de ambos tipos de acercamiento, depende de los problemas de investigación a ser tratados. El trabajo de Cortés se centra en el examen de dos niveles en disputa: en primer

lugar presenta algunos temas propios de los paradigmas en contienda con el fin de separar y clasificar los diferentes órdenes de problemas sobre los cuales se discute, y en segundo lugar examina algunos aspectos metodológicos y técnicos que supuestamente, marcarían diferencias nítidas entre ambos enfoques.

Cortés parte de circunscribir el concepto de paradigma a las concepciones del mundo, a la forma de entender la relación entre sujeto y objeto, así como al conjunto de normas y valores que guían la investigación, y aborda los rasgos esenciales de tres paradigmas específicos: el positivismo lógico, el constructivismo/naturalismo y el post-positivismo.

Una característica básica del positivismo lógico es la creencia en una realidad externa al sujeto que puede ser reflejada en los enunciados lingüísticos, de donde se deriva una visión de la objetividad entendida como la adecuada representación del objeto y una idea de la causalidad a partir de nociones como contigüidad y sucesión, pero cuya dificultad de ser sustentada empíricamente llevó a los empiristas a sustituirla por la noción de función. En este paradigma por tanto, la investigación estaría libre de valores y permitiría elaborar generalizaciones.

En contraste, el paradigma constructivista parte de una idea plural del mundo exterior al sujeto, al considerar que no hay una sola realidad, sino múltiples realidades que además son construidas a partir de una relación interdependiente entre objeto y sujeto, relación que imposibilita la distinción entre causas y efectos así como la posibilidad de generalizar los resultados de cualquier investigación ya que estas se encuentran orientadas por valores.

El tercer paradigma, el del post-positivismo, recorta teóricamente sus objetos de investigación y retoma del constructivismo la interrelación planteada entre sujeto y objeto y se opone asimismo a la idea del empirismo lógico acerca de la posibilidad de generalizar resultados de investigaciones para todo tiempo y lugar.

A la luz de estos elementos, el autor retoma la discusión alrededor de las nociones de objetividad y subjetividad, que en cada paradigma se vincula con las nociones ontológico-epistemológicas acerca de la relación entre sujeto y objeto. Ahí donde el objeto y el sujeto son considerados independientes, es posible hablar de la objetividad como correspondencia entre el conocimiento producido y los hechos, en cambio, si la separación es considerada inexistente, la tendencia es a reemplazar el concepto de objetividad por el de un acuerdo entre intersubjetividades.

Esta discusión es altamente relevante, dado que en la polémica alrededor de los métodos cualitativos y cuantitativos suele afirmarse que los primeros son subjetivos en tanto que los segundos son objetivos sin aclarar a que concepto de objetividad se está refiriendo la discusión, máxime cuando estas adjetivaciones suelen agregarse también a los métodos utilizados en investigaciones específicas. Ahora bien, para Cortés, lo que llamamos metodología de las ciencias sociales,

suele tener contenidos varios, por lo que el autor la circunscribirá al conjunto de operaciones que median entre la teoría y la información empírica incluyendo las técnicas de análisis de datos.

Los intentos de distinguir teóricamente la metodología cualitativa de la cuantitativa van desde señalar las diferencias en el tipo de conceptos utilizados, las distinciones en las técnicas y los lenguajes de medición, la pretensión o no de generalizar los resultados, o bien, a partir de los propios instrumentos de recopilación de información, también se considera que los resultados de la investigación cualitativa no son factibles de ser analizados estadísticamente, afirmación última con la que Cortés no está de acuerdo, planteando que la evolución misma de la estadística y el desarrollo del análisis de asociación, permite actualmente el tratamiento estadístico de información cualitativa. Por ello, el autor considera que es necesario pensar en el método estadístico como una manera de enriquecer el análisis, así como los estudios cualitativos informan sobre ámbitos que difícilmente alcanza la estadística.

Un último punto en la discusión metodológica que subraya el autor, es el problema de la generalización empírica. La controversia alrededor de la posibilidad de la generalización se ancla en conceptos como los de validez y aleatoriedad. La investigación cuantitativa, basada en selección por muestreo aleatorio, considera que la selección intencional de casos, habitual en la metodología cualitativa, deja fuera la posibilidad de generalizar con "validez" los datos obtenidos para una pequeño sector de la población hacia otros grupos sociales de la misma población. Cortés considera más bien que la diferencia entre la investigación cuantitativa y la cualitativa, en referencia a la problemática de la generalización, radica más bien en que la primera puede proporcionar una estimación del nivel de error posible en el paso de lo particular a lo general, mientras que la segunda no dispone de formas de evaluar los errores de inferencia.

Sin embargo, señala, nada garantiza que las generalizaciones que proporciona el muestreo estadístico sean más precisas que las de la investigación cualitativa, por lo que una discusión más fructífera alrededor de esta problemática debería centrarse en la estrecha relación existente entre las preguntas de investigación, la elección de las situaciones a observar y el diseño de investigación a partir del cual se recabará la información mediante métodos específicos de recolección. Al respecto, el autor retoma los trabajos alrededor de la "investigación experimental" propuesta por Campbell y Stanley, donde los campos en los que el investigador debe tomar decisiones se refieren a los factores que limitan la validez interna de los hallazgos y aquellos que afectan la validez externa de éstos. Cortés concluye que la disputa sobre la generalización en la investigación cualitativa pareciera estar mal localizada cuando se plantea dentro del marco de la inferencia estadística. Por lo tanto sugiere que es probable que sea más productivo encarar la discusión en el marco de los problemas de validez externa que aqueja a las investigaciones experimentales.

En esta misma línea de reflexiones, bajo el paradigma constructivista el trabajo de Rocío Guadarrama aborda la evolución del debate cuanti-cuali en el campo de las ciencias sociales con el objetivo de analizar lo que denomina como el círculo de la investigación cualitativa. La autora parte de considerar las consecuencias metodológicas implícitas en la perspectiva constructivista en el estudio de los comportamientos demográficos y de la salud reproductiva (alrededor de la formulación de problemas y las estrategias de investigación), analiza en seguida las inconsistencias de la llamada teoría fundamentada abogando por una apertura hacia la realidad y una articulación teórica en este tipo de investigación, para finalmente profundizar en uno de los aspectos cruciales de esta articulación: la construcción "desde abajo" de categorías interpretativas.

La investigación cualitativa en salud reproductiva, a lo largo de los años noventa, puso de relieve las interacciones entre los actores sociales y su relación con el mundo que los rodea. El énfasis en nociones de intersubjetividad, significados, construcción social y contexto cultural llevó a privilegiar enfoques micro, definidos así por el tamaño de la muestra, el uso de instrumentos que posibilitan la interacción en profundidad entre los investigadores y los informantes y el análisis inductivo e interpretativo de los datos. A la par de este tipo de investigaciones, se multiplicaron otras que abogaban por el uso combinado de metodologías en distintos momentos de la recolección de información, dependiendo de las preguntas de investigación, y mostrando que la pluralidad metodológica es un hecho cada vez más aceptado por los científicos sociales, si bien las viejas preguntas alrededor de la relación entre teoría y dato siguen sin respuestas convincentes.

Para la autora, el punto a debate consiste en indagar si en la llamada construcción de teorías "desde abajo", esta construcción comienza realmente a partir del momento de la recolección de datos, o si se trata de un proceso de acercamientos múltiples entre el investigador y la realidad empírica. Para delimitar esta problemática Guadarrama analiza lo que denomina círculo de la investigación, considerando desde las fases iniciales de formulación teórico-conceptual, pasando por las etapas de acercamiento a la realidad, análisis y codificación de datos, hasta llegar a la construcción de categorías analíticas interpretativas y de explicaciones teóricas.

La autora señala que en la llamada "teoría de base" de Galser y Strauss, el desarrollo de los conceptos transcurre desde lo informativo hacia lo interpretativo, a diferencia de los procedimientos hipotético-deductivos. En el camino que va de la teoría a la observación y recolección de datos, lo que predomina es la consistencia borrosa y blanda de los conceptos, las hipótesis y los instrumentos de investigación. Es en el trabajo de clasificación e interpretación de los datos donde, según la teoría fundamentada, se construyen los conceptos y teorías emergentes. Pero de ser así, cabe preguntarse cuáles son los alcances teóricos de las categorías construidas y cómo establecer su relación con las teorías más ge-

nerales. Hay autores que consideran que este procedimiento inductivo, al igual que el deductivo, en realidad reduce los conceptos a un conjunto de indicadores intercambiables, donde las categorías explicativas carecen de estabilidad y coherencia con algún marco teórico. Otros autores plantean que la categorización debe ser concebida como un problema de grados y no de dicotomías, para dar cuenta de la flexibilidad y fluidez de los fenómenos sociales.

Para Guadarrama, contrariamente a lo que suele suponerse, el diseño de instrumentos cualitativos conlleva una reflexión simultánea sobre el objeto de investigación y su aprehensión intersubjetiva, reflexión que exige de una vigilancia epistemológica permanente del proceso de investigación que permite que la relación teoría-dato adquiera una apertura cualitativa para aprehender el mundo en su complejidad y transformación permanente. Metodológicamente, esta apertura se resuelve a través de la construcción de mediaciones y conceptos ordenadores, cuya función consiste en organizar la realidad objetiva a través de los contextos que la especifican de forma inclusiva, no jerarquizada.

Finalmente, la autora aborda el proceso de reconstrucción conceptual relacionado con la clasificación e interpretación de los datos, advirtiendo a lo largo de su texto acerca de las limitaciones y ventajas del uso de los denominados programas asistidos por computadora (PAC). Este proceso implica la ordenación temática del material recabado, posteriormente la definición de subtemas en donde la clasificación de los acontecimientos deriva en categorías descriptivas (códigos) y, finalmente, en conceptos teóricos. Esta codificación, constituye el proceso analítico fundamental de la investigación basada en teoría fundamentada, sin embargo, el método de codificar y desplegar datos no asegura por sí mismo la construcción de teoría. El proceso que va de los códigos a los conceptos, del dato a la teoría ha sido un tema de reflexión importante dentro de las ciencias sociales, en el cual los teóricos de base Corbin y Strauss configuraron un esquema de este proceso por etapas, muy difundido entre los investigadores que utilizan acercamientos cualitativos. En este esquema, Corbin y Strauss definen de manera diferenciada el tipo de codificación que se presenta en distintos momentos de la investigación, desde la codificación inicial o analítica, pasando por una codificación ordenadora de las relaciones entre los datos, hasta llegar a la codificación selectiva que permite integrar el conjunto de categorías alrededor de un eje argumentativo central.

En la práctica este proceso de codificación admite distintos estilos de análisis de datos, a partir de los cuales la selección y depuración de información permite un acceso detallado de los datos a la vez que una percepción afinada de su conjunto. Sin embargo, esto no es suficiente para construir teorías. Para Guadarrama el reto del investigador cualitativo consiste en transformar esta sensibilidad teórica desde abajo, en una estrategia epistemológica que lo guíe en su transcurrir permanente entre las vetas profundas de la realidad concreta y la plataforma de observación y análisis de los datos, para así lograr elaborar

posibles explicaciones de una realidad que emerge caótica y que se resiste a ser aprisionada por definiciones rígidas y uniformes.

Por último, un avance importante de los últimos años, presente en una amplia gama de investigaciones sociodemográficas, ha sido la incorporación de la perspectiva de género en tanto dimensión, que enriquece la comprensión e interpretación de los análisis sobre los fenómenos poblacionales. En esta línea, el trabajo de Szasz y Lerner representa un esfuerzo de sistematización de algunas reflexiones sobre las complejidades inherentes tanto a la propia categoría de género como a aquellas que surgen del intento de su aplicación en la investigación sociodemográfica. Las autoras inician el texto señalando que, para ellas, el género corresponde a "un sistema de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores que las sociedades construyen en torno a la diferencia biológica entre hombres y mujeres", sistema que en lo general se organiza de manera jerárquica y desigual, y que constituye tanto una realidad objetiva como subjetiva en la que hombres y mujeres aparecen también como actores sociales recreadores de significados. Con base en esta apreciación, organizan su texto en dos grandes apartados. En el primero revisan las dificultades conceptuales y metodológicas que implica la categoría de género, y en el segundo, ilustran estas dificultades en tres fenómenos demográficos específicos: las migraciones, la morbi-mortalidad, y la fecundidad.

En el primer apartado, referente a las complejidades conceptuales y metodológicas en torno a la categoría de género, las autoras señalan que un primer consenso logrado alrededor de esta temática es el aún insuficiente y limitado conocimiento acumulado, y del que han partido numerosas y diversas interrogantes. Como contribución al debate, las autoras presentan algunas reflexiones en torno a los diversos conceptos de género que han estado presentes en el campo disciplinario específico de la demografía.

Los estudios sobre la mujer y las aportaciones feministas desarrolladas en los años ochenta del siglo XX, implicaron una introducción más explícita de la categoría de género en el campo sociodemográfico. Szasz y Lerner identifican en este sentido tres abordajes principales: el primero sería la introducción de la noción de condición o situación social de las mujeres y que se caracteriza por visibilizar y dar cuenta de las condiciones sociales desventajosas en la vida de las mujeres; el segundo implica la introducción de la conceptualización de la categoría de género como una construcción social y cultural, que aparece como un elemento central para interpretar los orígenes y condiciones de la desigualdad y subordinación de la mujer, abordaje que implicó una diferenciación sustancial frente a visiones biologicistas y esencialistas previas. Un tercer abordaje enfatiza la dimensión relacional de la perspectiva de género, y que consecuentemente desmonta visiones previas de "un mundo de las mujeres aparte del mundo de los hombres". El género deja de ser una característica de lo individual y pasa a referirse a relaciones sociales entre diferentes actores.

En lo que respecta a las reflexiones sobre las relaciones entre género y fenómenos demográficos, existen diversos problemas conceptuales y metodológicos inherentes al quehacer demográfico y que deben ser considerados. En efecto, el análisis demográfico de los cambios en las conductas de agregados de individuos no permite establecer inferencias causales sobre las relaciones entre sistemas de género y comportamiento reproductivo, ni distinguir entre los efectos de las condiciones de género y los efectos de otras posibles "variables confusoras" a las que puede haber estado expuesta una misma población. La búsqueda de solución a esta dificultad a partir de aproximaciones comparativas entre contextos culturales diferentes con variaciones en los sistemas de género no ha permitido tampoco establecer una relación causal que permita constatar los efectos demográficos de cambios en las relaciones de género a través del tiempo.

Asimismo, la diversidad dimensional de la categoría de género advierte ya acerca de la dificultad de su operacionalización dentro de la lógica inherente al propio análisis demográfico. En tal sentido, otra importante dificultad metodológica es la insuficiencia de los indicadores que se han desarrollado para dar cuenta de los sistemas de género, como son escolaridad, participación económica, jefatura de hogar femenina, etc. Se ha señalado que la relación observada entre estos indicadores y la reducción de la fecundidad femenina y la mortalidad infantil no significa que la relación entre éstas variables sea directa, ya que es necesario integrar la mediación de dimensiones del género como pueden ser la autonomía y el empoderamiento de las mujeres. En este sentido, la complejidad y multidimensionalidad de los sistemas de género, dificultan su descripción a partir de indicadores únicos y mensurables.

La búsqueda de soluciones metodológicas ha llevado a la introducción de nuevas complejidades metodológicas, y al reconocimiento de la importancia de combinar diversas metodologías y técnicas como serían, por ejemplo, las encuestas y las entrevistas en profundidad, ya que el análisis de los desfases entre las dimensiones objetivas y subjetivas de la desigualdad genérica y entre las prácticas y los discursos de los actores requiere la complementación entre los acercamientos cuantitativos y cualitativos.

En el segundo apartado de este trabajo, Szasz y Lerner detallan los aportes que la perspectiva de género ha hecho al estudio de tres componentes principales de la dinámica demográfica: la migración, la morbimortalidad y la fecundidad con hincapié en los principales ejes o rutas que han sido consideradas en el análisis de estos fenómenos y la riqueza interpretativa que aportan.

En el caso del estudio de las migraciones de mujeres, un aporte ha sido la consideración de las construcciones de género y de las relaciones de poder como categorías de mediación, es decir, como categorías que aparecen mediando entre las transformaciones político-económicas macroestructurales y las características de los flujos migratorios. En esta línea, las autoras exponen los hallazgos sobre las migraciones de mujeres en referencia a tres dimensiones de las relacio-

nes de género: la construcción social de la identidad femenina; las relaciones de poder en las interacciones entre hombres y mujeres; y las desigualdades sociales entre hombres y mujeres.

La consideración de la construcción social de la identidad femenina, ha permitido detectar que "la movilidad femenina está circunscrita a ciertas motivaciones, a ciertas etapas en la trayectoria de vida, a ciertos tipos de actividad y a determinadas formas de residencia que no afecten la condición de casaderas de las mujeres solteras, y la fidelidad de las casadas". En lo referente a las migraciones laborales, el enfoque de género ha propuesto analizar el papel que juegan los mercados de trabajo en la configuración de las migraciones femeninas, así como las características de empleo que promueve en los contextos de origen y destino. Por otra parte, la consideración de las relaciones de poder manifiestas en las interacciones entre hombres y mujeres ha llevado a vincular el estudio de las relaciones entre migración y familia, con los desarrollos teóricos del pensamiento feminista sobre las relaciones de cooperación y conflicto al interior de los hogares.

Un segundo fenómeno demográfico considerado por las autoras es el análisis de la mortalidad y la morbilidad. Al respecto, ellas señalan que las investigaciones sobre las relaciones entre género y salud se han referido principalmente a los vínculos entre la condición social de las mujeres en las esferas de salud reproductiva, laboral y mental, prescindiendo con frecuencia de la perspectiva de los varones y de las relaciones hombre-mujer como dimensiones que afectan la morbimortalidad. Al igual que en el análisis previo sobre el fenómeno de las migraciones femeninas, las autores proponen abordar las relaciones entre género y morbimortalidad a partir de tres dimensiones de las relaciones de género que afectan la salud: la construcción social de las identidades masculina y femenina; las relaciones de poder en las interacciones entre hombres y mujeres y las desigualdades o asimetrías sociales entre hombres y mujeres.

En lo referente a la relación entre identidades de género y mortalidad, la literatura existente muestra que esta dimensión puede afectar la morbilidad y la mortalidad a partir de concepciones diferenciadas sobre la corporalidad femenina y masculina, y en cuya construcción simbólica han intervenido la misma práctica y saber médicos. Identidades genéricas masculinas fundadas en el concepto de riesgo e identidades genéricas femeninas centradas en el concepto de capacidad relacional y de cuidado de otros tienen implicaciones en diversos niveles como pueden ser la dimensión conductual, la división del trabajo, la percepción de signos y síntomas de padecimientos y la toma de acciones requeridas para atender padecimientos, entre muchos otros. Por otra parte, el análisis de los vínculos entre relaciones de poder, morbilidad y mortalidad, ha señalado que la afectación en la capacidad para tomar decisiones sobre el propio cuerpo, influye en consecuencia sobre los cuidados a la salud. Finalmente, las autoras señalan, en referencia a las desigualdades sociales de género y mortalidad, que es a este nivel donde las condiciones estructurales del contexto cobran impor-

tancia en la definición de la relevancia o no de las desigualdades de género en sus efectos sobre la salud tanto de hombres como de mujeres, ya que la asociación entre contextos socioeconómicos y epidemiologías sociales diferenciados ha permitido introducir en la reflexión los distintos niveles de determinación de los fenómenos estudiados.

Por último, en relación con la fecundidad, las autoras centran su exposición en las críticas que se han formulado desde el enfoque de género a las teorías demográficas sobre este tema y señalan algunas de las complejidades metodológicas que representa la incorporación de la categoría de género y el estudio del comportamiento masculino para el análisis de la fecundidad.

El desarrollo inicial de análisis estadísticos y la incorporación *a posteriori* de principios e inferencias de diversas teorías sobre la interrelación de los fenómenos demográficos con la dinámica social ha dado lugar a la falta de una crítica sistemática y continua en la propia investigación demográfica. En este sentido, las autoras reconocen que la insuficiente recuperación de los avances teóricos de las ciencias sociales para el estudio de la reproducción ha sido cuestionada tanto en el debate sociodemográfico latinoamericano como desde la demografía antropológica, los estudios histórico-demográficos y los estudios de género. Estos últimos han dirigido sus críticas principalmente a los modelos explicativos que se formularon a partir de los llamados "determinantes próximos de la fecundidad", cuestionando la exclusión de la pareja y las relaciones sexuales, conyugales y familiares, al centrar el estudio de la fecundidad únicamente en las mujeres y en sus procesos individuales de toma de decisión.

En este sentido, los aportes de la introducción de la categoría de género en el análisis de la fecundidad han sido múltiples; entre éstos puede señalarse la evidenciación de que las normas ideales implícitas en la teorización demográfica no se adaptaban ni a la realidad de los propios países industrializados, ni mucho menos a las complejas realidades familiares, culturales y de relacionamiento sexual de Asia, África y América Latina. Estas críticas al reduccionismo de la teoría de la transición demográfica, junto con la reciente inclusión del enfoque sobre salud reproductiva en las conferencias internacionales sobre población, han facilitado el desarrollo de investigaciones que toman en mayor consideración las dimensiones socioculturales del comportamiento reproductivo y han propiciado la realización de investigaciones sociales que consideran las diversidades de las identidades y de los comportamientos masculinos y femeninos en distintos entornos culturales.

Asimismo, las autoras destacan los intentos recientes para incorporar a los varones en la investigación demográfica sobre la fecundidad, lo que aunque representa grandes desafíos metodológicos, aparece también como una tarea largamente postergada y sin lugar a dudas indispensable. Inicialmente, la investigación demográfica clásica sobre fecundidad no sólo dejaba de lado las visiones de los hombres al respecto, sino que además no tomaba en cuenta su participación

y responsabilidad en procesos como los de formación familiar, de relación de pareja y compromiso con los hijos, y la construcción social de la paternidad. Más recientemente, este tema ha llevado a una mayor proliferación de estudios sobre los procesos de toma de decisiones y las disparidades genéricas en percepciones, deseos y motivos vinculados con los hijos y el uso de anticonceptivos.

En suma, para Szasz y Lerner la construcción social del género constituye una dimensión relacional cuya influencia en las migraciones, en la morbilidad y la mortalidad, en la fecundidad y en el comportamiento reproductivo, debe buscarse no sólo en las condiciones socioeconómicas de las mujeres, sino también en la esfera cultural, en las relaciones entre ambos sexos y en la experiencia subjetiva tanto de varones como de mujeres. Asimismo, la complejidad de las articulaciones entre desigualdad de género y otras formas de desigualdad social son tan manifiestas que toda consideración de las interrelaciones entre género y fenómenos demográficos requiere la concreción del contexto espacial, temporal, histórico, sociocultural y de experiencias subjetivas en que ocurren esas relaciones. Esto evidencia la necesidad de nuevas orientaciones y esfuerzos de carácter metodológico en el quehacer demográfico así como la urgencia de retomar los debates epistemológicos subyacentes a los diversos enfoques sociales que la demografía ha ido incorporando.

En la tercera sección de este libro, se presentan tres trabajos breves, que corresponden a comentarios y reflexiones que hacen los autores, a partir de la lectura de algunos de los trabajos que fueran presentados en páginas anteriores. Con estos textos, hemos querido incorporar parte del debate que se suscitó durante la presentación en la VI Reunión Nacional de Demografía, de los trabajos aquí publicados.

Con un gran espíritu de provocación, José Miguel Guzmán inicia sus comentarios preguntándose si ante los cambios de la sociedad contemporánea no deberíamos hablar del fin de la demografía, en el mismo sentido como en años atrás se habló del fin de la historia. Más allá de la respuesta, la pertinencia de la pregunta es que abre el debate hacia la caracterización del momento actual como una época de cambios, un punto de inflexión único que exige repensar las certezas (demográficas) que hemos construido. La problemática malthusiana, por ejemplo, ya no permite apreciar los nuevos desafíos de la demografía que estarían más centrados en el campo de lo cualitativo y de lo normativo, es decir, de lo ético.

En este sentido, los comentarios y provocaciones del autor se pueden tomar como una invitación a repensar la situación actual de la demografía, así como su reinserción en el centro mismo de la turbulencia científica, social, cultural y económica de la sociedad contemporánea, dando prioridad a los procesos de síntesis y de integración y al fortalecimiento de su papel predictivo, a través de un mejor conocimiento y manejo de relaciones entre lo micro y lo macro, entre lo cualitativo y lo cuantitativo, sin dejar de considerar la perspectiva ética del quehacer del demógrafo en la era actual.

Después de reseñar los principales aportes de cada texto, Guzmán se centra en una serie de propuestas teóricas y metodológicas desde las cuales propone retomar una visión más abarcadora del curso de la demografía en América Latina. Inicia retomando los avances de la demografía en las últimas décadas del siglo pasado. En este sentido, destaca que el principal logro de la demografía latinoamericana fue su posicionamiento enfrente al pensamiento crítico en la región, aportando no sólo investigaciones empíricas, sino conceptos y reflexiones metodológicas referidas a las relaciones teoría-datos y teoría-praxis.

En este sentido, Guzmán nos señala cinco características del desarrollo de la demografía en la región hasta mediados de los noventa. Por un lado, señala que a pesar de los avances teórico-metodológicos, se trata de una etapa que él denomina como "pragmatización de la investigación", privilegiándose el estudio de los efectos de los cambios demográficos y su incorporación en el terreno de las políticas sociales. En segundo lugar, se produce un avance en lo metodológico al menos en dos áreas importantes: en términos de un creciente uso de herramientas estadísticas de análisis, por un lado, y la apertura a metodologías de investigación cualitativa, que aunque ingresan al campo de la demografía, no siempre logran un estatus y valoración acorde con sus aportaciones al conocimiento demográfico, por otro. En tercer lugar, se produce una importante revalorización de los censos de población como fuente principal de información demográfica. En cuarto lugar, destaca la recuperación de la geografía en el análisis e interpretación de lo demográfico. Por último, cabe señalar la diversificación de los campos de investigación y su interrelación con el estudio de problemas y las políticas sociales respectivas. Digamos que se abre la investigación en demografía a campos antes considerados fuera de esta área (tal es el caso de los estudios de género, sexualidad, medio ambiente, entre otros).

Con base en estos antecedentes, el autor retoma la pregunta sobre el reposicionamiento de la demografía en la sociedad contemporánea. En este sentido, señala cinco retos que enfrenta la demografía actualmente, y que definen otras tantas rutas de avance y superación del pensamiento demográfico tradicional.

1. Desde siempre la demografía ha sido una disciplina orientada por lo social y lo político, por lo mismo, es necesario la revalorización de los objetivos sociales y políticos de modo que permitan una mayor comprensión de los fenómenos demográficos en la era actual.

2. La profundización en el desarrollo teórico y metodológico de la demografía, apoyándose en el desarrollo y avance de otras ciencias sociales y humanas. Sobre este punto hay quienes plantean que esta apertura de la demografía pudiera derivar en una pérdida de identidad disciplinaria. Sin duda se trata de un tema polémico y que será debatido ampliamente en las próximas décadas.

3. Se trata de abrir la demografía al desarrollo reciente de modelos matemáticos y estadísticos más complejos, que nos permitirían darle también mayor complejidad a las concepciones teóricas que soportan las redes de causalidad

entre los fenómenos demográficos y sus determinaciones mediatas e inmediatas. En este sentido, la complejidad no debe entenderse como una mera sofisticación técnica, sino como la capacidad para hacernos nuevas preguntas y plantearnos nuevas exigencias, la reflexión sobre los límites de la ciencia, la certeza y sobre los modos de representación científica de la realidad.

4. Guzmán señala la posibilidad de introducir la incertidumbre en la demografía. En general, nos hemos acostumbrado a ver el mundo y los fenómenos demográficos como un universo de certezas. Sin embargo, estamos enfrentados a fenómenos cuya predictibilidad es más compleja de la que nuestros modelos actuales permiten. Por de pronto, en la actual etapa postransicional, ya no contamos con un cuerpo teórico como la teoría de la transición demográfica que nos permita definir con cierto grado de certeza el curso futuro de variables como la mortalidad y la fecundidad.

5. El autor subraya el compromiso de la demografía con la ética y los derechos humanos. La ética no ha sido suficientemente considerada en la demografía, a pesar de que los fenómenos que esta disciplina estudia tocan los aspectos más esenciales de los seres humanos: la vida y la muerte. Actualmente, vivimos en un momento en el que más que nunca tiene que elegirse entre opciones y esta elección requiere de fundamentos que tienen que ver con decisiones éticas que comprometen el futuro mismo de la humanidad. La ética se relaciona con el ejercicio de derechos porque las opciones que se tomen implican la responsabilidad ya no sólo con uno mismo, sino también con el conjunto.

El segundo trabajo corresponde a comentarios y reflexiones que desarrolla Alejandro I. Canales a partir del texto "Debate sobre la situación actual de las ciencias sociales", de Hugo Zemelman. En concreto, organiza sus comentarios en siete apartados, en cada uno de los cuales reflexiona desde y para la demografía, un concepto o línea argumentativa del pensamiento de Hugo Zemelman.

En primer lugar, señala la exigencia de asumir en el pensamiento demográfico una perspectiva de autorreflexión, en términos de la disyuntiva zemelmaniana entre un saber hacer y un saber pensar. En particular, Canales señala que en el quehacer del demógrafo ha predominado una práctica de investigación basada en un pensamiento lineal. En este sentido, desde la demografía, el concepto de autorreflexión encierra una potencialidad nada despreciable, especialmente en términos de las exigencias de un *quehacer* científico centrado más en el *saber pensar* que en el *saber hacer*.

En segundo lugar, Canales retoma la tesis sobre la necesidad de pensar nuestro presente como un cambio de época. Para el autor, esta perspectiva de entendimiento de los tiempos actuales resulta relevante no sólo para el pensamiento social en general, sino también para la demografía en particular. La dinámica de la población en los tiempos actuales, se caracteriza por el proceso de envejecimiento de la población, que viene a clausurar además el proceso (y discurso) de la transición demográfica. En este sentido, este cambio demográfi-

co plantea una exigencia doble. Por un lado, la necesidad de nuevas perspectivas que permitan "ver" y captar los nuevos parámetros que rigen la dinámica de la población en la sociedad contemporánea, y por otro lado, la necesidad de nuevos instrumentos conceptuales y metodológicos que permitan "leer" e interpretar estos cambios a la luz de las condiciones sociales de la época actual.

En tercer lugar, Canales reflexiona en torno a la dimensión histórica de los procesos sociales y demográficos desde dos dimensiones complementarias. Por un lado, la necesidad de considerar el carácter longitudinal, diacrónico de los procesos y cambios demográficos. Para ello, señala la importancia de un pensamiento que articule los distintos tiempos y temporalidades de los diferentes fenómenos demográficos y sociales. Por otro, la necesidad de pensar la historia como presente, esto es, como ámbito de mediación. En concreto, nos llama la atención sobre el hecho de que nuestros métodos de aprehensión y comprensión de los procesos sociales y demográficos no son ajenos al momento histórico desde el cual se construye dicho conocimiento.

En cuarto lugar, Canales señala la necesidad de reflexionar sobre la naturaleza de la relación sujeto-objeto en la demografía. En particular, sobre la posición del demógrafo respecto a su presente, y por sobre todo, sobre su compromiso con el futuro. En particular, centra su atención en torno al papel y uso del análisis prospectivo en demografía. Por lo general, los demógrafos tienden a pasar por alto que en las proyecciones de población, el futuro proyectado demográficamente es sólo un instrumento para validar y legitimar un discurso demográfico *en* el presente y una estrategia de acción política también en los tiempos del presente.

Un quinto punto de reflexión retomado por Canales, se refiere al continuo divorcio entre la práctica de investigación y los discursos filosóficos y epistemológicos, práctica que suele ser recurrente en la investigación demográfica tradicional. De hecho, en no pocos casos, no sólo se da este divorcio, sino que suele enaltecerse esta separación. Tal pareciera que lo fundamental fuera el desarrollo de las técnicas y la aplicación de tecnologías por sobre el proceso de pensamiento y reflexión de la misma investigación demográfica. En este marco, la riqueza técnico-metodológica contrasta con la pobreza teórica y conceptual. Hay mucho análisis, pero poca reflexión. Hay una amplia capacidad de trabajo técnico, de apropiación de objetos, pero no de construcción de ellos.

Un sexto tema que retoma el autor se refiere al concepto de transitividad y reflexividad de los fenómenos sociales, que parece estar ausente en el pensamiento demográfico. Así por ejemplo, señala que el concepto de transición demográfica plantea adecuadamente la noción de un movimiento demográfico; sin embargo, no considera adecuadamente su condición de reflexividad. En concreto, la ausencia de un pensamiento reflexivo se manifiesta en el hecho de que la transición demográfica no implica un cuestionamiento de sí misma ni de sus significados, esto es, no implica una transitividad de significaciones.

En séptimo lugar, Canales señala que sus reflexiones van más allá de la clásica distinción entre estudios de población y análisis demográfico, en términos de que sus tesis implican una reflexión aún más profunda que involucra a ambas posiciones de este debate. En otras palabras, las exigencias epistémicas que él señala en sus comentarios no se restringen a señalar las deficiencias del análisis demográfico, sino también de los llamados "estudios de población".

Por último, el tercer texto corresponde a reflexiones elaboradas por Hugo Zemelman a partir de los comentarios que hiciera Alejandro Canales a su texto original. En este texto, Zemelman pone especial atención en la exigencia epistémica de que el investigador y científico social sea capaz de posicionarse frente a su realidad social, esto es, a su historia presente y a su época. La exigencia de empiricidad prevaleciente en las ciencias sociales actuales, y la demografía en particular, ha hecho que la función operativa de la investigación empírica predomine por sobre las estructuras discursivas, situación que vuelve más difícil la necesidad de que el científico resuelva el modo de relación con el momento histórico desde el cual se produce el conocimiento.

En tal sentido, Zemelman señala que si en el pasado las humanidades y la ciencia se enriquecieron del desarrollo de la filosofía, hoy en cambio, esa relación se encuentra rota, y determina una separación entre el conocimiento científico y el pensar filosófico, o simplemente especulativo, lo que conlleva el riesgo, ya bastante visible, de ir encerrando a la ciencia en simples tecnologías sin pensamiento.

En el caso de las ciencias sociales, lo que decimos es todavía más grave, pues lleva muchas veces a construir un conocimiento carente de perspectivas al perderse en el detalle del hecho (aparentemente apropiado con todo rigor), pero sin claridad acerca de su significación, en razón de que el conocimiento se construye sin preocupación por el momento histórico en que se ubica. Y cuando éste es considerado se transforma en un objeto en sí en vez de cumplir la función de ángulo desde el que se organiza el pensamiento; un objeto que fácilmente se transforma en contenido de un discurso ideológico.

Finalmente, Zemelman señala que a partir de esta exigencia de posicionamiento frente al presente, de ubicación histórica y epocal, podemos distinguir entre dos momentos en el proceso de construcción del conocimiento; un primer momento, que es propio del acto de pensar el tema particular desde la exigencia de su contexto que llamamos colocación ante la realidad; y un segundo momento que corresponde al de la apropiación de la realidad a partir de la construcción del problema que puede, como tal, dar lugar a distintos objetos analíticos de investigación. En síntesis, nos ubicamos ante requerimientos fundamentales como entender la especificidad histórica del problema, y de otra, a partir de esa comprensión construir un conocimiento que sirva para apoyar el desenvolvimiento de la capacidad del hombre para activar la realidad.

Bibliografía

Astorga Almazán, Luis (1988) "La invención de la población", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4. México: IIS-UNAM.

Balán, Jorge (1984) "Contribución latinoamericana al estudio de la relación entre población y desarrollo: balance y perspectivas", *Memorias del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo*, México: El Colegio de México/PISPAL/UNAM, pp. 45-61.

Beck, Ulrich (1998) *Qué es la globalización. Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, México: Paidós.

—— (1994) "The Reinvention of Politics: Towards a Theory of Reflexive Modernization", en U. Beck, A. Giddens y S. Lash, *Reflexive Modernization. Politics, Traditions and Esthetics in the Modern Social Order.* Stanford, California: Stanford University Press.

Benítez Z., Raúl (1994) "Visión latinoamericana de la transición demográfica. Dinámica de la población y práctica política", *La transición demográfica en América Latina y El Caribe. IV Conferencia Latinoamericana de Población*, vol. 1, ABEP, Celade, IUSSP, Prolap, Somede. México: INEGI/IISUNAM, pp. 29-53.

Canales, Alejandro I. (2002) "El concepto de globalización en las ciencias sociales. Alcances y limitaciones", en Jesús Arroyo, Alejandro I. Canales, y Patricia Vargas (comps.), *El norte de todos. Migración y trabajo en tiempos de globalización.* Guadalajara: Universidad de Guadalajara/Universidad de California en Los Ángeles/Juan Pablos Editor.

—— (2001) "Discurso demográfico y posmodernidad. Una revisión crítica del pensamiento malthusiano", *Estudios Sociológicos*, vol. XIX, núm. 56. México: El Colegio de México, pp. 381-417.

—— (1999) "Investigación y docencia en población. Breve historia de encuentros y desencuentros", en R. Benítez y R. Jiménez (coords.), *Hacia la demografía del siglo XXI.* México: IISUNAM/Somede.

Heller, Agnes (1991) *Historia y futuro. ¿Sobrevivirá la modernidad?* Barcelona: Península.

Ianni, Octavio (1996) *Teorías de la globalización.* México: Siglo XXI Editores.

Mattelart, Armand (1974) "Prefiguración de la ideología burguesa. Lectura ideológica de una obra de Malthus", en *Ideología y medios de comunicación.* Buenos Aires: Amorrortu.

Mires, Fernando (1994) *El discurso de la miseria, o la crisis de la sociología en América Latina.* Venezuela: Nueva Sociedad.

Miró, Carmen (1994) "El debate latinoamericano sobre población y desarrollo", en F. Alba y G. Cabrera (comps.), *La población en el desarrollo contemporáneo de México.* México: El Colegio de México.

Singer, Paul (1971) *Dinámica de la población y desarrollo. El papel del crecimiento demográfico en el desarrollo económico.* México: Siglo XXI Editores.

Wallerstein, Immanuel (1998) *Después del liberalismo.* México: Siglo XXI Editores.

—— (1991) *Unthinking the Social Sciences. The Limits of Nineteenth-Century Paradigms.* Oxford, Inglaterra: Polity Press.

Zemelman, Hugo (1982) "Problemas en la explicación del comportamiento reproductivo (sobre las mediaciones)", en *Reflexiones teórico-metodológicas sobre investigación en población.* México: El Colegio de México.

2
Demografía de la desigualdad
El discurso de la población en la era de la globalización

ALEJANDRO I. CANALES

Introducción

Desde la segunda mitad de los ochenta, las ciencias sociales en América Latina —la demografía entre ellas— atraviesan por una profunda crisis de identidad. Esta crisis está directamente vinculada con dos fenómenos distintos pero complementarios. Por un lado, el creciente desencanto respecto a los grandes paradigmas teóricos que predominaron en el debate académico y político hasta fines de los setenta. Por otro, las grandes transformaciones sociales, culturales, políticas y económicas del fin de siglo, que plantean la transición de una sociedad industrial a una sociedad informacional (Kumar, 1995; Castells, 1998). Esto es especialmente válido en el contexto latinoamericano, en donde el proyecto de industrialización y modernización nació trunco y desarticulado (Mires, 1993).

Sobre este proceso de cambios sociales y paradigmáticos se ha desarrollado un amplio e inacabado debate. Sin embargo, hay un punto en el que diversos autores parecen coincidir. Me refiero al hecho de que con el fin de siglo se inauguraría una nueva era, en la que un determinado modo de entender y pensar el mundo está siendo cuestionado y sustituido por otro (Ianni, 1996; Heller, 1991). En este sentido, diversos conceptos y teorías se han usado para referirse a esta necesidad de repensar el mundo como un todo. En particular, dos categorías tienden a destacar en el debate social contemporáneo. Por un lado, la noción de que estaríamos entrando en una era posmoderna, esto es, posterior a la era de la modernidad. Por otro, la idea de pensar los procesos en términos globales, esto

es, con base en la globalización de la sociedad contemporánea, misma que no se circunscribe únicamente a lo económico, sino que abarca todas las dimensiones de la vida actual (Appadurai, 1990; Lash y Urry, 1998; Giddens, 1990).

Ambas categorías —*posmodernidad* y *globalización*— aluden a dos dimensiones del debate contemporáneo mediante las cuales se intenta comprender las recientes transformaciones en la sociedad mundial. Más allá de lo acertado o no de los términos en sí, el sello característico de ambas categorías es que coinciden en señalar que estamos viviendo una era de cambios, de emergencia de nuevos horizontes históricos que dejan al descubierto las deficiencias y limitaciones de las ciencias sociales, en términos de su compromiso con una cosmovisión muy particular y que se ha dado en llamar modernidad (Wallerstein, 1998). En este marco, las ciencias sociales han de ser radicalmente reformuladas, no sólo en términos de sus principios teóricos, sino también metodológicos y epistemológicos.

Ahora bien, la demografía y los estudios de población parecen estar ausentes de este debate. Salvo honrosas excepciones, no parece haber una reflexión que retome esta crisis de las ciencias sociales a la luz de la investigación demográfica. Si bien en los últimos lustros ha habido una importante apertura a nuevos campos de problematización en la investigación sociodemográfica,[1] ella no ha ido acompañada de una reflexión en torno a un metadiscurso que los integre y les dé un sentido más allá de sus significados parciales. En este sentido, esta diversificación temática, redunda más bien en una atomización y desarticulación de la investigación demográfica, sin que puedan aún definirse los campos o parámetros sobre los cuales configurar el *problema* demográfico ni el dis*curso* de la demografía para el presente siglo. En otras palabras, hace falta un ejercicio de repensar (*impensar*, diría Wallerstein, 1991) el discurso demográfico a la luz de los nuevos elementos que surgen del debate contemporáneo en las ciencias sociales.

En este sentido, la demografía que viene está enfrentada a una serie de tensiones no sólo teóricas y metodológicas, sino también epistémicas, en términos de que está en cuestionamiento el sentido mismo de la demografía, esto es, su posicionamiento respecto al cambio y dinámica de la sociedad contemporánea. Por un lado, el cambio en la dinámica demográfica plantea la obsolescencia de muchas de las preocupaciones que orientaron el quehacer del demógrafo. Por otro, el advenimiento de la sociedad informacional (global y postindustrial) plantea nuevos horizontes de significación de lo demográfico, de su trascendencia y de sus alcances (Canales, 2001b).

En América Latina, desde siempre el sentido de las ciencias sociales ha sido el entendimiento del cambio social. Fieles a esta tradición, el desafío es la

1. Tal es el caso, por ejemplo, de los trabajos publicados en los libros *Para comprender la subjetividad*, coordinado por C. Martínez y S. Lerner, y *Demografía da Excluçaô Social*, coordinado por Ma. Coleta de Oliveira.

reinserción de la investigación demográfica en el seno de las transformaciones de la sociedad latinoamericana contemporánea. Si algún sentido tuviese la demografía que viene, este no es otro que hacerse cargo de la y las poblaciones en la sociedad que actualmente se construye. Por lo mismo, las nuevas claves de la demografía han de surgir de la reflexión y revisión crítica de los procesos de cambio social y demográfico que actualmente se manifiestan en nuestras sociedades.

La demografía, al igual que las demás ciencias sociales en América Latina, está sometida a una serie de desafíos que tensionan su quehacer, su práctica, su manera de pensar y reconstruir su particular objeto de estudio. Estos desafíos surgen de las contradicciones y tensiones teóricas, metodológicas y epistémicas que atraviesan el quehacer y reflexión del demógrafo, y que exigen repensar el sentido de la investigación demográfica actual de cara a las transformaciones de la sociedad contemporánea. Se trata de las tensiones que surgen de la ya tradicional pregunta del "para qué" hacer investigación demográfica actualmente. O mejor dicho, desde dónde se habla de la población, desde dónde se piensa y problematiza lo demográfico, cuáles son los horizontes que dan sentido y legitimidad al quehacer del demógrafo.

Hoy en día, en que la llamada transición demográfica parece estar llegando a su fin (Teitelbaum y Winter, 1985), situación que además coincidiría con el fin de la modernidad clásica y el advenimiento de una sociedad posmoderna, cabe preguntarse entonces desde dónde podemos reconstruir el sentido de la demografía. Si el sentido y trascendencia de la investigación demográfica venía dada por los metadiscursos de la población y la modernización, cuáles serán los marcos de legitimación del quehacer demográfico en esta era posmoderna que cuestiona, precisamente, el sentido mismo de la modernidad. No cabe duda que en los tiempos actuales ha de replantearse la posición del demógrafo (y demás cientistas sociales), de cara a las nuevas claves de autoentendimiento y reflexividad que exige la sociedad posmoderna.

Como he señalado en otro texto (Canales, 2001a), la *población*, como categoría social y como categoría teórica, surge en el seno de la sociedad moderna. Su conceptualización (problematización) ha sido con base en los principios de la modernidad a partir de los cuales se ha delimitado y legitimado la llamada *cuestión poblacional*, tanto en términos de los significados (usos) del término población, como de sus alcances y relaciones con la modernidad. Por de pronto, la población importa en cuanto abstracción que nos incluye a todos por igual, como "cantidad", y es esta dimensión de la población, el *quantum* demográfico, desde la cual se problematizó su papel en la modernización de la sociedad.

En la modernidad industrial, la pregunta por la población se construyó en torno al proceso de modernización-industrialización-desarrollo. Desde éste, se construían los distintos sentidos y significados (usos) posibles de la población y su dinámica. Asimismo, desde la modernización, y los presupuestos subyacentes

del liberalismo, se delimitó el significado de la categoría población. La cuestión demográfica se definió en función del proceso de modernización. O lo que es lo mismo, tanto la pregunta por la población, como la respuesta provenían de una misma matriz de pensamiento: el liberalismo de la modernidad, que entronizaba el progreso y la modernización como el destino manifiesto no sólo de nuestras sociedades, sino de toda la humanidad.

En la medida que el advenimiento de la era global implica un resquebrajamiento de los parámetros sobre los cuales se constituía el proceso de modernización, reconstruyéndolos y reconfigurándolos, entonces, también ha de resquebrajarse la cuestión demográfica que surgiera de dicho proceso. La globalización implica entre otras cosas, una ruptura con los parámetros de la modernización, y por tanto, con el marco desde el cual se había elaborado el discurso de la población en la primera modernidad. En la era global, el concepto de desarrollo pierde su sentido original, ya no adquiere los significados y alcances que se le atribuían en la era moderna. Por de pronto, pierde el atractivo ideológico y de propuesta de futuro que este concepto incorporaba y en torno al cual se aglutinaban los más diversos sectores sociales y políticos (Canales, 2002).

Sin duda, hemos llegado a un punto de ruptura en la manera de pensar la población y entender la demografía. La cuestión aquí es cómo reconstruir una cuestión demográfica cuando la categoría "desarrollo" que le dio un sentido y significado, hoy pierde su capacidad analítica para dar cuenta de la realidad social. Qué hacer cuando los procesos sociales, económicos, culturales y demográficos configuran una realidad que no puede ser aprehendida por las teorías del desarrollo, no por insuficiencias "teóricas", sino porque pura y simplemente su configuración obedece a parámetros espacio-temporales *impensados* por dichas teorías sociales (Wallerstein, 1991).

En este contexto de globalización, surge entonces la posibilidad de revisar los significados y alcances de la categoría *población*, tanto en términos de sus usos teóricos como sociales y políticos. Asimismo, esta visión crítica nos permite abrir el pensamiento demográfico hacia nuevas posibilidades de entendimiento de la relación población-desarrollo y población-sociedad, con base en al menos dos ejes analíticos. Por un lado, las nuevas problemáticas demográficas y poblacionales que pueden asociarse y configurarse (construirse) en el proceso de globalización, y por otro lado, y desde un nivel más abstracto, respecto a los usos y alcances de la categoría población en una sociedad global.

Ahora bien, no es mi intención responder aquí a estas interrogantes, sino tan sólo mostrar su validez y pertinencia. Para ello, el objetivo de este trabajo es presentar con cierto ánimo de provocación, una serie de argumentos que me permiten sustentar estas interrogantes. En este sentido, el capítulo está estructurado en tres secciones. En la primera, se pasa revista al enfoque población-desarrollo, poniendo especial atención al debate desarrollado en y desde América Latina en la década de los sesenta y setenta. En particular, nos centramos en

aquellos conceptos y categorías que desde distintos enfoques teóricos contribuyeron a definir una cuestión demográfica en el marco del paradigma de la modernidad.

En la segunda sección presentamos una revisión del debate sobre la globalización, en especial sobre los alcances y exigencias analíticas que implica pensar la sociedad y la población en términos de su globalización. En este sentido, retomamos las interrogantes señaladas en esta introducción y proponemos un esquema de análisis de la población en el marco de la globalización. En este punto, se pone especial atención a las nuevas formas de estratificación social y de representación de la desigualdad social y diferenciación demográfica que permiten repensar y re-elaborar los usos y significados de la categoría "población", en particular de sus límites como categoría social y analítica. Esta reflexión nos permite sustentar nuestra principal propuesta que consiste en trasladar el discurso demográfico desde la tradicional relación población-desarrollo hacia un discurso de la *demografía de la desigualdad*. Esta tesis se sustenta en el hecho de que cada vez más, en la era de la globalización, las categorías de diferenciación demográfica (género, etnia, migración, generación, entre otras) devienen categorías de identidad cultural, diferenciación social y desigualdad económica y política.

La cuestión demográfica en la sociedad industrial. El debate población-desarrollo revisitado

El interés por la reproducción humana es tan antiguo como la humanidad misma. Sin embargo, la forma en que esta preocupación ha sido delimitada y reconstruida en cada sociedad es sustancialmente diferente. En la sociedad industrial la preocupación por la población y su reproducción puso el énfasis casi exclusivo en el virtual desajuste que se daría entre la dinámica demográfica y la dinámica de la modernización. Esta formulación del problema tiene su primera expresión formal en el planteamiento de Robert Malthus, hacia fines del siglo XVIII. El acierto de Malthus es hacer de la reproducción de la población una cuestión social e intelectual en el marco de la sociedad moderna emergente. Siguiendo a K. Davis (1986), la preocupación de Malthus por la población la podemos sintetizar en las siguientes dos preguntas:

- Qué factores determinan el nivel absoluto y el ritmo de aumento de la población humana.
- Cuáles son las posibles consecuencias de estos factores sobre la capacidad de crecimiento de los recursos económicos de una nación.

La tesis de Malthus podemos resumirla en los siguientes términos. De acuerdo con él, la capacidad de crecimiento de la población humana rebasa con mucho la capacidad de crecimiento de los recursos materiales para dar

alimento y sustentar la reproducción económica y social de dicha población. Malthus, en un lenguaje más algebraico, señalaba que mientras la población tendía a reproducirse a tasas geométricas, los alimentos y otros recursos materiales sólo lo hacían a tasas aritméticas (Malthus, 1986).[2] Con base en este esquema relativamente sencillo,[3] Malthus construye un esquema interpretativo en el cual se sintetiza todo un pensamiento sobre la relación población-desarrollo, que tenderá a predominar hasta nuestros días.

En concreto, la cuestión demográfica es construida en torno al desequilibrio —o tensión— que se generaría entre la dinámica de reproducción (crecimiento) demográfico y la de desarrollo o modernización de la sociedad. De esta forma, la población y su reproducción devienen cuestión política y social, producto de esta perspectiva que subraya la cuestión de los desajustes y desequilibrios entre ambos polos de la relación población-desarrollo, o población-modernización.[4]

En el siglo XX, estos planteamientos son retomados por distintos autores, quienes dan ciertos giros metodológicos y teóricos al planteamiento inicial de Malthus, avanzando en una formulación y conceptualización más detallada de la dinámica de la población, y sus relaciones con el proceso de modernización. Al respecto, se conceptualiza el cambio demográfico como un proceso de *transición demográfica*, entendiéndola como un modelo que permite integrar en un mismo análisis la dinámica del cambio en los distintos componentes del crecimiento demográfico (mortalidad y natalidad principalmente), con la dinámica del cambio social y económico (Kirk, 1996).

Esta forma de plantear el cambio en la dinámica de la población se sustenta en la apreciación de que el cambio demográfico forma parte del cambio social, entendido este último como proceso de modernización. En este contexto, la transición demográfica sería un componente de este proceso de cambio social, en tanto que con él se desea indicar el proceso de modernización de la dinámica demográfica, esto es, del comportamiento demográfico de la población (Thumerelle, 1996).

---

2. Casi dos siglos después de Malthus, El Club de Roma, por medio del informe de los Meadows, revivió este modelo simplificado, complejizándolo a partir de las posibilidades que abrió la tecnología computacional y el desarrollo de modelos de simulación que integran múltiples variables simultáneamente. Sin embargo, en el modelo de los Meadows los principios lógicos son prácticamente los mismos que llevaron a Malthus a su simplificado modelo población-recursos. Sólo cambiaron las formas de las relaciones algebraicas, y cierta actualización en términos de las funciones de crecimiento de los alimentos y otros recursos económicos.
3. Hoy en día, su tesis nos parece extremadamente sencilla, pero no olvidemos el contexto cultural e histórico en que ella fue formulada inicialmente. En este sentido, mi apreciación es que la fórmula de Malthus significó un importante avance, no tanto en la generación de teoría demográfica en sí como en la delimitación de una cuestión demográfica, del problema demográfico, acotado desde entonces a los niveles cuantitativos de la reproducción de la población humana en el marco de sociedades en proceso de modernización.
4. De aquí además que la orientación para una "política de población" es hacia la "restauración" de estos equilibrios básicos, con base en un control de la reproducción de la población, o de aceleración de la modernización vía políticas de industrialización y urbanización.

Esta *modernización demográfica* se expresaría concretamente en el tránsito desde una sociedad agraria y tradicional caracterizada por altos niveles de fecundidad y mortalidad, hacia una sociedad industrial y moderna caracterizada, en cambio, por bajos y controlados niveles de tales variables demográficas. La reducción en los niveles de las variables demográficas se asocia al proceso de modernización de la sociedad, en términos de que la secularización de las relaciones sociales implicarían un cambio radical en el comportamiento demográfico, en especial, con relación a las prácticas de reproducción de la población, la formación de hogares, la inserción laboral de las mujeres, el cambio en la estructura de valores, entre otros factores (Germani, 1969 y 1976).

Este cambio demográfico, asociado a la modernización, Livi Bacci (1994) lo interpreta como una ganancia en términos de una mayor "eficiencia demográfica", que se manifiesta en una reducción de los niveles de "caos demográfico", y un tránsito hacia el "orden demográfico". De acuerdo con este autor, en las sociedades tradicionales

> [...] el crecimiento era lento y se producía con una gran disipación de "energía" demográfica: las mujeres debían dar a luz media docena de hijos para poder ser remplazadas por la generación posterior. Cada generación de nacidos perdía entre la tercera parte y la mitad de sus componentes antes de que éstos alcanzaran la edad reproductiva. Las sociedades del *antiguo régimen* eran, por consiguiente, ineficientes desde el punto de vista demográfico [...] Además de su ineficiencia, el antiguo régimen demográfico se caracterizaba por el "desorden" demográfico. Eran notables las probabilidades de que un hijo muriese antes que sus padres, subvirtiendo el *orden natural* de la procedencia de las generaciones [...] Podemos decir que usamos la expresión "transición demográfica" para definir el proceso complejo del paso del desorden al orden y del desperdicio a la economía: este tránsito implica un descenso de los niveles altos a niveles moderados de mortalidad y fecundidad (Livi Bacci, 1994: 13-14).[5]

Sin embargo, la transición demográfica no puede entenderse como un proceso único, que se haya dado de la misma manera, con la misma intensidad y en forma simultánea en todas las sociedades. Asimismo, la forma e intensidad del descenso y control de las variables demográficas básicas (mortalidad y fecundidad) no parecen haber seguido el mismo patrón en todas las sociedades. Me

5. Esta cita es interesante, y la reproducimos en extenso por cuanto en cierto modo M. Livi Bacci no hace sino aplicar la teoría de la modernización al análisis del cambio demográfico, con prácticamente los mismos términos y la misma lógica de análisis y el mismo estatus para las categorías usadas. Su discurso expresa no sólo aspectos analíticos de la teoría de la modernización, sino también el trasfondo ideológico de su posición, que se expresa en la fuerza ideológica de diversas categorías usadas (eficiencia, orden, antiguo régimen, entre otras) que le permiten sostener la superioridad de un régimen demográfico moderno por sobre uno tradicional, superioridad sustentada en una mayor *racionalidad* en el uso de los recursos demográficos.

refiero no sólo a diferencias de ritmo, intensidad, duración e interacción entre las variables demográficas, sino también a diferencias en cuanto a la articulación de estos cambios con la dinámica de la modernización de dichas sociedades. De hecho, los diferentes modelos de cambio (transición) demográfico, no hacen sino reflejar los distintos modelos de modernización de la sociedad.[6]

Ahora bien, con base en este esquema de entendimiento del cambio demográfico, en la segunda mitad del siglo XX el debate sobre la relación población-desarrollo tendió a formularse en términos de una visión renovada y revisada del pensamiento malthusiano. En torno a él se han planteado dos posiciones extremas. Por un lado, se ubican quienes plantean que la mejor política de modernización es precisamente una adecuada política de población, esto es, de planificación y control del crecimiento demográfico. Por otro, están quienes sostienen que la mejor política de población, entendida en términos de control y reducción del crecimiento demográfico, es la modernización misma de la sociedad.

En el caso de la primera vertiente del neomalthusianismo, Notestein es claro al afirmar que "la nación que decida ser grande y próspera, puede lograr su objetivo más pronto si reduce cuanto antes y de manera drástica sus tasas de natalidad" (Notestein, 1945: 146). En este marco, la población y su dinámica son vistas como un factor que, junto a otros, resulta determinante para el tránsito hacia una sociedad moderna, próspera y encauzada en la ruta del progreso social.

Los planteamientos del Club de Roma, sintetizados en los libros de los Meadows sobre los límites del crecimiento,[7] se inscriben también en esta perspectiva. Para ellos, el problema es visto en términos de los límites que se plantean para el crecimiento de la población, en el marco de lo que posteriormente se conceptualizaría como desarrollo sustentable. Ellos señalan los peligros que implica para la sociedad moderna el que se sobrepasen los límites de crecimiento demográfico, lo que podría hacer insustentable el ecosistema. Así, con base en modelos de simulación, a principios de los setenta llegaron a plantear que:

6. En el caso de los países del Tercer Mundo, por ejemplo, este periodo de transición en la dinámica demográfica se caracterizaría por un crecimiento explosivo de su población, producto del distinto ritmo y patrón de respuesta de cada componente demográfico a las transformaciones en la estructura social generadas por el desarrollo económico y la modernización social. En concreto, se plantea que el mejoramiento en las condiciones de salud, servicios e infraestructura médica, habrían permitido una rápida caída de la mortalidad. Sin embargo, la fecundidad tendió a mantenerse elevada respondiendo con cierto retraso, debido a que la "modernización" de los patrones culturales que inciden en el comportamiento reproductivo, en el ámbito individual y familiar, ha sido más lenta y gradual (Benítez, 1994).
7. Me refiero, por un lado, al reporte del equipo del MIT al Club de Roma, que fuera publicado bajo el título de *Los límites del crecimiento* y, por otro, al libro *Más allá de los límites del crecimiento,* publicado a principios de los noventa, y que corresponde a una revisión y actualización completa del anterior.

> Si las actuales tendencias de crecimiento en la población mundial [...] continúan sin modificaciones, los límites del crecimiento en nuestro planeta se alcanzarán en algún momento dentro de los próximos 100 años. El resultado más probable será una declinación súbita e incontrolable tanto de la población como de la capacidad industrial. [8]

En este discurso neomalthusiano es clara la reformulación de la relación población-recursos en el marco de la modernización. Por un lado, la modernización es el objetivo, y por otro, la dinámica de la población es el obstáculo. El crecimiento de la población, sustentado en un régimen demográfico tradicional, constituiría un serio obstáculo para avanzar en el proceso de desarrollo y cambio social, objetivo que, no obstante, se vería más próximo si se redujera la presión demográfica sobre los escasos recursos de las economías nacionales mediante un descenso en los niveles de fecundidad.

En tanto obstáculo, la población deviene en medio y método privilegiado para lograr el desarrollo, la modernidad.[9] Con este principio se dio impulso y legitimidad a la formulación de las políticas de población. No se trataba de políticas de control de la dinámica demográfica pura y simplemente, sino de políticas de promoción del desarrollo y la modernidad. La población, esto es, su dinámica demográfica, adquiere un sentido utilitario definido en los marcos de la modernización de la sociedad industrial.

Desde una visión diferente, pero también dentro del marco neomalthusiano de la transición demográfica, se plantea la relación población-modernización en una dirección opuesta. No es la población la base de la modernización, sino a la inversa, es el desarrollo y consolidación de la sociedad industrial la base de la transformación del régimen demográfico. En efecto, ante el argumento que un excesivo crecimiento demográfico implicaría incrementar los recursos para el consumo de la población, reduciendo por tanto los recursos disponibles para el proceso ahorro-inversión, limitando con ello las posibilidades de desarrollo y transición hacia una sociedad moderna e industrial; desde esta perspectiva se contrargumenta, sin embargo, que el bajo nivel de ahorro-inversión no es producto del tamaño absoluto de la población, sino de la desigualdad e inequidad en la distribución del ingreso, lo cual ha dejado sistemáticamente al margen del consumo y del ahorro a una fracción significativa de la población (Singer, 1971).

En este sentido, la solución no viene por el lado del control demográfico, sino por el de las transformaciones de las estructuras tradicionales sobre las

---

8. Meadows et al., 1992, p. 20.
9. Tal pareciera que la población fuera un factor natural, como el clima, la tierra o el agua, cuya dinámica, al no estar controlada, puede atentar contra los objetivos de crecimiento y desarrollo. O lo que es lo mismo, que el control de esta fuerza natural (el crecimiento demográfico), al igual que el control de cualquier otra fuerza natural, posibilitaría el tránsito seguro hacia la modernidad.

que se sostiene dicha desigualdad social y económica (Petersen, 1988). De hecho, la transformación estructural de la sociedad posibilitaría la incorporación de grandes contingentes demográficos al mercado capitalista, lo cual a su vez, contribuiría a sostener una ruta de desarrollo y modernización a largo plazo, especialmente si se trata de una población en crecimiento. En síntesis, desde esta perspectiva el desajuste en la relación población-desarrollo, es ante todo una manifestación de las carencias de la modernización, entendida como el tránsito desde una sociedad agrícola y tradicional hacia una moderna e industrial.[10]

En este esquema vuelve a plantearse la necesidad de políticas de población, pero en un sentido completamente diferente. No se trataría ya de una política de promoción del desarrollo, sino de una que posibilite en la práctica la "modernización" de los patrones de reproducción demográfica. La modernización de la sociedad industrial, con la consolidación de sus estructuras e instituciones sociales (Estado nacional, sistema de bienestar, entre otros), generaría las condiciones necesarias que presionarían para una transformación del régimen demográfico. En este marco la política de población debería, entonces, ser el instrumento para dirigir esta transición demográfica. No es la política de población la que crearía un nuevo régimen demográfico, sólo aportaría los recursos materiales y logísticos para que dicho cambio se concretice.

Ahora bien, desde nuestra perspectiva, sin embargo, sostenemos que se trata en apariencia de posiciones opuestas, pero en ningún caso antagónicas. En ambas predomina una misma cosmovisión del problema demográfico, en donde las diferencias parecen más de forma y referidas al distinto papel que cada una le asigna a uno y otro concepto en la relación población-modernidad. Asimismo, ambas posiciones no son sino dos vertientes del pensamiento neomalthusiano, compartiendo ciertos elementos entre sí, y con el discurso de Malthus sobre la población.

Por un lado, en ambos casos la dinámica de la población, en particular del cambio demográfico, se analiza desde el marco de la modernización. Se ubican en distintas posiciones, sin duda, pero siempre dentro de un mismo marco de entendimiento y delimitación del problema. En ambos casos, la modernización y desarrollo de la sociedad industrial constituye la matriz desde la cual se entiende y comprende la dinámica del cambio demográfico. En ambas posiciones, la modernización configura el proceso desde el cual se da sentido y significado al cambio demográfico. Lo que las diferencia es el papel que le asignan a cada polo de la relación población-desarrollo, pero no la relación en sí, ni mucho menos el discurso de la modernidad que está detrás del concepto de desarrollo.

Por otro lado, en ambas posiciones, y en general, en el enfoque de la transición demográfica como un todo, se comparte una misma conceptualización

10. Visto desde una forma algo más simplificada: el problema en la relación población-desarrollo no está en un virtual "sobrante" demográfico, sino más bien en un "faltante" de modernización.

de la población. El término es delimitado y problematizado con base en una misma dimensión: la noción de desajuste o desequilibrio entre las dinámicas demográficas y la de modernización (Canales, 2001a). Esto es, el desequilibrio, la tensión entre ambas dinámicas, que es desde donde se construye el problema demográfico.

Asimismo, en ambos casos este desajuste, esta tensión, se origina en que ambas dinámicas (población y desarrollo) responden de manera diferente al proceso de transición de una sociedad tradicional a una industrial. En un caso, se pone el acento en la persistencia de patrones tradicionales en la reproducción demográfica; en el otro, en la persistencia de estructuras sociales tradicionales que obstaculizan la modernización de la sociedad como un todo, tanto en su expresión demográfica como social, económica, cultural y política. Por eso no es de extrañar que en ambos casos la solución se oriente hacia la complementación de la política de población con la política y estrategia de desarrollo.

Una versión diferente de la cuestión demográfica corresponde al *enfoque histórico estructural*, especialmente en su vertiente marxista. En este caso, la tensión entre la población y el desarrollo no es vista como un desequilibrio pura y simplemente, sino como una *contradicción* que surge del propio proceso de acumulación capitalista. En otras palabras, la cuestión de la población, expresada no ya como una "explosión demográfica", sino como una "sobrepoblación relativa", no es vista ni como obstáculo ni como posible motor del desarrollo sino, por el contrario, como resultado del proceso de modernización (Canales, 1999). No se trata de un desequilibrio entre dos esferas sociales, sino de la contradicción que surge al imponerse la dinámica de una (acumulación) sobre la otra (demografía).

Desde esta perspectiva, se hace una crítica radical a las corrientes neomalthusianas, cuestionando el carácter ahistórico, etapista y dicotómico sobre el que se construye el enfoque de la modernización y la teoría de la transición demográfica. A partir de la crítica a esta *razón dualista* se postula la improcedencia de hablar en términos de *transiciones* de un mundo *tradicional* (esto es, países subdesarrollados) a uno *moderno* (esto es, países industrializados), puesto que en definitiva no se trata de mundos separados e individuales. Así por ejemplo, nuestras "atrasadas" economías tercermundistas no sólo son contemporáneas de las "modernas" sociedades industrializadas, sino además el desarrollo de ambas (y por tanto, su carácter de "tradicionales" o "modernas") está marcado por relaciones de dependencia de las primeras respecto de las segundas (De Oliveira, 1973).

De esta forma, este enfoque teórico traslada el eje de la discusión de la relación población-desarrollo desde la dinámica demográfica hacia la problemática de la acumulación capitalista. Retomando los postulados de Marx, para este enfoque la dinámica de la población adquiere forma y sentido a la luz de las leyes de la acumulación capitalista, mismas que, según la tradición marxista, establecen una *ley general de población*, que en el caso concreto del capitalismo corresponde a la

generación de un *ejército industrial de reserva*, una *sobrepoblación relativa* por parte del capital y de su acumulación.

En este esquema de análisis, la población y su dinámica, en sí misma, no es el centro del problema, sino el proceso de acumulación y, en particular, las relaciones sociales sobre las cuales se constituye. No es la dinámica demográfica la base de un excedente poblacional, sino la dinámica de la acumulación capitalista la que torna "redundante" a crecientes sectores de la población. No se trata de un crecimiento explosivo de la población, sino de un excedente relativo, de una sobrepoblación que asume la forma histórica y concreta de un ejército industrial de reserva (Fucaraccio y González, 1975).

En este marco conceptual, el crecimiento demográfico no constituye necesariamente un problema en sí, sino únicamente con relación al proceso de acumulación, a las necesidades de la acumulación capitalista. Por lo mismo, esta *sobrepoblación relativa* no constituye un problema *demográfico* propiamente tal, esto es, determinado por la dinámica demográfica de la población. Antes bien, tal dinámica configura el conjunto de condiciones demográficas para la producción de una sobrepoblación relativa, misma que sin embargo está determinada, en *última instancia*, por la dinámica de la acumulación capitalista. De esta forma, la población "excedente" es producida por el propio proceso de acumulación, y no por estructuras demográficas tradicionales que se opondrían a la modernización. Dicho en otras palabras, la sobrepoblación relativa es tan moderna como la misma sociedad industrial que la genera (Canales, 1999).

En este marco, la sobrepoblación relativa no configura un *desajuste* demográfico ni un obstáculo a la modernización capitalista. Tampoco es un *desequilibrio* demográfico que tendería a superarse con el avance de la modernización de la sociedad industrial. Esta población excedente es reflejo de las contradicciones propias del capitalismo, es un producto de la modernidad derivado del desarrollo mismo de la sociedad industrial. Como señala el propio Marx (1972), la sobrepoblación relativa constituye una *contratendencia* a la ley general de la acumulación capitalista, esto es, a la tendencia general a la caída de la tasa de ganancia. En este sentido, a diferencia de los enfoques de la transición demográfica, la cuestión demográfica no puede reducirse a un problema de "sobrante" de población que obstaculiza la modernización, como tampoco a uno de "faltante" de modernidad. La sobrepoblación es producto de la propia modernización de la sociedad industrial. En tal sentido, no es ni un obstáculo a la modernidad (como señalan Notestein, los Meadows y otros), como tampoco manifestación de una modernidad inconclusa (como señalan Germani, Singer y otros autores).

Ahora bien, no obstante estas profundas diferencias, que en cierto plano hacen del enfoque histórico estructural una perspectiva prácticamente antagónica del de la transición demográfica, ambos enfoques parecen compartir ciertos sustratos comunes. En ambos casos, la problematización de la población se configura a partir del análisis del proceso de modernización de nuestras sociedades.

Obviamente, hay apreciaciones encontradas —y hasta antagónicas— respecto a la valoración y entendimiento de dicha modernización. Sin embargo, en ambos casos, la modernización se refiere al tránsito de una sociedad agrícola-tradicional, a una sociedad moderna, urbana e industrial. Las categorías usadas para dar cuenta de este proceso, son muy diferentes, y sin duda, abren opciones y posibilidades de análisis muy distintas y hasta opuestas entre sí.

Así por ejemplo, desde el enfoque de la transición demográfica es más propio hablar en términos de "sociedad tradicional", "modernización", "sociedad moderna", "urbanización", "industrialización". Por el contrario, desde el enfoque marxista se opta por categorías de mayor historicidad, tales como "sociedad feudal", "sociedad capitalista", "acumulación capitalista", entre otras.

No obstante, en ambos casos es el mismo proceso histórico desde el cual se configura la cuestión demográfica. En este sentido, cabe preguntarse cómo debiera reformularse esta cuestión demográfica si pensamos en el tránsito no de una sociedad tradicional (feudal) a una sociedad industrial y moderna (capitalista), sino más bien en el tránsito desde una sociedad industrial-capitalista a una sociedad global e informacional, también de corte capitalista. El supuesto subyacente es que la sociedad global configura un marco histórico y estructural diferente al que surge desde la sociedad industrial, especialmente en términos de los parámetros espacio-tiempo sobre los cuáles se constituyó la sociedad moderna, y en torno a los cuales elaboramos las categorías y perspectivas de análisis para su entendimiento.

Si la globalización ha implicado una ruptura con estos parámetros y categorías analíticas y sociales, y por tanto, con el marco desde el cual fue construida una cuestión demográfica, entonces ¿qué exigencias teóricas y sobre todo metodológicas se plantean actualmente para la reformulación de una problemática demográfica? ¿Es posible mantener y reproducir un mismo discurso de la población, aún cuando el contexto histórico y estructural, así como los parámetros que le dieron sentido y significación a dicho discurso se han trastocado? ¿Es posible mantener el discurso de la población y el desarrollo, en un contexto en que el mismo término de desarrollo ha perdido su trascendencia y fuerza explicativa de los procesos sociales e históricos?

No es nuestra intención dar respuesta a estas interrogantes. Ello es una tarea que supera con mucho los limitados alcances de este trabajo, así como las limitaciones de su autor. Asimismo, creo que en esta coyuntura lo relevante no es dar las respuestas, sino más bien saber formular las preguntas adecuadas y pertinentes. En este sentido, a continuación presentamos algunos argumentos que nos permiten sustentar lo anterior. En particular, nos interesa mostrar que en efecto la globalización nos exige abrirnos hacia nuevas formas de entendimiento de la dinámica de nuestras sociedades y, por tanto, de la configuración de problemáticas concretas, entre ellas, la demográfica.

Población y exclusión social en la sociedad global. Hacia una demografía de la desigualdad

Qué es la globalización

En la última década se ha abierto un amplio e inacabado debate en torno a la globalización. Sin embargo, aún no hay un consenso sobre qué se quiere significar con dicha categoría. Tal pareciera que Mires tiene razón cuando dice que "globalización es lo que cada uno entiende por globalización" (Mires, 2000: 18). En realidad, este autor señala que esta confusión y distorsión de los alcances y significados de este concepto se deben a la confusión de dos cuestiones diferentes, aunque interconectadas. En efecto, de acuerdo con Mires, cuando se habla de globalización habría que especificar si con ello queremos caracterizar la tendencia lógica y natural del capitalismo, o si más bien nos queremos referir a la descripción del estado actual del desarrollo capitalista. En otras palabras, como tendencia, el capitalismo siempre ha sido global. Sin embargo, sólo en el último tiempo podemos hablar de una estructura capitalista globalizada. ¿Qué es lo nuevo y distintivo de esta época o estadio del capitalismo?

Al respecto, Hobsbawm nos da una sugerente respuesta. Él señala que desde siempre el comercio ha posibilitado la articulación de campos productivos distantes configurando espacios económicos que trascendían los límites territoriales de la producción. El capitalismo no hizo más que potenciar esta vocación translocal del comercio. En este sentido, el elemento distintivo de la época actual es que por primera vez en la historia de la humanidad las nuevas tecnologías de comunicaciones y transportes permiten que no sólo el comercio, sino también la producción, se organicen de forma transnacional. Como señala este autor, "mientras que en el pasado la división mundial del trabajo se limitaba al intercambio de productos entre regiones específicas, hoy es posible producir atravesando las fronteras de los continentes y estados. Ésta es la verdadera diferencia entre la economía global ya existente en el pasado, y la de hoy en día" (Hobsbawm, 2000: 84).

En términos de su economía política, la globalización se refiere entonces a los nuevos esquemas de organización territorial de la economía-mundo, en donde se redefinen sustancialmente las reglas de la competencia oligopólica y de la división internacional del trabajo (Omán, 1994). Este cambio ha sido impulsado por el desarrollo de nuevas tecnologías y formas de organización del proceso de trabajo, mediante las cuales se han reformulado las especializaciones productivas locales, regionales y nacionales, así como los patrones de intercambio económico a nivel internacional. Lo relevante en este sentido es que la globalización implica pasar de una escala de producción nacional con intercambios internacionales, a una escala de producción e intercambio plenamente globalizada o mundial.

Hasta muy recientemente el proceso de producción, las firmas, las plantas e industrias eran fenómenos esencialmente *nacionales*. En este marco, la división internacional del trabajo que prevalecía hasta hace unas décadas, era expresión de la forma espacial que tomaba el comercio internacional, y el cual se desarrolló preferentemente como un intercambio entre economías nacionales (Amín, 1997). En tal sentido, la división internacional del trabajo y el comercio internacional eran exactamente eso, relaciones económicas *entre naciones*.

Hoy, en cambio, se asiste a un proceso completamente diferente, como resultado de los cambios en la capacidad locacional del capital a escala mundial. Las mejoras en las tecnologías de comunicaciones y transporte permiten que el alcance geográfico de cualquier planta industrial se amplifique a escala mundial. Junto a ello, las nuevas formas de organización del proceso productivo (automatización, división de operaciones, etc.) han permitido la *separabilidad* de las partes y segmentos que constituyen el sistema de producción, flexibilizando de esa forma, la localización espacial de los distintos centros de trabajo de acuerdo a sus mejores opciones, sin estar dependiendo necesariamente de la localización de las demás unidades de trabajo, que enfrentan necesidades locacionales diferentes (Storper y Walker, 1983). Se trata en definitiva, de una nueva lógica de localización, en donde los principios de aglomeración que dieron vida a las grandes ciudades industriales del siglo xx, son radicalmente trastocados por el desarrollo de las telecomunicaciones y la informática (Sassen, 1998).

Esta nueva modalidad de localización da al traste con una de las premisas supuestamente inderogables del sistema de trabajo de las sociedades industriales. "Ya no existe necesidad de que los operarios trabajen juntos en un lugar concreto para producir determinados bienes y servicios. Los puestos de trabajo se pueden ahora exportar" (Beck, 1998: 39). Lo que antes se fabricaba en un mismo espacio, hoy se *desterritorializa*, se fragmenta espacialmente, y sus segmentos se localizan en distintos espacios locales, articulando directamente en un sistema mundial (*supra-nacional*), economías locales y regionales territorialmente separadas y distantes.

De esta forma, la actual división del trabajo a escala mundial adquiere una configuración altamente compleja que envuelve la fragmentación de la producción en varios procesos separados y diferenciados, susceptibles de ser relocalizados geográficamente en un esquema global en el cual las distintas partes o fragmentos del proceso de trabajo atraviesan las fronteras nacionales. Se trata del surgimiento de la *fábrica global*, a través de la cual se intensifica y generaliza el proceso de *dispersión geográfica* de la producción, de las fuerzas productivas, del capital, la tecnología, la fuerza de trabajo, la planeación y el mercado (Ianni, 1996). Sin embargo, esta dispersión no es sinónimo de desarticulación. Antes bien, hay dispersión porque el espacio de la producción se ha ampliado, se ha *desterritorializado*, dislocando su anterior configuración internacional. Como señala Mattelart, una *fábrica global* es una "estructura orgánica en la que cada

parte debe servir a la totalidad. Cualquier fallo en la interoperabilidad entre las partes, cualquier obstáculo al libre intercambio de flujos, trae el riesgo de colapsar el sistema" (Mattelart, 1998: 83).

En este marco, Castells (1998) plantea, además, que la estructura de la economía global es profundamente asimétrica, pero no en el sentido simplista de un centro, una periferia y una semiperiferia como lo propone el enfoque centro-periferia de la teoría del sistema-mundo. Por el contrario, se trata de una geografía extremadamente variable que ha implicado la desestructuración de las bases nacionales e internacionales sobre las que se ha construido la economía mundial. La globalización es en sí, un proceso de *desterritorialización* (Appadurai, 1990), en términos de la desarticulación de los espacios nacionales, de las economías nacionales. Como señala González (1996:15) "la desterritorialización nos permite considerar estos procesos sociales sin definir necesariamente un centro y una periferia, ni suponer jerarquías entre los países o las regiones del mundo. Además nos permite identificar las nuevas unidades socioespaciales al interior y exterior de las naciones".

En este contexto, la globalización expresa también el surgimiento de nuevas figuras territoriales, como el *Estado-región* (Ohmae, 1997), la *ciudad global* (Sassen, 1991), o la *comunidad transnacional* (Smith, 1994), entre otras. En general, se trata de espacios socioeconómicos, de unidades geográficas que lo mismo pueden ubicarse dentro de las fronteras de una nación, como estar conformadas por regiones y/o ciudades de más de una. Que sea de una u otra forma espacial, es más bien un accidente histórico.[11] Lo relevante es que son estas unidades territoriales sobre las que se configura el espacio global, y no ya los Estados nacionales o las economías nacionales. En este sentido, lo global, si bien pudiera entenderse como un fenómeno *supra*-nacional o, incluso, *trans*-nacional, no es, sin embargo, asimilable ni reducible a los fenómenos *inter*-nacionales.

En este sentido, la globalización se refiere más bien a una red de interconexiones e interdependencias que han surgido entre múltiples regiones y que parece desembocar en un contexto de *desterritorialización* de la vida social (González, 1996; Appadurai, 1990). En estos tiempos de globalización, el mundo se vuelve espacio de todo el mundo. Todo se desterritorializa y reterritorializa, en un proceso en que las fronteras se tornan irrelevantes, superfluas, y son constantemente saltadas y fragmentadas. Sin embargo, cabe retomar la advertencia que nos señala Beck, cuando dice que la sociedad global "no representa ninguna megasociedad

11. A modo de ejemplos, podemos nombrar el *Sillicon Valley*, la región transfronteriza de San Diego-Tijuana, Tokio y sus zonas próximas, etc. Cabe señalar, sin embargo, que estas unidades territoriales no deben confundirse con las grandes megalópolis, como ciudad de México, Sao Paulo, Calcuta, Los Ángeles, etc. Una gran ciudad puede formar en sí una región global, mas no es condición necesaria ni suficiente. Lo relevante es que estas unidades territoriales se orientan hacia la economía mundial, y no hacia la de los Estados nacionales que las albergan. Esto, por ejemplo, es el principal factor de diferenciación entre una ciudad global y una simple megalópolis. Sobre este punto, ver Ohmae, 1997; Sassen 1998 y 1991; y Borja y Castells, 1997.

mundial que contenga —y resuelva en sí— a todas las sociedades nacionales. Antes bien, la globalización es un *horizonte mundial* caracterizado por la multiplicidad y la ausencia de integrabilidad, y que sólo se abre cuando se produce y conserva en actividad y comunicación" (Beck, 1998: 31. Subrayados nuestros).

En este marco, cabe señalar que lo global alude más bien a una dimensión de los procesos sociales, esto es, a una forma de organización del espacio-tiempo a nivel mundial. En estricto sentido, no existen *un* tiempo y *un* espacio globales. En palabras de Milton Santos, "todos los tiempos son globales, pero no hay un tiempo mundial. El espacio se globaliza, pero no es mundial como un todo, sino como metáfora. Todos los lugares son mundiales, pero no hay un espacio mundial. Quien se globaliza, incluso, son las personas y los lugares" (Citado por Ianni, 1996: 168).

En su sentido literal, nadie puede producir *globalmente*. Toda empresa, tanto la tradicional como la más globalizada, debe apoyarse en relaciones y pilares *locales*. Lo global alude más bien a la idea de estar "en muchos lugares a la vez", pero que por lo mismo no se excluye con lo local. Por el contrario, lo local es un aspecto de lo global, así como lo global es un sinónimo de *translocal* (Beck, 1998). La localización va de la mano de la globalización, en tanto que el localismo es una estrategia de globalización de diversas empresas transnacionales.[12]

En otras palabras, ni el espacio global ni la aldea global, como tales, existen en parte alguna, son sólo metáforas. Lo que existen son *espacios globalizados*, esto es, aldeas globalizadas y comunidades mundializadas. El espacio global, como construcción analítica y heurística, en realidad está formada por una infinidad de espacios locales y regionales globalizados.

En este marco, Ianni (1996) plantea una tesis interesante. Según él, la globalización implica ante todo un desafío epistemológico: la necesidad de generar, si es que no inventar, nuevas categorías que den cuenta de estas transformaciones espacio-tiempo de los procesos sociales, y que se cristalizan en esta desterritorialización y reterritorialización de las relaciones sociales. En otras palabras, así como los paradigmas clásicos de la modernidad (de izquierdas y de derechas) se sustentaron en una determinada concepción de la sociedad nacional,[13] el o los paradigmas emergentes han de desarrollarse y madurar con base en una concepción renovada de la sociedad global. Por de pronto, "sociedad" en este caso ha de aludir a una multitud de "sociedades". En general, el uso de las categorías de los paradigmas tradicionales (de la modernidad y de la sociedad nacional, por

12. Al respecto, Robertson (1992) plantea el neologismo *glocalización* para entender y especificar esta dualidad *global-local* de la sociedad contemporánea.
13. Ya sea en una perspectiva de su necesaria conservación (derechas), o de su también no menos necesaria transformación (izquierdas) o la infinidad de posiciones intermedias, los diversos paradigmas de la modernidad compartían un mismo sustrato: la sociedad nacional, su desarrollo y modernización. Sobre este punto, véase Wallerstein, 1998.

ejemplo) han de usarse, pero con un giro epistemológico que permita anular o dislocar sus convencionales connotaciones espacio-tiempo.

El desafío para las ciencias sociales es, entonces, pensar el mundo como una sociedad global, y más precisamente, en términos de *sociedades globalizadas*. No se trata sólo de un problema de cambio en la escala territorial del análisis. Esto es, no se trata de pasar de una escala nacional a otra global pura y simplemente, en tanto no es un problema de niveles de agregación o abstracción del análisis, sino algo más complejo y profundo. Como señala Beck (1998) se trata en definitiva de un cuestionamiento radical a uno de los presupuestos fundamentales de la Modernidad, a saber, el *nacionalismo metodológico,* por medio del cual los contornos *espaciales* de la sociedad se habían considerado casi coincidentes con los contornos *territoriales* de los estados nacionales. Espacialmente, la sociedad mundial se construía a partir de los territorios nacionales. No es sólo que no existiera un espacio global propiamente tal, sino que por sobre ello, no había forma de pensar la sociedad en términos de espacios globales, pues las categorías y conceptos usados estaban empapados de dicho *nacionalismo metodológico*, el que obstaculizaba una visión y concepción de los procesos sociales y económicos con base en espacialidades que no fueran las del estado nación.[14]

En este marco, tiene sentido preguntarse entonces, cómo analizar procesos que sólo tienen significado en un sentido global con categorías construidas para niveles nacionales. O lo que es lo mismo, cómo analizar procesos en los que las categorías nacionales no son suficientes para aprehenderlos, porque sencillamente tales procesos no están contenidos en lo nacional, sino que han superado y fragmentando dicho nivel de análisis. Tal parece ser el desafío para la demografía. En particular, cabe preguntarse desde donde podemos reconstruir un discurso de la población que retome estas nuevas configuraciones espacio-temporales de los procesos sociales que surgen con el advenimiento de la sociedad global. Desde nuestra perspectiva, esta respuesta hay que buscarla en las nuevas formas de estructuración de la sociedad global en clases y estratos sociales.

Como señalara Marx, la población es una mera abstracción si no se considera el hecho de que ella está formada y estructurada en y por clases sociales, clases que, a su vez, se sustentan en relaciones sociales concretas: trabajo asalariado, capital, explotación, etc. (Marx, 1984, pp. 20 y ss.). En este sentido, el desafío es entender la forma actual de la estructuración de la población en clases, en particular, de las relaciones sociales que están en la base de la diferenciación social en la sociedad global.

14. No en vano el Estado-nación constituye una de las instituciones de la modernidad que cada vez es más frecuentemente cuestionada (Ohmae, 1997). Así, por ejemplo, a diferencia de las ideologías liberales del siglo XIX, que potenciaban el concepto y práctica de la soberanía *nacional*, nuestro ortodoxo neoliberalismo de fines de siglo, en cambio, busca su desarticulación a escala estatal y nacional, desplazándola hacia las corporaciones y organizaciones de ámbito global.

Como veremos, un análisis de este tipo nos exige repensar tanto la tesis marxista de la sobrepoblación relativa, como los enfoques neomalthusianos de la transición demográfica. En el caso del primero, debido a que las formas de la desigualdad social y estructura de clases en la era de la globalización plantean la necesidad de reformular los alcances de la categoría población, y por tanto de sus determinaciones sociales e históricas. En el segundo, debido a que la globalización reconfigura el sentido y significado del desarrollo y modernización que estaba implícito en la noción de progreso social que surgiera en las sociedades industriales y desde el cual se construía y configuraba la problemática de la población en la sociedad industrial.

Globalización, exclusión social y población.
El discurso de la demografía de la desigualdad

Si globalización es el término para dar cuenta de la actual configuración espacial del capitalismo como sistema-mundo, habría que agregar entonces que es también la forma que asumen las desigualdades sociales y económicas en este sistema social. En pocas palabras, la globalización del capitalismo es también la globalización de sus desigualdades intrínsecas. De hecho, la globalización "no tiene por qué ser de beneficio para todos los ciudadanos. Es de beneficio para algunos y moderniza algunas cosas, excluyendo al grueso de la población dentro de la fantasía según la cual un celular propio lo articula al nuevo orden global" (Ugarteche, 1997: 16).

En diversos textos, la temática de las desigualdades sociales y espaciales es simplemente ignorada, subsumida en una no explicada ni explicitada uniformidad y homogenización asociada a la globalización. Tal pareciera que lo global conjugaría un *set* de fuerzas sociales y económicas con efectos uniformes y homogéneos en los países, regiones y comunidades. Sin embargo, los cambios no parecen ocurrir en todas partes en la misma forma, al mismo ritmo, ni con la misma dirección. Antes bien, los procesos de globalización no son en ningún caso geográficamente uniformes, sino heterogéneos y diferenciados, con base en los cuales se crean y recrean diversas formas de desigualdad social, económica y espacial. Se trata de la configuración de diversos mecanismos de inclusión/exclusión social, que a través de la precarización del empleo y otras formas modernas de segregación social, afectan preferentemente a sectores sociales debilitados ante la desregulación económica y la flexibilidad laboral que sustentan los nuevos paradigmas productivos y organizacionales de la globalización.

En este sentido, una comunidad, una ciudad o una región no son uniformemente globales, más bien tienen nichos globalizados que coexisten con otros al margen de tales procesos. Estos nichos pueden ser mercados, fábricas, grupos sociales, actividades económicas, etc. Asimismo, en una misma comunidad, en una misma ciudad o en una misma región, la globalización de sus fábricas, por

ejemplo, no necesariamente adquiere la misma forma y sentido (social, económico, espacial) que la globalización de sus mercados o de sus prácticas culturales. En el caso de las ciudades globales, por ejemplo, Sassen (1991) señala que en ellas se configura una nueva geografía de la centralidad y marginalidad. Mientras sus centros metropolitanos de negocios reciben inversiones masivas en construcción, telecomunicaciones y servicios profesionalizados, las áreas donde residen los grupos sociales de bajos ingresos quedan excluidas de tales recursos económicos.

Estas formas de diferenciación y desigualdad social se basan en nuevas formas de estratificación social de la población que tiene bases económicas y demográficas que nos interesa retomar. Por de pronto, si consideramos que el proceso social de trabajo es la base de la estructura social, entonces, es de esperar que los cambios a este nivel reflejen y repercutan directamente en la estructuración de la sociedad en clases, estratos y grupos sociales diferenciados. En este sentido, resulta necesario referirse a las transformaciones en la estructura social del empleo y las ocupaciones, y en general, de las relaciones capital-trabajo. Para diversos autores estos cambios conforman los rasgos más característicos del paso de la sociedad industrial hacia una postindustrial o informacional (Kumar, 1995).

Sobre este cambio en la estructura del empleo, hay un amplio debate entre las diversas teorías sobre la sociedad postindustrial.[15] Algunos autores, como Daniel Bell (1976), subrayan el nacimiento de una nueva estructura social, sustentada en el tránsito de una economía industrializada a una de servicios, y por tanto, en el auge de las ocupaciones ejecutivas y profesionales, junto a la desaparición no sólo de los trabajos agrícolas y primario-extractivos, sino también y de modo importante, los del sector industrial.

Otros, como Castells (1998), sin embargo señalan que el carácter informacional de las sociedades contemporáneas no se expresa tanto en el declive de las actividades industriales, como en el nuevo carácter que tienen las ocupaciones. El énfasis es puesto en el cada vez mayor contenido de información y conocimiento que requiere el proceso de trabajo, y por tanto, que repercute en la estructura de ocupaciones y empleo. En tal sentido, el enfoque ya clásico desde el cual se caracteriza a la etapa actual de la economía mundial como una transición de una sociedad industrial a otra postindustrial, parte sin embargo de premisas equivocadas. Por de pronto, la distinción relevante no es tanto sobre el carácter industrial o no de la sociedad contemporánea, sino entre dos formas distintas de incorporar y organizar el proceso de conocimiento e información en la producción industrial, agrícola y de servicios. En este sentido, Castells opta por hablar de *sociedad informacional*, y no tanto por *sociedad postindustrial*, para referirse

15. De hecho, el término mismo de "sociedad postindustrial" es hoy día cuestionado, en tanto genera no pocos equívocos. Por de pronto, dicho término no da énfasis suficiente al hecho de que la sociedad *postindustrial* sigue siendo una sociedad industrialista.

al carácter, significado y alcance de los cambios en la actual economía mundial.

De acuerdo con este autor, lo que caracteriza a la era de la información no es el tipo de actividades que se desarrollan, sino "la capacidad tecnológica de utilizar como una fuerza productiva directa lo que distingue a nuestra especie como rareza biológica: su capacidad superior para procesar símbolos" (Castells, 1998:119). Esto da cuenta del carácter informacional de esta nueva era, que se sustenta no ya en el intercambio y relaciones materiales, sino en el intercambio y procesamiento de información, esto es, de símbolos, los que resignifican todo el proceso de producción y distribución de bienes y servicios materiales.[16]

Lash y Urry (1998), por su parte, van más allá y señalan no sólo el carácter informacional de los actuales procesos de acumulación, sino que enfatizan su reflexividad. En la era de la información, la acumulación adquiere un carácter reflexivo, pues se sustenta cada vez más en la capacidad de procesamiento de información, que no su mera acumulación. Este procesamiento exige una hermenéutica, un proceso de interpretación y de construcción de sentidos y significados *en* el proceso de trabajo. Por lo mismo, el término *flexibilidad* resulta muy limitado para dar cuenta de esta hermenéutica tan presente ahora en los procesos de trabajo. Por el contrario, la reflexividad pone el acento en el incremento de las mediaciones culturales de ese intercambio material. De acuerdo con estos autores, "el aumento de la reflexividad en el proceso de trabajo social indica que una porción cada vez más grande de los procesos laborales individuales se eslabonan sólo indirectamente con la función básica del proceso total de trabajo, que es el cumplimiento del intercambio material entre hombres y naturaleza" (Lash y Urry, 1998: 94).

En las sociedades agrícolas tradicionales, el proceso de trabajo se sustentaba en un intercambio directo de energía por materia. Asimismo, en la sociedad industrial correspondió a una mediación maquinista, donde la materia era medio, objeto y resultado de la producción. En la era de la información, en cambio, se trata de una mediación reflexiva, en la que la mediación de símbolos y signos adquiere un peso esencial para la organización del intercambio energía-materia. Por lo mismo, en la economía de la información el proceso de acumulación no es sólo *flexible*, sino *reflexivo*, en la medida que se basa en procesos de autorregulación que transforman el proceso de trabajo en objeto de sí mismo. Los conceptos de flexibilidad, desregulación, posfordismo, resultan inadecuados, pues cargan con un sesgo productivista que no les permite "capturar toda la medida

16. Como señala Negroponte (1996), se trata del paso de una economía de "átomos" a una de "bits". En la primera el valor de cambio está en función del carácter material ("átomos") de las cosas que se intercambian, y por tanto, del trabajo material necesario para producirlas. En la segunda, en la economía de la información, ello ya no es así. El valor no está en función de lo material, sino de la información, no es el *hardware* lo que se intercambia, sino los contenidos y símbolos. En algunos casos, incluso, la producción se materializa sólo en un sentido virtual, nunca existe materialmente como tal.

en que la producción y el consumo tienen por fundamento un saber discursivo" (Lash y Urry, 1998: 91).

Este proceso de acumulación reflexiva plantea no pocos cambios y transformaciones en la estructura y dinámica económica de las sociedades actuales. Entre ellos, destacan por su importancia, los cambios que afectan la estructura del empleo y las ocupaciones, en tanto ellos serían la base del surgimiento de una nueva estructura de clases y estratificación social. Se trata en particular de la configuración de un nuevo patrón de polarización y diferenciación social, basado en dos procesos diferentes y complementarios. Por un lado, la reestructuración del régimen laboral con base en las nuevas estructuras de flexibilidad y desregulación laboral, que derivan en lo que Beck (2000) ha llamado como un *régimen de riesgo laboral*, que sustituye al régimen e instituciones sociales y laborales surgidas a través del estado de bienestar.[17] Por otro lado, la reestructuración del sistema de ocupaciones, en particular, la creciente segmentación de las ocupaciones y la diferenciación y desigualdad social y laboral que ellas implican.

Con base en estos dos procesos (régimen de riesgo laboral y segmentación del empleo), podemos señalar entonces, que el componente central y fundamental de la nueva dinámica del proceso de trabajo en las sociedades informacionales es la tendencia a la polarización de su estructura social y ocupacional.[18] No se trata tan sólo de actividades en auge contra actividades en declive. Esto es, no es tan sólo el estancamiento de actividades y ocupaciones que hasta ayer gozaron de prestigio social, poder económico e influencia política, contra el surgimiento de "nuevas" ocupaciones y empleos que tienden a sustituirlas. Junto a este proceso, que hasta cierto punto podríamos entender como "natural" en una sociedad tan dinámica y cambiante como la capitalista, existe sin embargo otra dinámica que también incide en la estructura del empleo y ocupaciones.

Los puestos y ocupaciones en auge no son sólo los más "ricos" en información o conocimiento incorporado, sino que también hay un sostenido incremento de las ocupaciones en servicios y trabajos de baja calificación. Se trata del auge cuantitativo de empleos "no-informacionales" (no reflexivos, en términos de Lash y Urry), pero que al igual que su contraparte, forman parte de la nueva estructura social que caracteriza a la sociedad informacional (Kumar, 1995). De hecho, estos empleos y ocupaciones de bajo perfil y cualificación, no sólo representan una proporción sustancial de la estructura social en la sociedad postin-

17. Como señala este autor, en la sociedad informacional el régimen fordista de organización del trabajo tiende a ser sustituido por un *régimen de riesgo* que, por medio de la flexibilidad laboral, tiende a "desdibujar los límites entre *trabajo* y *no trabajo* tanto en la dimensión temporal como en la espacial y contractual; el trabajo retribuido y el paro se extienden y, por tanto, tienen unos contornos cada vez más invisibles socialmente hablando" (Beck, 2000: 86).

18. En el caso del sector servicios, por ejemplo, Sassen señala que "la mayoría de los empleos tienden a ser o extremadamente bien pagados o muy pobremente pagados, con relativamente muy pocos empleos en el rango de ingresos medianos" (Sassen, 1998: 47).

dustrial, sino que su origen puede rastrearse en el origen mismo de la sociedad postindustrial.

En este sentido, no se trata ni de ocupaciones residuales ni de remanentes de sociedades preinformacionales. Tampoco corresponden a empleos marginados, "excluidos" de los circuitos de producción y reproducción de la sociedad informacional. Por el contrario, corresponden a empleos y ocupaciones que surgen con la misma modernidad informacional, pero que están expuestos a formas extremas de flexibilidad salarial y desregulación contractual, lo que ha implicado su desvalorización social y económica, pero que sin embargo constituyen piezas importantes en el proceso de reproducción de la sociedad informacional (Sassen, 1998).

De esta forma, la polarización en la estructura de ocupaciones parece ser la tendencia fundamental en la dinámica laboral en la era de la información. Al respecto, Castells (1998) señala cuatro posiciones diferentes en la economía global. Los productores de alto valor, basados en trabajo informacional; los productores de gran volumen, basados en trabajo de bajo costo; los productores de materias primas, basados en recursos naturales; y los productores redundantes, reducidos al trabajo devaluado.

En términos cuantitativos, esta polarización se manifiesta en un cambio importante en el peso relativo de cada actividad y ocupación, y que hay que entenderlo a la luz de dos procesos que hemos mencionado. En efecto, tanto entre las actividades "ganadoras" como en las "tradicionales" se genera esta diferenciación y polarización del empleo y las ocupaciones. Por un lado, el desarrollo de empleos con alto contenido informacional, que requieren altos niveles de capacitación y formación de capital humano, y que por lo mismo son bien pagados, altamente valorados, e inscritos en lógicas de flexibilidad que permiten su continua adaptación a los cambios del mercado, sin pérdida de la calidad del empleo.

Por otro lado, en ambos sectores ("ganadores" y "tradicionales") encontramos igualmente empleos precarizados, de bajas remuneraciones, bajos niveles de calificación y capital humano, y cuyo desempeño no incorpora necesariamente procesos informacionales. Corresponden a empleos altamente flexibilizados y desregulados, pero en un sentido completamente opuesto a los anteriores.[19]

En este marco, es interesante considerar la propuesta de Bauman (1998), quien utiliza el concepto de *glocalización*, para referirse a una nueva forma de estratificación social a nivel mundial. Para este autor, la *glocalización* es un neologismo que le permite referirse a la *globalización* y *localización*, en tanto procesos simultáneos y complementarios. Para Bauman, "la globalización y localización se refuerzan mutuamente y son inseparables, aunque sus productos

19. Para una revisión sobre estas dos caras de la estrategia de flexibilidad laboral, véanse Lagos, 1998, y Canales, 2000.

son crecientemente apartados y separados, y la distancia entre ellos parece crecer" (Bauman, 1998: 44).

En este sentido, globalización y localización configuran las fuerzas impulsoras de una nueva polarización y estratificación de la población mundial en *ricos globalizados* y *pobres localizados*. Lo que para unos es libre elección, para otros es destino implacable. Unos son los verdaderos moradores de la aldea global; los otros son los parias de la globalización. La *glocalización* es, así, un nuevo reparto de privilegios y ausencia de derechos, de riqueza y pobreza, poder e impotencia. La *glocalización* es, en definitiva, la forma espacial que asume la estratificación social a nivel mundial, en donde "las nuevas fronteras de la desigualdad separan cada vez más a quienes son capaces de conectarse a redes supranacionales de quienes quedan arrinconados en sus reductos locales" (García Canclini, 1999: 31).

En términos territoriales esta diferenciación entre ricos globalizados y pobres localizados se construye, sin embargo, en una misma geografía, en una misma comunidad. Unos y otros coexisten en los mismos territorios. Riqueza y pobreza, centro y periferia, integrados y excluidos, no se descomponen ya en territorios separados o discontinuos, como en el pasado reciente, sino que se entremezclan tanto allí como aquí, tanto *entre* las naciones, como *dentro* de una misma comunidad. Lo global y lo local son, así, sólo dos dimensiones de un mismo proceso, las dos caras en que se materializa actualmente la contradicción histórica del capitalismo.[20]

Un aspecto novedoso de esta nueva forma de estratificación social, es la forma y papel que el espacio y el tiempo tienen para cada estrato social. La diferenciación social, es así, una diferenciación espacio-tiempo. En el caso de los moradores del mundo global, el espacio en constante encogimiento suprime el *curso* del tiempo. La globalización de sus vidas, hace que vivan permanentemente ocupados, literalmente, nunca tienen tiempo para nada más (Bauman, 1998: 45). El tiempo es su máximo tesoro, su principal riqueza. Para ellos el espacio no significa nada, pues toda distancia, a final de cuentas, queda neutralizada por la velocidad de los intercambios, de la información, de los traslados (en nuestra escala planetaria, el tiempo ha anulado el espacio). Ellos viven *en* el tiempo, en un presente eterno.

Por el contrario, los moradores del mundo local viven *en* el espacio, y el tiempo está vacío para ellos. Están subsumidos en un tiempo superabundante y superficial, que no pueden llenar. En su tiempo, nunca pasa nada pues, en el fondo, no controlan su curso ni su devenir. Ellos están excluidos del tiempo, de la velocidad de los acontecimientos. Sólo les queda "matar el tiempo", de

20. Bauman (1998: 47-49) va más allá incluso, al señalar que en la era global se habría perdido también el nexo entre pobreza y riqueza. La dialéctica amo-siervo se habría disuelto. Lo mismo que el lazo de solidaridad y de necesidad mutua que relacionaba a unos con otros y que los integraba en un mismo destino. Los nuevos ricos globales ya no necesitan a los nuevos pobres locales, éstos no son ya un ejército de reserva, como tampoco son consumidores potenciales. Sin duda, esta es una visión algo extrema y simplista que no compartimos del todo. Para una revisión crítica de esta tesis, véase Beck, 1998.

la misma manera en que ellos son consumidos lenta e inexorablemente por él (Beck, 1998).

Ahora bien, esta reflexión sobre la configuración global-local de la estratificación social, podemos retomarla desde la perspectiva de la configuración de una *demografía de la desigualdad social.*[21] En efecto, la segmentación de la población en estratos sociales diferenciados (pobres locales y ricos globales, en términos de Bauman), se basa no sólo en factores estrictamente económicos o de mercado. Si bien los distintos segmentos o estancos ocupacionales se configuran siguiendo una lógica económica dictada por el proceso de desregulación contractual y flexibilización laboral, quienes forman cada uno de estos segmentos no lo hacen siguiendo una lógica estrictamente económica, sino en función de procesos de diferenciación social "extra-económicos", en especial con base en factores de diferenciación cultural, étnica, demográfica, de género, y de condición migratoria, entre otras (Canales, 2000).

En efecto, en la sociedad contemporánea cada vez más los espacios locales desconectados de las redes globales de información y comunicación, se caracterizan por la precariedad de las ocupaciones y condiciones de vida, y configuran espacios sociales que tienden a ser ocupados por sujetos sociales vulnerables, tales como mujeres, migrantes, minorías étnicas, y jóvenes, entre otros.[22] En otras palabras, sobre la diferenciación global-local, se reconstruye una estructura de desigualdad con base en factores demográficos de diferenciación social. O lo que es lo mismo, las clásicas categorías de diferenciación demográfica (hombre-mujer, condición migratoria, origen étnico, entre otras), devienen categorías de desigualdad social. En la globalización, la estructura de clases de la sociedad se nos aparece no ya como lo que directamente es: estructuras económicas de desigualdad social, sino cada vez más como una estructura demográfica de diferenciación social. Asimismo, sobre estas categorías de diferenciación demográfica se construyen identidades sociales que refuerzan desde dimensiones simbólicas, políticas y culturales, esta estructuración demográfica de la desigualdad social.

Tal pareciera que en la sociedad global estas categorías de diferenciación demográfica devienen en estructuras de identidad y diferenciación social, a través de las cuales se configuran no sólo grupos poblacionales, sino sujetos sociales

21. De Oliveira (2001) se refiere a este mismo proceso en términos de una *demografía de la exclusión*. En este trabajo compartimos gran parte de los contenidos de los textos de dicha compilación; sin embargo, creemos que el término "exclusión" no resulta el más apropiado para referirse a las estructuras de desigualdad social en la sociedad global. En realidad, como veremos más adelante, desde nuestra perspectiva la desigualdad social se sustenta en procesos complejos, dinámicos y fragmentados, en los que exclusión e inclusión se sustentan mutuamente. Para más detalles sobre esta dialéctica inclusión-exclusión, véase De Souza Martins, 1998.

22. Al respecto, Sassen (1998) señala dos ejemplos. Por un lado la expansión del trabajo femenino, y por otro la incorporación de los migrantes en la economía global. En ambos casos esta autora analiza y documenta las condiciones de precariedad, flexibilidad laboral y vulnerabilidad que caracterizan su inserción laboral.

concretos, con diversos grados de vulnerabilidad y desventajas sociales. Esta situación estructural de vulnerabilidad social se refleja además en la dificultad de estos grupos sociales y demográficos para establecer otros marcos de regulación de sus condiciones de vida, de trabajo y reproducción social, en un contexto estructural en donde además, ya no parecen operar los mecanismos de negociación política y social que surgieron en la sociedad industrial y tomaron forma en el Estado del Bienestar. Me refiero, en concreto, a la configuración de minorías sociales y culturales (mujeres, niños, migrantes, grupos étnicos, entre otros), cuya vulnerabilidad construida socialmente se traslada al mercado laboral bajo la forma de una desvalorización de su fuerza de trabajo, y por ese medio, de una desvalorización de sus condiciones de vida y reproducción.

En este sentido, podemos decir entonces que el capitalismo global plantea nuevas exigencias para pensar y sobre todo, delimitar la cuestión demográfica. A nuestro entender, la reconfiguración de una cuestión poblacional debe orientarse preferentemente, a problematizar la desigualdad y diferenciación social que surge de la propia globalización, aspectos que sin embargo, no siempre fueron recuperados en el debate población-desarrollo de décadas anteriores. Se trata de superar el análisis de los agregados demográficos, para centrar la problemática en las relaciones estructurales que dan cuenta de las desigualdades entre individuos, entre generaciones, entre géneros, entre clases sociales, entre pueblos y etnias (Lassonde, 1997).

En la sociedad industrial, el debate sobre la población y el desarrollo tendió a considerar la desigualdad social como un remanente o rezago social, consecuencia de la ausencia de modernización. Así por ejemplo, en los enfoques de la transición demográfica, la estructuración de la población en clases sociales desiguales no constituía un factor de problematización, por cuanto la desigualdad social y la pobreza serían superadas con base en una adecuada estrategia de desarrollo y modernización.[23] En este marco, la problematización de la población se orientaba más bien, hacia los posibles desajustes entre los ritmos y tiempos de la modernización de las estructuras sociales y los de la transformación de las estructuras demográficas de la población.[24]

Por su parte, el enfoque histórico-estructural si bien ponía el acento en la desigualdad social, lo conceptuaba en términos de la exclusión social de que eran objeto determinados sectores de la población. En esta perspectiva, esta exclusión era la manifestación de una de las principales contradicciones del

23. Véase por ejemplo, la propuesta de Gino Germani (1969 y 1976) sobre la explosión demográfica y la migración rural-urbana.

24. Tal es, por ejemplo, el caso del modelo de A. Lewis de crecimiento con oferta ilimitada de mano de obra. De acuerdo con este modelo, la desigualdad social rural-urbana (tradicional-moderna) tendería a desaparecer en la medida que se iniciara un proceso de transformación de la sociedad agraria, en un horizonte en que la modernización era la estrategia a implementar para eliminar tanto los desequilibrios demográficos, como las desigualdades socioeconómicas.

capitalismo, generando constantemente "excedentes" poblacionales que tendían a insertarse en economías de subsistencia marginadas de los circuitos de reproducción del capital. Se trataba de trabajadores supernumerarios, que eran constantemente expulsados del mercado de trabajo, conformando un ejército de reserva, una constante sobreoferta de mano de obra. Eventualmente, estos trabajadores podían reinsertarse en la economía formal, por ejemplo, en coyunturas de auge económico, no obstante, la tendencia general se mantendría en el mediano y largo plazo. En este sentido, el marco de vulnerabilidad y precariedad de estos trabajadores supernumerarios, residía precisamente en su *exclusión* o marginación del mercado laboral.

En la sociedad global, en cambio, se configuran nuevas formas de desigualdad social, que no se corresponden ni con formas de exclusión social, ni menos aún, con la persistencia de estructuras sociales tradicionales o premodernas. Con su globalización, el capitalismo ha roto con las bases de la sociedad del trabajo y el Estado del Bienestar, en un horizonte en el cual el crecimiento de la economía ya no asegura ni la supresión del desempleo, ni el mejoramiento de las condiciones de vida y trabajo de la población (Beck, 1998). En este marco, la estructuración de la población en grupos sociales heterogéneos y desiguales, constituye un elemento intrínseco a la propia globalización.

La pobreza y precariedad de los trabajadores no es resultado de su exclusión del mercado de trabajo (desempleo, ejército industrial de reserva, etc.), sino que, al contrario, es consecuencia de la forma en que ellos son incluidos e integrados en el mundo laboral. No se trata ya de un empobrecimiento por exclusión social, sino por el contrario, se trata de trabajadores socialmente vulnerables, pero insertos en sectores económicos altamente modernizados y globalizados. En el actual marco de desregulación económica y flexibilidad laboral, es la propia modernización y globalización la que genera y reproduce sus propias formas de pobreza, esto es, de una pobreza moderna y global. Por lo mismo, ya no es posible confiar en un proyecto de modernización o desarrollo social para superar la pobreza y la desigualdad social, por cuanto ellas, lejos de constituir remanentes de sociedades premodernas, son parte constitutiva de la misma globalización.

En este sentido, no se trata tanto de una *demografía de la exclusión* como de una *demografía de la desigualdad social.* Aunque el concepto de exclusión resulta atractivo, no es necesariamente el más apropiado. En general, el término exclusión suele usarse para describir formas de inclusión fragmentada, vulnerable y precaria. En estricto sentido, se trata de un proceso contradictorio que es simultáneamente de inclusión y exclusión social (De Souza Martins, 1998). Es una inclusión desde abajo, parcial y contradictoria, que se sustenta en tiempos y espacios de exclusión. En efecto, *en la sociedad global la condición de vulnerabilidad social (de minoría social, demográfica y cultural) deja de ser el riesgo de una posible exclusión económica, para convertirse en la condición necesaria para su inclusión.*

Lo relevante para nuestra reflexión es el papel que las categorías de diferenciación demográfica asumen en la construcción social de estas condiciones de vulnerabilidad, precariedad y fragmentación social. En este sentido, si optamos por hablar en términos de una *demografía de la desigualdad*, es con la intención de centrar la atención en cómo las estructuras de diferenciación demográfica devienen estructuras de desigualdad social.

En este sentido, el desafío para la demografía es desarrollar los conceptos y metodologías necesarias para la comprensión y análisis de la desigualdad social en la sociedad global. Al respecto, el concepto de *vulnerabilidad sociodemográfica* desarrollado por Celade, resulta un importante aporte, por cuanto pone el acento precisamente en las condiciones sociodemográficas de la diferenciación social. De acuerdo con Celade, la vulnerabilidad se define como una situación en que se combinan una estructura de riesgos, con capacidades de respuestas y habilidades adaptativas por parte de los sujetos (Celade, 2002: 3 y ss). En este sentido, las categorías de diferenciación demográfica (sexo, edad, migración, etnia, entre otras) dan cuenta de diversas formas de combinación de estos riesgos, respuestas y adaptaciones de los sujetos (Celade, 2002: 21 y ss).

Aunque inicialmente el concepto de vulnerabilidad surgió del enfoque *asset/vulnerability* desarrollado desde el Banco Mundial (Moser, 1998), hoy en día ha tomado una perspectiva más amplia y menos conservadora. En efecto, el enfoque del Banco Mundial definía la vulnerabilidad con base en la debilidad objetiva de los pobres para enfrentar las situaciones de sobrevivencia cotidiana. En este marco, su principal tesis es que esta situación podría ser contrarrestada con una adecuada gestión de los activos (sociales, económicos, culturales, políticos y demográficos) que los pobres poseen, independientemente de sus escasos ingresos. Para el Banco Mundial, la vulnerabilidad no es necesariamente una situación de desventaja construida socialmente, sino una situación de desbalance y desajustes en términos de la gestión y administración de los activos y recursos de la pobreza.

La perspectiva de Celade y de otros autores, en cambio, es más amplia y compleja, al considerar la vulnerabilidad social como un componente central dentro del complejo de desventajas sociales y demográficas que surgen en y desde la sociedad informacional (Rodríguez, 2000). Desde esta perspectiva, la vulnerabilidad demográfica y social es quizás el rasgo negativo más relevante del modelo de desarrollo basado en la liberación comercial y la globalización económica, y que se manifiesta en la carencia de poder de negociación y defensa de derechos, intereses y posiciones sociales y económicas de grupos sociales y demográficos específicos pero cuantiosos (Pizarro, 2001).

De esta forma, a diferencia del enfoque del Banco Mundial, este enfoque define a la vulnerabilidad social y demográfica, precisamente como el desajuste entre los activos y la estructura de oportunidades, en donde los activos serían insuficientes, poco pertinentes o difíciles de manejar para aprovechar la estruc-

tura de oportunidades existente. La vulnerabilidad demográfica y social "se trataría de un conjunto de características no idiosincráticas que generan debilidad, desventaja o problemas para el desempeño y la movilidad social de los actores (personas, hogares o comunidades) y que actúan como frenos u obstáculos para la adaptación de los actores a los cambiantes escenarios sociales" (Rodríguez, 2001: 18). Entre estas debilidades, se sitúan y enfatizan las categorías de diferenciación demográfica, a través de las cuales se configuran "grupos demográficos vulnerables", tales como niños, mujeres, ancianos, indígenas, migrantes, jefas de hogar, entre otros.

Nuestro enfoque va un poco más allá, en términos de que consideramos que no son las características de los sujetos los que generan debilidad o vulnerabilidad, sino estructuras sociales y económicas concretas. Si bien la vulnerabilidad demográfica es una de las formas que adopta la desigualdad social, no debemos olvidar que ésta tiene su origen en factores económicos y estructurales, no demográficos. De acuerdo con este enfoque de vulnerabilidad sociodemográfica, las categorías demográficas no son neutras ni naturales, sino construcciones sociales. En este sentido, las condiciones de vulnerabilidad social y demográfica no hacen sino reflejar situaciones de precariedad y desigualdad que son socialmente construidas. Es con base en condiciones estructurales de desigualdad social como se construye la diferenciación entre grupos demográficos.

Así, por ejemplo, se señala que la migración puede definir una situación de vulnerabilidad, en la que sujetos diferentes (hombre-mujer, indígena-no indígena, etc.) tienen distintas capacidades de respuesta y adaptación. Sin embargo, la condición de vulnerabilidad no es creada por la migración (categoría demográfica) sino por estructuras sociales. La migración implica una situación de vulnerabilidad y de riesgos no por sí misma, sino por el contexto histórico y social en que ella se desarrolla. Esta condición de vulnerabilidad social es construida desde diversos ámbitos. No se trata sólo de estructuras económicas de desigualdad social, sino también de estructuras culturales, simbólicas, y sobre todo políticas. En este sentido, es que decimos que los riesgos de la migración son construcciones sociales basadas en las condiciones estructurales y contextuales en que se desarrolla la migración. El migrante es vulnerable no por la migración en sí, sino por el contexto en que se da la migración.

Así por ejemplo, en términos de la segmentación de los mercados de trabajo, resulta obvio que no son los migrantes los que crean los empleos precarios. Más bien es al revés. Es la precariedad del empleo lo que construye la diferenciación social, que en este caso adopta la forma de migrante. En efecto, la flexibilidad laboral, la precarización del empleo, la desarticulación de las instituciones del Estado del Bienestar, entre otros aspectos, contribuyen a la configuración de un *régimen de riesgo laboral* (Beck, 2000). En este contexto, a través del mercado de trabajo se configura un proceso de polarización y segmentación laboral y social, que se corresponde con nuevas formas de estratificación social y de estructu-

ración de la desigualdad social. En este contexto, la construcción social de la desigualdad económica adopta la forma de una diferenciación demográfica, que en algunos casos, se sustenta en la distinción respecto a la condición migratoria de los individuos, pero que en otros puede vestirse de mujer, de indígena, de joven, etcétera.[25]

Asimismo, la distinción migrante-nativo manifiesta también una estructura de diferenciación social y cultural. En realidad, la condición migratoria es una categoría demográfica usada en la construcción social del otro, de la diferencia y distinción, de las identidades culturales y simbólicas. Sin embargo, esta construcción social del migrante es con base en estructuras asimétricas de poder (Bustamante, 2000). La construcción del otro no es sólo en términos de distinción cultural, sino de desigualdad. El otro —el migrante— no es lo que es, sino lo que se construye, esto es, lo que unos (no migrantes) les asignan desde situaciones de poder. La condición migratoria no construye la desigualdad. Antes bien, mediante la condición migratoria se manifiesta una estructura de diferenciación política y cultural que asume formas de desigualdad social.

En este sentido, la condición migratoria, y en general, otras categorías demográficas, no sólo contribuyen a la configuración de una estructura de diferenciación social, sino además y en sentido estricto, conforman categorías y mecanismos de construcción social y cultural de sujetos sociales específicos. En este caso, los migrantes, en otros la mujer, los indígenas, los adultos mayores, etcétera.

Así como la condición migratoria es la base para la construcción social de la diferencia en relación al origen de los individuos, el género lo es para la construcción social de la diferencia sexual, la condición étnica lo es para la diferencia étnica y la edad para la diferencia generacional. En todos estos casos, se trata de categorías de diferenciación demográfica, pero que socialmente son reconstruidas y resignificadas en función de la configuración de *sujetos demográficos* propios y diferenciados, expuestos a desiguales condiciones de vulnerabilidad, esto es, a una combinación particular y diferente de una estructura de riesgos, capacidades de respuesta y habilidades adaptativas.

25. Para ilustrar lo anterior, citaremos un ejemplo de un mismo tipo de trabajo global, pero que en contextos diferentes adopta diversas formas de diferenciación social y demográfica. Tal es el caso del trabajo de temporada en la agricultura moderna. En California, por ejemplo, este trabajo precarizado es desarrollado por migrantes mexicanos, muchos de ellos indocumentados. Por su parte, en la agricultura moderna de exportación en el norte de México (Sinaloa, San Quintín, Sayula, entre otras) estos mismos puestos de trabajo son ocupados por población indígena proveniente de los estados del sur de México (Oaxaca principalmente). Finalmente, en la agricultura de exportación en el Valle Central de Chile, se recurre al empleo de mujeres para desarrollar estos mismos trabajos y ocupaciones. En estos tres casos se trata de empleos precarios e inestables que son desarrollados por sujetos demográficos expuestos a condiciones de alta vulnerabilidad y de exclusión social. Para más detalles, véase Canales, 2001.

En este sentido, el objeto de una demografía de la desigualdad es la comprensión y análisis de los contextos estructurales e históricos en los cuales las distintas categorías de diferenciación demográfica no sólo son categorías de desigualdad social, sino también mecanismos de constitución de sujetos sociales diferentes y desiguales. En este sentido, se trata de dar un giro radical al discurso demográfico tradicional. Nuestra apuesta es por una reconfiguración de los ejes teóricos, metodológicos y epistémicos sobre los cuales se sustentó el discurso demográfico en la sociedad industrial.

Se trata de pasar de una preocupación por la *dinámica del crecimiento*, a una por la *estructura demográfica*, en particular, por la estructuración social de las diferencias demográficas. Esto exige pensar la población no tanto en función de su dinámica de crecimiento, sino más bien en función de la estructura de relaciones entre individuos, entre géneros, entre etnias, entre generaciones y, en general, entre distintas categorías demográficas. Asimismo, planteamos la necesidad de pensar esta estructura demográfica en el marco de las transformaciones sociales que caracterizan a las sociedades contemporáneas.

El interés por la estructura demográfica no se refiere sólo a la identificación de las diferentes categorías demográficas, ya sea por estratos etáreos, género o condición étnica, entre otras. Como señala Tilly, la diferenciación formal entre categorías sociales suele basarse en una estructura de desigualdad social, sobre la cual se construyen los usos y significados sociales, culturales, políticos y económicos de dichas categorías. En este sentido, las distintas categorías demográficas (hombre-mujer, niño-joven-adulto-viejo, etc.) no son meros atributos individuales, sino que están socialmente organizadas en sistemas de relaciones asimétricas y desiguales. De esta forma, "mucho de lo que los observadores interpretan corrientemente como diferencias individuales que crean desigualdad, es en realidad la consecuencia de la organización categorial" (Tilly, 2000: 23). En este sentido, apostamos por una demografía orientada al análisis y comprensión de este sistema de desigualdad categorial en el marco de la sociedad global e informacional.

Ahora bien, antes de continuar conviene hacer una importante aclaración. La desigualdad categorial, como señala Tilly (2000), no es algo nuevo. De hecho, la distinción de género es tan antigua como la humanidad misma. Lo mismo podemos decir respecto a la diferenciación generacional, étnica, o cualquier otra forma demográfica de distinción y diferenciación social. Si ello es así, entonces ¿dónde está lo nuevo y lo novedoso de un discurso demográfico de la desigualdad?

En realidad, no estamos diciendo nada nuevo. Sin embargo, resulta paradójico, por decir lo menos, que la demografía, que aporta gran parte de estas categorías de diferenciación social, no se haya orientado a su análisis y comprensión. Por el contrario, la demografía tradicional se sustentó en un concepto abstracto de población, que no sólo ignoraba, sino silenciaba y abstraía tales diferencias, y

cuando se refería a ellas, lo hacía en términos estrictamente de desagregaciones poblacionales. Así, por ejemplo, la distinción demográfica hombre-mujer no se sustenta en una relación de género, de asimetrías de poder, configuración de roles y status diferenciados. Sólo se trata de la desagregación de un universo mayor en dos grupos poblacionales diferentes entre sí, pero homogéneos internamente. Es más, su distinción es con base en una relación estrictamente aritmética de agregación o desagregación. Tan fácil como se descompone la población total en dos subpoblaciones, una masculina y una femenina, se vuelve a componer con la agregación de ambas subpoblaciones.

En la demografía tradicional, la población es un total aritmético, producto de una red de agregaciones; nunca una totalidad concreta, producto de un sistema de articulaciones y mediaciones. En efecto, la población total se obtiene de la suma (agregación) de las poblaciones masculinas y femeninas, suma que se puede hacer sólo con base en la abstracción de la diferencia sexual. Un ejemplo nos permitirá ilustrar esta idea. La única forma de sumar peras y manzanas es abstraer su forma de existencia concreta que las diferencia, y considerarlas con base en un concepto más general: las dos son frutas, que como tales pueden sumarse. Lo mismo se aplica en el caso de hombres y mujeres. La única forma de obtener un total demográfico es a partir de la abstracción de sus diferencias.

Esta es la gran paradoja de la demografía, y de las ciencias sociales en general. En efecto, solemos asumir que la categoría *población* designa algo real y concreto. En realidad, cuando hacemos eso somos presa de una ilusión metodológica que nos lleva a aceptar una abstracción numérica como una representación de realidades empíricas y concretas.[26] En el fondo, la "población" como tal no existe, es tan sólo una invención de la modernidad. Esta ilusión es resultado de la ideología poblacionista que predomina en el pensamiento liberal (Mattelart, 1974). La "población", en su sentido moderno, implica un proceso de abstracción, no de concreción. Como tal, se sustenta en un proceso mental a través del cual establecemos la reducción de todos a la condición de sujetos indiferenciables, intercambiables y adicionables, desvinculándolos de los diversos campos de estructuración social e histórico que los convierten en sujetos sociales, y que hacen de cada individuo y de cada grupo social, sujetos únicos y diferentes (Canales, 2001a). En una palabra, la unidad que se representa a través del número anula la diversidad de lo social e histórico, presente en cada grupo y cada individuo.

La categoría población deviene, así, en concepto político e ideológico (Le Bras, 2000). Los gobiernos ya no piensan en sujetos o clases, sino en algo más abstracto, la *población* que incluye a todos, sin exclusiones, pero también sin distinciones. La agregación de los individuos es posible, pues se basa en su re-

26. En su *Crítica a la economía política*, Marx (1984) fue el primero en señalar esta inconsistencia metodológica del pensamiento liberal.

ducción a entidades iguales e indiferenciadas. Con base en esta abstracción, el individuo es desprovisto de sus ropajes sociales e históricos, en tanto ellos no hacen sino fundar la diferencia, la distinción, la diversidad, la otredad que se oculta tras el número.

En otras palabras, la abstracción de las diferencias en el concepto moderno de población, implica anular en ella sus referentes sociales e históricos. Con base en ello, se construye una totalidad numérica, una referencia que nos incluye a todos como iguales e indiferenciados. En este marco, no es casual que la preocupación por la población se centre precisamente en el número, esto es, en lo abstracto de la cantidad, y no en lo concreto de la diversidad. La reproducción de la población (y su problematización) pierde también toda referencia social e histórica, y adquiere la forma de una categoría transcultural.

El discurso de una demografía de la desigualdad, por el contrario, se sustenta en la recuperación de lo diverso y de la diferencia que ha sido anulada y silenciada en el concepto de población subyacente en el discurso de la modernidad. Esta perspectiva permitiría reposicionar a la demografía de cara a la sociedad contemporánea, siempre y cuando sea capaz de reconstruir un concepto de población con base en la inclusión de las diferencias, de lo diverso, de lo distinto, aspectos todos ellos, que además, son cotidianamente reivindicados en nuestra sociedad (García Canclini, 1999). En este sentido, el desafío es reconstruir la categoría "población" con base en la diversidad de textos teóricos e instrumentos metodológicos que actualmente disponemos. Sin negar el potencial heurístico que tiene la población como abstracción numérica, el desafío es no dejarse engañar por la ilusión que ella crea. Unidad y diversidad, o mejor dicho, diversidad en la unidad, esa es una de las contradicciones que atraviesan a la demografía desde una perspectiva posmoderna (Canales, 2001a).

En este sentido, reposicionar la demografía en el marco de una sociedad posmoderna, global e informacional exige, a nuestro entender, trascender el análisis demográfico tradicional de agregados poblacionales, para confluir en una reflexión sobre la configuración de *sujetos demográficos* propios y diferenciados. Si bien en la demografía tradicional se han elaborado diversas categorías para referirse a sujetos sociales concretos: indígenas, mujeres, migrantes, jóvenes, adultos mayores, entre otros, desde nuestra perspectiva se trata de algo diferente. Por de pronto, no se puede considerar estas categorías analíticas como meras desagregaciones de la población, sino más bien, en términos de la configuración de sujetos sociodemográficos en espacios históricos y concretos. En cierta forma, el objeto de la demografía ha de ser la comprensión y análisis de las heterogeneidades e inequidades sociales entre estos distintos sujetos demográficos. Asimismo, no se trata de atomizar el concepto de Población, sino de volver a él, pero entendiéndolo no ya como un mero agregado de individuos iguales e indiferenciados, sino como la articulación de sujetos sociodemográficos, misma que no está exenta de tensiones, conflictos y contradicciones, que

atraviesan cada una de dichas categorías sociodemográficas.

Al respecto, una revisión del surgimiento del discurso de la transición demográfica en el seno de la sociedad industrial, nos puede ayudar para visualizar y entender los alcances y consecuencias del discurso de la demografía de la desigualdad en la sociedad contemporánea.

No cabe duda de que el discurso de la transición demográfica se inició con esquemas descriptivos del cambio demográfico que pusieron el acento en la dinámica de sus componentes (natalidad y mortalidad) más que en sus significados sociales. La conceptualización de la transición demográfica como modernización demográfica es más reciente, y surge cuando el discurso de la modernidad se ha consolidado y madurado, a tal grado que tiende a dominar la construcción cultural y simbólica que hacemos de nosotros mismos como individuos y sociedad.[27]

En este sentido, Livi Bacci (1994) es quien ha hecho una conceptuación más precisa y profunda del proceso de transición demográfica. Este autor no sólo establece la especificidad de la dinámica demográfica en la sociedad moderna, sino además supera con mucho los discursos descriptivos y formalistas, y avanza en la comprensión de la transición demográfica. En su propuesta, el cambio demográfico no sólo es descrito, sino además adquiere un sentido y significado a partir de la matriz discursiva y comprensiva de la modernidad. La transición demográfica no es sólo una caracterización del cambio demográfico en la sociedad industrial, sino que también es la construcción de un marco conceptual que permite su comprensión en los términos y principios de la modernidad. No sólo se trata de un control de la dinámica y componentes del crecimiento demográfico, sino de la eficiencia y racionalidad modernista que se le atribuye a dicho control en la sociedad industrial. Asimismo, esta eficiencia y racionalidad demográfica se construyen en oposición a los principios de desorden, desperdicio, ineficiencia e irracionalidad que habrían determinado la dinámica de la población en sociedades premodernas.

Sin embargo, en este discurso de la transición demográfica la población importaba como un todo abstracto y homogéneo, indiferenciado. Las distinciones provenían de ámbitos externos a la demografía: eran distinciones económicas, sociales, culturales, políticas, etc. La demografía de la desigualdad, en cambio, centra la atención en las estructuras de diferenciación demográficas de la población. En este sentido, no es ya la población como un todo, ni su dinámica, la preocupación central, sino las relaciones, la diferenciación y las desigualdades que se plasman en la estructura demográfica. La preocupación por los migrantes, las mujeres, los indígenas, los adultos mayores, entre otros, denota una preocupación por categorías demográficas concretas, que por lo mismo, exigen una

27. En América Latina, por ejemplo, el discurso del desarrollo y la modernidad sólo surge a mediados de los cuarenta, una vez que se han consolidado diversos actores e instituciones sociales modernas (Mires, 1993).

construcción con base en procesos sociales históricamente determinados. Por el contrario, la preocupación por el crecimiento de la población presente en el discurso de la transición demográfica, denota una preocupación por categorías abstractas que en ningún caso permiten referirse a sujetos históricos y concretos. Los "componentes" del crecimiento (natalidad y mortalidad) no denotan ni connotan una referencia social ni histórica, sólo demográfica, y en función de una abstracción mayor: la población como agregado de individuos (Canales, 2001b).

A diferencia del discurso de la transición demográfica, en el discurso de la demografía de la desigualdad las categorías de diferenciación se internalizan como un componente substantivo del nuevo régimen demográfico. En este sentido, el problema demográfico se traslada de la preocupación por la dinámica del crecimiento a la preocupación por las estructuras de diferenciación demográfica, mismas que son socialmente construidas. En este contexto, el desafío de este nuevo discurso demográfico, es la reconstrucción de los sentidos y significados de la "dinámica demográfica". Su especificidad se construye de un modo distinto, no a partir de la dinámica de "componentes", sino con base en estructuras sociales y demográficas de diferenciación social.

En definitiva, una demografía de la desigualdad debe ser capaz de dialogar fructíficamente con lo multicultural, con el relativismo étnico, con las radicales reivindicaciones del género, con la explosión de un diferencialismo generacional, etc. La demografía que viene, debe ser capaz de lidiar con conceptos reflexivos e híbridos. La anterior unidad que imponía el concepto de población, debe abrir paso a una serie de categorías híbridas, pero que tendrán el potencial de desencadenar nuevos conceptos para pensar y entender la población (Canales 2001a).

Consideraciones finales

En la sociedad moderna el discurso demográfico se configuró a partir de dos ejes fundamentalmente. Por un lado, el significado específico que adopta la categoría "población", y por otro, el proceso de modernización y desarrollo como ámbitos desde los cuales se construyeron los límites y contornos de la cuestión demográfica en la sociedad industrial.

En cuanto al uso y significado del término "población", éstos varían en función de los marcos de entendimiento y pensamiento de cada sociedad y época histórica (Le Bras, 2000). Así por ejemplo, en las sociedades premodernas no parece existir un concepto único de población, y las categorías que se usan para designar a subpoblaciones no dejan de estar cargadas de sentidos y referencias concretas al sistema social de relaciones sociales y a la estructura de diferenciación social. En dichas sociedades, no existía aún una categoría lo suficien-

temente abstracta que permitiera incluir por igual a todos los individuos de la sociedad, porque precisamente, su cosmovisión y autopercepción se sustentaban en discursos de distinción y diferenciación entre grupos, a través de los cuales se estructuraba la vida cotidiana, la política, el poder, la economía, la religión, el saber, y en general la sociedad misma (Canales, 2001a).

En la sociedad moderna, la ideología del liberalismo se sustenta, entre otros aspectos, en el principio de la igualdad de los seres humanos. De esta forma, en el pensamiento moderno el *individuo* configura una entidad unificadora que homogeniza y diluye las diferencias, constituyendo así la categoría de sujeto histórico por excelencia (Wallerstein, 1998). Este concepto de individuo libre e igual, configura una categoría analítica de autopercepción que hace abstracción de los ropajes sociales que sustentaban la diferenciación y el reconocimiento de unos y otros por medio de la diferencia. Como individuo, su individualidad no surge de la oposición a "otros", sino de su oposición al agregado, a la población, o a la ilusión estadística del "promedio". El "otro" es reducido a una modalidad o expresión estadística de la población, del agregado. De esta forma, este proceso de abstracción deriva en la formulación del concepto moderno de población.

En efecto, este proceso de abstracción permite imaginar una categoría conceptual que al mismo tiempo que *nombra* a todos los individuos, los *enumera* en un agregado que exige la abstracción de las diferencias y distinciones de clase, castas, género, etnias, y otras. Éste es el papel y significado atribuido al concepto de población en los tiempos modernos. En este marco, la categoría "población" deja de ser usada para designar el acto de "poblar", siendo ahora usada para designar al conjunto de habitantes, a la suma de individuos de un lugar. Población designa pueblo y plebe, amos y esclavos, hombres y mujeres, monarca y súbditos, en fin, a *unos* y *otros*, y a *todos* por igual.

La adición de los individuos en tanto "población" es con base a su previa reducción a entidades unitarias iguales e indiferenciadas. Con esto se cumple el anhelo de la ideología liberal: *el individuo es la base de la sociedad*, a la vez que se sientan las bases del pensamiento demográfico moderno: el individuo es la unidad de agregación de la cual deriva la población como totalidad, representada en el número, en su cantidad. En ambos casos, en el pensamiento liberal y en el demográfico, la unidad anula la diversidad: el individuo es desprovisto de sus ropajes sociales e históricos, en tanto estos no hacen sino fundar la diferencia, la distinción, la diversidad, la otredad que se oculta tras el número.

Con base en esta conceptualización de la población, no resulta extraño que su problematización en el discurso de la modernidad fuera representada mediante el pensamiento malthusiano, y en donde la *cantidad* aparece como la principal, si no la única dimensión desde la cual la población deviene cuestión social y política. En efecto, en el pensamiento de la modernidad la preocupación por la población se construye a partir de su relación con la dinámica de la modernización. Es a partir de los metarrelatos de la modernidad (el progreso,

el desarrollo y la evolución social, en particular), desde donde la población es interpretada y significada, es aprehendida y comprendida dentro del proyecto de la modernidad misma.

En la sociedad moderna, el sentido de la pregunta por la población, venía dado por el sentido mismo de la modernización. Asimismo, la dinámica demográfica parecía indicar el tipo de cuestiones que resultaban relevantes y trascendentes en la sociedad moderna. De esta forma, las ideas de progreso social, la centralidad de la razón en la ideología desarrollista, la secularización de las prácticas sociales, entre otros aspectos, subyacen a todo el pensamiento demográfico de la primera modernidad. En este marco, no resulta extraño que la *transición demográfica* terminara siendo el marco de referencia por excelencia para el entendimiento de la población en el discurso de la modernidad (Canales, 2001b). En efecto, más allá de las críticas que recibió en términos de sus alcances teóricos y metodológicos, lo cierto es que este esquema de análisis e interpretación de la dinámica de la población llenó de sentido a la práctica del demógrafo. En particular, de acuerdo con el enfoque de la *transición demográfica,* el cambio demográfico es visto como un componente del cambio social, en tanto con él se desea indicar el proceso de modernización de la dinámica demográfica.

En esta perspectiva, la cuestión demográfica fue inicialmente formulada con base en la dinámica del crecimiento de la población, y de sus impactos en el proceso de desarrollo económico. Tal formulación se deriva del hecho de que la población mundial ha experimentado un crecimiento sostenido por más de dos siglos, el cual se intensificó a mediados del siglo XX (Thumerelle, 1996). De esta forma, el discurso demográfico en la sociedad moderna se construyó básicamente en torno al debate de la relación población-desarrollo. En particular, este debate se centró en el papel del crecimiento demográfico en el proceso de desarrollo e industrialización de la sociedad moderna, especialmente en los países del Tercer Mundo, donde el crecimiento de la población adquirió formas explosivas.

Por un lado, hubo quienes sostenían que el crecimiento demográfico implicaba serios límites y obstáculos para el crecimiento y desarrollo económico y social (Notestein, 1945; Meadows, *et al.*, 1973). En el marco neomalthusiano que subyace a los planteamientos de la transición demográfica y del Club de Roma, el crecimiento de la población es visto como un serio problema para el desarrollo y modernización de la sociedad industrial. En efecto, de acuerdo con éstos y otros autores, la persistencia de un régimen demográfico tradicional hace del crecimiento de la población un rezago estructural de un pasado que es necesario transformar para eliminar los obstáculos en el camino de la modernización. En tanto obstáculo, la población deviene en medio y método privilegiado para lograr el desarrollo, la modernidad. Esta racionalidad "modernista" se expresa también en la idea de que "la disminución del crecimiento demográfico, llevaría al crecimiento económico y al bienestar social, con familias pequeñas que vivi-

rían mejor" (Benítez, 1996). Asimismo, con base en estos principios se sustenta la formulación de las políticas de población. No se trata de políticas de control de la dinámica demográfica pura y simplemente, sino de políticas de promoción del desarrollo y la modernidad. De esta forma, la política a favor de la planificación familiar, del control de la natalidad y de la reducción en los ritmos de crecimiento demográfico, se constituye en parte inherente e inseparable de las estrategias de desarrollo y modernización social, económica y política.

Por otro lado, visiones alternativas planteaban que el problema del crecimiento demográfico era más bien una consecuencia del subdesarrollo económico y no su causa. En esta interpretación, se invierten las relaciones de causa-efecto, y si bien se plantea el crecimiento demográfico como una cuestión a resolver, se postula en cambio, que no hay mejor política de población y de planificación del crecimiento demográfico que la modernización de las estructuras sociales, políticas y culturales que, heredadas de sociedades tradicionales, tienden a frenar el proceso de desarrollo y cambio social en las regiones menos desarrolladas (Singer, 1971; Germani, 1973 y 1969).

De hecho, la dinámica demográfica de estas regiones se explicaría precisamente por la persistencia de estructuras familiares y culturales de tipo tradicional, que en diversos casos y de distintas formas, tienden a oponerse y retardar el uso de métodos y técnicas modernas y científicas de control natal y planificación familiar. No se trata únicamente de una cuestión de mercado, esto es, de disponibilidad y acceso a métodos anticonceptivos modernos, sino también de una cuestión cultural y familiar, con relación a los significados sociales y simbólicos de la familia, los hijos y la reproducción humana. El cambio en esta dinámica, expresado en el creciente uso de métodos anticonceptivos modernos, y en particular, el predominio de una "racionalidad moderna" en la determinación y decisión de la descendencia a nivel individual y familiar, implicarán para el futuro inmediato, sustantivos cambios en el patrón demográfico, mismos que ya se vislumbran en no pocas sociedades industrializadas en donde el cambio demográfico se inició con anterioridad.

En América Latina en particular, este debate tuvo un importante desarrollo que derivó en una fuerte crítica al enfoque de la transición demográfica, en tanto no era capaz de comprender las especificidades del proceso de desarrollo y subdesarrollo en sociedades periféricas, mismas que implicaban una reformulación radical de las propuestas de la transición demográfica respecto a la dinámica de la población en nuestros países.[28] Sin embargo, aun cuando el enfoque histórico estructural significó un pensamiento independiente y crítico a las posturas neomalthusianas, no implicó necesariamente una crítica igualmente radical al significado modernista del discurso demográfico. En resumidas cuentas, si bien

28. Para más detalles respecto a esta crítica a la transición demográfica, véanse Patarra, 1973, y Benítez, 1994.

se trata de un enfoque con importantes raíces marxistas, en el enfoque histórico estructural subyacen importantes principios del discurso de la modernidad, en particular, la visión de la historia en el marco de un proceso de evolución social regida por la razón del progreso y el desarrollo.[29]

En este contexto, la tesis que sostenemos en este documento va más allá de la crítica que el enfoque histórico estructural hiciera en su momento al discurso de la transición demográfica. Nuestra hipótesis es que los cambios sociales, demográficos y estructurales que se vienen desarrollando de fines del siglo xx, inauguran una nueva época histórica que exige revisar las bases mismas sobre las que se ha construido el discurso demográfico, y en general, el discurso de las ciencias sociales modernas.

El advenimiento de la sociedad global e informacional, corresponde no sólo a una etapa de "transición histórica", sino que plantea además una exigencia metodológica, en la medida que los marcos conceptuales para analizar, comprender y actuar en nuestras sociedades están siendo rebasados por la propia dinámica de la sociedad contemporánea (Ianni, 1996; Mires, 1996). Por lo mismo, estos cambios no podemos sino describirlos y analizarlos en forma aproximada, con base en metáforas más que en conceptos acabados y cerrados. En este sentido, la exigencia metodológica es avanzar en la construcción de categorías de análisis que desde una perspectiva crítica de la modernidad, permitan aprehender los nuevos rumbos y ritmos que están tomando los procesos sociales. La demografía como disciplina, y la población como objeto de estudio, no son ajenas a esta condición actual de las ciencias sociales.

En este contexto, una primera exigencia es que debemos entender el fin de la llamada transición demográfica en el marco del advenimiento de la sociedad informacional, lo cual nos permitirá pensar en nuevas delimitaciones y visiones de la demografía que vayan más allá de la reproducción cuantitativa de la población. O lo que es lo mismo, sólo desde una revisión crítica de la estructuración social en la era de la información y de la globalización, es posible reformular un discurso demográfico. La demografía tiene ese desafío: pensar en los procesos sociales que dan cuenta de las estructuras demográficas en la sociedad global e informacional.

En tal sentido, creemos que los nuevos ejes de la demografía que podemos avizorar para un futuro próximo, ya no se derivarían tanto del crecimiento de la población, como de la forma que la sociedad postindustrial se organizará para enfrentar las mutaciones demográficas y sociales que actualmente empiezan a experimentarse. De esta forma, el desafío para la demografía, y para la sociedad en general, será dejar de pensar la población en términos de su crecimiento, para pensarla en términos de las relaciones y contradicciones entre individuos, entre generaciones, entre géneros, entre etnias, y entre la especie humana y la

29. Para una revisión más amplia de esta tesis, véase Canales 2001a y 1999.

naturaleza. En otras palabras, se trata de pasar de la preocupación por la *dinámica* demográfica y sus componentes, a una preocupación por las *estructuras* demográficas, esto es, por la *estructuración social* de las diferencias y desigualdades demográficas.

En este marco es que planteamos nuestra tesis de que el discurso de la población debe centrarse en lo que hemos llamado como una *demografía de la desigualdad social*. Nuestro interés por el análisis y comprensión de las estructuras demográficas no se refiere sólo a la identificación de las diferentes categorías demográficas, ya sea por estratos etáreos, género o condición étnica, entre otras. Como señala Tilly (2000), la diferenciación formal entre categorías sociales suele basarse en una estructura de desigualdad social, sobre la cual se construyen los usos y significados sociales, culturales, políticos y económicos de dichas categorías. Por lo mismo se trata de analizar los procesos demográficos en términos de la construcción de un nuevo sistema de desigualdad categorial. Como hemos señalado a lo largo de este trabajo, las distintas categorías demográficas (hombre-mujer, niño-joven-adulto-viejo, etc.) no son meros atributos individuales, sino que están socialmente organizadas en sistemas de relaciones asimétricas y desiguales.

En este sentido, el discurso de una demografía de la desigualdad social plantea una diferencia no sólo conceptual, sino también epistémica respecto al discurso de la transición demográfica. En efecto, en el discurso de la transición demográfica la población importaba como un todo abstracto y homogéneo, indiferenciado. Las distinciones provenían de ámbitos externos a la demografía, eran distinciones económicas, sociales, etc. De esta forma, la preocupación por el crecimiento de la población presente en el discurso de la transición demográfica, denota una preocupación por categorías abstractas que en ningún caso permiten referirse a sujetos históricos y concretos. Los "componentes" del crecimiento (natalidad y mortalidad) no denotan ni connotan una referencia social ni histórica, sólo demográfica, y en función de una abstracción mayor: la población como agregado de individuos (Canales, 2001a).

En la demografía de la desigualdad, en cambio, la atención se ha de centrar en las estructuras de diferenciación demográficas de la población. En este sentido, no es ya la población como un todo, ni su dinámica, la preocupación central, sino las relaciones, la diferenciación y las desigualdades que se plasman en la estructura demográfica. Asimismo, se trata de una preocupación por categorías demográficas concretas, que por lo mismo, exigen una construcción con base en procesos sociales históricamente determinados.

En síntesis, no sólo han cambiado las "dinámicas" de los componentes demográficos, sino por sobre todo, el discurso en torno a una demografía de la desigualdad pone el acento en los nuevos sentidos y significados de la "dinámica demográfica". Como discurso demográfico, su especificidad se construye de un modo distinto, no a partir de la dinámica de "componentes", sino con base en

estructuras sociales y demográficas de diferenciación social. A diferencia del discurso de la transición demográfica, en la demografía de la desigualdad las categorías de diferenciación se internalizan como un componente substantivo del nuevo régimen demográfico. Es en este sentido que decimos que el problema demográfico se traslada de la preocupación por la dinámica del crecimiento a la preocupación por las estructuras de diferenciación demográfica, mismas que son socialmente construidas.

Bibliografía

Amin, Samir (1997) *Los desafíos de la mundialización*. México: Siglo XXI Editores.

Appadurai, Arjun (1990) "Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy", en *Theory, Culture and Society*, vol. 7, pp. 295-310.

Bauman, Zygmunt (1998) "On *Glocalizatton*: or Globalization for Some, Localization for Some Others", en *Thesis Eleven*, núm. 54, SAGE Publications.

Beck, Ulrich (2000) *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Barcelona: Paidós.

—— (1998) *Qué es la globalización. Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. México: Paidós.

Bell, Daniel (1976) *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. Madrid: Alianza Editorial.

Benítez, Raúl (1996) "La cuestión sobre el crecimiento de la población y el desarrollo en América Latina y México. La política de población", en C. Welti (coord.), *Dinámica demográfica y cambio social*. México: Prolap/Somede/IIS-UNAM, pp. 275-283.

—— (1994) "Visión latinoamericana de la Transición Demográfica. Dinámica de la población y práctica política", *La Transición Demográfica en América Latina y El Caribe*, actas de la IV Conferencia Latinoamericana de Población, vol. 1, Primera Parte. México, DF: ABEP/Celade/IUSSP/Prolap/Somede.

Borja, Jordi, y Manuel Castells (1997) *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid: Taurus.

Bustamante, Jorge (2000) "Un marco de referencia acerca de la vulnerabilidad de los migrantes como sujetos de los derechos humanos", documento presentado al *Taller sobre mejores prácticas en materia de migración*. Santiago de Chile: CEPAL.

Canales, Alejandro I. (2002) "El concepto de globalización en las ciencias sociales. Alcances y significados", en J. Arroyo, A. I. Canales y P. Vargas (comps.), *El norte de todos. Migración y trabajo en tiempos de globalización*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara/UCLA Program on Mexico/Profmex/Juan Pablos Editores, pp. 23-64.

—— (2001) "Flexibilidad laboral y feminización del empleo en el agro chileno. Un caso (más) de desarrollo sin equidad", en *Revista de Economía y Trabajo*, núm. 11. Chile: Programa de Economía del Trabajo, pp. 87-112.

—— (2001a) "Discurso demográfico y posmodernidad. Una revisión crítica del pensamiento malthusiano", en *Estudios Sociológicos*, vol. XIX, núm. 56, pp. 381-417. México: El Colegio de México.

—— (2001b) "La población en la era de la información. De la Transición Demográfica al proceso de envejecimiento", en *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 48. México: El Colegio de México.

—— (2000) "International Migration and Labour Flexibility in the Context of NAFTA", en *International Social Science*, núm. 165. Unesco.

—— (1999) "Investigación y docencia en población. Breve historia de encuentros y desencuentros", en R. Benítez y R. Jiménez (coords.), *Hacia la demografía del siglo XXI*. México: IIS-UNAM/Somede.

Castells, Manuel (1998) *La era de la información. Economía, sociedad y cultura,* vol. 1, *La sociedad red*. España: Alianza Editorial.

Celade (2002) *Vulnerabilidad sociodemográfica: viejos y nuevos riesgos para comunidades, hogares y personas*. Separata. Santiago de Chile: CEPAL/Celade.

Davis, Kingsley (1986) "Apreciación crítica de Malthus", en R. Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*. México: Fondo de Cultura Económica.

De Oliveira, Francisco (1973) "La economía brasileña: Crítica de la razón dualista", en *El Trimestre Económico,* núm. 158, vol. XL (2). México: Fondo de Cultura Económica, pp. 411-484.

De Oliveira, María Coleta (2001) *Demografia da exclusao social*. Sao Paulo: Editora da UNICAMP.

De Souza Martins, José (1998) "O problema das migrações no limiar do terceiro milênio", en *O fenômeno migratório no limiar do terceiro milenio. (Desafios Pastorais)*. Brasil: Editora Vozes.

Fucaraccio, Ángel, y Fernando González (1975) *Notas para una discusión acerca de la ley de población en Marx,* documento de trabajo núm. 11. Santiago de Chile: PISPAL.

García Canclini, Néstor (1999) *La globalización imaginada*. México: Paidós.

Germani, Gino (1976) *Urbanización, desarrollo y modernización. Un enfoque histórico y comparativo*. Argentina: Paidós.

Germani, Gino (1969) *Sociología de la modernización. Estudios teóricos, metodológicos y aplicados a América Latina*. Argentina: Paidós.

Giddens, Anthony (1990) *The Consequences of Modernity*. California: Stanford University Press.

González, Humberto (1996) "Globalización y regionalización", en H. González y J. Arroyo (comps.), *Globalización y regionalización. El Occidente de México*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Heller, Agnes (1991) *Historia y futuro. ¿Sobrevivirá la modernidad?* Barcelona: Península.

Hobsbawm, Eric (2000) *Entrevista sobre el siglo XXI*. Barcelona: Crítica.

Ianni, O. (1996) *Teorías de la globalización*. México: Siglo XXI Editores/Universidad Nacional Autónoma de México.

Kirk, Dudley (1996) "Demography Transition Theory", en *Population Studies*, núm. 50, pp. 361-387.

Kumar, Kishan (1995) *From Post-Industrial to Post-Modern Society. New Theories of the Contemporary World*. Massachusetts: Blackwell Publishers.

Lagos, R. (1994) "¿Qué se entiende por flexibilidad del mercado de trabajo?", en *Revista de la CEPAL*, núm. 54, pp. 81-95.

Lash, Scott, y John Urry (1998) *Economías de signos y espacios. Sobre el capitalismo de la postorganización*. Buenos Aires: Amorrortu.

Lassonde, Louise (1997) *Los desafíos de la demografía. ¿Qué calidad de vida habrá en el siglo XXI?* México: FCE/UNAM.

Le Bras, Hervé (2000) "Peuples et populations", en *L'Invention des populations. Biologie, idéologie et politique*. París: Editions Odile Jacob, pp. 9-54.

Livi Bacci, Massimo (1994) "Notas sobre la Transición Demográfica en Europa y América Latina", en *La Transición Demográfica en América Latina y El Caribe,* actas de la IV Conferencia Latinoamericana de Población, vol. 1, primera parte. México: ABEP/Celade/IUSSP/Prolap/Somede.

Malthus, Robert (1986 [1798]) *Ensayo sobre el principio de la población*. México: FCE.

Marx, Karl (1984) *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (*Grundrisse*) 1857-1858,* vol. 1. México: Siglo XXI Editores.

—— (1972 [1867]) *El Capital. Crítica de la economía política*. México: FCE.

Mattelart, Armand (1998) *La mundialización de la comunicación*. España: Paidós.

—— (1974) "Prefiguración de la ideología burguesa. Lectura ideológica de una obra de Malthus", en *Ideología y medios de comunicación*. Buenos Aires: Amorrortu.

Meadows, Donella, Dennis Meadows, y Jorgen Randers (1992) *Más allá de los límites del crecimiento*. España: *El País*/Aguilar.

—— *et al.* (1973) *Los límites del crecimiento. Informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*. México: FCE.

Mires, Fernando (2000) *Teoría política del nuevo capitalismo, o el discurso de la globalización*. Venezuela: Nueva Sociedad.

—— (1996) *La revolución que nadie soñó o la otra posmodernidad*. Venezuela: Nueva Sociedad.

—— (1993) *El discurso de la miseria*. Venezuela: Nueva Sociedad.

Moser, C. (1998) "The Asset Vulnerability Framework: Reassessing Urban Poverty Reduction Strategies", en *World Development*, vol. 26, núm. 1. Gran Bretaña: Elsevier Science.

Negroponte, Nicholas (1996) *Ser digital*. México: Océano.

Notestein, Frank W. (1945) "Population the Long View", en T. Shultz, (ed.), *Food for the World*. Chicago: University of Chicago Press.

Ohmae, Kenichi (1997) *El fin del Estado nacional*. Chile: Andrés Bello.

Omán, Charles (1994) "Globalización: la nueva competencia", en C. Moneta y C. Quenán (coords.), *Las reglas del juego. América Latina, globalización y regionalismo*. Argentina: Corregidor.

Patarra, Neide (1994) "Transiçao demográfica: novas evidencias, velhos desafios", en *La Transición Demográfica en América Latina y El Caribe,* actas de la IV Conferencia Latinoamericana de Población, vol. 1, primera parte. México: ABEP/Celade/IUSSP/Prolap/Somede.

Petersen, William (1988) "Marxism and the Population Question: Theory and Practice", en *Population and Development Review*, Suplemento, vol. 14, pp. 77-101.

Pizarro, Roberto (2001) *La vulnerabilidad social y sus desafíos: una mirada desde América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL/LC/L.

Robertson, Roland (1992) *Globalization. Social Theory and Global Culture*. Londres: SAGE.

Rodríguez V., Jorge (2001) *Vulnerabilidad y grupos vulnerables: un marco de referencia conceptual mirando a los jóvenes,* Col. Serie Población y Desarrollo, núm. 17. Santiago de Chile: CEPAL/LC/L.

—— (2000) *Vulnerabilidad demográfica: una faceta de las desventajas sociales,* Col. Serie Población y Desarrollo, núm. 5. Santiago de Chile: CEPAL/LC/L.

Sassen, Saskia (1998) *Globalization and its Discontents*. Nueva York: The New Press.

—— (1991) *The Global City. New York, London and Tokyo*. Princeton: Princeton University Press.

Singer, Paul (1971) *Dinámica de la población y desarrollo. El papel del crecimiento demográfico en el desarrollo económico*. México: Siglo XXI Editores.

Smith, R. (1994) *"Los ausentes siempre presentes". The Imagining, Making and Politics of a Transnational Community between New York and Ticuani, Puebla*, disertación doctoral en ciencias políticas. Nueva York: Columbia University Press.

Storper, Michael, y Richard Walker (1983) "La división espacial del trabajo", en *Cuadernos Políticos*, núm. 38. México: ERA.

Teitelbaum, Michael S., y Jay M. Winter (1985) *The Fear of Population Decline*. Nueva York: Academic Press.

Tilly, Charles (2000) *La desigualdad persistente*. Buenos Aires: Manantial.

Thumerelle, Pierre-Jean (1996) *Las poblaciones del mundo*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Ugarteche, Óscar (1997) *El falso dilema. América Latina en la economía global*. Venezuela: Ediciones Nueva Sociedad/Fundación Fredrich Ebert (Lima).

Wallerstein, Immanuel (1998) *Después del liberalismo*. México: Siglo XXI Editores.

—— (1991) *Unthinking the Social Sciences. The Limits of Nineteenth-Century Paradigms.* Inglaterra: Oxford Polity Press.

3
Debate sobre la situación actual de la ciencias sociales

HUGO ZEMELMAN MERINO

Hoy vivimos un cambio de época y en consecuencia estamos ante la necesidad de una autorreflexión en las ciencias sociales. Con esta motivación, quisiera aprovechar la oportunidad para esbozar algunas preocupaciones en torno al quehacer y al futuro de estas ciencias, sin otro propósito que contribuir a abrir la mente con inquietudes y desafíos propios de nuestra responsabilidad intelectual.

Las transformaciones y rupturas que han acontecido en los últimos años nos enfrentan con desafíos para los cuales es probable que se requiera forjar nuevos conceptos. A pesar de la gran acumulación de conocimientos, debemos estar alertas acerca de la tarea de re-definiciones que hay que abordar para dar cuenta de los fenómenos, muchos de ellos que han sido el cometido de estudios y reestudios durante largos periodos.

El desafío anterior se puede formular como el esfuerzo por incorporar, en el análisis, la dimensión histórica de los fenómenos. El problema metodológico se refiere al manejo de los parámetros de tiempo y de espacio, así como los que tienen que ver con la articulación entre estos parámetros y el ritmo que presenta el fenómeno como acontecer. Ello es parte del trabajo para abordar sus complejidades, lo que obliga a concebir relaciones de conocimiento más inclusivas; esto es, que no se agoten en las funciones cognitivas clásicas, especialmente las que se han heredado del positivismo.

La autorreflexión en que pensamos comprende diversos aspectos que debemos asumir. El primero de éstos es tomar conciencia de que el problema del conocimiento social no se puede discutir sin previamente resolver si nos queda-

mos restringidos al ámbito de la ciencia, propiamente tal, o bien ampliamos la reflexión hasta el propio sujeto investigador.

Lo anterior porque pensamos que el verdadero problema de las ciencias sociales no está exclusivamente en la naturaleza del conocimiento sino más bien en el propio sujeto constructor. Por eso debemos detenernos en qué ocurre con el pensamiento en el marco de estas disciplinas. ¿Es aplicable a ellas lo que hace tiempo decía Husserl sobre las ciencias naturales, en cuanto que éstas estaban reduciéndose a una pura tecnología intelectual sin pensamiento?

El desequilibrio entre el extraordinario desarrollo técnico-metodológico y el escaso desenvolvimiento del pensamiento (abstracto de las ciencias sociales en su expresión ya sea filosófica o bien epistemológica), parece mostrar una tendencia a exaltar el papel del saber hacer sobre el saber pensar. El resultado es una pérdida de la capacidad para colocarse ante la realidad en los distintos momentos históricos de su desenvolvimiento, según diferentes ritmos temporales, ya sea al interior de cada momento histórico, o en la perspectiva longitudinal. De ello se desprende un retraso respecto al devenir histórico de la sociedad, facilitándose la imposición de discursos que, disfrazando su naturaleza ideológica bajo la cobertura de una falsa cientificidad, pretenden dar cuenta de los fenómenos en el momento actual.

Una manifestación de esta pobreza, aunque disfrazada, es el indiscutible divorcio entre las prácticas de investigación y los grandes discursos filosóficos y epistemológicos; divorcio que permite que coexista simultáneamente, con un acelerado desarrollo tecnológico, una inocultable pobreza conceptual.

"Pobreza" que se hace manifiesta cuando se pretende abordar el desafío de la complejidad de los fenómenos de la sociedad contemporánea, el cual no es otro que poder pensar los fenómenos sociales como fenómenos históricos. Por ello es importante destacar aspectos de la problemática que se puedan traducir en cuestiones metodológicas (para no pensar en aquellas otras que se vinculan con problemas puramente filosóficos). Con este propósito elegimos algunos que están, o deberían estar, presentes en la confrontación episte-metodológica de nuestra época, lo que haremos de modo sintético y con la finalidad de ejemplificación, ya que cabría mencionar otros, según la óptica epistémica elegida.

En primer lugar, no se puede soslayar el problema de la relación misma entre los fenómenos, sea en el plano de la interpretación, sea en el ámbito de la empiricidad propio de las técnicas. Esta relación puede ser problematizada en forma de dar lugar a una nueva morfología fenomenológica. La cuestión es la consideración, en el análisis de las relaciones, de las mediaciones como reflejando el movimiento interno de éstas (por lo que no se puede identificar con la variable interviniente); movimiento que consiste en la transitividad de cada fenómeno de una modalidad a otra, en razón de que se está desenvolviendo hacia nuevas significaciones, según las articulaciones históricas de la que el fenómeno es parte.

La relación constatada, descrita o medida, es solamente un indicador que muestra la presencia de una particular modalidad de los fenómenos, según como es captado éste en la delimitación de sus relaciones. Ello se traduce en la necesidad de entender los fenómenos como componentes de una constelación de relaciones que lo configuran y determinan en un momento dado, momento que puede ser de duraciones variables.

Las consideraciones anteriores obligan a tener en cuenta lo que, en términos metodológicos, llamaremos la especificidad del fenómeno. Especificidad que es la empiricidad del fenómeno, pero que escapa a la morfología susceptible de ser descrita. Es la concreción del fenómeno según resulta determinada por su inserción en un campo formado por múltiples determinaciones, de acuerdo con las exigencias de historicidad del momento.

En esta dirección, se pone de manifiesto que la especificidad no es simplemente la complejidad concebida en términos de cantidad de información posible de procesarse en relación con un fenómeno, o de un conjunto de fenómenos, sino que constituye la posibilidad analítica según resulta determinada por la articulación histórico-concreta del fenómeno, en tanto ésta expresa al momento como marco hermenéutico para su análisis.

En consecuencia, la elaboración de la información, cuantitativa o cualitativa, tiene que ser construida no desde el fenómeno definido como objeto que se aísla, sino desde su condición de componente de una articulación gestada por el momento histórico; por consiguiente, no se puede prescindir de un horizonte de relaciones necesarias. De ahí que la articulación en el momento sea la premisa de cualquier razonamiento orientado a ubicar en un contexto los fenómenos disciplinariamente definidos como objetos; por consiguiente, es el criterio para conferirle a los fenómenos su significación teórica que sea además históricamente pertinente. Ello representa un segundo desafío en la construcción del conocimiento.

Un tercer problema puede encontrarse en la necesidad de dar cuenta de los fenómenos desde sus dinamismos constituyentes, ángulo de análisis que resulta inevitable desde nuestra perspectiva, pues al incorporar al fenómeno de estudio en el momento histórico, nos obligamos a definir a éste y a sus relaciones desde su proceso interno de constitución (cualquiera sea su naturaleza y el enfoque teórico que se asuma).

La idea de proceso no se puede comprender en términos de un recorte aislado, sino como el proceso que permite discernir en el fenómeno la condición de estar determinado pero, simultáneamente, la de determinar, la de estar incluido en otro ámbito de relaciones pero también de ser, por su parte, incluyente.

Todo lo anterior lo podemos denominar como el proceso de configuración del fenómeno en tanto campo de relaciones, pero a su vez siendo el fenómeno un componente de otro campo de relaciones. Lo que nos alerta acerca del peligro de considerar al fenómeno como simple producto, perdiendo su dimensión

de productente. Es un requisito fundamental si estamos conscientes en que las ciencias sociales, por estar referidas a una cantidad de situaciones aleatorias, se apoyan a la vez en una realidad dada y en una realidad todavía no producida, pero que es creada por los propios hombres.

Por último, nos planteamos un cuarto problema que es consecuencia de los tres anteriores. Me refiero a la cuestión de los parámetros. El movimiento de la realidad sociohistórica y su estrecha vinculación con la práctica social obliga a un constante esfuerzo por descifrar los límites (que pueden ser teóricos, ideológicos o axiológicos) en cuyo espacio reviste un significado particular el fenómeno que se quiere estudiar.

Estos límites expresan la opción social desde la cual se construye el conocimiento; implican, por lo tanto, una forma de entender a la realidad, pero especialmente de cómo y para qué construirla en una dirección determinada. Lo que decimos reviste un significado relevante cuando observamos que los parámetros que en general se imponen, sin mediar muchas veces conciencia alguna del investigador, son los que conforman el poder, en cuyos parámetros se pretende conferir a los fenómenos el estatus de reales; con el agregado de establecer su identidad como única y excluyente de otras posibles visiones de los mismos.

El conjunto de estas consideraciones se traducen en la urgencia por revisar los límites en los cuales se construye el conocimiento; de manera particular, el discurso disciplinario. Es un hecho que el concepto de disciplina se queda corto comparado con los desafíos señalados. Estos pueden ser abordados al interior de las disciplinas según como hoy son definidas, pero en estricto rigor exceden a esos límites en la medida que rompen con la lógica de los objetos compartimentalizados. De ahí que la discusión episte-metodológica conlleve la necesidad de revisar el concepto de disciplina, pues no hay duda de que el sistema clasificatorio de las ciencias, heredado del siglo XIX, se muestra insuficiente para resolver la cuestión relativa a las mediaciones y a la historización de los fenómenos. En consecuencia, se impone un debate sobre un nuevo concepto de ciencia que, no estando restringido a los parámetros de la lógica del objeto, busque recuperar los dinamismos constituyentes y la pertinencia del fenómeno a momentos del acontecer sociohistórico.

Uno de los criterios que podemos mencionar, refiere a las modalidades que asumen los sujetos en los distintos planos que caracterizan a cada una de las disciplinas científicas. Ello supone describir la naturaleza de los sujetos, así como sus dinamismos de interacción y de apropiación de la realidad contextual, tanto como la naturaleza de sus condicionantes, que conforman al sujeto como ángulo epistémico desde dónde se lee la realidad en cada disciplina. Nos referimos al problema de los distintos tipos de sujetos sociales que se asocian con cada disciplina como constructores de realidades. Será indispensable profundizar en las distintas formas de prácticas sociales, que corresponden a los ámbitos problemáticos contenidos en las distintas disciplinas científicas.

Pensamos que debemos desplazar la discusión, desde el discurso, al sujeto pensante. En este sentido cabe destacar algunos rasgos. En primer lugar, la pérdida del lenguaje que se da concomitantemente con un empobrecimiento en las concepciones sobre la realidad. A este respecto, habría que llevar a cabo un análisis en profundidad de las concepciones de realidad implicadas en el lenguaje de las técnicas; ya que tenemos que preguntarnos si estos lenguajes enriquecen el pensamiento o, más bien, lo disminuyen sacrificándolo a la capacidad de operar.

Debemos considerar también el predominio en las ciencias sociales actuales de la idea de objeto, más que de mundo, como concepción de realidad. Ello se vincula con la cuestión del sentido que tiene conocer, en la medida que los objetos "disciplinarios" se reducen a la lógica de apropiación de la realidad, quedando circunscritos a la condición de "artefactos". Con lo que se deja de lado tomar en cuenta el momento histórico en que se vive y que envuelve como contorno a cada objeto particular.

En el marco de la lógica del objeto casi no tiene significado plantearse el sentido que tiene el conocimiento y su construcción, pues se agota en la simple apropiación del objeto. Lo que en el plano formativo, tanto profesional como científico, se traduce en la forma que asume la organización de la información. En cambio, si nos planteamos que la realidad no es una constelación de objetos, sino el ámbito de sentidos posibles en que apoyar una construcción social, entonces nos enfrentamos con la necesidad de responder a la cuestión del sentido desde un espacio más incluyente que el del objeto "disciplinario". Espacio que es el de la capacidad del sujeto para insertarse en el momento histórico mediante el acto de comprenderlo. Y además como condición previa a la definición de cualquier objeto de estudio.

Desde esta óptica, se plantea como muy relevante lo que concierne a la situación contextual del investigador. Está claro que la ubicación institucional del investigador puede facilitar o dificultar las tareas anteriores; lo que se manifiesta en el juego entre perfiles como ser el de profesional o en el de pensador. En el trasfondo se plantea si el tener sentido exige o no una actividad de pensar que trascienda los límites del quehacer técnico-profesional.

Pero ocurre que el investigador no siempre está entrenado en la construcción propiamente del pensamiento, pues en el proceso formativo se ha puesto la atención antes que nada en el manejo del conocimiento ya codificado. Pero como no es lo mismo saber, en la acepción de controlar y descifrar de la ciencia, que pensar, como la capacidad de romper con los límites de lo establecido, tenemos que plantearnos la pregunta sobre cómo estimular la disposición a pensar, especialmente cuando lo que se privilegia es simplemente la capacidad de hacer (por ejemplo, creación de información, sistematización, corroboración, proyectar).

Esta disposición está fuertemente ligada con la necesidad de futuro que se plasma en desafíos deontológicos, tanto en el plano individual como social. Un

científico sin necesidades histórico-existenciales enfrenta el peligro de terminar por reducirse a labores instrumentales, a veces sofisticadas y sutiles, pero supeditado a los requerimientos problemáticos que plantean otros sujetos, por lo general, quienes tienen poder, y de este modo su responsabilidad se reduce a describir y, cuando puede, a proyectar, aunque incapacitado de ahondar en lo más profundo de las circunstancias del momento, ya que carece de un ángulo propio desde el que organizar su pensamiento. Es el caso de los científicos que convierten al orden establecido en su propio sentido histórico-existencial, por lo que asumen los parámetros impuestos por el poder como los de su propio ángulo de lectura.

Lo anterior tiene consecuencias en los modos de apropiación del conocimiento acumulado. En efecto, ésta no puede estar exclusivamente mediada por la cantidad de información que el investigador esté en condiciones de manejar (para lo cual se disponen de técnicas cada vez más sofisticadas y, cómo si esto fuera poco, rápidas), por cuanto conlleva el riesgo de una utilización lineal y mecánica de la teoría, en la medida que no garantiza tener claro el sentido, no formal, para el que se requiere su uso. Esto es, la significación histórica que tiene el conocimiento en cuanto a la función que cumple para impulsar, o dificultar, determinadas opciones de construcción social.

Nos parece que está fuera de discusión que la organización de la apropiación del conocimiento tiene que obedecer a un sentido histórico, a una visión de alternativas de construcción social, a partir de lo necesario y posible de reconocerse en un momento. En este marco el empleo del conocimiento, con base en criterios temáticos, exige considerar a los temas como síntomas de un cuadro problemático más inclusivo. Es lo que no ocurre cuando el tema es definido por derivación de premisas teóricas, o bien, lo que es la otra cara de la misma medalla, cuando el problema social que se estudia es descontextualizado para reducirlo a objeto posible de teorización. De ahí la importancia que la apropiación del conocimiento esté mediada por la capacidad del investigador para comprender el momento histórico en el cual se define el problema, de manera de poder insertarse en él.

La posibilidad de inserción en el momento supone la capacidad de pensar históricamente. Entendemos a éste como un pensar no-instrumental que sirve de antecedente a cualquier esfuerzo de análisis y operacionalización del tema, por cuanto representa el esfuerzo por reflejar al conjunto de las circunstancias que nos constituyen.

De lo anterior se desprende la importancia del lenguaje, en la medida que en éste se contiene la mayor o menor riqueza de concepciones sobre la realidad sociohistórica; de manera que si se pierde riqueza, en razón del esfuerzo por darle prioridad a la capacidad operativa, también se empobrece la capacidad de pensar, lo que nos des-ubica respecto de las exigencias del momento que tendemos, sin mediaciones, a reducirlo a objeto. El pensamiento queda refugiado en

el simplismo que se justifica con argumentos técnico-operativos que no hacen sino ocultar lo que permanece subyacente: la aceptación de los parámetros dominantes como ángulos de lectura.

El otro desafío, a que pretendemos referirnos, es el de la formación de los científicos sociales. Cabe hacer la distinción entre profesional e intelectual. En verdad, en la medida que se debilita la capacidad de crear pensamiento, enfrentamos una posibilidad de mayor efectividad de operar, pero sin saber frecuentemente de qué realidad se trata. Ello porque se ha descuidado la formación que permita adentrarse en la lógica de construcción del pensamiento, para limitarnos a una esfera importante pero secundaria que, en el mediano plazo, terminará por convertir a los científicos sociales en simples técnicos. Disciplinas tan importantes en la formación intelectual como historia de la ciencia, filosofía, teoría del conocimiento, lógica, *sin considerar la urgente inclusión de* las enseñanzas provenientes de los lenguajes simbólicos, o de los no-paradigmáticos, han quedado excluidas de las estructuras curriculares, no sólo en el nivel licenciatura, sino también en los posgrados.

Por consiguiente, se hace imperativa una modificación de los currícula, pero también de las prácticas docentes a nivel universitario. Es preciso incorporar al investigador a labores docentes de modo más sistemático que lo que se observa en la actualidad; aunque a la vez ser cuidadosos de que el problema no se resuelve con la simple masificación de maestrías y doctorados. Por el contrario, más bien se plantea la urgencia de re-discutir los criterios por los que un programa universitario puede ser considerado de excelencia. Pensamos que debe concentrarse la atención en verdaderos polos interinstitucionales regionales de formación científica, en forma de aprovechar mejor los recursos y romper, simultáneamente, con el monopolio que algunas instituciones académicas tienen en cuanto a imagen de altos niveles académicos.

Se plantea la contradicción entre las necesidades de la formación y las exigencias de eficacia de las instituciones académicas y de financiamiento. La contradicción, a veces aguda, entre los parámetros que sirven para definir las políticas de apoyo a la investigación, con fuertes sesgos instrumentales frecuentemente de corto plazo, con la necesidad interna del proceso de construcción de conocimiento, puede conformar una situación de esterilidad en la producción académica, en cuanto no se equilibren las exigencias instrumentales con las propias de la búsqueda de lo nuevo, que no siempre se resuelven mediante los expedientes exclusivamente técnico-metodológicos.

Estamos en presencia de problemas contextuales que requieren estimular la imaginación creativa, la cual, en el corto plazo, puede entrar en conflicto con los parámetros de productividad de las instituciones de asistencia. Se puede decir que, sin menoscabo de la necesaria asistencia financiera a la investigación, podemos también fijarnos una premisa ética: revalorar en el proceso de investigación a la imaginación más que al presupuesto.

De no remediarse esta tensión se enfrenta al riesgo que las ciencias sociales se restrinjan a simples descripciones, aunque procurando, en algunos casos, eventuales proyecciones, pero sin la seguridad de estar profundizando más allá del plano estrictamente morfológico de la realidad. Con lo que se está descuidando la tarea más importante del conocimiento socio-histórico: descubrir alternativas desde las potencialidades más ocultas de la realidad.

Al renunciar a esta responsabilidad, las ciencias sociales en su conjunto (valga destacar las excepciones, que afortunadamente siempre están presentes), quedarían encerradas en los parámetros de lectura que impone la lógica del poder en su capacidad de mirar a la realidad circundante. Entendemos por lógica del poder la visión de realidad y de sus posibilidades vinculada a las exigencias de las políticas dominantes, no en una acepción coyuntural sino estructural y de largo tiempo; pero que constituyen, como debería ser obvio para todos, solamente una lectura entre otras plausibles de las circunstancias.

No obstante, no se puede desconocer que el trabajo científico social puede estar circunscrito a estos parámetros para determinar las viabilidades de las políticas pertinentes; pero ello no es excluyente con que también puede problematizarlos cuestionando la lectura que imponen mediante otras propuestas que enriquezcan la visión acerca de la sociedad y de su futuro desenvolvimiento. Hoy más que nunca es indispensable este esfuerzo de develamiento crítico-propositivo en los países latinoamericanos, los cuales aparecen aplastados por un discurso único, con pretensiones de expresar una verdad homogénea para todos, cualquiera sea la situación económica y social de las personas.

Desde esta perspectiva, no se puede dejar de plantear la inquietud en torno de las utopías que inspiran actualmente al científico social; si éste tiene o carece de un compromiso valórico con el futuro, como claramente lo tuvo en décadas anteriores, primero con el metadiscurso del desarrollo, y después con el de la liberación. ¿Tiene acaso fuerza movilizadora del espíritu de la comunidad académica el discurso actual sobre la democracia; o, mejor aún, el de la globalización? ¿O, por el contrario, su falta de empuje encierra a los investigadores en posturas de repliegue, de falta de compromisos trascendentes, que, en el mejor de los casos, los lleva a encontrar salida en posiciones intelectuales estrictamente pragmáticas? En efecto, ¿desde qué proyectos de futuro se construye hoy el conocimiento sociohistórico? ¿Estamos siquiera alertas ante los desafíos y peligros que nos acechan en el momento histórico actual que nos determina?

En este marco es donde debemos plantear los problemas episte-metodológicos que nos permitan estar en condiciones de un mejor y más fecundo abordaje de la compleja realidad que nos rodea. Entre estos desafíos tenemos que destacar, en primer lugar, la crisis de los límites disciplinarios. ¿Es posible seguir trabajando dentro de los moldes vigentes de la organización del conocimiento por disciplinas particulares? ¿O debemos enfrentar una drástica modificación que haga posible respuestas que, rompiendo con los parámetros dominantes,

tanto ideológicos como teóricos y metodológicos, permitan abordar la tarea propia del conocimiento social: ver lo sabido y establecido desde fuera de sus límites y aventurarse por nuevos caminos?

En este sentido adquiere su verdadera trascendencia la afirmación de Lakatos cuando sostenía que el progreso del hombre fue posible porque la razón se había atrevido a pensar en contra de la razón. Lo que representa una expresión de la propia liberación de sí mismo; aunque para ello se requiera de un compromiso ético que nace de creer en lo que se hace, porque tiene un sentido de futuro histórico.

Por lo dicho, creemos que deben alentarnos debates como el promovido por el Comité de Ciencias Sociales de Conacyt, porque son fundamentales para vitalizar nuestra imaginación y darnos la motivación para construir lo nuevo. Es la creatividad la que debe primar por sobre cualquier intento administrativo que pretenda definir el modo de ser inteligente. El desafío por construir conocimiento nos exige resistir las tentaciones por encerrar la creatividad del espíritu en el círculo estrecho de un eficientismo sin perspectivas, como expresión de concepciones orientadas hacia la burocratización del pensamiento. No se puede concebir la tarea de la ciencia como un simple oficio u ocupación, sino más bien como una vocación de entrega en el largo tiempo. Los científicos sociales, aunque estén hoy muy alejados, no pueden olvidar ese alto compromiso ético de las ciencias que nos recordaba Husserl cuando hablaba de que no debíamos olvidar que quienes dedican su vida al pensamiento y al estudio son verdaderos "funcionarios de la humanidad".

SEGUNDA PARTE

Algunas controversias y dimensiones

4

El debate micro-macro: dilemas y contextos[1]

VANIA SALLES

> Las ideas que han conquistado nuestra inteligencia y nuestras mentes, las ideas que la razón ha fundido en nuestra conciencia, son cadenas de las cuales no podemos separarnos sin romper nuestros corazones.
>
> Karl Marx, citado por Alexander y Giesen, 1994[2]

Introducción

Es conocido el hecho de que las reflexiones sobre lo micro y lo macro no son privativas de la sociología, y que otras disciplinas, como por ejemplo la filosofía, se ocuparon de ello. También sabemos que la querella contemporánea en sociología tiene antecedentes lejanos y que es deudora de conocimientos previos acumulados en las ciencias exactas, como por ejemplo la física.

---

1. El presente artículo es resultado de dos modificaciones consecutivas hechas a la versión del manuscrito preparado como ponencia, para la mesa organizada por Susana Lerner y Alejandro Canales en la VI Reunión de la Somede, julio/agosto del 2000 (Véase Salles 2000). El texto resultante de la primera modificación fue publicado por la Flacso en la revista *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 18, año 10, México, 2001. El texto resultante de la segunda modificación recaba la crítica conducente a la ampliación de razonamientos sobre las soluciones de Weber para el problema micro/macro. Muchas ideas aquí contenidas fueron discutidas en el marco del curso impartido en el doctorado del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, titulado "De lo micro a lo macro: teorías de la vida cotidiana y de la cultura" (septiembre, 2000/febrero 2001). Por ello agradezco a Arturo Cano, Nelly Caro, Elizabeth García, Vivian Gavilán, Felipe Gaytán, Gerardo Hernández, Christian Martínez, Minor Mora, Christian Muñoz, Alicia Pereda, Nancy Piedra, Ma. Eugenia Ramírez Parra, Carlos Silva y Gabriela Vázquez.
2. En estos argumentos están implícitos los nexos entre las emociones a nivel micro-individual-

A pesar de estas constataciones, lo que pretendo en este texto tiene objetivos delimitados: propongo discutir los términos generales del debate sociológico entablado en las últimas décadas en torno a lo micro y a lo macro, las principales vertientes que lo organizan, y ciertas vías elaboradas para solucionar el matiz dicotómico presente en algunas propuestas partícipes de dicho debate.

Se destacan y se diferencian los esfuerzos centrados en los niveles de análisis y los que organizan el debate en torno a microteorías *versus* macroteorías, recalcándose que ambos esfuerzos no pueden ser encarados de forma estanca, pues guardan vínculos ineludibles. Se incluye una muestra escueta de reflexiones latinoamericanas que proponen procedimientos metodológicos para establecer vínculos entre niveles, integrando a la vez perspectivas teóricas referidas a los ámbitos de la acción/interacción y a los ámbitos de estructuras/procesos macroinstituidos. Sobresalen igualmente en este contexto los esfuerzos por trabajar con la problemática de la mediaciones.

En el artículo abundan las citas, procedimiento indispensable como un recurso para sistematizar y analizar ideas contrastantes, manifiestas en los aportes estudiados. Como se trata de un examen selectivo de la bibliografía que se hace bajo la modalidad de una revisión de propuestas, el texto evidentemente sólo incluye algunos aportes.[3]

Rasgos mínimos del debate y algunas estrategias

En las cinco últimas décadas del siglo XX se gestó un debate importante al interior de la sociología,[4] centrado en la reflexión sobre la cuestión micro-macro, vista desde diferentes matices conceptuales y metodológicos. Uno de los ejes del debate, arraigado en posiciones provenientes de distintas escuelas y tradiciones sociológicas, es la temática de la dicotomización de perspectivas, lo cual apunta la existencia de una ruptura conducente a situaciones irreconciliables. Un rasgo notable se refiere al predominio de uno de los niveles sobre el otro (lo macro sobre lo micro y viceversa), lo cual apunta la idea de la autonomía relativa que debe tener cada uno de los niveles para evitar de este modo posturas reduccionistas.[5]

---

subjetivo y los fenómenos macro-socialmente-instituidos, como la Ilustración, objetivados en ideas inculcadas en las personas.

3. Para una revisión más amplia de enfoques, véase Salles y Figueroa (1994).
4. En la sociología francesa encontramos reflexiones anteriores a este periodo con los clásicos argumentos de Gurvitch sobre las dos sociologías (1942) y también en la literatura estadounidense, se encuentran varios aportes tempranos.
5. Archer (1988) formula de modo claro esta preocupación y predica la necesidad de plantear la irreductibilidad de los fenómenos ubicados en niveles distintos de la realidad. Además sostiene que la dualidad —si utilizada como recurso analítico— permite descubrir las influencias de unas partes sobre otras. Parecería que, de modo coincidente con otros autores, se propone la

Un rasgo adicional es que existen dos maneras principales de nombrar la cuestión en la reflexión sociológica: desde la nomenclatura micro-macro y desde la nomenclatura acción-estructura. Por lo tanto, se puede aludir a dos corrientes de trabajo sobre la cuestión. Aunque dichas corrientes no deban ser vistas de modo estanco —esta observación es muy importante, como lo veremos más adelante—, hay ciertas especificidades atribuibles a cada una: mientras algunas propuestas se orientan preponderantemente hacia la integración de las teorías microsociológicas y macrosociológicas, otras se preocupan primordialmente por desarrollar procedimientos aptos para establecer niveles analíticos.

Refiriéndose a la primera corriente (integración teórica) Alexander y Giesen (1994: 9) señalan que, desde ella, se "fuerza a la comunicación entre diferentes tradiciones en la teoría y a la integración interdisciplinaria", lo cual permite un tipo de elaboración teórica que, desde su núcleo constitutivo, es vinculativa.

En las ciencias sociales del posguerra son ampliamente conocidos varios intentos que integraron lo que usualmente se llaman micro-teorías[6] y macro-teorías[7] con base en un esfuerzo que va mucho más allá de la interdisciplinariedad o multidisciplinariedad: el psicoanálisis con la sociología estructural funcionalista (intento desarrollado por Parsons y Shills); la psicología y la sociología, sobre todo la integración de algunos de los ejes sociológicos —como el de la interacción/socialización/cultura—, con otros ejes derivados de la psicología que, como todos lo sabemos, condujo a la psicología-social (Mead, entre otros). A su vez, la investigación que busca ligar los estudios de la cultura con la psicología-social, funcionaron como una sólida base para la teoría de las representaciones sociales (Jodelet, Moscovicci). Debemos igualmente mencionar la teoría feminista —sobre todo la de corte francés— formulada en gran parte con base en el eje teórico-analítico de la dominación en su versión althusseriana (de evidentes matices estructurales) que en el periodo reciente incorpora otros puntos de vista, derivados del psicoanálisis y de la fenomenología. Este procedimiento provoca redefiniciones importantes tanto en la teoría como en los métodos y técnicas de la investigación feminista (Salles, 1999).

Desde la segunda corriente organizada en torno a la cuestión de los niveles de análisis como un recurso metodológico para dimensionalizar y luego reconstruir la realidad, Gerstein (1994: 111 y 112) señala que el problema consiste en cómo crear —desde cada uno de los dos niveles (micro-macro)— mecanismos, recursos metodológicos y conceptos que:

---

necesidad de una instancia mediadora. Pero es entre los economistas, en el marco de la discusión sobre la integración de la microeconomía con la macroeconomía, que esta preocupación asume una elevada relevancia, tal y como la explicita Nelson (1984).

6. Entendiendo por ello las teorías centradas en los individuos, las subjetividades y las acciones sociales, sobre todo aquellas de índole contingente.
7. Entendiendo por ello las teorías que se ocupan de los dominios institucionales, de las estructuras y de distintos tipos de acciones cristalizadas.

> [...] traduzcan o tracen mapas de variables en el *nivel* individual hacia variables que caracterizan sistemas sociales y viceversa. [...] Una suposición que aquí resulta básica es que, el encontrar vinculaciones viables entre los *niveles micro y macro*, no es una mera cuestión abstracta en la teoría, sino un problema medular de la acción práctica. [Además afirma] hay ciertos principios metodológicos dentro de los cuales debería tratarse la referencia a la vinculación [de niveles] micro-macro.

Otra cuestión implicada en el debate, es que se arguye que los términos micro-macro no se remiten a la descripción de realidades empíricas específicas, sino más bien constituyen conceptos analíticos a ser utilizados en el estudio de cualquier realidad empírica (ésta es la posición de Alexander —1994—, misma que guarda afinidades con otros autores tales como Münch y Smelser 1994).

Alexander y Giesen (1994: 9) proponen lo siguiente:

> Argumentaremos que la dicotomía micro-macro debería ser vista como una distinción analítica y que todos los intentos para vincularla con dicotomías concretas —tales como "individuo *versus* sociedad" o "acción *versus* orden"— están fundamentalmente mal situados.

A pesar de estos argumentos, es muy usual utilizar la referencia micro-macro en dicotomías concretas (individuo *versus* sociedad), lo que nos obliga a afirmar que lo micro y lo macro pueden ser usados como acercamientos empíricos a determinadas situaciones y también como una distinción analítica. Todo depende del contenido de las propuestas.

En un sentido similar, Gerstein (1994: 113) enfatiza que "una distinción fundamental como la que se da entre lo micro y lo macro debe ser general y analítica, no atada a un caso fijo". Subraya igualmente que una persona, por ejemplo, y el hogar en el que habita, "no pueden ser tratadas como intrínsecamente micro". Arguye que tampoco pueden ser intrínsecamente tratados como macro "la sociedad, la nación o la economía", ya que dichas designaciones (micro-macro) se articulan entre sí y la naturaleza de la articulación estará dada por "el propósito analítico del momento".

Pero, más allá de dicha postura que se acerca a cuestiones de métodos y recursos para la reconstrucción de la realidad, deviene crucial otra aseveración de este mismo autor, que apunta las cualidades intrínsecas de los fenómenos. Gerstein (1994: 113) afirma que "los actores individuales vivos y las colectividades duraderas [...] para poder actuar de manera exitosa y mantenerse [...] deben encontrar y poner en práctica soluciones al problema de vincular los niveles micro y macro", por lo que la propiciación de vínculos y nexos, antes de ser un problema relativo al conocimiento teórico-científico abstracto, es un problema de la acción práctica. Es decir, de este ámbito parten las soluciones y propuestas

8. El subrayado es nuestro.

prácticas de nexos que se remiten a una realidad que no se encuentra fragmentada. Dadas estas circunstancias, "el reto primario de la teoría es desarrollar modelos comprensibles [...] de tales soluciones de acuerdo a cómo varían de un tipo a otro, y entre el fracaso y el éxito" (Gerstein 1994: 112).

La búsqueda de elementos para superar planteamientos polarizados es una constante en la sociología (el ejemplo de Gurvitch, 1942 y 1964 ilustra la idea),[9] pero no es sino en el periodo más reciente que se busca insistentemente y de modo generalizado superar las dicotomías mediante un conjunto de reflexiones, propuestas metodológicas, análisis y discursos teóricos volcados a la elaboración de la integración (o del vínculo), sea de las teorías sociales, sea de los niveles de análisis. A propósito de este esfuerzo de establecer articulaciones y vínculos, Randall Collins —todavía en 1986— afirma que las iniciativas incipientes por pensar estas cuestiones se erigen como un campo idóneo para —en los años subsecuentes— promover un avance teórico relevante en la sociología (Collins, 1986).

En el marco de la búsqueda de medios y recursos metodológicos para trabajar al margen de dicotomías y de posturas reduccionistas, emergen varias estrategias de investigación, entre las que destaca la de las mediaciones, que resurge al lado de otros recursos vinculativos como, por ejemplo, aquellos relativos al establecimiento de tres ámbitos analíticos engarzados (los niveles macro-meso-micro) y los referidos a la integración de teorías y metodologías provenientes de varias ciencias. Dada esta situación, la próxima sección se ocupará, de modo indicativo, de estas tres estrategias que guardan infinitas afinidades.

Estrategias integradas: algunos ejemplos

Las instancias mediadoras

Como es conocido, el concepto de mediación es usado en filosofía bajo diferentes modalidades; una de ellas se refiere a la necesidad de vincular dos elementos distintos. En este sentido, la mediación puede ser tomada como un modo, una

9. Gurvitch (1942) esgrime inicialmente argumentos basados en la visión de las dos sociologías —lo cual consiste en una formulación ciertamente dicotómica— y posteriormente sostiene la idea de que la realidad puede estudiarse según niveles que toman la forma de un *continuum*, procedimiento que da posibilidades de transitar de lo micro hacia lo macro. Gurvitch (1964) asume que para investigar el mundo social es pertinente utilizar, como recurso metodológico, el establecimiento de cuatro niveles analíticos (dos horizontales y dos verticales o profundos), argumentando que de lo micro se transita a lo macro, tránsito enmarcado en la lógica de un *continuum*. Desde su modalidad horizontal, el mencionado *continuum* está formado por una suerte de temas/ejes que versan sobre las formas de sociabilidad; las formas de agrupamientos (entre ellos la clase social); la estructura social y finalmente las estructuras de mayor envergadura nombradas globales. A esta especificación de temas/eje le sigue otra que compone los niveles verticales (véase Gurvitch, 1942 y sobre todo 1964).

manera o incluso un recurso utilizado con fines vinculativos, a la manera de un intermediario (más bien como una instancia *media*) que propicia la posibilidad de establecer nexos. Desde esta perspectiva, la función del concepto de mediación es exactamente la de servir de instancia intermediadora de lo diverso. Frecuentemente es de suma importancia la función o el papel desempeñado por la mediación en un razonamiento cualquiera, pues de ella depende la concatenación del razonamiento con sus partes constitutivas.

Esta afirmación puede ilustrarse si pensamos que en un relato, en una exposición de ideas o en un proceso discursivo —tanto deductivo como inductivo— se necesitan aseveraciones, frases contextuales, en fin, términos con distintos contenidos que funjan el papel de mediadores (es decir que "medien") entre el punto de partida y la conclusión o entre el inicio y el final de relatos, exposiciones o discursos. La noción de mediación tiene una función relevante en la lógica clásica en general y en la aristotélica en particular. La designación y la existencia misma del "término medio" cumple un papel indispensable en el silogismo ya que tiene una función mediadora de argumentos y razonamientos, lo cual se debe al hecho de que posibilita llegarse a una conclusión a partir de una premisa. Las mediaciones forman también parte de la propuestas filosóficas tanto hegeliana como marxista. En sentido estricto (y muy a pesar de las críticas de Kierkegaard) la mediación, no sólo para los neohegelianos sino también para los marxistas, permite expresar tanto *relaciones concretas* como relaciones abstractas, lo cual hace que no pueda ser considerada en exclusiva como un recurso, tal y como aparece en la lógica clásica (lo cual se ilustró con la alusión al término medio) o como consta de variadas utilizaciones actuales, en las que la mediación aparece exclusivamente como una herramienta con valor heurístico. Habría, pues, que pensar en la transitividad de la realidad que configura la instancia mediadora.[10]

A finales de 1970 e inicios de 1980 encontramos en América Latina antecedentes importantes y de suma utilidad para pensar lo micro y lo macro, no solamente desde un punto de vista más general (centrado en procedimientos de construcción de la realidad que es examinada en términos de ejes temáticos jerarquizados), sino también desde un discurso que incluye varios procedimientos vinculativos entre los que destacan la lógica de las mediaciones (Zemelman, 1976; Faria, 1979 y 1988; Przeworski, 1977; Mora 1982).

Tal tarea, en Latinoamérica se inserta en una doble preocupación: la primera referida a la labor de "especificar la manera en que [las] relaciones sociales se individualizan en las acciones de las personas"; la segunda, irremediablemente ligada a la anterior, se centra en la explicación de los nexos y mediaciones entre los "procesos sociales globales y los comportamientos individuales típicos". De

10. Para la redacción de los párrafos previos se consultaron la *Enciclopedia Británica* y la *Enciclopedia Universalis*.

esta doble preocupación emergen investigaciones que se proponen estudiar los "macroprocesos, tanto como los microprocesos, y aun las relaciones entre ambos"[11] (Faria, 1979: 51). En este mismo tenor de ideas tenemos una reflexión de Przeworski (1977) que, al señalar la importancia de los macroprocesos que tienen origen en la acción social (vista desde sus diferentes modalidades), destaca a la vez la relevancia de lo cotidiano, de la instancia individual y de la interacción entre individuos como ámbitos integrados. Por ello, los análisis que aíslan unas cosas de las otras no son recursos idóneos para entender la realidad. A su vez Zemelman (1976) propone el establecimiento de planos interconectados entre sí y varios criterios mediadores (epistemológicos, teóricos y metodológicos) para el desarrollo del análisis demográfico.

Se producen esfuerzos por establecer nexos y vínculos entre, por un lado, los comportamientos individuales diversificados e insertos en tipos de acción inigualables y, por otro, las estructuras sociales con diversos *modus operandi.* En el marco del análisis de la acción individual y de los macroprocesos que le sirven de entorno se puede decir que las mediaciones aluden a los múltiples elementos materiales y simbólicos que complejizan las determinaciones sociales y la naturaleza de su influencia sobre los estados (las condiciones), las acciones individuales y colectivas. Desde esta postura se desprende que los determinantes sociales no intervienen directamente sobre el comportamiento individual sino que son filtrados por instancias mediadoras (por ejemplo pautas culturales generalizadas u orden cultural). Los determinantes se resignifican y se cambian mediante el *modus operandi* de dichas instancias mediadoras que deben ser detectadas en su variabilidad (Oliveira y Salles, 1987). Así, por ejemplo, las situaciones vistas en un primer momento como homogéneas y dadas para los individuos pertenecientes a una misma clase social o a una misma estructura familiar, se diversifican al plantearse las mediaciones pertinentes (García y Oliveira, 1986).

Esta suerte de argumentos (según García y Oliveira, 1986) implican una crítica a la tendencia que, mediante procedimientos de agregación, trata de igualar entre sí a los individuos (o conjuntos de individuos) por el hecho de ser partícipes de un mismo entorno estructural o institucional (una misma familia, una misma fábrica, una misma época, un mismo Estado organizado mediante políticas incidentes en los comportamientos reproductivos, entre otros).[12]

---

11. Dichas investigaciones, por lo general centradas en los estudios de población llevados a cabo en diversos ámbitos académicos latinoamericanos, fueron reunidas en Clacso, mediante grupos de trabajo, reuniones y publicaciones, material que constituyó un punto de referencia para reflexiones teórico-metodológicas que buscaban deslindar métodos subyacentes y evaluar los avances logrados (Montali y Patarra, 1982; Figueroa y Alba, 1982). Para un balance de aportes seleccionados véase Oliveira y Salles (1987).
12. La preocupación por cuestiones de esta índole (es decir la reconstrucción del vínculo micro-macro mediante procedimientos de agregación) está presente en Colins (1994), quien formula —como ya se dijo— la hipótesis de la agregación; a su vez, Coleman (1994) critica los procedimientos relativos a la agregación sugiriendo a la vez el uso de algoritmos y de análisis combinatorio como recursos idóneos para transitar entre niveles diferentes.

Cortés (1986), Tuirán (1986), Margulis (1980), Lerner y Quesnel (1986), García y Oliveira (1986) recalcan la necesidad de proponer conceptos que, bajo la modalidad de ejes o de paraguas conceptuales, funjan en tanto que recursos analíticos para organizar, crear nexos y catalogar tanto las acciones (en su infinitud de tipos) como los dominios institucionales/estructurales (en su inmensa diversidad). Todo ello con el objetivo de evitar una óptica fragmentada, lo cual llevaría a un cuello de botella analítico.

A su vez Zemelman (1982, 1989), desde una óptica que predica el establecimiento de tres planos vinculados entre sí, propone un conjunto de criterios para reconstruir la realidad y también refiere lo micro y lo macro en tanto que dimensiones espaciales que se encuentran intervenidas por la dimensión temporal. En tales circunstancias (o sea desde la óptica de los niveles micro/macro) se sostiene el supuesto de que el espacio, o más bien "la dimensión espacial no es sólo un parámetro o recorte de la realidad, sino una propiedad de los fenómenos". Este mismo razonamiento se aplica para la dimensión temporal ya que el tiempo puede ser visto "como propiedad de lo real" (transitividad de la realidad) y también como parámetro para la investigación, es decir "como recorte convencional" que apunta hacia la cronología (Zemelman, 1989: 56).

Parte de los planteamientos latinoamericanos se arraigan en lecturas de autores igualmente concernidos en la integración de teorías o con el establecimiento de niveles de análisis. Está asumida en Vilmar (1988) la influencia de Giddens, en Martín Rodríguez (1982a y 1982b) y Saint Martín (1983) la de Bourdieu, que también inspira a Przeworski (1974).

Un ejemplo extraído de la sociología contemporánea que, en la práctica teórica, mantiene un discurso sobre la realidad inserto en la lógica de las mediaciones, es el de Norbert Elias cuando se refiere al fenómeno del doble carácter del mundo de nuestra experiencia (véase organigrama 1) indicándolo "como un mundo independiente de nosotros, pero que [a la vez] nos incluye y, como un mundo del que hace de intermediario para nuestro entendimiento una red de representaciones simbólicas hechas por el hombre [pero necesariamente] predeterminadas por su constitución natural, que sólo se materializa con la ayuda de procesos de aprendizaje social" (Elias, 1991: 32). Con base en ello cabe discriminar los siguientes planos:

- De un mundo independiente, objetivado y externo a los individuos.
- De un mundo que a la vez incluye y moldea a los individuos.
- De las representaciones sociales tomadas como instancias mediadoras.
- Y finalmente el plano de las redes, modalidad bajo la cual se conciben las representaciones, construidas por los individuos, por lo tanto producto de acciones de diversa índole.

Respecto a la relación individuo-mundo, Zabludovsky (1999) enfatiza un aspecto clave en la obra de Elias, relativo al modo de estar del individuo en la sociedad y señala que, aunque haya consenso en la sociología de que los indivi-

duos "no existen fuera de la sociedad y de que la subjetividad está socialmente construida", algunos aportes de la sociología de la acción parecen adherirse "al concepto del *individuo autónomo* que se opone a una sociedad igualmente autónoma" (Zabludovsky, 1999: 168).

Frente a dichas posturas, ancladas en la concepción de individuos autónomos y libres, Elias arguye que los individuos están incluidos en un mundo que los impacta. Además de la relación individuo/mundo, apunta una relación interindividual marcada por la interdependencia personal, captada en el concepto de figuraciones (la dependencia entre personas en cierto sentido limita la libertad individual y la vez constituye una condición para que la libertad exista). Todo ello evidentemente alude a una cuestión epistemológica centrada en la discusión nominalismo/realismo que será aludida más adelante.

Un recurso metodológico-teórico —colindante con la conceptuación de figuraciones— que igualmente permite transitar entre dimensiones y niveles es el concepto de *habitus*, clave en la propuesta de Bourdieu[13] que, no obstante, se encuentra enraizado con anterioridad en la reflexión alemana y en este marco en Elias (véanse Zabludovsky, 1999; y Fletcher, 1997, citado por Zabludovsky).

El mencionado concepto abarca dos dimensiones interligadas (*habitus* social y *habitus* individual). En su dimensión de *habitus* social se expresa en los códigos culturales socialmente instituidos que impactan y forman la conducta y los sentimientos individuales "cuyos patrones [...] se trasforman con el cambio de las generaciones y denotan disposiciones compartidas por la mayoría de los miembros de una sociedad. Los *habitus* individuales se refieren a las disposiciones emocionales y de conducta específicos de una persona" (véanse Zabludovsky, 1999: 169 y 170; y Fletcher, 1997, citado por Zabludovsky).

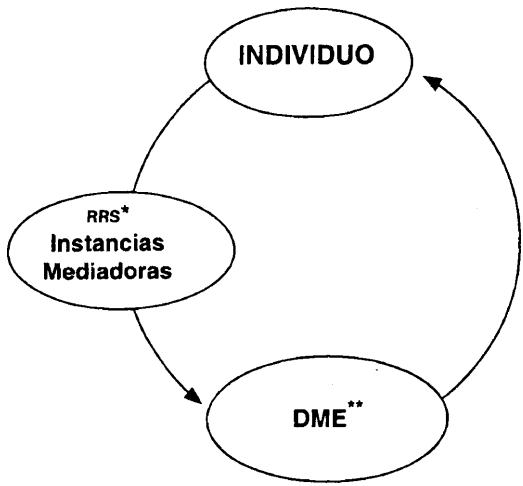
Quedan así puestos ciertas dimensiones y sus elementos constitutivos (que en términos metodológicos deben considerarse unidades de análisis privilegiadas) y ciertos niveles de análisis y sus elementos vinculativos (que en términos metodológicos deben considerarse instancias mediadoras). Lo interesante de ello es que, según los fines de la explicación, este esquema guarda niveles de intercambiabilidad entre sus elementos constitutivos. Así el concepto de *habitus* puede, en un determinado momento, ser instancia mediadora y en otro una unidad de análisis.

La intercambiabilidad depende pues de la estrategia de investigación adoptada. A este ejemplo podemos añadir muchos otros. Véase por ejemplo Díaz (2000), que se ocupa de analizar la teoría de la estructuración de Giddens, que representa una propuesta vinculativa entre la acción microubicada y la estructura macrosocialmente instituida.

---

13. Para un examen del *habitus* en Bourdieu, véase Oliveira y Salles (1987 y 1988). Este examen se enmarca en la idea de que el *habitus*, cumple funciones de instancia mediadora de niveles de análisis, constituyendo a la vez, junto con la categoría campo, un concepto paraguas y por lo tanto organizador de otros conceptos, dimensiones, unidades de análisis, etcétera .

Organigrama 1



Conceptos vinculativos
en instancias mediadoras:
- Habitus
- Figuraciones

*RRS: Red de Representaciones Sociales.
** DME: Doble Mundo de nuestra Experiencia
Elaborado a partir de formulaciones teóricas de Elias (1991) en *The Symbol Theory*

De esta manera se tejen vínculos entre diversos fenómenos mediante la especificación de instancias mediadoras y *conceptos vinculantes*, lo cual ofrece una postura que no segrega tajantemente las distintas dimensiones de una determinada realidad.[14]

Para concluir esta sección cabe subrayar que el establecimiento de mediaciones debe evitar el procedimiento del simple paso de un nivel a otro en términos discursivos, ya que esta problemática implica un esfuerzo para crear conceptos relacionales y métodos vinculativos. Cabe igualmente ilustrar algo de lo dicho con un ejemplo sobre las familias, inserto en la perspectiva de género.

Teniendo como umbral reflexivo aportes previos que se ocuparon de estudiar ciertos aspectos de lo social "que actúan como mediación entre los determinantes macro-estructurales y el comportamiento individual", Oliveira (2000) plantea un modelo analítico con base en la lógica de las mediaciones. Parte de la idea de que las familias, dotadas de atributos recurrentes (como por ejemplo, sus condiciones materiales de existencia y sus rasgos sociodemográficos) actúan como instancias mediadoras entre los procesos macroestructurales —en el caso, referidos sobre todo a procesos de crecimiento, crisis y reestructuración econó-

14. Con relación a esta propuesta integrada vale la pena enfatizar una advertencia de Alonso (1999: 24), quien afirma que a partir de tales formulaciones "parece posible [...] estudiar la contribución de cada ámbito, en su autonomía relativa, a la producción y reproducción de este todo".

mica— y la condición femenina (véase organigrama 2). Recalca igualmente que el concepto de condición femenina tiene una matiz relacional (véase Oliveira 2000: 148 y 159).

En este marco, se puede traer a colación una idea previamente formulada (Tuirán, 1986) de que las familias mexicanas y los universos simbólicos que rigen la vida familiar pueden ser tomados como mediaciones entre, por un lado los macroprocesos en su diversidad y, por otro, la infinitud de acciones desplegadas por los individuos que forman dichas familias. Pero, si en vez de tomar a familias y hogares como instancias mediadoras, tomáramos a la escuela, las características internas de estas instancias cambiarían aunque su papel mediador permaneciera.

La consideración de este aspecto es muy importante porque alude al hecho de que la distinta naturaleza de la instancia mediadora (escuela o familia) tiene influencia diferente sobre los objetos que media. Esta idea subyace a la formulación de Bourdieu (1984) referida a las instancias estructurantes y estructuradas, que según las realidades en que se insertan pueden sufrir cambios en sus posiciones (es decir lo que en un momento se presenta como estructurado, puede en otro momento fungir como estructurante, todo ello en función de la naturaleza de la mediación). Subyace también a la formulación de Knorr-Cetina (1981), incluida en el apartado anterior, relativa a la correspondencia entre lo representado y la representación, irremediablemente marcada por las características de las instancias mediadoras (en el caso, la interacción y la negociación activa).

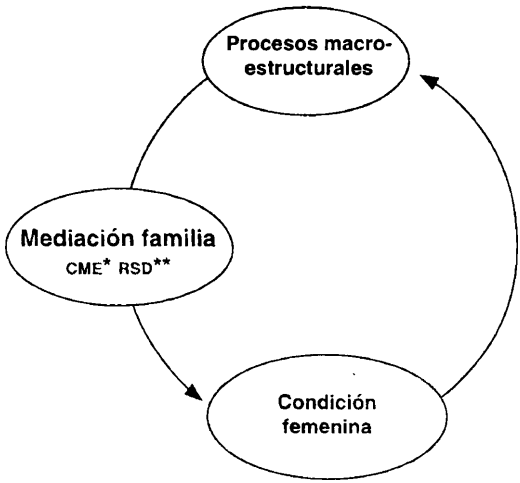
La perspectiva micro-meso-macro[15]

Esta perspectiva, que se presenta aisladamente de la primera propuesta metodológica planteada, encuentra varias modalidades de uso en América Latina y ha sido ampliamente utilizada en un sinnúmero de enfoques metodológico-interpretativos. Casalet (1999) por ejemplo, analiza cuestiones relativas al mercado desde esta óptica, que guarda íntimos nexos con las mediaciones, ya que la instancia *meso* tiene justamente el papel de mediadora.

Esta parte del artículo se centra en Turner (2000: 95 y 96) quien, al proponer un modelo apto para identificar las propiedades del concepto de capital social,[16] establece tres niveles de análisis, con lo cual retoma la idea tripartita de lo micro-meso-macro, pero bajo la modalidad de la compenetración (*embeddedness*) de los niveles, lo que desemboca en una visión integradora.

15. Para simplificar la ilustración de esta estrategia se hará mención a sólo un aporte.
16. No existe un solo concepto de capital social, sino muchos. Desde la propuesta de Turner, el capital social se remite a relaciones sociales, a redes y a organizaciones existentes en la sociedad que inciden —incrementando— los potenciales de desarrollo económico de un determinado contexto. A pesar de tener un impacto en el desarrollo económico, el concepto de capital social no es un concepto económico en sentido riguroso, ya que alude a vínculos y nexos entablados por medio de instancias institucionales.

Organigrama 2



* CME: Condiciones Materiales de Existencia
** RSD: Rasgos SocioDemográficos
Elaborado con base en formulaciones teórico-analíticas de Oliveira (2000)

Aunque el objetivo del texto de Turner (2000) sea presentar la noción de capital social como una veta pertinente para el desarrollo de un modelo analítico y establecer criterios tendentes a orientar la toma de decisiones, dado el objetivo del presente artículo se hará una lectura metodológica del mencionado texto con el fin de ilustrar, en términos operativos, una sugerente construcción tripartita y a la vez integrada de niveles analíticos.

Se recalca que "estos niveles de análisis sólo son niveles de análisis" (Turner, 2000: 95 y 96) ya que, en verdad, la realidad no se divide en niveles (como ya se mencionó con anterioridad) y tampoco en forma tripartita. Más bien el establecimiento de niveles se vincula con la manera de encarar la realidad y, según Turner, "representa maneras de mirar el flujo y el reflujo de la actividad social". Justamente por ello el análisis de los fenómenos, de las fuerzas, de las acciones ubicadas en un nivel, está inextricablemente vinculado con el análisis de los otros dos niveles. Hay, según Granovetter (1985), un compenetramiento *(embeddedness)* de los fenómenos, que en la realidad se presentan interligados de modo inseparable (como ya se mencionó en la parte inicial del texto). En el organigrama 3 se ilustra que cada uno de los niveles está imbuido por las características del otro o por los resultados de los procesos que en ellos ocurren.

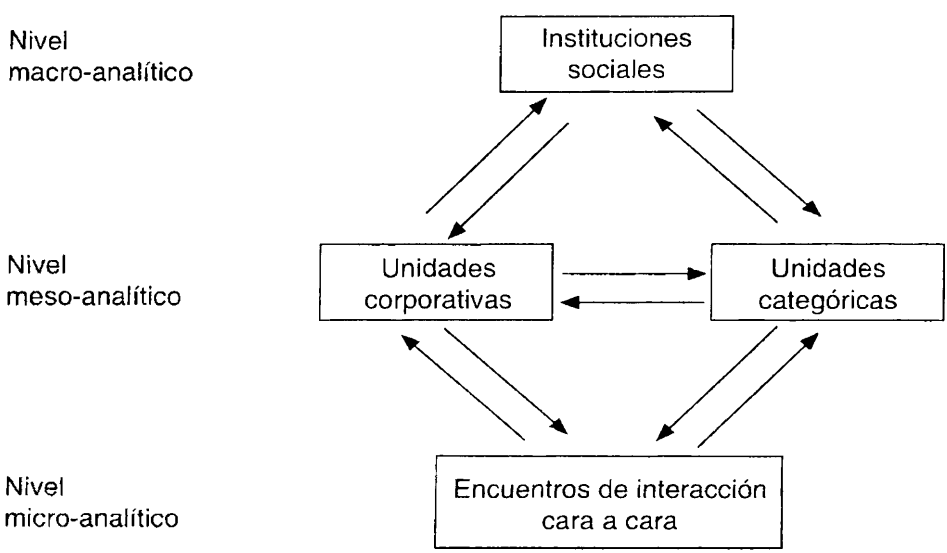
Si partimos del nivel macro a lo micro, pasando por el meso, podemos argüir que las acciones implementadas por una población (nivel micro-interaccional) para satisfacer sus necesidades básicas con el fin de sobrevivir en un ambiente

(nivel macro-institucional) inciden e influencian el tipo de unidades corporativas y categóricas ubicadas en el nivel meso. Estas unidades, una vez que ya fueron construidas con base en acciones de diverso tipo, funcionan como factores limitantes para el flujo de los encuentros cara-a-cara (nivel micro-interaccional). La población (y las acciones que implementa) dependen del funcionamiento de todo ello para lograr sobrevivir en un ambiente (nivel macro-institucional).

A su vez, si la trayectoria se hace desde lo micro hacia lo macro pero teniendo el nivel meso como punto de partida, podemos argüir que las unidades que se encuentran en este nivel "son sostenidas por las interacciones cara-a-cara", mientras que las fuerzas macro-institucionales son construidas desde el nivel meso y éste, a su vez, fue construido desde el nivel micro (Turner, 2000: 95 y 122). Las unidades ubicadas en el meso-nivel, junto con las acciones e interacciones desplegadas en el micro-nivel, entran como elementos configuradores de las instituciones (macro-nivel).

Con esta explicación resumida de la lógica de los elementos constituyentes del organigrama 3, se ilustra lo inextricable de los vínculos que unen los distintos fenómenos de la realidad, separados analíticamente bajo la modalidad tripartita como un recurso metodológico.

Organigrama 3



Tomado del organigrama de Turner (2000: 95) titulado *The embeddedness of macro-meso- and microlevel social forces*

Hay una propuesta de trabajar en términos metodológicos con los tipos ideales de Weber, que son de utilidad para captar el *modus operandi* de las fuerzas sociales inscritas en cada uno de los niveles "y sus efectos sobre la formación de capital social" (Turner, 2000: 95). A los tres niveles de análisis se aplican tres tipos ideales. Por referirse a las fuerzas inscritas en los ámbitos institucional, organizacional e interactivo, los tipos ideales representan visiones utópicas de dichas fuerzas ya que estos tipos concentran (bajo la modalidad de listas, de inventario) las características ideales de las fuerzas. Los mencionados inventarios se utilizan a manera de parámetros idealizados y utópicamente construidos "con los cuales los particulares empíricos de cualquier sociedad pueden ser comparados" (Turner, 2000: 95).[17]

Ahora bien, es preciso referir el contenido sustantivo de cada uno de los niveles, lo cual aporta otra serie de razonamientos y precisiones indispensables, tanto para entender la naturaleza del capital social en sus diferentes modalidades, como para mejor entender el establecimiento de vínculos entre los niveles de análisis expuestos en el organigrama. En esta referencia no se hacen señalamientos a los tipos ideales.[18]

El micronivel es el de la interacción social, vista bajo la modalidad cara-a-cara y de la co-presencia, basada en la comunicación verbal y la convivencia, lo cual hace que las fuerzas que marcan este nivel sean las relativas a la interactividad. En este nivel se ubican, según Turner (2000: 119), dos tipos de capital social: uno referido a las consecuencias de la interacción basada en encuentros (interacción cara-a-cara) nombrado "el despertar emocional"; otro que dice respecto a la capacidad de obtener o producir conocimientos sobre la situación social y la reproducción misma de ella, de tal forma que se garantice la continuidad de los encuentros (lo cual supone que la continuidad de los encuentros no sea perturbada por un eterno comenzar de nuevo). Por lo tanto, a este nivel micro corresponde el capital social emocional cuya especificidad es generar ciertos sentimientos, entre los que encontramos, por ejemplo, la confianza y la solidaridad.[19] En términos de la teoría del capital social, la confianza y la solidaridad incrementan el compromiso (interindividual, por un lado, y entre individuos-organización, por otro) y al hacerlo reducen los costos implicados en la coordinación (en el monitoreo) de las acciones.

17. Un procedimiento tal se asemeja a la construcción del avaro en Moliere, que reúne en sí mismo todos los atributos de las personas avaras que, no obstante, no existen reunidos en ninguna persona real. El avaro deviene, como en Weber, un tipo ideal cuyas características no se encuentran incorporadas en ninguna realidad, justamente porque son enlistadas de un modo extremo que sirve más bien para contrastar y no tanto para conceptuar hechos o personas particulares.
18. Sobre los tipos ideales, véanse también Münch (1994), Salles (2000), y Flores y Salles (2001).
19. Esta modalidad de capital social (de índole emocional), al ser producido y consumido (generando confianza y solidaridad) funciona como instancia reforzadora de normas, de patrones de ejercicio de la autoridad, consolidando a la vez los objetivos de la organización.

La interacción entre individuos, al ser socialmente construida y al no darse en el vacío sino en contextos culturalmente establecidos (Schütz, 1974), supone la existencia de normas, roles, reglas, convenciones, reglamentos, que fungen como marcos previos de los cuales forma parte igualmente el entorno cognitivo, que es el conocimiento social acumulado (*knowledgeability*).[20]

Cabe retomar la idea del carácter interactivo de este micro-nivel para precisar lo siguiente: el capital social originado mediante las emociones producidas por la interacción y por el acervo acumulado de conocimiento es producto de las relaciones sociales (de carácter interpersonal) y a la vez está orientado hacia la reproducción de las mencionadas relaciones sociales. Por ello los elementos ubicados en los otros dos niveles (el macro y el meso) dependen para su funcionamiento de que en el nivel micro se logren producir y reproducir relaciones sociales.

El meso-nivel es formado por unidades corporativas (*corporate units*), que son de dos tipos: organizativas y espaciales, y por unidades categóricas.

El carácter particular de las unidades corporativas,[21] en tanto meso-nivel mediador, es que se trata de instancias grupales (holistas) necesarias para mediar la relación y las mutuas influencias entre los individuos y la sociedad. Se sabe que esta lógica funciona también en la investigación sobre la familia (véanse De la Peña, 1996; Lomnitz y Pérez Lizaur, 1993; Lomnitz, 1994). Mientras que las espaciales se remiten a contextos geográficos culturales como las ciudades, comunidades, etcétera.

A su vez, las unidades categóricas consisten en categorías clasificatorias que diferencian y distinguen a los miembros de una población en términos de pertenencias y rasgos (edad, sexo, religión, pertenencia étnica, clase social, etcétera).

Finalmente, en el macro-nivel se encuentran las instituciones. Turner (2000: 97) afirma que utiliza el término *institución* "para denotar la manera en la que los miembros de una población están organizados con el fin de encarar los principales problemas de coordinación para sobrevivir en un medio" (Turner, 2000: 97); por lo tanto, este nivel se remite a las formas adoptadas por una sociedad para resolver sus problemas de producción, reproducción, regulación, etcétera. En este nivel se instalan las dinámicas de la diferenciación institucional. Las normas que regulan cada ámbito institucional están imbuidas de valores acerca de lo correcto y lo propio; por lo tanto, contemplan sanciones a su violación. Existen cinco esferas institucionales básicas: a) el parentesco; b) la religión; c) la economía; d) la política, y e) la ley. En cada una de estas esferas pueden distin-

20. El conocimiento social acumulado (*knowledgeability*) corresponde a una adaptación de la categoría schütziana de acervo de conocimiento a la mano (véase Schütz, 1974). A su vez, la cuestión de la interacción (y la naturaleza de los "encuentros" que la caracterizan) se inspira en Goffman (1991).

21. Turner usa *corporate units*, lo cual puede ser traducido como unidades corporativas o colectividades.

guirse colectividades y categorías que asignan y distinguen socialmente tanto a los individuos como a las colectividades. Todo ello está permeado por conjuntos de valores, medios de intercambio y principios que legitiman las acciones tanto individuales (desplegadas en el nivel micro de la interacción social) como las que se inscriben y dan cuerpo a las realidades (organizaciones e instituciones) ubicadas en los niveles meso y macro. Pero, a pesar de esta situación de múltiples compenetraciones (*embeddedness*), todos estos elementos garantizan la autonomía de cada una de las cinco esferas institucionales básicas, lo cual apunta a la diferenciación institucional, rasgo esencial —según Turner— en la formación de capital social en el nivel macro. Ilustrando la idea, cabe recalcar que por la existencia del fenómeno de la autonomía deviene difícil que una esfera institucional sea colonizada por los objetivos de las demás esferas.

Con relación a la problemática de los tipos ideales anteriormente aludida, veamos por ejemplo el parentesco: en este caso, el desarrollo ideal (según el tipo construido)[22] se enmarca en la promoción del tránsito de una familia de tipo extenso (orientada a la producción, como en el caso de los grupos domésticos campesinos) a la de tipo nuclear (orientada al consumo). Todo ello basado en un supuesto bastante criticable de que las familias del tipo nuclear facilitan el desarrollo (capital social) en la medida que promueven que sus integrantes utilicen el mercado y el dinero para hacer efectivas las transacciones.[23]

Reconociendo la imposibilidad de abundar en cuestiones relativas a los tipos ideales y, dado que esta problemática es relevante tanto en la propuesta de lo micro-meso-macro (Turner, 2000), como en la reflexión de Münch y Smelser (1994) y Coleman (1994), integro de manera sucinta algunos aspectos más sobre el tema.

Es conocido el hecho de que para Weber (1994 y 2001) el tipo ideal "no era simplemente una manera de trasladarse del nivel micro al macro, sino también constituía una especie de mezcla de la lógica de la agregación y la lógica combinatoria. Su punto de partida para el estudio sociológico era la acción subjetivamente significativa y la interacción" (Münch y Smelser, 1994: 454).

Como veremos más adelante, la posición de Coleman (1994) respecto del punto de partida de Weber, es diferente. Pero con relación a su propio planteamiento (Münch y Smelser 1994: 455), especifica que "el problema con este punto de partida puede llamarse el dilema ideográfico: si todos los actores atribuyen un diferente significado subjetivo a sus situaciones, ¿cómo será posible llegar a cualquier generalización (afirmación del nivel macro) acerca de ellas?".

22. Véase MacKinney (1962), quien asume que el tipo ideal de Weber es una de las múltiples modalidades de los tipos construidos.
23. Por la necesaria brevedad de este artículo no se incluyen observaciones sobre las demás esferas institucionales, quedando la mención al parentesco como una ilustración de las posibilidades metodológicas y, a la vez, como una crítica al planteamiento de Turner (2000), que mucho rescata de la teoría de la modernización.

Münch y Smelser (1994: 455) trabajan con la hipótesis de que "Weber supuso que en cualquier grupo histórico un número suficiente de personas atribuía a su situación significados lo suficientemente parecidos, de tal forma que fuera posible hacer generalizaciones, y que éstas tomaran la forma de tipos ideales, como los sistemas de creencias religiosas".

Recalcan, además, que los tipos ideales weberianos

> [...] no resultaban de la agregación, sino de la extracción imaginativa que hacía el investigador de los elementos comunes y la combinación de ellos para formar conceptos coherentes de tipo ideal que representaran, no la creencia de un individuo, sino que capturaran la esencia de la creencia de muchos. Este procedimiento representaba la solución de Weber a la dificultad de trasladarse del nivel micro al macro (véase Münch y Smelser 1994: 455).

Una posición bastante diferente de la anterior es la de Coleman (1994: 189 y ss.). Su lectura se centra en descomponer ciertos argumentos weberianos esgrimidos en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (Weber, 1958) con el fin de plantear que el punto de partida es el nivel macro (situaciones histórico-sociales ⟶ ética religiosa) desde el cual se generan condiciones que moldean conductas económicas. Tales conductas expresan comportamientos individuales que ocurren en el nivel micro. En dicho nivel, existen un conjunto importante de acciones diferenciadas que parecería ser que se suman (mediante métodos de agregación) "para generar un resultado macrosocial", el cual según Coleman (1994:192) no se logra en la propuesta weberiana. Dada esta suerte de construcción de la realidad, "la organización económica capitalista es un sistema de acción y no es suficiente la suma de valores de la población para mostrar cómo surge un sistema o cómo funciona una vez que ha surgido". Con esta crítica se abre un espacio para pensar en la búsqueda de métodos combinatorios para lograr una adecuada transición entre niveles.

Cabe destacar que Coleman (1994) apunta la inadecuabilidad de la transición entre niveles (micro/macro) en Weber, partiendo de referencias a Durkheim para establecer algunos puntos de comparación entre el aporte durkheimiano y el weberiano. Al ubicarse el interés de Weber en el nivel macrosocial —aquel que caracteriza a la sociedad como un todo organizado en torno al capitalismo y la cultura (el espíritu) capitalista—, no logra la ligazón entre el mencionado nivel y el de "las acciones de los individuos" (Coleman 1994: 192). A esto nombra la "debilidad de Weber", que se resumiría, desde el punto de vista de la problemática micro-macro, en la imposibilidad de ascender del nivel individual al nivel social, toda vez que no consigue tejer adecuadamente el proceso mediante el cual las creencias individuales operan como elementos determinantes del aparecimiento de una nueva norma social. Recalcando un poco más, la referencia es a un conjunto no despreciable de acciones combinadas, que para ser captadas

deben sobrepasar —en términos metodológicos— el procedimiento de una simple suma o agregación de acciones.

Una perspectiva metateórica particular

Desde un punto de vista no tan alejado en el tiempo, sin embargo igualmente clásico, es preciso resaltar que existe un relativo consenso de que en George Mead se presentan modos *sui generis* de transitar entre niveles. Partiendo de varios tipos de conocimientos —entre los que destacan la psicología, la sociología, la filosofía—, el mencionado autor usa procedimientos que desembocan en la emergencia de una nueva teoría —indicada como integral— con visiones de mundo unificadas mediante la integración de distintas bases científicas (Baldwin, 1986).

Es conocido el hecho de que, por un lado, se ha criticado a George Mead por brindar un énfasis extremadamente diáfano a los procesos macrosociales en sus formulaciones teóricas y, por otro, que se ha desautorizado a tales críticas, con base en un examen acucioso de su obra y del entorno intelectual al que Mead pertenecía (Lewis y Smith, 1980; Baldwin, 1986).

Con relación a lo último, en una propuesta clasificatoria del pragmatismo, ubicada "en la formulación filosófica del problema nominalismo/realismo", Lewis y Smith, (1980: 23 y 24) indican los contenidos de dos principales vertientes:

- La postura nominalista reconoce que "las sociedades tienen instituciones, leyes, normas", etcétera. No obstante, no atribuyen a estos macroelementos el poder de ejercer efectos "independientes y determinantes sobre la conciencia y la conducta de los individuos" (Lewis y Smith, 1980: 23 y 24).[24]
- La postura realista arguye que los individuos internalizan los procesos sociales "bajo la forma de disposiciones cognitivas y conductuales". Pero un aspecto muy importante es que tales disposiciones pertenecen a la comunidad, y por lo general "no pueden ser creadas y tampoco controladas por la simple voluntad del individuo" (Lewis y Smith, 1980: 24).[25]

Mead está relacionado con la segunda postura y, por lo tanto, sus reflexiones buscan deslindar cómo la sociedad —a través de sus instituciones, su cultura y macrofenómenos constituyentes— incide sobre los procesos mentales de los individuos.

24. Estos argumentos arrancan de ciertos supuestos, como por ejemplo el de que los individuos son "existencialmente libres" y que pueden definir normas, roles, etcétera, "según sus propios intereses personales y planes del momento" (véase Lewis y Smith, 1980: 24).
25. Evidentemente, esta síntesis está muy apretada. Para ampliaciones véanse Lewis y Smith, 1980; Baldwing, 1986.

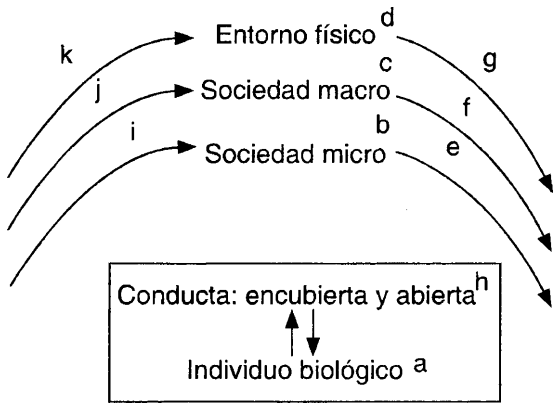
El organigrama 4 revela la existencia de una integración entre lo biológico del individuo, su conducta, los componentes micro-macro de la sociedad, y el entorno físico. Dada la sistematización presentada es posible entender "el orden en que Mead organizó los componentes de su teoría" (Baldwin, 1986: 6). El esquema empieza con el individuo biológico *a)*, ubicado en un ambiente que es a la vez social y físico (*b, c, d)*, que en este entorno social y físico —es decir en la sociedad— (*e, f, g)* adquiere un vasto y complejo abanico de conductas encubiertas y abiertas *h),* es decir aparentes y latentes. Estas conductas y acciones influencian, inciden sobre, moldean (*i, j, k),* no sólo los componentes micro de la sociedad, sino también los de índole macro (*b, c)*, y asimismo el sistema ambiental más amplio.

Según Baldwin (1986), en la teoría propuesta por Mead "todos los componentes [...] pueden interactuar y pasar por cambios dinámicos en el tiempo. Entonces, el modelo provee la base para el desarrollo de una teoría multifactorial del cambio social y de la evolución".

Además de las cuestiones señaladas, hay otras más puntuales como, por ejemplo, la crítica a posiciones dualísticas (la mente y el cuerpo son encarados por Mead de forma vinculada, lo cual representa una crítica general aplicable a distintas problemáticas); el acercamiento propuesto a la interacción social (relación de personas entre sí y de ellas con la cultura) se hace desde el planteamiento de *instancias mediadoras* configuradas por "la asunción de roles, la simpatía y la inteligencia reflexiva" (Baldwin, 1986: 39).

A manera de cierre de esta sección cabe recalcar que, de gran parte de los argumentos desarrollados se deriva la idea de que el vínculo micro-macro tiene un componente epistemológico evidente —no siempre tomado en consideración por la sociología— que se refiere a cómo concebir la realidad y a cómo transformarla en objeto del conocimiento. Desde este punto de vista se enfatiza que la realidad es transitiva, no fragmentada, lo cual impone una lógica no sólo para los recortes, las dimensiones y los niveles —incluyendo por supuesto el micro y el macro— sino también ciertos criterios para la reconstrucción de dicha realidad (Zemelman, 1989). Se recalca igualmente la existencia de una dualidad de la vida social —vista como cualitativa al tiempo que cuantitativa—, dualidad que requiere "conceptos analíticos generales y las mejores formas de manejar distintas cuestiones", como las referidas a los niveles de análisis (en el caso, el micro y el macro) "a la causalidad y reificación" (Gerstein, 1994: 112). Esta dualidad de la vida social (que imprime requisitos metodológicos de naturaleza cualitativa y cuantitativa al vínculo micro/macro) se remite a las formas que adopta la acción social.

Organigrama 4: Dimensiones articuladas, lo micro-macro en Mead



Tomado de Baldwin (1986: 8)

El objetivo de este apartado consistió en la exposición de los rasgos mínimos del debate con énfasis en los siguientes aspectos brevemente tratados: a) se señalaron las perspectivas dicotómicas y la búsqueda de superación; b) se expusieron algunas estrategias metodológicas; c) se examinaron brevemente algunos aportes de la reflexión latinoamericana —prácticamente excluidos del debate internacional— con base en un conjunto de desarrollos centrados en cuestiones de índole general (relativas a la construcción de la realidad social) y en cuestiones más precisas (relativas a procedimientos vinculativos y favorecedores de nexos entre dimensiones; en este marco se aludió a la cuestión de las mediaciones); d) se aludió a las corrientes de trabajo orientadas a la integración de teorías (microsociológicas y macrosociológicas) y al planteamiento de procedimientos aptos para establecer niveles analíticos integrados; *e)* se señalaron argumentos de que la vinculación micro-macro tiene un componente epistemológico evidente.

En el próximo apartado se presentará inicialmente un repaso de algunas posturas contemporáneas consideradas extremas que apuntan hacia la fragmentación micro-macro. Luego se abordarán un par de ejemplos que constituyen posturas que buscan integraciones, pero —a diferencia de los ejemplos expuestos hasta este momento— privilegian de modo contundente uno de los niveles.

Posturas extremas prototípicas y posturas privilegiadoras de un nivel analítico en desmedro de otro

La revisión de enfoques arroja como resultado la existencia de visiones de cómo hacer ciencia, ancladas en ópticas que, ora privilegian lo macro, ora lo micro

(sea como niveles de análisis, sea como teorías macrosociológicas *versus* microsociológicas), lo cual representa un giro teórico metodológico frente a aportes más integrados, tanto clásicos como contemporáneos.[26]

Esta sección, por lo tanto, tiene como objetivo hacer un breve repaso de algunas posturas extremas prototípicas y otras que —aunque privilegien un nivel— pueden ser indicadas como reconstructivas de nexos (tal procedimiento se basa en reconstruir lo macro a partir de lo micro, y viceversa).[27] Este repaso se hace con base en un examen muy selectivo y restringido de aportes contemporáneos.

Iniciemos con Peter Blau (1994: 91), quien afirma:

> La microsociología y la macrosociología implican perspectivas teóricas contrastantes sobre la vida social y consecuentemente la explican en términos diferentes. Las unidades de análisis son diferentes: individuos en el primer caso, poblaciones en el segundo, atributos de seres humanos en la microsociología, propiedades emergentes en la macrosociología [...] Por lo tanto la microsociología y la macrosociología emplean diferentes conceptos y buscan formular diferentes teorías [...] La microsociología analiza los procesos sociales subyacentes que engendran las relaciones entre las personas. El enfoque está en la interacción social y en la comunicación (véase Blau,[28] 1994: 91).

Conceptualiza la acción social como un intercambio que es considerado un fenómeno social y, por tanto, particularmente adecuado para la investigación microsociológicamente enfocada. Trabaja también con las macroestructuras y propone una macroteoría. Pero afirma que las dos teorías (macro y micro) son fundamentalmente diferentes porque ven las relaciones sociales desde perspectivas opuestas. Señala que "la teoría del intercambio examina las relaciones desde adentro, mientras que la teoría macroestructural desde afuera" (Blau, 1994: 105).

---

26. Para un análisis del contexto cultural y académico implicado en este giro, véanse Alexander, 1994; Salles y Figueroa, 1994; Giménez, 1995; Girola, 1996; Zabludovsky, 1995; Castañeda, 1995.
27. Creo que en parte las posturas reconstructivas pueden ser integradas a los razonamientos del apartado II, pero como implican ciertas especificidades opté por reclasificarlas en un espacio específico.
28. Una advertencia: para este ejercicio se detectaron textos clave a ser examinados, elaborados por autores igualmente clave en el debate. Pero, cabe indicar que no se hace una ubicación de cada texto en el concierto más amplio de las obras de los autores. Por ejemplo, en el caso de Blau, fue ubicada una reflexión considerada representativa y orientadora del debate micro-macro. Con ello se ilustra tanto la ingerencia de Blau en la querella, como el contenido mínimo de la misma. Sin embargo sobrepasa los objetivos del presente texto, un examen de la trayectoria teórico-analítica y metodológica del mencionado autor (y de los demás incluidos en el repaso), justo porque la idea de este apartado es ilustrar su participación en el debate, lo cual se hace con el examen de textos precisos y considerados ejemplares en el seno de la querella.

Aludiendo a Merton para respaldar la idea de la pluralidad y complementariedad de teorías, subraya que "la teoría del intercambio y la teoría estructural son complementarias" y destaca también que "diferentes materias requieren con frecuencia explicaciones de diversas teorías". Al hablar de que las dos teorías son complementarias dice que "lo que una toma por hecho [...] la otra lo trata como problemático e intenta explicarlo" (Blau, 1994: 105). Y finalmente concluye que "la teoría del intercambio y la teoría macroestructural son dos puntos de vista sociológicos [...]" Afirma que él mismo no pudo integrar dichas teorías y que no cree "que esto sea posible todavía" (Blau, 1994: 105).

Con matices diferentes al anterior, porque brinda específicamente un énfasis en lo micro, encontramos el siguiente señalamiento en Collins (1994):

> Los enfoques micro y macro en sociología han existido por muchos años, pero el asunto de cómo relacionarlos se ha agudizado sólo en los últimos diez o veinte años. Esto ha sucedido en gran parte por las demandas empíricas del enfoque micro [...] *Los ataques micromilitantes más acérrimos a la macroteoría aún estaban por llegar.* Esto sucedió debido a que la investigación microsociológica se hizo mucho más precisa y mucho más micro [...] De hecho, la microrrevolución de los sesenta y los setenta fue en gran parte un movimiento de nuevas técnicas de investigación [...] para recolectar datos realmente finos de la interacción que ocurría naturalmente, y de ahí la nueva militancia de la microsociología en contra de la macrosociología [...] *Tenemos dos tipos polares de investigación: análisis empíricos muy finos de interacción conversional y no verbal, por un lado, y el rango de la investigación más tradicional sobre macroestructuras,* continuando hasta el nivel de la economía y la geopolítica del sistema mundial, por otro (Collins, 1994: 235-237). [29]

Esta posición se complementa con un ataque a los datos "duros" y a la investigación de encuestas. Lo que podemos nombrar como una posición ultrarradical y clara, reflejada en el texto anterior, se prolonga con la siguiente aseveración:

> El esfuerzo por conectar las teorías micro y macro bien vale la pena [...] pero *no es absolutamente necesario hacerlo*; cada nivel puede continuar bien sin el otro (Collins, 1994: 237).[30]

Pero luego se pregunta "¿cómo puede la macroestructura estar compuesta de eventos micro?" (Collins, 1994: 237). Sugiere una suerte de "microtraducción" de las macroestructuras. Su respuesta es la siguiente: "lo que es 'empírico' se nos muestra sólo en la forma de encuentros micro y, cualquier macroestructura, no importa qué tan grande, consta únicamente de las experiencias repetidas

29. El subrayado es nuestro.
30. El subrayado es nuestro.

de grandes números de personas en el tiempo y en el espacio". Sostiene la idea de que lo empírico y lo observable se asientan en lo micro, siendo que, desde esta lógica, lo macro surge como una resultante de procesos de agregación. A este propósito afirma: "la macroestructura consiste simplemente en cantidades elevadas de microencuentros repetidos [...]". Además, señala: "*tal vez parezca que estoy atribuyendo una mayor importancia a lo micro. Así lo es*" (Collins, 1994: 185 y 186).[31]

Desde la perspectiva de la construcción de nexos entre lo micro y lo macro, veremos, a continuación, dos aportes distintos, los de Karin Knorr-Cetina (1981) y Hans Haferkamp (1994).

La inclusión de Karin Knorr-Cetina (1981) en este breve examen de propuestas representativas del debate, se debe al hecho de que esta autora evoca un replanteamiento original centrado en la sistematización de tres ejes organizadores de dicho debate.

A partir de un examen de las principales tendencias en la sociología contemporánea de la década de los setenta e inicios de los ochenta y del establecimiento de una reacción al dominio del paradigma estructural-funcionalista en ciertos contextos científicos, Knorr-Cetina (1981: 16) expone una propuesta crítico-propositiva que aboga por una reconsideración de las pautas orientadoras del debate. Afirma: "parece que muchas de las dimensiones en términos de las cuales el problema micro-macro fue tradicionalmente planteado deberán ser reconsideradas, cuando no abandonadas".

En este marco propone la reconstrucción de la macro-teoría sobre fundamentos micro-sociológicos, es decir, busca integrar la investigación micro-sociológica a una teoría macrosocial. Knorr-Cetina (1981) piensa que ciertas transacciones (acaecidas en ámbitos de diversa naturaleza, como por ejemplo el Estado) se originan en micro-situaciones. Por ello, dichas transacciones deben ser abordadas desde las micro-situaciones. Pero si se considera que tales micro-transacciones no se agotan en sí mismas, sino que trascienden su situación inmediata (o sea su naturaleza micro), entonces es preciso aceptar que lo micro-situado *existe* "únicamente en virtud de otras situaciones" que no son micro (Knorr-Cetina, 1981: 31).

Así se sugiere un acercamiento a la realidad social, configurado no tanto por individuos o colectividades, sino más bien por *situaciones micro-sociales* que, a la vez, se expanden y se insertan en macro-construcciones que no son exógenas sino endógenas a ellas. Desde la perspectiva propuesta, lo macro es pensado no a la manera de una sumatoria "de consecuencias inesperada [no previstas]" de la acción y tampoco a la manera de "agregados o redes de interrelaciones", sino en tanto una "representación resumen" que se construye activamente en el seno y desde el interior de las micro-situaciones. En palabras de la autora:

31. El subrayado es nuestro.

> Los intentos de reconstruir la macro-sociología a partir de la perspectiva micro-sociológica son nuevos. Yo subrayé la hipótesis de la agregación de Collins y la hipótesis de las consecuencias inesperadas de la acción que identifiqué con el trabajo de Harré y en parte con el de Giddens, como dos grandes intentos en esta dirección. Además promoví una "hipótesis de la representación" [...] inspirada en el trabajo de Cicourel [...] y en algunas tesis de Callon y Latour (citados por Knorr-Cetina, 1981: 40 y 41). La principal diferencia entre la hipótesis de la representación y las dos anteriores es tal vez que ella concibe lo macro como activamente construido [...] desde el interior de la acción microsocial, mientras que la hipótesis de la agregación y la hipótesis de las consecuencias inesperadas de la acción ven el macroorden como un fenómeno emergente, compuesto por la suma o los efectos inesperados de los micro-eventos [...]. Vale la pena notar que, de acuerdo con la hipótesis de la representación, esperamos encontrar prácticas macro-estructuradoras no solamente en las grandes políticas o grandes negocios sino también dentro de las esferas y prácticas constituyentes de la vida cotidiana (Knorr-Cetina, 1981: 40 y 41).

De esta manera, lo macro *no* emerge como una dimensión de la realidad social por encima de las micro-dimensiones (según las posturas macro-sociológicas),[32] tampoco surge de procesos de agregación (hipótesis de la agregación), o de efectos inesperados (hipótesis de las consecuencias no esperadas). Lo macro —por el contrario— es concebido como un elemento interior a las micro-situaciones resultantes de las acciones emprendidas y representaciones elaboradas por agentes de distinta naturaleza, lo cual implica interpretación y significación.[33] Por implicar interpretación y significación, las acciones y representaciones encierran grados no despreciables de credibilidad en ellas, por parte de los agentes, es decir por parte de sus ejecutores. Se establece así la posibilidad de una correspondencia entre lo representado y la representación que va más allá de cuestiones epistemológicas y teóricas, pues resulta ser una suerte de campo de lucha entre personas y grupos inmersos de modo interactivo en la vida cotidiana, lo cual conduce a la figura de la negociación activa, construida, "desafiada y de-construida", cuestión que a su vez se remite al juego de intereses, a manipulaciones y, por ende, a campos de fuerza. Es evidente por lo tanto que la mencionada correspondencia guarda matices políticos (Knorr-Cetina, 1981: 31, 32, 36 y 40).

La inclusión del aporte de Hans Haferkamp (1994) se debe a dos causas: la primera, porque su propuesta es reconstructiva del vínculo micro-macro (partiendo de niveles privilegiados), lo cual le otorga suma importancia en el debate

32. Respecto a las posturas macrosociológicas *versus* las microsociológicas, menciona que "las teorías y metodologías macrosociales en general han focalizado sus intereses en la interrelación de la acción social. Ellas promovieron concepciones del orden social (macro) que arrancan de la hipótesis de la interrelación y emplean nociones tales como sistema social y estructura social para tratar dichas interrelaciones. En contraste las teorías y metodologías micro-sociológicas favorecen las concepciones que arrancan de la primacía ontológica y metodológica de las situaciones micro-sociales" (Knorr-Cetina, 1981: 40).
33. A propósito de la significación y la interpretación, véase el apartado anterior.

micro/macro. La segunda, porque propicia un razonamiento novedoso, anclado en el repensar del concepto de acción social, que funciona en sí mismo como una *mediación* entre instancias.

En cuanto al primer aspecto, son relevantes los siguientes argumentos:

> Mi enfoque, al manejar las micro y las macro áreas en la sociología, difiere respecto del de otros, como Gurvich [...] que proponen dos sociologías separadas —una micro y una macro— con diferentes sujetos y métodos y, por tanto, que imposibilitan la formación de teorías generales. Contrasto también mi enfoque con las 'teorías imperialistas', esto es, teorías dedicadas primordialmente a un nivel de explicación [...] Otros enfoques, siguiendo a Piaget, proponen que no hay una macro estructura aparte de la construcción intencional [es decir de la acción] (véase Haferkamp, 1994: 215).

De lo anterior se desprenden matices vinculativos y religantes. Haferkamp (1994: 221) afirma, por ejemplo, que "al estudiar la acción significativa, el investigador, por lo común, identifica al actor como la unidad de análisis". Frente a esto, sugiere la impostergable necesidad de desplazarse hacia la interacción social. Como no se puede hablar del individuo aislado sino socialmente ubicado, su estudio debe tener como unidad de análisis la interacción.[34]

Cabe destacar que esta postura es diferente de algunas formulaciones interaccionistas, en las que no siempre se reconoce que las situaciones no son creadas por los actores. Para sostener sus argumentos trae a colación y se apropia de los hallazgos de Mead (1934, citado por Haferkamp, 1994: 219), quien propone que los "actores generan comportamiento". Pero el comportamiento generado sólo adquiere significado cuando es registrado e interpretado por otro u otros actores. De este modo, conviven en un estado de mutua influencia los atributos creativos de la acción (que genera significados y se objetiva en comportamientos legitimados por la interpretación) y los atributos de las situaciones y contextos. Ubicados en situaciones y contextos, los actores crean pautas de negociación marcadas por relaciones de poder.

Otro argumento esgrimido se refiere a que "las cuestiones económicas" determinan, en parte, las interacciones en el mundo-de-vida y la política moldea, en parte, las interacciones en la vida cotidiana. Aludiendo a Cicourel (1981), éste afirma que el nivel macro y todo lo que está considerado como estructura o indicador de estructura se produce en las interacciones, por lo tanto, no se puede hablar de estructura sin la interacción que es un aspecto sumamente relevante de la constitución del ámbito macro (Haferkamp, 1994: 227). Este rasgo —entre otros muchos— ubica su aporte como privilegiador de lo que se denominan teorías microsociológicas, es decir, aquellas centradas en los individuos, las subjetividades y las acciones sociales, sobre todo las de índole contingente.

---

34. Esto corresponde a la idea de la intersubjetividad en Schütz (1974), que constituye un entorno adecuado para el estudio de la instancia subjetiva.

En cuanto al segundo aspecto, cabe destacar que Haferkamp (1994: 217 y 218) constata que la acción es significativa (es decir culturalmente enmarcada) y que son los actores que otorgan un significado a su acción, significado que, sin embargo, no es totalmente autocreado ya que sus productores (los actores) lo crean "dentro del marco de la cultura de su sociedad", es decir, dentro de un contexto y de una situación ya dados con anterioridad, compuestos por distintos elementos, materiales y físicos, institucionales, y también relaciones de poder que entrañan negociaciones, etcétera.[35]

A continuación se presenta un cuadro sinóptico que organiza las posiciones en el debate y los argumentos y soluciones sugeridas por los cuatro autores examinados.

Posiciones en el debate	*Argumentos esgrimidos y soluciones sugeridas*
Peter Blau: predica la no integración pero propone la posibilidad de la complementariedad entre micro y macro, guardando al mismo tiempo sus respectivas especificidades. Aboga por la pluralidad de enfoques.	I. Sugiere que las perspectivas contrastantes micro-macro "producen explicaciones bastante diferentes, pero no contradictorias". Recalca la importancia de las dos. Además de la teoría del intercambio, trabaja también con las macro estructuras y propone una macro teoría. Pero cada una referida a un nivel de análisis particular.
Randall Collins: predica la no integración y se posiciona desde la hipótesis de la agregación para visualizar lo macro. Se centra en los enfoques microsociológicos.	II. Sugiere que cualquier macro-estructura consta de las experiencias repetidas de grandes números de personas en el tiempo y en el espacio. Propone una microtraducción de las macro-estructuras. Adopta una posición tajante que privilegia aisladamente lo micro.
Knorr-Cetina: predica la indispensabilidad de la integración micro-macro. Critica algunas maneras adoptadas para el establecimiento de nexos.	III. Sugiere reconstruir la macrosociología a partir de la perspectiva microsociológica. Trabaja desde la hipótesis de la representación. El concepto mismo de representación (y la correspondencia entre sus dimensiones que evocan a la vez estructuras, acciones y subjetividades, estas últimas plasmadas tanto en la acción como en hechos de conciencia) funciona como instancia mediadora de contextos y niveles.
Hans Haferkamp: predica la integración micro-macro. Critica los aportes que, al estudiar la acción significativa, identifican al actor como la unidad de análisis: propone que ésta debe ser desplazada hacia la interacción socialmente instituida.	IV. Sugiere visualizar lo micro y lo macro de forma *no* dicotómica, arguyendo al mismo tiempo que no se debe privilegiar lo micro o lo macro en la elaboración de teorías ya que son áreas (niveles) interconectados. Los conceptos de acción (en sus dimensiones significativa, intencional y no intencional) y de situación (creada por la acción y a la vez restrictiva de ella) ofrecen un marco vinculativo y religante tanto en el plano teórico como en el plano de los niveles de análisis.

35. Otros ejemplos de factores incidentes en la acción que tienen tanto un componente subjetivo como físico (ambos culturalmente enmarcados), son el hambre, la sed, las necesidades sexua-

A continuación y para concluir esta sección, organizo un conjunto de comentarios a los argumentos esgrimidos y a las soluciones sugeridas.

Al ofrecer la perspectiva de la complementariedad de la macrosociología y la microsociología, el argumento I en sentido riguroso visualiza lo micro y lo macro como alternativas distintas, es decir, cada instancia explica y describe la vida social desde puntos de vista diferentes.

Con relación a los argumentos del bloque II, clasificados como "la hipótesis de la agregación" (Knorr-Cetina 1981: 25), los macrofenómenos se construyen mediante la ocurrencia de muchos microfenómenos similares. Se pueden identificar microfenómenos empíricos que funcionan como fundamentos de los macrofenómenos (es decir, los últimos fenómenos pueden derivarse de microsituaciones). Así, instituciones y organizaciones son una especie de resumen de conductas micro, temporal y espacialmente ubicadas.

Esta propuesta guarda analogías con los enfoques que describen la lógica del enjambre.[36] Además, en este núcleo de argumentos (II) se sostiene una posición tajante en aras de privilegiar aisladamente lo micro, lo cual es una posición extrema. Los argumentos I también aluden a posiciones que, tomadas por separado (micro *versus* macro), son extremas, con la salvedad de que se plantea una complementariedad posible desde bloques teórico-metodológico que, no obstante, se caracterizan por no vincularse entre sí, produciendo estrategias de análisis distintas.

En el marco del debate micro-macro, tales propuestas (que *no* predican nexos y vínculos) han sido ampliamente criticadas. Münch y Smelser (1994: 385), desde una crítica general —es decir, no acotada específicamente a Blau y a Collins— afirman que "los que han defendido [...] que un nivel es más fundamental

---

les, las pasiones, que a pesar de sus atributos físicos son determinantes de los antecedentes conscientes e inconscientes de la acción y también del comportamiento inconsciente. Aunque los orígenes de los mencionados factores no puedan ser estudiados sociológicamente, al afectar el comportamiento y las acciones deben estar en los umbrales de la explicación/descripción de la acción significativa (Haferkamp, 1994).

36. La lógica del enjambre se apoya en la observación de la conducta social de las hormigas, fenómeno que ha sido revisado en un artículo reciente de la revista *Scientific American* (véase Bonabeau y Théraulaz, 2000). Se ha constatado que un enjambre de hormigas encuentra con rapidez la ruta más corta de su nido hacia la comida, proceso que se estructura mediante una ruta inicialmente individual —o de unas pocas hormigas—, que posteriormente es asumida por las demás. Es decir, las primeras hormigas exploradoras dejan un rastro marcado que atrae a la siguiente oleada de exploradoras, lo cual hace funcionar al enjambre entero, explorando en forma eficiente las rutas de acopio más adecuadas y económicas. Este es un ejemplo de la forma como ciertas leyes microscópicas sencillas de interacción social pueden dar lugar a conductas complejas en toda la sociedad (en el caso, la sociedad de las hormigas). Se genera una suerte de ruta "inteligente" formada desde el ámbito individual de gran utilidad para el enjambre de hormigas en busca de su alimento. Este tipo relativamente primitivo de acción —usado para la organización de rutas complejas y macrosocialmente instituidas— sirve de ejemplo para pensar el papel de lo micro en lo macro (véase la mencionada revista para mayores detalles sobre la lógica del enjambre; véase también Gordon, 1999).

que el otro [...] están equivocados". A su vez, Alexander (1994: 378) señala: "he argumentado en contra de la escisión micro/macro. Ésta no es necesaria en la teoría sociológica y, ciertamente, no parece existir en la realidad empírica".

También Cicourel (1981: 54), luego de constatar que los esfuerzos de integración de los micro-procesos al estudio de las macro-estructuras fueron tildados de reduccionistas, enfatiza lo adecuado de dichos esfuerzos afirmando: "ni las estructuras micro, ni las macro, son niveles independientes de análisis, ellos interactúan en todo momento, a pesar de la conveniencia y, a veces del dudoso lujo, de examinar exclusivamente uno u otro nivel de análisis". Es importante mencionar que para este autor ninguno de los dos niveles (micro-macro) es autocontenido, afirmando además que son interactuantes.

Respecto al bloque III de argumentos, según lo que se especificó con anterioridad en la exposición (y también en la nota de pie correspondiente), se otorga principalidad a la acción y a su contexto de despliegue social (la interacción), tomados como ámbitos instituyentes y a la vez instituidos de lo macro.

Tal postura no es consensuada y en el marco del debate encontramos un abanico no despreciable de críticas amplias a ella, como por ejemplo las manejadas por Alexander (1994: 350), que cuestiona las teorizaciones que arrancan del nivel micro con el fin de explicar fenómenos macro-socialmente instituidos, ya que otorgar principalidad al nivel micro puede representar un error teórico y metodológico. Establece una analogía con las ciencias biológicas contemporáneas cuando afirma que lo que importa para ellas "no es cuál nivel es determinante o cuál disciplina tiene la 'razón', sino determinar en qué nivel debe explicarse un fenómeno vital" (Alexander, 1994: 348). La cuestión de la determinación de niveles privilegiados (y métodos adecuados) en función de los requerimientos de los fenómenos a explicar o describir está igualmente presente en Alonso (1999); King, Keohane y Verba (2000), y Cortés (2000).

Los contenidos básicos de los argumentos del bloque IV, al enfatizar la acción, la interacción, la situación y el contexto como instancias de conexión, son afines con las del bloque III. No obstante, al proponer que no se debe privilegiar lo micro o lo macro en la elaboración de teorías, porque son áreas (niveles) interconectados, estos argumentos se distancian de los esgrimidos en el bloque III. El concepto de acción (en sus dimensiones significativa, intencional y no intencional) y el concepto de situación (creada por la acción y a la vez restrictiva de ella), ofrecen un marco vinculativo y religante tanto en el plano teórico como en el de los niveles de análisis.

Consideraciones finales

A continuación subrayo y también amplío unas consideraciones referidas al último apartado y otras remitidas más de cerca a aspectos del debate micro-macro.

Esta parte se termina con el esfuerzo de extraer de la bibliografía revisada un conjunto de definiciones de lo micro y lo macro.

Con relación a la acción social, tema antes mencionado, es importante enfatizar que, a pesar de sus atributos polisémicos, cobran destaque los conceptos de acción social que implican la significancia y los valores (es decir, que implican entendimiento) y a la vez la formación de estrategias, lo cual se remite al problema de la dualidad de la vida social (Alexander, 1994; Haferkamp, 1994, Archer, 1988).

En la formulación de Alexander, la dualidad de la vida social, que se origina del carácter y naturaleza de la acción humana, se expresa de la siguiente manera: si se concibe la acción desde las dimensiones de la interpretación y de la formación de estrategias (Alexander, 1994: 360) podemos argüir que la "acción es entendimiento, pero simultáneamente es práctica, utilitaria". Por lo tanto, es abordable tanto en términos cualitativos como en términos de costos-beneficios (en economía), es decir en términos cuantitativos.

Con esto se recalcan dos aspectos implicados en la exposición: la existencia de un componente cualitativo y discursivo —valores, entendimiento— remitido enteramente a la naturaleza del fenómeno (es decir, de la acción social) que para ser investigado exige técnicas aptas para captar los valores y los entendimientos (Alonso, 1999), los cuales se remiten a situaciones subjetivas.

Pero si tomamos en cuenta la segunda dimensión de la acción (separada de la anterior como un recurso analítico), referida a sus componentes instrumental y utilitario, objetivados en una estrategia (Alexander, 1994), es posible la misma argumentación, con la salvedad del predominio de lo cuantitativo, que se reflejará igualmente en la selección de métodos y técnicas aptas para los estudios de costos-beneficios (en economía).[37]

Al ser dimensiones de un mismo fenómeno, el componente subjetivo (significancia y valores) y el componente estratégico (objetivado en costos y beneficios) no apuntan la existencia de dos tipos de acción sino más bien dos facetas de un mismo fenómeno (Alexander, 1994). Este recurso analítico indica el desdoblamiento de una misma acción, es decir apunta momentos que pueden ser simultáneos, consecutivos o presentarse en estado de ruptura momentánea.

Finalmente, el examen de la bibliografía que sirvió de base para esta investigación permitió detectar una dificultad que marca el debate, relativa a las diferencias existentes entre las definiciones respecto a lo micro y lo macro. Retomando aspectos conceptuales derivados de dicho examen (Knorr-Cetina, 1981; Cicourel, 1981; Zemelman, 1982; Faria, 1979; Münch y Smelser, 1994; Gerstein 1994; Alexander y Giesen, 1994; Mead, 1982; Turner, 2000; Elias, 1991; Archer, 1988), tenemos algunas definiciones:

37. En la investigación metodológica reciente se replantea la cuestión de las posturas compartimentadas relativas a lo cuantitativo y lo cualitativo. Para ideas actuales sobre lo cualitativo y los vínculos que guarda con lo cuantitativo, véanse Cortés, 2000; King, Keohane, Verba, 2000.

- Lo micro se remite a los procesos mentales individuales, a las preferencias personales o la interacción primaria (cara a cara), mientras que lo macro a la organización social a gran escala, tal como el capitalismo corporativo transnacional, las modernas jerarquías de prestigio ocupacional, la formación de naciones-estados o la racionalidad tecnológica.
- Lo micro como proposiciones psicológicas y subjetivas, con base en las cuales se crean procesos macro sociales de amplio alcance (instituciones) que funcionan como marcos habilitadores de la acción.
- Ambos niveles analíticos (expuestos en el punto anterior), según algunas definiciones, se engarzan con instancias intermediarias (mesonivel) formadas por organizaciones colectivas y procesos que categorizan y distinguen la población.
- Lo micro es visto como encuentros e intercambios temporal y espacialmente ubicados y lo macro como las repetidas experiencias de un gran número de personas en el tiempo y en el espacio.
- Micro como procesos sociales que engendran relaciones entre individuos y macro como la estructura de diferentes posiciones dentro de la población y sus constreñimientos en la interacción.
- Lo micro, centrado en unidades sociales más pequeñas y lo macro remitido a las unidades sociales grandes. Por ejemplo el término micro-región puede referirse a un contexto espacial pequeño, mientras que la macro-región a un espacio grande. Siendo atributos otorgados a los objetos conforme su tamaño, los términos micro-macro (desde esta connotación) aluden a criterios para referir lo grande diferenciándolo de lo pequeño.
- Lo micro-macro en tanto dimensiones espaciales remitidas a recortes de la realidad e ineludiblemente enmarcadas en pautas de temporalidad. La cuestión micro-macro, no obstante, va más allá de este recurso heurístico porque, además de un recorte, reporta propiedades de la realidad.
- Micro como indicadores empíricos de unidades observables (individuos, hogares por ejemplo) y macro como lo que se construye a partir de la agregación de las micro-unidades que serían otra vez visibles mediante métodos de desagregación.

Estas definiciones apuntan aspectos diferentes de lo que se entiende por micro y macro. Aunque encontramos definiciones religantes y vinculativas, las hay también dicotomizadas. Subyacen a ellas maneras de encarar la sociología.

Vale la pena terminar este artículo retomando la idea de que es apenas en la segunda mitad de la década de 1980 que ya se cuenta con un acervo acumulado y no despreciable de reflexiones sobre el problema micro-macro desde la sociología, década en que igualmente se afianzan propuestas teórico-analíticas de índole integrativa, es decir que en la práctica teórica producen un *corpus* reflexivo el cual, anclado en el desdibujamiento de lo micro-macro como un problema

dicotómico, ofrece propuestas integradas, superando incluso ciertas posturas reduccionistas.

Con todo ello es notable que aún encontramos libros de finales de la década pasada que sistematizan el saber teórico en sociología desde el punto de vista de lo micro y lo macro dicotómicamente planteados. Neil Smelser (1994: 21), en un libro titulado *Sociology*, presenta y clasifica a la sociología escindida en teorías macro-sociológicas y micro-sociológicas.

Quedan, no obstante, varias tareas para los años venideros que constituyen nuevos retos en el escenario contemporáneo. Se perfilan como aspectos sobresalientes, los nuevos desafíos puestos por la síntesis teórica conducentes a la diversificación de recursos metodológicos que variarán acorde con la naturaleza misma de las necesidades de la teoría. En este marco perviven aún, con cierta vigencia: la necesidad de generar vínculos analíticos y empíricos entre los denominados niveles macrosociológicos y microsociológicos; los esfuerzos para proporcionar nexos teoréticos entre las acciones de individuos y grupos (agentes/actores) y los contextos socioestructurales en los cuales ellas y sus protagonistas se ubican; los pogramas para crear teorías focalizadas, según diversos temas y problemas.

Cabe igualmente subrayar la idea del pluralismo, reflejado en la utilización ecléctica de métodos (en el sentido que Alonso [1999] otorga al término), fenómeno que corre paralelamente a la pérdida de importancia del ambiente de polémica exacerbada y unilateral que marcó los inicios del debate micro/macro, encendido sobre todo en la década de los sesenta, con algunas extensiones al periodo inmediatamente posterior.

Bibliografía

Alexander, Jeffrey, Bernhard Giesen, Richard Münch, y Neil Smelser (comps.) (1994) *El vínculo macro-micro*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Alexander, Jeffrey (1994) "La acción y sus ambientes", en Jeffrey Alexander, Bernhard Giesen, Richard Münch y Neil Smelser (comps.), *El vínculo macro-micro*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

——, y Bernhard Giesen (1994) "De la reducción a la vinculación: la visión a largo plazo del debate micro-macro", en Jeffrey Alexander, Bernhard Giesen, Richard Münch y Neil Smelser (comps.), *El vínculo macro-micro*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Alonso, Luis Enrique (1999) *La mirada cualitativa en sociología*. España: Fundamentos.

Archer, Margaret (1988) *Culture and Agency: the Place of Culture in Social Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.

Baldwin, John D. (1986) *George Herbert Mead. A Unifying Theory*, Colección Maestros de la Teoría Social, vol 6. California: Sage Publications.

Blau, Peter M. (1994) "Perspectivas teóricas contrastantes", en Jeffrey Alexander, Bernhard Giesen, Richard Münch y Neil Smelser (comps.), *El vínculo macro-micro*.

Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
Bonabeau, Eric, y Guy Théraulaz (2000) "Swarm Smarts", en *Scientific American*, marzo, núm. 339, Nueva York.
Bourdieu, Pierre (1984) *Distinction: A social Critique of the Judgment of Taste.* Cambridge: Harvard University Press.
Casalet, Mónica (1999) *Redes de innovación en la construcción del mercado en México.* México: Nacional Financiera.
——, y Rosalba Casas (1998) *Un diagnóstico sobre la vinculación universidad/empresa.* México: Conacyt/ANUIES/SEP.
Castañeda, Fernando (1995) "Ideología y sociología en México", en Juan Felipe Leal *et al.* (comps.), *Estudios de teoría e historia de la sociología en México.* México: UNAM-UAM-A.
Cicourel, Arron (1974) *Cognitive Sociology: Language and Meaning in Social Interaction.* Nueva York: Free Press.
—— (1981) "Notes on the integration of micro- and macro-levels of analysis", en Karin Knorr-Cetina y Cicourel, *Advances in Social Theory and Methodology.* Boston/Londres: Routledge y Kegan Paul.
Coleman, James (1994) "Microfundamentos y conducta macrosocial", en Jeffrey Alexander, Bernhard Giesen, Richard Münch y Neil Smelser (comps.), *El vínculo macro-micro.* Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
Collins, Randall (1986) "Is 1980s Sociology in the Doldrums?", en *American Journal of Sociology*, núm. 91.
—— (1994) "Cadenas rituales de interacción, poder y propiedad: la conexión micro-macro como un problema teórico basado en lo empírico", en Jeffrey Alexander, Bernhard Giesen, Richard Münch y Neil Smelser (comps.), *El vínculo macro-micro.* Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
Cortés, Fernando (1986) "El mercado de trabajo urbano y la sociodemografía mexicana en la primera mitad de la década de 1980", ponencia preparada para la Tercera Reunión Nacional de Demografía. México: Somede.
—— (2000) "La controversia sobre lo cualitativo y lo cuantitativo", ponencia presentada en la VI Reunión de la Somede, 31 de julio-3 de agosto, realizada en El Colegio de México, México.
Cortés, Alberto (1986) "El mercado del trabajo urbano y la sociodemografía mexicana en la primera mitad de la década de los ochenta: Algunas consideraciones metodológicas", ponencia preparada para la III Reunión Nacional de Demografía, noviembre.
De la Peña, Guillermo (1996) "Articulación y desarticulación de las culturas", (mimeo). México: CIESAS.
Dettmer, Jorge (2001) "Problemas fundamentales en la articulación macro-micro: reflexiones sobre algunos intentos no consumados", en *Estudios Sociológicos*, vol. 19, núm. 55, enero-abril. México: El Colegio de México.
Díaz, Paola (2000) "La teoría de la estructuración de Anthony Giddens como teoría de la constitución", tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), México.
Elias, Norbert (1991) *The Symbol Theory.* California: Sage.

Faría, Vilmar (1988) *Políticas de populacâo e regulacâo da fecundidade. Consequencias nâo antecipadas e efeitos perversos,* (mimeo), Sâo Paulo.

—— (1979) "¿Una teoría en búsqueda de muchas curvas o muchas curvas en búsqueda de una teoría?", en Víctor Urquidi y José Morelos (comps.), *Población y Desarrollo en América Latina.* México: El Colegio de México.

—— (1982) "Organizacâo da producâo e populacâo", en *Reproducción de la población y desarrollo* 2. Buenos Aires/São Paulo: Clacso.

Figueroa, Beatriz, y Francisco Alba (1982) "Presentación", en *Reflexiones teórico-metodológicas sobre comunidades en población.* México: El Colegio de México/Clacso.

Flores, Julia, y Vania Salles (2001) "Arraigos, apegos e identidades: un acercamiento a la pertenencia socio-territorial en Xochimilco", en María Ana Portal (coord.), *Vecinos, barrios, pueblos y colonias en dos contextos urbanos de México.* México: Conacyt (en prensa).

Gerstein, Dean R. (1994) "Desbrozar lo micro y lo macro: vincular lo pequeño con lo grande y la parte con el todo", en Jeffrey Alexander, Bernhard Giesen, Richard Münch y Neil Smelser (comps.), *El vínculo macro-micro.* Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Giménez, Gilberto (1995) "Perspectivas de la investigación sociológica", en *Estudios Sociológicos*, vol. XIII, núm. 38, mayo-agosto. México: El Colegio de México.

Girola, Lidia (1996) "Tradiciones interrumpidas y comunidades disciplinarias en la sociología mexicana", en *Estudios Sociológicos*, vol. XIV, núm. 40, enero-abril. México: El Colegio de México.

Giddens, Anthony (1976) *New Rules of Sociological Method: A Positive Critique of Interpretative Sociologies.* Nueva York: Basic Books.

Goffman Erving (1991) *Les cadres de l'expérience.* París: Minuit.

Gordon, Debora (1999) *Ants at work: how insect society is organized.* Nueva York: Free Press.

Gurvitch, George (1942) *Sociology of law.* Nueva York: Philosophical Library Alliance Book Corporation.

Gurvitch, George (1964) *The spectrum of social time.* Alemania: Dordrecht Publishers.

Gramsci, Antonio (1994) *La formación de los intelectuales.* México: Grijalbo.

Granovetter, Mark (1985) "Economic Action and Social Structure: The problem of embeddedness", *American Sociological Review,* núm. 91, pp. 481-510.

Habermas, Jürgen (1983) "O fim do Estado de Bem-estar social eo esgotamento das energias utópicas", en *Cadernos do Cebrap,* vol. XXI, núm. 4, Sâo Paulo.

Haferkamp, Hans (1994) "Complejidad y estructura del comportamiento, asociaciones planeadas y creación de estructura", en Jeffrey Alexander, Bernhard Giesen, Richard Münch y Neil Smelser (comps.), *El vínculo macro-micro.* Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

King, Gary, Robert O. Keohane, y Sidney Verba (2000) *El diseño de la investigación social. La inferencia científica en los estudios cualitativos.* Madrid: Ciencias Sociales/Alianza Editorial.

Knorr-Cetina, Karin (1991) "Introduction: The Micro-Sociological Challenge to Macro-Sociology: Towards a Reconstruction of Social Theory and Methodology", en K. Knorr-Cetina y A. Cicourel (eds.), *Advances in Social Theory and Methodology.* Boston/Londres: Routledge y Kegan Paul.

Kurzweil, Edith (1994) "El psicoanálisis como vínculo entre los niveles micro y macro", en Jeffrey Alexander, Bernhard Giesen, Richard Münch y Neil Smelser (comps.), *El vínculo macro-micro*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Lerner, Susana, y André Quesnell (1986) "Problemas de interpretación de la dinámica demográfica y su integración en los procesos sociales", en PISPAL (comp.), *Problemas metodológicos de la investigación sociodemográfica*. México: PISPAL/Colmex.

Lewis, David, y Richard L. Smith (1980) *American Sociology and Pragmatism: Mead, Chicago Sociology and Symbolic Interaction*. Chicago: The University of Chicago Press.

Lomnitz Adler, Larissa (1994) *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de antropología latinoamerocana*. México: Porrúa.

——, y Marisol Pérez Lizaur (1993) *Una familia de la élite mexicana, parentesco, clase y cultura, 1820-1980*. México: Alianza.

MacKinney, John (1962) *Tipología constructiva y teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu.

Margulis, Mario (1980) "Reproducción social de la vida y reproducción del capital", en *Nueva Antropología*, núms. 13/14, vol. 3, México.

Marx, Karl (1994) *Early Political Writings*. Cambridge: Cambridge University Press.

Martins, Rodríguez A. (1982a) "Un modelo teórico", *Reproducción de la Población y Desarrollo*, 2. São Paulo: Clacso, pp. 265-274.

—— (1982b) "Revisão critica do tipo de explicações sobre o comportamento reproductivo nas pesquisas de fertilidades e proposta de un modelo alternativo", *Reproducción de la Población y Desarrollo*, 2. São Paulo: Clacso, p. 255-260.

Mertens, Walter, Adam Przeworki, Hugo Zemelman, y Manuel Mora y Araujo (1982) *Reflexiones teórico-metodológicas sobre investigaciones en población*. México: El Colegio de México/Clacso.

Mertens, Walter (1982) "Investigación sobre población en América Latina: presentación y evaluación de expectativas recientes", en *Reflexiones teórico-metodológicas sobre investigaciones en población*. México: El Colegio de México/Clacso.

Montali, L., y Neide Patarra (1982) "Introdução. Estudo da reprodução da população: anotações críticas sobre a evolução e encaminhamento de propostas alternativas", en *Reproducción de la población y desarrollo* 2. Buenos Aires/São Paulo: Clacso.

Mora y Araujo, Manuel (1982) "Teoría y datos. Comentarios sobre el enfoque histórico-estructural", en *Reflexiones teórico-metodológicas sobre investigaciones en población*. México: El Colegio de México/Clacso.

Münch, Richard (1994) "La interpenetración de la microinteracción y las macroestructuras en un orden institucional complejo y contingente", en Jeffrey C. Alexander, Bernhard Giesen, Richard Münch y Neil J. Smelser (comps.), *El vínculo macro-micro*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

——, y Neil J. Smelser (1994) "Los niveles micro y macro en relación", en Jeffrey C. Alexander, Bernhard Giesen, Richard Münch y Neil J. Smelser (comps.), *El vínculo macro-micro*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Nelson, Alan (1984) "Some issues surrounding the reduction of macroeconomics to microeconomics", en *Philosophy of Science*, núm. 51, Nueva York.

Oliveira, Orlandina (2000) "Transformaciones socioeconómicas, familia y condición femenina en familia, género y pobreza", en Paz López y Vania Salles (coords.), *Género, familia y pobreza*. México: Porrúa.

——, y Vania Salles (1988) "La reproducción de la fuerza de trabajo: reflexiones teóricas", en *Argumentos,* núm. 4. México: UAM Xochimilco.

—— (1987) "Acción y estructura: Notas de investigación", ponencia presentada en el Taller sobre Transformaciones de la Estructura Social Latinoamericana. Buenos Aires: Clacso.

—— (1986a) "Reproducción social, población y fuerza de trabajo: Aspectos conceptuales y estrategias de investigación, ponencia presentada en la II Reunión de Somede, México.

—— (1986b) "Encuestas, ¿hasta dónde?", en PISPAL (comp.), *Problemas metodológicos de la investigación sociodemográfica.* México: PISPAL/Colmex.

Przeworski, Adam (1977) *Sociological Theory and the Study of Population: reflections on the work of the Clacso Comission on Population,* Chicago.

Saint Martin, M. (1983) "Habitus de clase de estrategias de reprodução", en Lopes Patarra (comp.), *Reproducción de la Población y Desarrollo,* 4. São Paulo: Clacso.

Salles, Vania (1999) "Sociología de la cultura, relaciones de género y feminismo: una revisión de aportes", mimeo. México: PIEM/CES/El Colegio de México.

—— (2000) "El debate micro-macro y algunas ilustraciones con base en investigaciones sobre familia y hogar", ponencia preparada para la VI Reunión de la Somede, 31 de julio al 4 de agosto, México.

——, y Alejandro Figueroa (1994) *Familia, vida cotidiana y cultura: en la búsqueda de nexos entre lo micro y lo macro. Notas de clase,* mimeo. México: Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México.

Simmel, Georg (1998) *El individuo y la libertad: ensayos de crítica de la cultura.* Barcelona: Península.

Schütz, Alfred (1974) *El problema de la realidad social.* Buenos Aires: Amorrortu.

Schwartz, Howard, y Jerry Jacobs (1984) *Sociología cualitativa. Método para la reconstrucción de la realidad.* México: Trillas.

Smelser, Neil (1994) *Sociology.* Cambridge, Massachusetts: Blackwell.

Straus Murray, A. (1978) *Society as a variable in comparative study of the family by replication and secondary analysis,* University of New Hampshire, Department of Sociology.

Tuirán, Rodolfo (1986) "Familia y reproducción social", ponencia preparada para la Tercera Reunión Nacional de Demografía. México: Somede.

Turner, Jonathan (2000) "The formation of social capital", en Partha Dasgupta e Ismael Serageldin, *Social Capital. A Multifaceted Perspective.* Washington: Banco Mundial.

Weber, Max (2001) *Ensayo sobre metodología sociológica* (reimpresión). Buenos Aires: Amorrortu.

—— (1944) *Economía y sociedad.* México: FCE.

—— (1958) *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism.* Nueva York: Scribner.

Zabludovsky, Gina (1995) "La propuesta metateórica y su validez para el estudio de la sociología en México", en Juan Felipe Leal et al. (comps.), *Estudios de teoría e historia de la sociología en México.* México: UNAM-UAM-A.

—— (1999) "Por una psicología sociohistórica: Norbert Elias y las críticas a las teorías de la racionalidad y la acción social", en *Sociológica,* año 14, núm. 40. México: UAM-Azcapotzalco.

Zemelman, Hugo (1982) "Problemas en la explicación del comportamiento reproductivo (sobre las mediaciones)", en *Reflexiones teórico-metodológicas sobre investigaciones en población*. México: El Colegio de México/Clacso.

—— (1976) *Problemas en la explicación del comportamiento reproductivo: sobre las mediaciones*, mimeo, trabajo preparado para la Comisión de Población y Desarrollo. México: Clacso.

—— (1989) *Crítica epistemológica de los indicadores*. México: El Colegio de México.

5
Algunos aspectos de la controversia entre investigación cualitativa e investigación cuantitativa

FERNANDO CORTÉS

Introducción

La controversia sobre la investigación cualitativa y cuantitativa en las ciencias sociales tiene lugar en varios dominios. Se entremezclan discusiones que se erigen desde los fundamentos filosóficos en que enraízan las teorías (ontología), teorías acerca de la relación de conocimiento (epistemología), el papel que desempeñan los valores en la producción de conocimiento (axiología), y disputas sobre causalidad *versus* interpretación; con temas propiamente metodológicos como objetividad, generalización, medición (confiabilidad y validez de la medida); y con pugnas que involucran cuestiones de carácter más técnico, como son los alcances y limitaciones de los instrumentos de recopilación de información, pero que la mayoría de las veces se centran en el uso y en la aplicación de los métodos estadísticos.

La característica central de los métodos cuantitativos es la medición numérica que aplican a los fenómenos observados. La estadística constituye un instrumento apropiado para medir fenómenos "objetivos" y "regulares", así como para estimar su variabilidad y su grado de generalización (Castro, 1999: 62).

La mezcla de las dimensiones presentes en la discusión se advierte con claridad en la serie de dicotomías que enuncia Halfpenny (1979: 799) entre las cuales destacamos: los métodos cualitativos serían relativistas, holistas, descriptivos/exploratorios, subjetivos, inductivos, especulativos/ilustrativos, ideográficos, interpretativistas, orientados a exponer el significado para los actores, etc. Los

estudios cuantitativos, por su parte, serían correspondientemente universalistas, atomísticos, explicativos, objetivos, deductivos, orientados a la prueba de hipótesis, nomotéticos, positivistas, imponen la teoría sociológica, etc. La tesis central del trabajo de este autor es que la discusión se origina en que los conceptos "cualitativo" o "cuantitativo" son dependientes del enfoque teórico-metodológico. Sostiene que la noción "cualitativo" es diferente en el positivismo, en el interpretativismo (fenomenología y hermenéutica), en la etnometodología y en el estructuralismo.

A diferencia de Halfpenny, que se limita únicamente a presentar un listado de oposiciones, Denzin y Lincoln reconocen que el análisis cualitativo involucra diversas disciplinas, métodos y perspectivas epistemológicas (1994: x y xi). Por lo tanto, agregaríamos, la discusión con la aproximación cuantitativa puede tener lugar en cualquiera de esos dominios.

Los términos en que se ha conducido la investigación en México, así como en muchos otros lugares,[1] lleva a algunos a sostener que hay una incompatibilidad esencial entre la investigación cualitativa y la cuantitativa:

> La tarea primaria del científico social no es "probar" la veracidad del conocimiento que genera (sólo en la práctica social —esto es, en la historia—, puede llegar a probarse algo), ni explicar cómo funcionan unas supuestas leyes inmutables, fijas, que rigen el comportamiento del mundo social; su tarea central es la de entender y describir en profundidad, por medio de conceptos teóricos, si es necesario, el movimiento de las sociedades (Martínez, 1999: 48).

Una posición no tan radical pero alineada en la misma tesitura sostiene que algunos problemas de investigación requieren de la aproximación cualitativa, mientras que otros demandan un tratamiento cuantitativo.

Ahí donde el investigador se interesa por *significados* suele haber también un contexto con dimensiones numéricas (edad de los entrevistados, educación, etc.); y a la inversa, ahí donde el investigador se interesa por asociaciones entre variables, suele haber individuos que atribuyen significados propios a cada una de las preguntas que formula el entrevistador (Castro, 1999: 83).

En un trabajo de Roberto Castro, en coautoría con Mario Bronfman, sostienen que la interrelación entre los métodos cualitativos no sólo depende del tema (como parece desprenderse de la cita textual inmediatamente anterior) sino también del momento que le interesa privilegiar al investigador (generación de teorías o transformación de la realidad) (Castro y Bronfman, 1999: 61).

En el otro extremo se argumenta que el conocimiento alcanzado por los métodos cuantitativos, especialmente el producido por la estadística, sería el único válido, ya que es confiable, significativo y generalizable, atributos que según esta

1. Una buena sistematización acerca de la discusión en diferentes campos de las ciencias sociales en Estados Unidos, se encuentra en Tashakkori A. y Teddlie Ch. (1998: 3-6).

posición brillan por su ausencia en la investigación cualitativa. Entre ambos polos (cualitativista y cuantitativista) ha emergido una corriente de pensamiento según la cual el investigador debe estar abierto a utilizar la aproximación metodológica que le rinda los mejores frutos en las diferentes fases de una misma investigación (García y De Oliveira, 1994), lo que no excluye analizar un mismo problema desde ambas ópticas (Blanco y Pacheco, 2000).

Este trabajo se propone desbrozar el campo de la discusión entre ambos tipos de investigaciones limitándose, únicamente, a algunos temas propios de los paradigmas en contienda y a tópicos metodológico-técnicos seleccionados. Separar y clasificar los diferentes órdenes de problemas sobre los cuales se discute es una condición necesaria aunque no suficiente para que el intercambio de puntos de vista permita acopiar conocimientos que ayuden a perfilar las diferencias de fondo.

La sección que sigue se dedicará a examinar la denominada guerra de los paradigmas y en la subsiguiente se tratarán los aspectos metodológicos y técnicos que, supuestamente, marcarían diferencias nítidas entre ambos enfoques.

La guerra de los paradigmas y la *detènte*

En este trabajo se evitará la polisemia del concepto paradigma circunscribiéndolo a las concepciones del mundo, a la forma de entender la relación entre sujeto y objeto, así como al conjunto de normas y valores que guían la investigación.

El desarrollo que se presenta en la tabla 1 toma como punto de partida el tratamiento que ofrecen Abbas Tashakkori y Charles Teddlie (1998: 1-19) sobre los rasgos esenciales que caracterizarían al "positivismo lógico", al "constructivismo", también etiquetado como "naturalismo", y a la posición "post-positivista", considerados como paradigmas en los términos recién referidos. En la tabla que sigue se han resumido las posiciones de las tres corrientes. Si bien las entradas son suficientemente informativas respecto a las principales ideas que caracterizan a los tres paradigmas es absolutamente necesario, para los propósitos de este trabajo, agregar algunas acotaciones.

Los cuatro renglones inferiores de la última columna están en blanco (véase tabla 1) porque Tashakkori y Teddlie no hacen mención explícita a las posiciones que mantendría el post-positivismo respecto a los valores, la generalización, la causalidad y el papel de la lógica. Más adelante se volverá sobre los casilleros vacíos.

El punto de partida del positivismo lógico (véase la segunda columna de la tabla) es que "existen enunciados elementales en el sentido de que, si son verdaderos, corresponden a hechos absolutamente simples" (Ayer, 1965: 17). En otros términos, los enunciados elementales reflejan los hechos que constituyen la realidad. De esta concepción deriva automáticamente que hay *una*

Tabla 1

	Positivismo lógico	*Constructivismo/naturalismo*	*Post-positivismo*
Ontología	Supone que hay *una* realidad.	Las realidades son múltiples y construidas.	La realidad es construida.
Epistemología	El sujeto y el objeto son independientes.	El sujeto y el objeto son ínter-dependientes e inseparables.	El objeto es construido a partir de hipótesis o teoría.
Axiología	La investigación es libre de valores.	La investigación está orientada por valores.	
Generalización	Es posible generalizar para cualquier espacio y tiempo.	No es posible generalizar para todo tiempo y lugar.	
Causalidad	Hay causas reales que son temporalmente precedentes o son simultáneas a los efectos.	Es imposible distinguir entre causas y efectos.	
Lógica	Se enfatizan los argumentos que van de lo general a lo particular, o las hipótesis a priori.	Se enfatizan los argumentos que van de lo particular a lo general o un énfasis en las teorías "aterrizadas".	

realidad que es externa al sujeto pero que se puede reflejar en los enunciados, piezas constitutivas del lenguaje. Es evidente que la teoría de la correspondencia conduce a sostener que la investigación (la buena, la realizada de acuerdo con los cánones de la ciencia) está libre de valores. Los enunciados son espacio-temporalmente independientes porque reflejan a la realidad. El método deductivo es el dominante en esta óptica puesto que el instrumento privilegiado de construcción teórica es la lógica proposicional desarrollada a comienzos de siglo por Whitehead y Russell. En este marco también es comprensible la idea de *objetividad* entendida como "la adecuada representación del objeto". Esta manera de entender el concepto de objetividad la denomina León Olivé "interpretación correspondentista, realista metafísica de la verdad" (1988: 144-151).

La idea de causalidad que desarrolla el empirismo lógico (en su versión clásica) dista de la que proporcionan Abbas Tashakkori y Charles Teddlie (ver tabla). Concebir que hay causas reales que son temporalmente precedentes o simultáneas a los efectos, traza con precisión la concepción de Selltiz et al. (1951: 83-88). Sin embargo, en este punto hay un desfase temporal significativo, si se toma en cuenta que la obra de esos autores fué publicada en los años cincuenta (por lo que históricamente correspondería más bien a la era marcada por el post-positivismo) y que la caracterización del empirismo que presentan (en los restantes renglones de la tabla) describe apropiadamente a la corriente epistemológica dominante en los años veinte.[2] Esto querría decir que el conte-

nido del renglón causalidad debería desplazarse desde el positivismo lógico al post-positivismo. Si se acepta, en principio, dicho desplazamiento se abrirían dos interrogantes. ¿Cuál sería, entonces, la noción de causalidad del empirismo? Por otra parte, si la idea de causalidad en el post-positivismo es tan diferente a la interpretación cualitativista, ¿cómo podría argumentarse, válidamente, el fin de la guerra de los paradigmas? Con el propósito de esbozar una respuesta a la primera de estas preguntas se hará un muy breve rastreo del estatus de la noción de causalidad en el positivismo temprano. Cuando se trate el tema de la causalidad y su diferencia con la interpretación se hará referencia a la segunda.

El detallado análisis que realiza Hume del concepto *causalidad* le lleva a concluir que:

> Así, aunque la causa sea una relación filosófica implicando contigüidad, sucesión y enlace constante, sin embargo, solamente en tanto que es una relación natural y produce una unión entre nuestras ideas somos capaces de razonar sobre ella o de hacer una inferencia a partir de ella (Hume, 1992: 127).

Los ingredientes presentes en la causalidad humeana son: contigüidad, sucesión (precedencia temporal) y relación o enlace constante.[3] Sin embargo, para lograr adecuada apreciación del concepto es necesario aclarar que para Hume contigüidad no es sinónimo de proximidad espacial:

> Aunque los objetos distantes puedan a veces parecer producirse los unos a los otros, se halla después de más detenido examen que están enlazados por una cadena de causas contiguas entre ellas y con los objetos distantes, y cuando en un caso particular no podemos descubrir esta conexión, presumimos que existe (Hume, 1992: 103).

El análisis de Hume le lleva a concluir que la causalidad es un concepto sintético, es decir, no analítico:

> Ya que no es por el conocimiento o por un razonamiento científico por lo que derivamos la opinión de la necesidad de una causa para cada nueva producción, dicha opinión debe necesariamente surgir de la observación y experiencia (Hume, 1992: 120).

Una pieza importante del argumento que se desarrolla en ese trabajo (en lo relativo a la causalidad) es que Hume concluye, después de un análisis pormenorizado, que es imposible fundar empíricamente el concepto de causalidad:

---

2. Un poco más adelante se mostrará que a principios de la década de los años treinta una fuerte discusión interna en las filas del empirismo marcó el inicio de una serie de transformaciones que culminaron en el post-positivismo.
3. Mario Bunge hace una crítica a las nociones de contigüidad y de precedencia temporal en la concepción humeana de la causalidad, mostrando así la recuperación de este concepto en la era post-positivista (1997: 95-113).

> Como nuestros sentidos nos muestran en un caso dos cuerpos o cualidades, en ciertas relaciones de sucesión y continuidad nuestra memoria nos presenta solamente una multitud de casos en que hallamos siempre cuerpos, movimientos o propiedades análogas en análogas relaciones, de la repetición de una impresión pasada no surgirá una nueva idea original como lo es la del enlace necesario, y el número de impresiones no tiene en este caso más efecto que limitarnos a una sola (Hume, 1992: 120).

La conclusión de Hume sostiene, en síntesis, que las relaciones necesarias no son inferibles desde la experiencia, sin importar el número de "impresiones" de que dispongamos. En otros términos, no se pueden derivar enunciados universales a partir de enunciados particulares. La imposibilidad de sustentar empíricamente los conceptos analíticos es uno de los problemas más recalcitrantes que ha tenido que enfrentar el empirismo.

Los empiristas lógicos de comienzos del siglo XX, al igual que Hume (1995: 47-54) dividían los enunciados significativos en analíticos y sintéticos. Sostenían que las proposiciones formales eran tautológicas y que las proposiciones fácticas debían ser verificables. Cualquier proposición que no expresaba nada formalmente verdadero o falso o no pudiera someterse a prueba empírica, carecía de sentido (Ayer, 1959: 16). Los enunciados que no pertenecían a estas categorías fueron calificados como metafísicos por los empiristas lógicos, podían tener valor emotivo o estético pero no cognoscitivo. Esta misma idea la expone Hempel cuando afirma:

> El principio fundamental del empirismo moderno es la idea de que todo conocimiento no analítico se basa en la experiencia. Llamemos a esa tesis el principio del empirismo. El empirismo lógico contemporáneo le ha añadido la máxima según la cual una oración constituye una afirmación cognoscitivamente significativa y puede, por lo tanto, decirse que es verdadera o falsa únicamente si es, bien *1)* analítica o contradictoria, o bien *2)* capaz por lo menos en principio, de ser confirmada por la experiencia. De acuerdo con este criterio, llamado *criterio empirista de significado cognoscitivo, o de significatividad cognoscitiva,* muchas de las formulaciones de la metafísica tradicional y grandes partes de la epistemología resultan carentes de significado cognoscitivo —independientemente de lo fructíferas que resulten algunas de ellas en sus connotaciones en virtud de su atractivo emocional o de la inspiración moral que ofrecen (Hempel, 1959: 115).

El pavor que transpiran los textos de los empiristas lógicos por la metafísica en el dominio cognoscitivo, sus claras raíces humeanas, y la imposibilidad de fundar empíricamente la noción sintética de "causalidad", les llevó a abandonar esta idea y sustituirla por la de función. El estudio de la causalidad realizado por Manuel Gil (1997) lo muestra una y otra vez, por ejemplo, después de citar textualmente a Mach concluye:

> Como ya ha afirmado, la tarea de la ciencia consiste en dar cuenta de las relaciones funcionales de dependencia entre los diversos elementos —sensaciones— de tal suerte que la noción de causa acusa ciertos vestigios de concepciones metafísicas que se eluden perfectamente bien si la sustituimos por la concepción matemática de función (pp. 114 y 115).

Cuando Gil analiza la posición de Duhem, concluye que:

> Las teorías físicas que pretenden ser explicativas de las apariencias sensibles están formadas por dos partes radicalmente distintas: a) una parte simplemente representa a la realidad y procura clasificar las leyes; b) la otra —explicativa— pretende dar cuenta de la realidad que subyace a los fenómenos.

Así divididas, Duhem considera que es falso que la primera dependa de la segunda; el vínculo entre ambas es frágil y artificial; la primera se ha desarrollado por medio del método adecuado de la teoría física y la segunda es, sin más, un parásito de la primera (p. 120).

Se podría continuar con citas del mismo tenor tomadas de Manuel Gil, o directamente de las obras de renombrados empiristas, para remarcar que para esta corriente de pensamiento la idea de causalidad que manejan por la época se confunde con la de función en matemáticas. Para no cansar al lector cerraremos con dos citas, una tomada directamente de Carnap, uno de los más importantes exponentes del empirismo lógico, y otra referida a él: "Sea lo que fuere, deberá quedar claro que cuando un científico habla de una ley, no hace más que referirse a la descripción de una regularidad observada" (Carnap, 1966).

Para Carnap referirse a la causalidad implica, en primer lugar, hacer referencia a leyes generales, no siempre formuladas explícitamente. Y, en segundo lugar, que esas leyes generales se utilizan en tanto permiten predecir trayectoria de los procesos. Es por ello que afirma "relación causal significa predictibilidad" (Gil, 1997: 170).

Este breve paseo por la noción de causalidad del empirismo lógico proporciona una respuesta a la primera pregunta. En efecto, para el empirismo lógico la noción de causalidad caracterizada por la "contigüidad", la "precedencia temporal" y el "enlace constante", fue reemplazada por la idea de relación funcional o, si se quiere, el concepto humeano se redujo al "enlace constante".

Dentro del mismo empirismo lógico surgieron algunas discusiones que pusieron en cuestión sus concepciones más profundas. A partir del hecho de que eran las sensaciones las que daban el contenido fáctico a los enunciados, a ellas se debía su significado; esta opinión se resumió en el lema que el significado de una proposición consiste en su método de verificación (Ayer, 1965: 18). Sus dificultades empezaron cuando fueron incapaces de verificar empíricamente este principio de verificación.

En las filas de los empiristas también se debatió acerca de la observación. Discutieron si las observaciones eran infalibles y si se referían a sensaciones privadas o públicas. Estas dificultades llevaron a O. Neurath (1932/1933) y a R. Carnap (1932/1933) a sostener que en la medida que los enunciados elementales debían servir de fundamento a enunciados intersubjetivos ellos mismos debían ser intersubjetivos; tenían que referirse no a experiencias privadas sino a acontecimientos físicos públicos. Desde este mismo momento a los enunciados elementales (o protocolares como les llamaban Neurath y Carnap) ya no se les consideró incorregibles. Russell Hanson (1958) da una vuelta de tuerca más en su ensayo sobre la observación donde concluye:

> Pero la ciencia física no es solamente una sistemática exposición de los sentidos al mundo; también es una manera de pensar acerca del mundo, de formar concepciones. El observador paradigmático no es el hombre que ve y comunica lo que todos los observadores normales ven, sino el hombre que ve en objetos familiares lo que nadie ha visto anteriormente (p. 252).

Poco a poco va surgiendo la idea de que la observación está condicionada por el conocimiento previo (incluidas las teorías). La idea que paulatinamente se va imponiendo dentro del empirismo es que el hombre ve lo que sabe, no sabe lo que ve (como afirma Rolando García).

Mario Bunge (1999) sintetiza brillantemente la posición a la que ha llegado el empirismo lógico en la actualidad (post-positivismo):

> No tenemos acceso directo al mundo externo. Lo captamos solamente a través de la experiencia y de la razón. Caeré en la tentación de la metáfora: la experiencia —la percepción y la acción— tiene lugar en la interfase entre nosotros y nuestro mundo exterior. La percepción y la acción median entre el mundo y nuestras ideas acerca de él y nos dan la materia prima para la imaginación y el razonamiento. La elaboración resultante es un conjunto de ideas: imágenes, conceptos, proposiciones, diagramas, esquemas, clasificaciones modelos y teorías. Verificamos estas ideas acerca de la realidad comparándolas con datos empíricos, no con el mundo mismo. En particular, no confrontamos una proposición *p* acerca de un hecho o hechos *f* con *f* mismo, sino con algún dato (o datos) *e* pertinente a *f*, es decir alguna evidencia en favor o en contra de *p*. Podemos hacer esto porque tanto *p* como *e* son proposiciones (p. 238).

La evolución del empirismo lógico, impulsada por el fragor de la disputa interna, abandonó poco a poco la teoría de la correspondencia y se impuso la concepción desarrollada por Neurath y Carnap de que la ciencia trabaja con enunciados lingüísticos que se refieren a los hechos pero que no son los hechos mismos. Esta idea fue enriquecida por Russell Hanson con la noción de que la relación con lo real está mediada por las teorías y las hipótesis, es decir, que el objeto de

la investigación es construido. La siguiente secuencia de citas tomadas de Bunge sintetiza el planteamiento:

"Todo hecho involucra una cosa concreta" (Bunge, 1999: 33). "Toda cosa real posee diversas propiedades" (Bunge, 1999: 34). "Cualquier propiedad puede estar conceptualizada o representada por un atributo o predicado, que constituye una categoría especial de conceptos" (Bunge, 1999: 35). "En resumen, distinguimos una propiedad *P*, de una cosa, de un atributo, predicado o función *F* que representa a *P*; y tenemos presente que una y la misma propiedad pueden representarse con predicados diferentes en análisis o teorías alternativos" (Bunge, 1999: 36).

Es claro que en la actualidad los contendientes de la discusión entre los paradigmas deben ser las posiciones del constructivismo y del post-positivismo, no tiene sentido contrastar con el empirismo lógico, postura ya superada. Para hacer esta discusión hay que contrastar las casillas correspondientes de las dos últimas columnas de la tabla.

La metamorfosis del viejo empirismo lógico en el post-positivismo hace pensar que tal vez es muy fuerte sostener que la realidad es construida (primer renglón de la penúltima y última columnas). Pareciera que sería más justo afirmar que tanto el constructivismo como el post-positivismo recortan *teóricamente sus objetos de investigación* y por tanto, a partir de los mismos hechos es posible que se genere una diversidad de objetos. Ambas corrientes también comparten la epistemología en tanto que hay una interrelación entre sujeto y objeto que lleva a la imposibilidad de separar qué parte de la observación la pone el sujeto y cual pone el objeto. Se llega así a la conclusión que para ambas corrientes cabe la posibilidad de que existan varias teorías compatibles con la evidencia (cuestión que no es privativa de las ciencias sociales) y la adopción de una u otra no sólo dependerá de consideraciones de razón sino también de los valores del investigador. De lo anterior se deriva que las posiciones del constructivismo/naturalismo y el post-positivismo coincidirían en la ontología, la epistemología y la axiología.

En cuanto a la supuesta validez universal de las teorías (que afirmaba el viejo empirismo y que corresponde al renglón "generalización" de la tabla) hay que reconocer que en la actualidad ni siquiera en las ciencias físicas se plantea la certeza que se dispone de teorías válidas para cualquier espacio y todo tiempo. La siguiente cita referida a las ciencias físicas expresa con claridad esta idea:

> Pero, una vez más, tenemos que insistir que proponer y someter a prueba teorías de validez universal es sólo parte del propósito de la ciencia. Puede no haber teorías universales válidas, dependiendo de que las condiciones difieran marcadamente a través del tiempo y el espacio; ésta es una posibilidad que no podemos pasar por alto. Pero aun en este caso, la ciencia podría satisfacer muchos de sus propósitos en darnos conocimientos y predicciones verdaderas en las condiciones cercanas o internas a nuestro nicho espacio-temporal (O'Hear, 1989: 43).

Es congruente con el post-positivismo la posición que sostiene que no es posible generalizar para todo tiempo y lugar y por lo tanto no sería ésta una fuente de controversia entre ambas corrientes.

El renglón de la tabla de Tasshakore y Teddlie rotulado "Lógica", tendría sentido si la investigación parte, en un caso (post-positivismo), de teorías e hipótesis claramente establecidas y tomando pie en ellas se infieren enunciados empíricos (Stinchcombre, 1970: Cap. 2) que sirven para rechazar o no las hipótesis y acrecentar así, por afirmación o negación de las hipótesis, el fondo del conocimiento acumulado (Campbell y Stanley, 1973: 14-16); o en el otro caso (constructivismo/naturalismo), se argumenta que el conocimiento válido se induce del análisis del material empírico, es decir, se infiere inductivamente. Esta distinción pierde toda validez en la medida que se reconoce que el proceso de investigación implica un movimiento continuo y ascendente entre las hipótesis y el material empírico que dibuja más bien una helicoide que una recta (Piaget y García, 1982: 190-193; Cortés y Ruvalcaba, 1987: 15).

Una de las consecuencias que se derivan del abandono de la teoría de la correspondencia es que las nociones de objetividad y de contrastación (significación) sufren fuertes variaciones.

En efecto, como ya no se tiene acceso a los hechos atómicos sino a enunciados protocolares, evidencias o datos, la objetividad ya no puede consistir en representar fielmente a los objetos. Se hace entonces imprescindible mudar el concepto de objetividad. La metamorfosis se puede observar con toda claridad en Popper:

> Ahora bien, yo mantengo que las teorías científicas no son nunca enteramente justificables o verificables, pero que son, no obstante contrastables. Diré, por tanto, que la objetividad de los enunciados científicos descansa en el hecho de que *pueden contrastarse intersubjetivamente* (Popper, 1967: 43).

Y en una nota de pie de página agrega la siguiente aclaración:

> Desde que escribí estas palabras he generalizado esta formulación: pues la contrastación intersubjetiva es meramente un aspecto importante de la idea más general de la *crítica* intersubjetiva, o, dicho de otro modo, de la idea de la regulación racional mutua por medio del debate crítico (Popper, 1967: 43).

Si bien la objetividad o subjetividad no es una entrada explícita de la tabla que se comenta, se debe señalar que, por una parte, es una discusión que suele consumir bastante espacio en los escritos dedicados a la polémica y por otra, está implícita en los renglones "Ontología" y "Epistemología". En efecto, si el sujeto y el objeto son independientes entonces es posible hablar de la objetividad como correspondencia entre el conocimiento producido y los hechos, pero si la separación no existe (como plantea la concepción post-positivista que empezó a ser sostenida en 1934, fecha en que vio la luz por primera vez *La lógica de*

la investigación científica de Karl Popper) no habría cabida para tal concepto de objetividad planteándose así la necesidad de ser reemplazado, como se ha visto, por el de acuerdo entre intersubjetividades.

Cuando en los trabajos dedicados a la polémica entre los métodos cualitativos y cuantitativos se afirma que los primeros son subjetivos en tanto que los segundos son objetivos, ¿a qué concepto de objetividad se están refiriendo? Mucho me temo que la discusión esté enfrentando al positivismo lógico y no al actual post-positivismo y si este fuera el caso estarían luchando contra molinos de viento. Cuesta trabajo pensar que los partidarios del análisis cualitativo se resistan a la objetividad (la actual, la del post-positivismo) porque se estarían negando a discutir sus trabajos, a confrontar sus resultados, a llegar a consensos y a marcar los disensos. Da la impresión de que combaten un *cliché,* cuando en los hechos se preocupan por producir conocimiento objetivo.

La noción popperiana de objetividad se limita, como se ha visto, "a la regulación racional mutua por medio del debate crítico". No deja de ser paradójico que la objetividad termine siendo un acuerdo entre intersubjetividades. Piaget propone un concepto más refinado en un pasaje de una de sus pocas obras específicamente dedicadas a las ciencias sociales:

> Es cierto que el objeto no es conocido sino gracias a unas percepciones que tienen un carácter subjetivo y gracias a unos cálculos o a una estructuración matemática o lógico matemática, que también son signos de actividades del sujeto. Pero conviene establecer cuanto antes la distinción entre el sujeto individual, centrado en los órganos de los sentidos o en su propia acción, es decir, el "yo" o sujeto egocéntrico, fuente de posibles deformaciones o ilusiones de la naturaleza "subjetiva", en este primer sentido del término; y el sujeto "descentrado", que coordina sus acciones entre sí y con las de otro, que mide, calcula y deduce de manera verificable por cualquiera y cuyas actividades epistémicas son, por consiguiente, comunes a todos los sujetos (Piaget, 1973: 65).

La idea de objetividad de Piaget incorpora la crítica racional, el debate del sujeto epistémico no sólo con los otros sino con él mismo, pero agrega la idea de coordinar las acciones que permitiría limar las deformaciones o las ilusiones de naturaleza subjetiva y aproximarse tendencialmente al conocimiento del objeto. Es decir, Piaget reintroduce el objeto en un mundo de intersubjetividades y reemplaza la noción de objetividad por la de "proceso de objetivación". Son pocas las premisas de la teoría piagetiana, una de ellas es que la realidad existe, aunque, como se ha visto y está implícito en la cita precedente, aunque los objetos de conocimientos recortados por el investigador sobre esa realidad pueden ser múltiples. Es probable que esta noción de objetividad permita afinar la discusión entre la investigación cualitativa y cuantitativa.

En cuanto a la contrastación, sólo me limitaré a dos citas que no dejan lugar a la duda del papel que ejerce en el post-positivismo:

> El criterio de que los enunciados elementales, o como los llamaban Neurath y Carnap, enunciados "protocolares" quedaban incluidos en el "lenguaje físico", los despojó de su situación privilegiada; ya no se les consideró incorregibles. Su verdad, como la de cualquier otro enunciados físico, quedaba siempre sujeta a discusión; pero, por encima de todo, incluso perdieron su posición judicial; si un enunciado protocolar entra en conflicto con un enunciado de un orden más elevado, tal como una hipótesis científica, uno u otro tiene que ser desechado, pero no forzosamente la rechazada tiene que ser la hipótesis científica: en determinadas circunstancias, por el contrario puede ser más conveniente rechazar el enunciado protocolar (Ayer, 1965: 26).

En pocas palabras: no existe ningún cimiento empírico duro como la roca y no todas las hipótesis son igualmente endebles. De hecho, algunas se apoyan en otras hipótesis que a su vez han sido confirmadas de manera satisfactoria. Así el apoyo de una hipótesis procede en parte de los datos empíricos y en parte del resto del cuerpo de conocimientos pertinentes —tanto que las hipótesis se verifican contra este último antes de ser sometidas a pruebas empíricas (Bunge, 1999: 257).

Resta por analizar el reglón "Causalidad" de la tabla construida a partir de los planteamientos de Tashakkori y Teddlie, tomando en cuenta que ya se desplazó el contenido de la columna positivismo lógico a la columna post-positivismo.[4] En lo que sigue se buscarán los nexos entre la comprensión en la sociología weberiana y la explicación causal.

La sociología comprensiva busca captar por interpretación el sentido de la acción. A este respecto Manuel Gil (1997), analizando la obra metodológica de Weber, plantea que dicho sentido puede captarse de diferente manera según los intereses cognitivos:

> En la consideración histórica se trata del sentido mentado realmente en la acción particular; en la consideración sociológica "en masa" se trata del sentido mentado "en promedio y de modo aproximativo", y también puede tratarse del sentido construido científicamente —por el método tipológico— para la elaboración del *tipo ideal* de un fenómeno frecuente (p. 92).

Como se desprende de esta cita, es el método tipológico el que dará el sentido a la acción en el dominio de la ciencia y la explicación causal consiste en *imputar* dicho sentido a la evidencia. Por otra parte, los estudios de la epistemología genética han mostrado que el individuo *atribuye* a los hechos que pretende explicar, la necesidad de las relaciones lógicas dentro de la estructura de

4. Hay que advertir que un tratamiento acabado sobre la causalidad excede con mucho los estrechos límites de este trabajo. Así como en la década de los cincuenta y de los sesenta, se advierte un renacer del tema. Son numerosos los libros recientes que se dedican exclusivamente a la causalidad, por ejemplo, W. Salmon (1998) y McKim y Turner (1997), aún más, libros antiguos como el de Bunge citado en la nota número 3, que apareció por primera vez en 1959, fue reeditado en 1997. Por ello las escasas líneas que se desarrollan en este texto no pasan de ser unas cuantas notas. Nos damos por bien servidos si a juicio del lector están hilvanadas.

la teoría que intenta explicarlos (Piaget y García, 1973; Inhelder Bärber, 1986; Halbwachs, 1977).

El claro paralelismo entre ambas ideas de explicación causal, que difieren sólo en los conceptos de imputación y atribución, proporciona una repuesta a la segunda pregunta en tanto que la distancia entre ambos conceptos no parece abismal a primera vista, lo que jugaría a favor de la tesis del fin de la guerra entre los paradigmas. Ahora bien, si los experimentos llevados a cabo por la epistemología genética develaron la estructura de la explicación causal, en los distintos estadios del desarrollo cognitivo del ser humano, no queda claro a partir de qué perspectiva Tashakkori y Teddlie sostienen que en el constructivismo sería imposible distinguir entre causas y efectos. Nuestro planteo sería que ninguno de los paradigmas escapa a la noción de explicación causal desarrollada por la epistemología genética, aunque el empirismo lógico intente zafarse del fantasma de Hume limitándose a las meras regularidades empíricas.

Del análisis realizado hasta este punto se desprende que la transformación del empirismo lógico en el post-positivismo fue borrando paulatinamente las barreras que dividieron en el pasado a este paradigma del paradigma constructivista/naturalista. Hoy es difícil trazar una frontera nítida. A partir del desenvolvimiento del empirismo durante el siglo xx es imposible sostener hoy que el método cualitativo es propio de las ciencias sociales y el cuantitativo de las ciencias naturales porque difieren los objetos. Esta aseveración es consonante con el empirismo de los años veinte, pero no con el que se empieza a desarrollar a partir del comienzo de los treinta.

Tampoco sería posible sostener que el método cualitativo es subjetivo y el cuantitativo objetivo, a menos que se acepte la idea de objetividad-objeto y perdería sentido si la objetividad surge del acuerdo de intersubjetividades. La explicación causal, como atribución o imputación de sentido construida a través de modelos teóricos hace difícil plantear una distinción paradigmática entre causalidad e interpretación. Sólo podríamos justificar dicha diferenciación si se supone que el sentido de la acción surge desde "la realidad", es decir, si se adscribe a la teoría de la correspondencia que los pioneros del empirismo rechazaron por razones de consistencia.

Metodología cualitativa *versus* metodología cuantitativa o viceversa

Por la historia reciente de las ciencias sociales, por el destino o por el azar, la etiqueta *metodología de las ciencias sociales* ha quedado vacía de contenido en América Latina. Si en un programa de licenciatura, maestría o doctorado hay asignaturas con dicho título, no se podría saber si se impartirán cursos cuyos contenidos son de filosofía de la ciencia o epistemología en un extremo o, en el otro, si la enseñanza se reducirá a la estadística, pasando por todas las combi-

naciones intermedias. En este trabajo se incluirá bajo el rótulo *metodología de las ciencias sociales* al conjunto de operaciones que median entre la teoría y la información empírica, incluyendo las técnicas de análisis de datos.

Toda investigación inicia por el planteamiento de un problema, es decir, por una pregunta bien formulada que enraíza en una teoría o una tradición teórica y en el cuerpo del conocimiento acumulado pertinente a él. Esto quiere decir que todo investigador es deudor de lo que se ha hecho antes que él en cuanto a los avances conceptuales, por un lado, y de los que han pesquisado el mismo problema o problemas conexos, por el otro.

Una pregunta bien formulada, depositada en un cuerpo teórico y relevante en relación a lo que se sabe del tema, conlleva siempre o casi siempre una respuesta provisional, es decir, una hipótesis de trabajo. La hipótesis de trabajo, como toda hipótesis, debe guardar consistencia lógica, debe ser compatible con el conocimiento científico (que incluye no sólo a las teorías sino también el conocimiento acumulado) y debe ser empíricamente contrastable. Así como el problema de investigación no puede ser cualquier pregunta (sino que debe estar sostenida por el conocimiento científico disponible) una hipótesis, en ciencias, no es cualquier ocurrencia.

Ahora bien, cualquier hipótesis involucra uno o más conceptos. Por ejemplo, una hipótesis podría ser que el paso de un modelo económico orientado hacia el mercado interno a otro de participación en una economía globalizada ha traído como consecuencia aumentos en la desigualdad económica y en la pobreza. O bien que la contracción económica induce a los hogares pobres enviar a los niños, adolescentes y ancianos, a conseguir dinero; personas que en otras circunstancias estarían en la escuela o en sus casas. En el primer ejemplo, los conceptos son "modelo económico", "desigualdad económica" y "pobreza", en el segundo son "contracción económica" y "utilización de fuerza de trabajo secundaria".

Una de las clasificaciones útiles de los conceptos la proporciona Mario Bunge (1979: 79) que distingue entre conceptos: individuales, de clase, relacionales no comparativos, relacionales comparativos, y cuantitativos. Esta taxonomía, útil para los propósitos de este trabajo muestra que sí hay una diferencia clara entre conceptos cualitativos y cuantitativos. Los primeros comprenden a los individuales, los de clase, y a los relacionales (ya sean comparativos o no comparativos) mientras que los segundos sólo a los cuantitativos. Por ejemplo, el *ethos* de una comunidad científica es un concepto de clase y el concepto marxista clase social es relacional no comparativo pues agrupa en una categoría a los individuos que pertenecen a la clase proletaria y en otra a los que pertenecen a la burguesía. Sería impropio, sería una violación a la teoría y al concepto intentar distinguir entre el grado o el nivel de proletarización de los trabajadores. Del mismo modo, la estratificación social es un concepto relacional comparativo ya que en este caso los individuos se jerarquizan según "igual", "mayor que" o

"menor que". Conceptos cuantitativos son la pobreza y su intensidad, así como la desigualdad en la distribución del ingreso.

Considérese la posibilidad de introducir una distinción radical entre investigación cualitativa y cuantitativa según los conceptos sean de uno u otro tipo. A partir de la condición de que las hipótesis sean enunciados contrastables se plantea el tema de la medición, entendiendo por medir no atribuir números a los objetos o a sus propiedades sino el poner en correspondencia los objetos o sus atributos con un lenguaje formal (Przeworski y Teune, 1972: 92-94), lenguaje que podría ser el de los números o el de la lógica.

De las diversas clases de conceptos derivan las muy conocidas escalas básicas de medida (Cortés y Ruvalcaba, 1990): nominal, ordinal, de intervalo y de razón. La dos primeras se pueden considerar cualitativas y las dos restantes cuantitativas. Tomando pie en esta dicotomía se podría fincar la distinción entre la investigación cualitativa y la cuantitativa argumentando que el lenguaje formal de medición sería la lógica (manejaría la conjunción, la disyunción, la pertenencia, la existencia, etc.), en el primer caso, y la aritmética, en el segundo. Sin embargo, hoy se sabe, a partir del trabajo de Bertrand Russell, que la aritmética y, en general, toda la matemática es reductible a la lógica. Una de las formas en que se presenta esta idea al investigador es que las escalas de medición están ligadas por relaciones de transformación que permiten bajar la "exigencia lógica de la medición" (Cortés y Ruvalcaba, 1990: 57-59), por lo tanto es lícito pasar de escala de razón a la escala de intervalo, de ésta a la ordinal y de la ordinal a la nominal. Se concluye así que la diferencia de lenguaje de medición es más bien táctica que estratégica; que la pretendida diferenciación de esencia se esfumaría.

Podría intentarse fincar la distinción ya no en las escalas de medida sino en los instrumentos de recopilación de información. Dichos instrumentos conforman una gama amplia que va desde los diversos tipos de observación (no estructurada, estructurada, participante, no participante, análisis de textos, análisis de contenidos, grupos focales, etc., hasta llegar a los cuestionarios que incluyen preguntas con posibilidades de respuestas cerradas, abiertas o semiabiertas). Es bastante habitual, en el medio de las ciencias sociales, introducir la diferenciación entre ambos tipos de investigaciones (cualitativa o cuantitativa) según se use o no un cuestionario para recabar la información.

No hay duda de que la naturaleza de los conceptos involucrados en la o las hipótesis y las potencialidades de los instrumentos de recopilación de información deberían ayudar en la selección de ellos cuidando que éstos den suficientes garantías de confiabilidad (saturación) y validez (triangulación) de las medidas. Éstas debieran ser las razones que conduzcan a utilizar instrumentos catalogados como de uno u otro tipo. En este punto hay una clara diferenciación de tradiciones de investigación pues hay herramientas de recopilación más apreciadas por antropólogos y otras más valoradas por los sociólogos (cuantitativistas).

Pero, hay que insistir, los criterios centrales para optar por el dispositivo de recopilación deberían ser los de confiabilidad y validez: que las respuestas a una misma pregunta (formulada o no de maneras alternativas) no varíen demasiado cuando son respondidas por la misma persona y que a la vez esa pregunta o preguntas se refiera al contenido del concepto que interesa observar.

Ahora bien, antes de continuar es necesario hacer un alto. Las consideraciones que siguen suponen que la investigación desembocó en una matriz de datos que será analizada a través de paquetes de cómputo ya sean estadísticos o especializados en el tratamiento de la información cualitativa. Claramente no aplican si por cualquier razón no es posible construir una matriz de datos, por ejemplo por disponer de información parcial o referida a distintos niveles no vinculados entre sí, o porque el interés de la investigación radica en proponer una estructura o un sistema a partir de conocimiento de parcialidades, situación típica que enfrenta la construcción de sistemas complejos (Cortés y García, 1993).

Formulada esta aclaración se retoma el hilo del desarrollo. Una vez que se tiene la información hay que proceder a la asignación de marcas a las propiedades de los objetos. Si las variables son cuantitativas (es decir, si la escala de medición fue de intervalo o de razón) se transcribe directamente la respuesta desde el cuestionario a la matriz de datos, por ejemplo, 10 mil pesos mensuales de ingresos o 12 años de instrucción. Pero si las variables son cualitativas es necesario codificar. Por ejemplo, si la respuesta, la observación, o el análisis del documento ha originado una serie de oraciones respecto a cómo se evalúa la gestión de la autoridad, será necesario distinguir, por lo menos, aquéllas que son iguales de las que son distintas, en cuyo caso se estaría usando una escala nominal y si se emplean números para codificar sólo se usa una de sus propiedades: su nombre. También se podrían jerarquizar las respuestas de acuerdo con la intensidad de la crítica, dando lugar así a una escala ordinal que podría ir desde los que simpatizan totalmente con la autoridad y no formulan crítica alguna, hasta los que realizan la crítica más acerba. En este caso también se puede codificar usando números, pero esta vez, se emplearían las propiedades del nombre y el orden que caracterizan al sistema numérico.

Lo que se desea resaltar es que independientemente del tipo de concepto involucrado en la hipótesis de trabajo (como respuesta provisional a la pregunta de investigación) y del instrumento de recopilación de información, se termina con una matriz de datos que contiene números que o son códigos o bien representan la magnitud de las propiedades de las unidades de observación. Se podría objetar porqué usar números y no otro tipo de marcas. Para los propósitos de la investigación es indiferente que se usen marcas o números pues si el sistema de marcas es consistente será posible ponerlo en correspondencia con el sistema numérico. Por otra parte, debe señalarse la conveniencia de codificar con dicho sistema porque esto facilita el procesamiento en las computadoras, incluyendo los programas específicamente construidos para realizar análisis cualitativo.

Dada una matriz de datos con observaciones en los renglones, y variables en las columnas podría volverse a intentar introducir una diferenciación entre la investigación cualitativa y cuantitativa; ésta quedaría claramente reflejada por el tipo de programas con el que se realiza el análisis: por ejemplo, Etnograph o Atlas. "Ti" en el primer caso y SPSS o Stata en el segundo. Es decir, si bien no habría una diferencia radical entre ambas vertientes de la investigación hasta la construcción de la matriz de datos, éstas se separarían radicalmente en el momento del análisis. La investigación cuantitativa echaría mano a la estadística mientras que la cualitativa funcionaría con operaciones tomadas de la lógica.

¿Por qué no aplicar análisis estadístico a la matriz de datos sin importar si se construyó con una metodología cualitativa? Parece que son dos las objeciones principales que se plantean a incursionar por este camino: 1. Que la estadística no está diseñada para tratar variables cualitativas, y 2. Que la investigación cualitativa no tiene pretensiones de generalización.

La primera objeción se puede desdoblar en dos. La primera tiene que ver con la habilidad de la estadística para analizar variables cualitativas y la segunda dice relación con la noción de aleatoriedad.

La primera parte de esta objeción ha sido superada por el desarrollo interno de la propia estadística, en dos periodos históricos diferentes. A comienzos del siglo XX la estadística descriptiva que permitía el tratamiento de variables no métricas fue enriquecida por el análisis de asociación[5] que se desarrolló a lo largo de las primeras tres cuartas partes del siglo hasta llegar a proponer una función generatriz de coeficientes de asociación dependiente de la hipótesis estadística que se sometía a contraste empírico (Cortés y Ruvalcaba, 1987: 121-148). A pesar de los avances que se lograron durante esos años era perceptible una clara distancia respecto al desarrollo que había alcanzado el análisis de regresión y correlación.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la incorporación de variables explicativas no métricas en el modelo de regresión tuvo un progreso explosivo. Hoy día cualquier manual de econometría, por elemental que sea, suele traer un capítulo dedicado al tema de las variables ficticias (*dummy*), por ejemplo, Kennedy (1997: cap. 14), donde se enseña cómo convertir variables con múltiples categorías (por ejemplo, la posición en la ocupación, las profesiones, la religión, etc.) en un conjunto de variables ficticias, sin por ello forzar la medición. Sin embargo, quedaba pendiente la tarea de incluir en el modelo variables dependientes no métricas. Fue Leo Goodman quien publicó, en 1972, el primer trabajo sobre este tema y originó lo que hoy se llama regresión logística. A partir de entonces se han logrado avances espectaculares que permiten considerar no sólo

5. El análisis de asociación emerge en medio de una disputa ideológica que enfrentó a Yule en contra de Galton y Pearson, quienes desarrollaron el análisis de regresión y correlación para investigar cuestiones raciales (MacKenzie, 1979: 39-50).

variables dependientes dicotómicas sino con cualquier número de categorías. En la actualidad este conocimiento está tan desarrollado que su tratamiento ha pasado a los libros de texto, una exposición sistemática y detallada se encuentra en el capítulo 19 del libro de W. Greene (2000). En los últimos 30 años ha habido avances de la estadística, al impulso de los problemas planteados por las ciencias sociales, que al conjugarse con los desarrollos de la microcomputación, abren la posibilidad de analizar la relación entre conjuntos de variables no métricas usando poderosas técnicas de análisis.

Así como el desarrollo del paradigma postempirista fue borrando las fronteras entre la investigación cualitativa y cuantitativa, del mismo modo los avances de los diversos campos que componen la estadística han ido desdibujando las diferencias en el análisis de la información.

La segunda parte de la primera objeción se refiere, recuérdese, a la aleatoriedad. Podría objetarse el uso de la estadística para analizar la matriz de datos argumentado que dicha técnica aplica sobre variables total o parcialmente aleatorias lo que deja fuera de juego a los datos que se generan en la investigación cualitativa en la medida que ésta siempre o casi siempre toma muestras intencionales. Este argumento se hace sospechoso si tomamos en cuenta que los procedimientos estadísticos se aplican sobre datos censales. Para analizar esta objeción habría que tomar en cuenta que la aleatoriedad en la estadística no sólo surge de la selección de muestras al azar sino también de otro tipo de argumentos que han sido sintetizados por King, Keohane y Verba (1994):

> *Perspectiva 1.* Un mundo probabilístico: la variación aleatoria existe en la naturaleza y el mundo social y político y nunca puede ser eliminada. Aún si midiésemos todas las variables sin error, censamos (en lugar de tomar muestras) e incluimos toda variable explicativa concebible, nuestro análisis nunca arrojará predicciones perfectas. Un investigador puede dividir el mundo entre componentes aparentemente sistemáticos y no sistemáticos y mejorar sus predicciones, pero nada de lo que pueda hacer un investigador que debe analizar datos tendrá efecto en reducir la cantidad fundamental de variación no sistemática que existe en el mundo empírico.
>
> *Perspectiva 2.* Un mundo determinístico: la variación aleatoria es sólo una porción del mundo sobre el cual no tenemos explicación. La división entre variaciones sistemáticas y estocásticas es impuesta por el analista y depende de qué variables explicativas están disponibles y se incluyen en el análisis. Dadas las variables explicativas correctas, el mundo es enteramente predecible (p. 59).

Dejando a un lado cuestiones de "detalle" como la superposición de la noción de explicación con predicción, ambas perspectivas son equivalentes para los propósitos de este escrito en la medida que permiten sostener la idea de que la aleatoriedad no surge única y exclusivamente de la selección de muestras al azar sino que también emerge de las limitaciones humanas en cuanto a la capacidad para considerar todas las variables que afectan un fenómeno, o bien de

las limitaciones en el desarrollo teórico para reconocer cuáles son las variables explicativas correctas. La idea de un mundo predecible al cual nos acercaríamos asintóticamente a través de la investigación científica tiene un fuerte sabor newtoniano. Por el contrario, la noción de que la naturaleza es aleatoria enlaza con nociones básicas de la teoría del caos y de la teoría de los sistemas complejos. En conclusión, independientemente de que se opte por una u otra perspectiva, el argumento que sostiene que la investigación cualitativa no puede usar métodos estadísticos porque sus observaciones no son generadas por muestras al azar, resulta no ser válido.

El investigador que ha utilizado instrumentos cualitativos para recopilar su información, que ha seleccionado muestras intencionales y que ha generado una matriz cualitativa de datos podría, si así lo desea, utilizar los métodos que le proporciona la estadística. No habría razones conceptuales que se lo impidieran. Es probable que el tipo de *conocimiento que genera la Estadística no responda cabalmente las preguntas de investigación, y que por lo tanto, tenga que recurrir a otros métodos de análisis de información, pero no es menos cierto que arrojará resultados que difícilmente se logran con otros instrumentos*. En este sentido habría que pensar en el método estadístico como una manera de enriquecer el análisis así como los estudios cualitativos informan sobre ámbitos que difícilmente alcanza la Estadística. Pero resta aún el problema de la generalización empírica, a diferencia de la generalización teórica que se trató en relación a los paradigmas.

Uno de los aspectos álgidos de la controversia es la generalización. Desde las filas cuantitativistas se afirma que los resultados de la investigación cualitativa tienen escasa "validez"; que ésta se reduce, en el mejor de los casos, a la comunidad o al grupo de donde se hizo la selección y en el peor que sólo son "válidos" para las 15, 20 ó 30 observaciones que se analizaron. Legítimamente sólo se limitarían a las jóvenes que se entrevistaron en un estudio de embarazo adolescente o a las madres adolescentes que asisten al hospital de donde se hizo la selección; a los pocos empresarios populares que fueron entrevistados para estudiar sus cosmovisiones o al barrio de Lima en que ellos viven y trabajan; al *ethos científico* de los químicos, biólogos y sociólogos de los grupos académicos que se estudiaron, o a las tres disciplinas.

Sin embargo, la "crítica" queda en el aire cuando se afirma que, efectivamente, la investigación cualitativa no tiene ninguna pretensión de generalizar más allá del tiempo y del lugar en que se llevó a cabo. Así, en principio, se produciría un acuerdo entre ambas posiciones, sin embargo, no es claro que estén entendiendo lo mismo cuando se refieren a "todo tiempo y lugar". ¿Estarían de acuerdo los cualitativistas en reducir el dominio del conocimiento producido a los casos que estudiaron? o, por el contrario, ¿Suponen que sus hallazgos tienen aplicación en un dominio un poco mayor al de los datos?, aunque no necesariamente que son válidos para "todo tiempo y lugar". En todo caso lo que sí ocurre con bastante frecuencia, especialmente en el caso de la investigación cualitativa

orientada al diseño de políticas, es que si bien en principio pueden aceptar que no interesa la generalización, paulatina e inadvertidamente introducen aseveraciones que van más allá de sus datos, es decir, infieren o generalizan.

Pareciera que esta crítica a la investigación cualitativa surge desde el muestreo estadístico. Las muestras aleatorias permiten hacer inferencias o estimaciones a la población muestreada que suele ser la población objetivo. La selección aleatoria de las observaciones da la posibilidad de hacer uso de las probabilidades para estimar los errores en que se incurre al pasar de lo particular (los resultados de la muestra) hacia lo general (las características de la población). El cálculo de errores (errores presentes en todo proceso de inferencia se disponga o no de una estimación de su magnitud), es lo que caracteriza y distingue al muestreo aleatorio. Sin embargo, aún cuando el error de muestreo sea pequeño, el grado de confianza de la estimación sea alto, que se usen estimadores insesgados, eficientes, consistentes, suficientes, de varianza mínima, es decir, a pesar de que se cumplan todas las propiedades que caracterizan un "buen" estimador, nada garantiza que los intervalos de estimación contengan las características de la población (sus medidas de tendencia central, de dispersión, correlaciones, regresión, etc). Por azar puede ocurrir que la muestra que se seleccionó sea una de las "malas", es decir, una de aquellas que arrojan estimaciones alejadas de los parámetros de la población más allá de los errores admisibles. El discurso estadístico es muy claro a este respecto: nada garantiza que la generalización de la muestra aleatoria a la población arroje los resultados correctos, en su lugar proporciona una estimación del porcentaje de casos en que la inferencia sería errónea. Por lo tanto, en una aplicación particular, a pesar de cumplirse estrictamente con todos los requerimientos estadísticos la estimación puede resultar muy alejada de los parámetros poblacionales, es decir, la generalización puede ser equivocada.

La diferencia entre la investigación cuantitativa y la cualitativa en cuanto a la generalización radicaría en que la primera proporciona estimaciones de los errores que surgen del paso de lo particular a lo general, mientras que la segunda (en tanto no selecciona muestras aleatorias sino intencionales) no dispone de formas de evaluar los errores de inferencia. Sin embargo, nada garantiza que las generalizaciones que proporciona el muestreo estadístico sean más precisas que las de la investigación cualitativa.

Tampoco es aceptable, con base en este argumento, que las investigaciones desarrolladas dentro del cartabón aleatorio sean científicas mientras que las que escapan a este marco no lo sean. La estadística no se agota en la inferencia (muestreo, estimación y pruebas de hipótesis), el "análisis de experimentos" (campo en que destacan el diseño de experimentos propiamente tal y el análisis de varianza) es otra línea de desarrollo que tiene su dinámica propia (Snedecor, 1962). En este texto interesa destacar que tomando pie en esta vertiente de la estadística, Campbell y Stanley publicaron en 1966 (en inglés) su obra *Diseños experimentales y cuasi experimentales en la investigación social,* que permitió ex-

tender los avances logrados en ese campo a pesar de que las situaciones investigadas escapan a la idea tradicional de experimentación:

> Por "experimento" entendemos aquella parte de la investigación en la cual se manipulan ciertas variables y se observan sus efectos sobre otras. Conviene aclarar que el propósito particular de este libro *no es* estudiar el diseño experimental dentro de la tradición de Fischer, donde el experimentador con pleno dominio de la situación, programa tratamientos y mediciones a fin de lograr la mejor eficiencia estadística, único objetivo al que obedece la mayor o menor complejidad del diseño. Los diseños aquí analizados son tanto más complejos cuanto mayor es la inflexibilidad del ambiente; en la medida que el experimentador carece de control absoluto sobre la situación. Aunque hay no pocos puntos de contacto entre nuestro tratamiento y el de la corriente de Fischer, juzgamos apropiado dejar la exposición de esta última para obras de mayor envergadura (D. Campbell y J. Stanley, 1979: 7).

El texto de estos autores enseña a pensar situaciones dadas (es decir, situaciones en que el investigador no interviene o no tiene posibilidades de intervenir) como si se tratase de experimentos naturales.[6] La idea central es que si bien el investigador no está en condiciones de manipular las variables como en los experimentos, puede pensar como si la "naturaleza" hubiese experimentado.

Desde esta perspectiva se ramifican tres campos en que el investigador debe tomar decisiones: elegir la situación que puede aportar respuestas al problema de investigación, controlar los factores que limitan la validez interna y los que afectan la validez externa. No es el propósito de este trabajo exponer estos temas sistemáticamente, quien se interese puede consultar las obras citadas, sin embargo, es necesario incluir algunas breves consideraciones sobre dichos tópicos para desembocar en la idea de que la discusión sobre la generalización en la investigación cualitativa sería más fructífera dentro de la línea experimental de Campbell y Stanley.

Dada una pregunta de investigación, como por ejemplo: ¿es el cambio en la política poblacional en México la que condujo al abatimiento observado en la tasa de fecundidad? ¿El embarazo adolescente se transmite generacionalmente de madres a hijas? ¿De qué depende que haya una alta proporción de hijos varones que no estudian ni trabajan en la zona fronteriza norte? ¿Cuál es el *ethos* de una comunidad científica dada?, etc. Se debe decidir qué situación o situaciones deben observarse para intentar construir una respuesta.[7] Para la primera pregunta pare-

6. El libro se desarrolla con ejemplos de investigación orientados básicamente a la educación. Sin embargo, Paul Spector (1981) basándose en él escribe un texto con aplicaciones a la sociología, antropología y ciencia política.
7. A. Przeworski y H. Teune (1972), enfrentados al hecho de que en la investigación comparativa entre países no tiene sentido seleccionar muestras aleatorias, pero guiados con un claro afán por producir conocimiento válido más allá de la muestra intencional de países seleccionados, analizan la estrategia de analizar países lo más parecidos posible, de manera que una serie de variables queden controladas en la selección *versus* la estrategia de seleccionar los países más disímbolos.

cería adecuado buscar información histórica, búsqueda que podría orientarse por el "diseño de series cronológicas" (Campbell y Stanley, 1979: 76) o por un "diseño pretest-postest de un solo grupo" (Campbell y Stanley, 1979: 20). Para la segunda, podrían usarse varias estrategias de las que proponen esos autores entre cuales la más simple sería el "diseño de comparación con un grupo estático" (Campbell y Stanley, 1979: 29). Una vez que se decide emprender este camino habría que recopilar información de las jóvenes que no han sido madres solteras. Este diseño se podría complicar enormemente si se argumenta que las madres (de las hijas adolescentes) también pueden o no haber sido madres solteras, porque en ese caso habría que cambiar el esquema y recabar información sobre ellas. Se podría seguir *ad infinitum* con los ejemplos, lo que no es el propósito de este trabajo. Lo único que interesa destacar es que hay una relación estrecha entre la pregunta de investigación y la elección de la situación que se debe observar. En otros términos, el diseño que se considere apropiado para responder la pregunta de investigación guiará la información que será recabada ya sea mediante observación, entrevista, grabación de discurso, etcétera.

Respecto a la validez interna, Campbell y Stanley dicen:

> Llamamos validez interna a la mínima indispensable, sin la cual es impensable interpretar el modelo. ¿Introducían, en realidad, una diferencia los tratamientos empíricos en este caso experimental concreto? (p. 16).

En seguida presentan un listado de variables externas que, de no controlarlas, podrían generar efectos que se confunden con el experimental. Por ejemplo, la evolución de la tasa de fecundidad pareciera sustentar la idea de que esta regularidad empírica no es más que el resultado de la nueva política de población aplicada en México a partir de los setenta (variable experimental); sin embargo, podría ser consecuencia del aumento en el ingreso per cápita, del crecimiento en los niveles educativos de las mujeres, etc. Uno de los principios que guían la investigación experimental es que los diseños de investigación deben ser pensados para garantizar la validez interna de los hallazgos, es decir, la recopilación de información debe permitir mostrar que las explicaciones alternativas tienen escasa probabilidad de ser válidas. Es claro, por otra parte, que las investigaciones experimentales que se realizan en las ciencias naturales también buscan garantizar la validez interna, lo que equivale a diseñar experimentos que controlen variables, procesos o fenómenos confusores.

En cuanto a la validez externa, Campbell y Stanley sostienen:

> Por su parte, la validez *externa* plantea la interrogante de la *posibilidad de generalización*. ¿A qué poblaciones, situaciones, variables de tratamiento y variables de medición puede generalizarse este efecto? (p. 16).

Y un poco más adelante, en la misma página, agregan:

> Ambos criterios son sin duda importantes, aunque con frecuencia se contrapongan, en el sentido de que ciertos aspectos que favorecen a uno de ellos perjudican al otro. Si bien la validez interna es el *sine qua non*, y a la cuestión de la *validez externa*, como a la de la inferencia inductiva, nunca se puede responder plenamente, es obvio que nuestro ideal lo constituye la selección de diseños ricos en una y otra validez. Así ocurre, particularmente, respecto de la investigación sobre métodos de enseñanza, donde el desiderátum será la generalización a situaciones prácticas de carácter conocido (p. 16).

En estas citas, los autores señalan que, en el ámbito de la experimentación, siempre está presente el tema de la generalización (validez externa) y que éste surge en gran medida de la idea que el valor predominante es el de garantizar la validez interna, es decir, que el diseño utilizado entregue evidencia que anule las explicaciones alternativas. Pero a mayor validez interna menor posibilidad de generalizar, es decir, de inferir a ámbitos que escapan a la situación analizada. Este interjuego no es privativo de la experimentación social, es el pan de cada día en las ciencias naturales experimentales.[8]

Ahora bien, hay que notar que el enfoque o la metodología que suele seguir el investigador que abraza la vertiente cualitativa, tiene un marcado paralelismo con la línea experimental propuesta por Campbell y Stanley. En efecto, como se sabe, uno de los problemas que enfrenta es elegir la situación donde llevará a cabo el registro de su información. Normalmente esta selección implica (aunque no necesariamente se tome conciencia de ello) el control de una serie de procesos y fenómenos que podrían perturbar la evidencia que se recopile. Pero al buscar ganar en validez interna se presenta el problema de la generalización.

En la investigación experimental, al igual que en la investigación cualitativa con selección intencional de casos, la aleatoriedad surge de algunos de los

8. Por ejemplo, en la página de Internet Doctor's Guide (http://www.pslgroup.com/dg/6E116.htm) hay un breve artículo intitulado *Cordase Effective at Relieving Dupuytren's Disease* (1998), que en su parte central dice: "El estudio abierto se realizó con 22 pacientes quiénes tenían síntomas lo bastante severos como para ser intervenidos quirúrgicamente. Los primeros seis pacientes fueron inyectados (con colágeno) sin lograr resultados exitosos, debido a una dosis inadecuada. Después de decidir aumentar la dosis, se inyectaron 20 dedos afectados (16 pacientes), 18 de los 20 (85%) de los dedos respondieron exitosamente al tratamiento en el seguimiento posterior, practicado por un breve periodo. Un seguimiento de más largo plazo permitirá determinar si estos resultados llevan a una mejoría definitiva". De acuerdo con los intereses de este trabajo hay que subrayar que: 1. No se tomó una muestra aleatoria; 2. El experimento es abierto, es decir, no se crearon condiciones experimentales en un laboratorio o, en otros términos, no hay control de otros procesos o fenómenos que podrían interferir con los efectos del colágeno, como por ejemplo, el grado de avance de la enfermedad; 3. La vinculación entre la variable experimental (la inyección de colágeno) es probabilística (no es determinista, efectividad del 85%), y 4. La generalización asume la forma de inferir los resultados logrados en un periodo breve a uno más largo.

"mundos" de Gary King y no de un subconjunto de observaciones seleccionadas aleatoriamente desde una población objetivo.

En conclusión, la disputa sobre la generalización en la investigación cualitativa pareciera estar mal localizada cuando se plantea dentro del marco de la inferencia estadística. Es probable que sea mucho más productivo encararla en el marco de los problemas de validez externa que aquejan a las investigaciones experimentales.

Conclusiones

El desarrollo del empirismo lógico y su transmutación en el paradigma post-positivista fue borrando paulatinamente las fronteras con el paradigma constructivista/naturalista. En la actualidad no se perciben con claridad las diferencias ontológicas ni epistemológicas. Tampoco parecen diferir en cuanto al papel de los valores en la producción de conocimientos (axiología) ni en el papel de la lógica (inducción *versus* deducción) en el proceso de investigación, ni a la validez espacio-temporal de los enunciados de las teorías.

Párrafo aparte merece la diferencia entre las investigaciones cualitativas y cuantitativas en cuanto a la objetividad. A pesar de la marcada frecuencia con que se alude a una supuesta diferencia, el escueto análisis que se presentó en la segunda sección permitió concluir que si se usa el concepto popperiano de objetividad (acuerdo entre subjetividades), ésta se desvanece.

Es indudable que será necesario profundizar en el análisis de las ideas de *imputación* y *atribución* para determinar los linderos de la disputa respecto a la explicación causal y la interpretación. En la segunda sección se usó como pivote el concepto weberiano de interpretación. Para avanzar en este aspecto de la discusión tal vez sería necesario realizar un inventario y un estudio pormenorizado de los varios conceptos de interpretación que usan las diferentes corrientes teóricas que privilegian a la investigación cualitativa.

En cuanto a los aspectos metodológico-técnicos se argumentó, tomando pie en el discurso de la estadística, que la selección intencional de los casos, procedimiento empleado con frecuencia en la investigación cualitativa, no es un obstáculo para usar los procedimientos estadísticos de análisis de información ni tampoco lo es el que no sea posible medir en escala métrica.

Para desarrollar una polémica ordenada es de fundamental importancia entender que las muestras aleatorias se conceptúan como un juego de azar en el cual se toman todas las medidas para ganar pero que nunca se alcanza la certeza. Además, el azar permite la aplicación de la teoría de las probabilidades y a través de ésta estimar los errores propios de toda inferencia. Las muestras intencionales se diferencian de las aleatorias en que no se puede hacer uso de las probabilidades y por tanto no es posible calcular los márgenes de error.

En el caso que las observaciones se seleccionan intencionalmente, la aleatoriedad se reintroduce a través de alguna de las dos doctrinas de Gary King: en un mundo multidimensional, como el social, no es posible recabar la información controlando todos los procesos que la generan, o porque los fenómenos (naturales y sociales) son intrínsecamente estocásticos.

La "estadística de atributos" tuvo un desarrollo importante al comienzo del siglo XX, pero luego entró en un letargo, en contraposición la estadística de corte pearsoniano tuvo un desenvolvimiento virulento. Sin embargo, toma nuevo aliento a partir de la década de los setenta al punto que hoy es posible estudiar relaciones y relaciones funcionales entre conjuntos de atributos.

Por otra parte, el paralelismo con la investigación experimental abre nuevas avenidas para discutir el tema de la generalización en la investigación cualitativa. En efecto, la línea experimental en ciencias sociales, sistematizada en el pionero trabajo de Campbell y Stanley, enseña que: 1. Es bastante habitual que en los trabajos enfocados con esta óptica no se tomen muestras aleatorias; 2. El problema central radica en garantizar la validez interna, y 3. A mayor validez interna menor validez externa; es decir, necesariamente los trabajos realizados bajo esta óptica tienen el mismo talón de Aquiles que las investigaciones cualitativas y por las mismas razones.

Las consideraciones anteriores permiten concluir que la elección del "lugar" en que se realizará el estudio cualitativo y la selección intencional de la muestra, no elimina la posibilidad de utilizar los métodos de la estadística moderna, ni tampoco excluye la posibilidad de generalizar.

En síntesis, si la investigación cualitativa desembocó en una matriz de datos, recurrir o no a la Estadística debiera depender de si esta disciplina tiene o no la habilidad para responder algunas de las preguntas que surgen a lo largo del estudio. No importa si la muestra es o no aleatoria, tampoco depende del tipo de instrumento utilizado para recopilar la información y menos aún si el interés está o no en generalizar los resultados más allá del dominio restringido de los datos. *Así como hay preguntas que difícilmente podrían responderse usando un paquete para analizar datos cualitativos, así también habrá interrogantes que no podrán responderse empleando un paquete estadístico.*

Bibliografía

Ayer, A. J. (1981) "Introducción del compilador", en Ayer A. J. (comp.), *El positivismo lógico*. México: Fondo de Cultura Económica.

Blanco, Mercedes, y Edith Pacheco (2000) "Trayectorias laborales en el México urbano. Una búsqueda hacia una aproximación cualitativa-cuantitativa", ponencia presentada al *III Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo*, Buenos Aires, 17 al 20 de mayo.

Bunge, Mario (1999) *Buscar la filosofía en las ciencias sociales.* México: Siglo XXI Editores.

—— (1997) *La causalidad: el principio de causalidad en la ciencia moderna.* Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

—— (1979) *La investigación científica: Su estrategia y su filosofía.* Barcelona: Ariel.

Campbell, Donald, y Julian Stanley (1979) *Diseños experimentales y cuasiexperimentales en la investigación social.* Buenos Aires: Amorrortu.

Carnap, Rudolf (1981 [1932-1933]) "Psicología en lenguaje fisicalista", en Ayer, A. J. (comp.), *El positivismo lógico.* México: Fondo de Cultura Económica.

Castro, Roberto (1996) "En busca del significado: supuestos, alcances y limitaciones del análisis cualitativo", en Ivonne Szasz y Susana Lerner, *Para comprender la subjetividad: Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad.* México: El Colegio de México.

——, y Mario Bronfman (1999) "Problemas no resueltos en la integración de los métodos cualitativos y cuantitativos en la investigación social en salud", en M. Bronfman y Roberto Castro, *Salud, cambio social y política. Perspectivas desde América Latina.* México: Edomex.

Cortés, Fernando, y Rosa María Ruvalcaba (1987) *Métodos estadísticos aplicados a las ciencias sociales: análisis de asociación.* México: El Colegio de México.

—— (1990) "Escalas básicas de medida", en *Metodología Vol. IV: Medición.* Guadalajara: SEP/UdeG/Comecso.

——, y Rolando García (1993) "Muestreo estadístico, bases de datos y sistemas complejos", en Méndez Ignacio y Pablo González Casanova (coords.), *Matemáticas y ciencias sociales.* México: Miguel Ángel Porrúa.

Denzin, N., y Y. Lincoln (1994) "Introduction. Entering the Field of Qualitative Research", en *Handbook of Qualitative Research.* Thousand Oaks, California: Sage.

García, Brígida, y Orlandina de Oliveira (1994) *Trabajo femenino y vida familiar en México.* México: El Colegio de México.

Gil, Manuel (1997) *Conocimiento científico y acción social: Crítica epistemológica a la concepción de ciencia en Max Weber.* Barcelona: Gedisa.

Goodman, Leo, "A Modified Multiple Regression Approach to the Analysis of Dichotomous Variables", en *American Sociological Review,* núm. 37.

Greene, William (1999) *Econometric Analysis.* New Jersey: Prentice Hall.

Halbwachs, Fr. (1977) "Reflexiones sobre la causalidad física", en M. Bunge, F. Halbwachs, Rh. S. Kuhn, L. Rosenfeld, y Jean Piaget, *Las teorías de la causalidad.* Salamanca: Sígueme.

Halfpenny, Peter (1979) "The Analysis of Qualitative Data", en *Sociological Review,* vol. 27, núm. 4.

Hempel, Carl (1981 [1959]) "Problemas y cambios en el criterio empirista de significado", en Ayer, A. J. (comp.), *El positivismo lógico.* México: Fondo de Cultura Económica.

Hume, David (1995) *Investigación sobre el conocimiento humano.* Madrid: Alianza Editorial.

—— (1992) *Tratado de la naturaleza humana,* tomo I. México: Gernika.

Inhelder, Bärbel (1986) "Epistemología genética y psicología de la causalidad física", en Jean Piaget, L. Apostel y otros, *Construcción y validación de las teorías científicas: Contribución de la epistemología genética.* Buenos Aires: Paidós Studio.

Kennedy, Peter (1997) *A Guide to Econometrics.* Cambridge, Massachusetts: MIT.

King, Gary, Robert Keohane, y Sidney Verba (1994) *Designing Social Inquiry.* New Jersey: Princeton University Press.

MacKenzie, Donald (1979) "Eugenics and the Rise of Mathematical Statistics in Britain", en John Irvine, Ian Miles y Jeff Evans, *Demystifying Social Statistics.* Pluto Press.

Martínez, Carolina (1996) "Introducción al trabajo cualitativo de investigación", en Ivonne Szasz y Susana Lerner, *Para comprender la subjetividad: Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad.* México: El Colegio de México.

McKim, Vaughn, y Stephen Turner (eds.) (1997) *Causality in Crisis?: Statistical Methods and the Search for Causal Knowledge in the Social Sciences.* Notre Dame: University of Notre Dame Press.

Neurath, Otto (1981 [1932/33]) "Proposiciones protocolares", en Ayer, A. J. (comp.), *El positivismo lógico.* México: Fondo de Cultura Económica.

O'Hear, Anthony (1989) *Introduction to the Philosophy of Science.* Oxford: Clarendon Press.

Olivé, León (1988) *Conocimiento, sociedad y realidad: Problemas del análisis del conocimiento y el realismo científico.* México: Fondo de Cultura Económica.

Piaget, Jean (1970) "La situación de las ciencias del hombre", en Piaget, Jean, Paul Lazarsfeld, W. J. M. Mackenzie, y otros, *Tendencias de la investigación en las ciencias sociales.* Madrid: Alianza/Unesco.

——, y Rolando García (1973) *Las explicaciones causales.* Barcelona: Barral Editores.

—— (1992) *Psicogénesis e historia de la ciencia.* México: Siglo XXI Editores.

Popper, Karl (1985) *La lógica de la investigación científica.* Madrid: Tecnos.

Russel Hanson, Norwood (1989) "Observación", en León Olivé y Ana Rosa Pérez Ransanz (comps.) *Filosofía de la ciencia: teoría y observación".* México: Siglo XXI Editores.

Salmon, Wesley (1998) *Causality and Explanation.* Oxford: Oxford University Press.

Selltiz, Claire, Marie Jahoda, Morton Deutsch, y Stuart W. Cook (1951) *Research Methods in Social Relations.* Nueva York: Henry Holt.

Snedecor, George (1964) *Métodos estadísticos aplicados a la investigación agrícola y biológica.* México: Editorial Continental.

Spector, Paul (1981) *Research Design.* California: Sage.

Stinchcombe, Arthur (1970) *La construcción de las teorías sociales.* Buenos Aires: Nueva Visión.

Tashakkori, Abbas, y Charles Teddlie (1998) *Mixed Methodology: Combining Qualitative and Quantitative Approaches.* Thousand Oaks: Sage.

6
Las paradojas actuales de la investigación cualitativa en ciencias sociales

Rocío Guadarrama Olivera

Introducción

De poco tiempo a la fecha, para ser más precisa a partir de la segunda mitad de la década de los años noventa, el debate cuanti-cuali en el campo de las metodologías sociales ha sufrido cambios de fondo asociados en gran parte al desarrollo de *programas asistidos por computadora* (PAC). Aunque no hay consenso sobre el efecto que tales programas han tenido particularmente en el análisis de datos cualitativos —ya que algunos autores opinan que se trata de herramientas que se limitan a facilitar y agilizar operaciones como la codificación, almacenamiento e interconexión de los datos, mientras que para otros su utilización modifica de fondo los procesos de construcción del conocimiento que tienen lugar en el circuito que transcurre entre la teoría y los datos—, lo cierto es que la discusión metodológica en este campo se ha enriquecido notoriamente.

Atrás se han quedado las visiones más descriptivas y esquemáticas de finales de los años setenta, como las de Schwartz y Jacobs (1984, primera edición en español), en las que el abismo entre los métodos cuantitativo-positivistas y los cualitativo-hermenéuticos parecía insalvable. En contraste, vemos surgir propuestas más imaginativas sobre construcciones *mixtas* teórico-conceptuales, metodológicas y técnicas que, aunque no proponen soluciones definitivas, sí nos obligan a enfrentar los problemas básicos acerca de la naturaleza de la investigación social y a reflexionar sobre lo que hacemos y cómo lo hacemos.

Una muestra de esta renovación son los trabajos reunidos por Denzin y Lincoln (1994) en el *Handbook of Qualitative Research* y los que aparecen en el libro coordinado por Bryman y Burgess (1994), dedicado al análisis de datos cualitativos. Ambos textos constituyeron un hito en la discusión metodológica de finales del siglo pasado por haber transformado el debate, de un mero asunto constreñido a las técnicas de recolección de datos, al mucho más ambicioso de los paradigmas filosóficos, epistemológicos y teóricos que permean la investigación cualitativa. En ellos también se nota el interés por descubrir las raíces disciplinarias e interdisciplinarias de las que provienen los métodos cualitativos fundamentales, como la entrevista en profundidad, la historia de vida y el análisis del discurso, así como la inquietud temprana por conocer los efectos de los PAC en el manejo de los datos cualitativos.

Esta última discusión se puede seguir a través de las redes y sitios electrónicos, como el de la *Sociological Research Online,*[1] en donde ocurre uno de los debates más interesantes sobre la utilidad de los PAC en las ciencias sociales. Allí, por ejemplo, autores como Coffey, Holdbrook y Atkinson (1966) han advertido sobre la homogenización del dato etnográfico producida por la insistente formulación de reglas y procedimientos para su clasificación y codificación. Según otro autor, ésta y otras prevenciones de los cualitativistas reflejan la distancia histórica de estos especialistas frente a la corriente representada por la encuesta y la investigación experimental, para la cual la computadora se convirtió en una ayuda indispensable desde los años sesenta y setenta del siglo pasado. Teniendo en cuenta estos antecedentes, concluye que los procesadores electrónicos deberían tener un carácter exclusivamente práctico, limitado a almacenar y recuperar datos (Kelle, 1997: 1.2 y 1.4).[2]

Un debate más reciente es el de los diseños mixtos, que atañe a todo el conjunto de operaciones implicadas en la investigación (Tashakkori y Teddlie, 1998). En este plano, se discute sobre si la investigación cualitativa es un proceso estrictamente inductivo, a la manera de las primeras visiones de la Grounded Theory o teoría fundamentada (Glaser y Strauss, 1967), o si se trata de un proceso de acercamientos múltiples entre la teoría y los datos, como lo plantean desde una perspectiva revisionista Marshall y Rossman (1989). En este mismo terreno, otros autores, como el profesor de la Universidad de Edimburgo, Ian Dey (1999), han puesto el dedo en uno de los puntos más sensibles de esta controversia, que alude a la consistencia y capacidad de generalización y teorización

1. Su dirección electrónica es: http://www.socresonline.org.uk/socresonline/2/2/1.html.
2. En realidad no hay una opinión única sobre las funciones básicas de los programas. Mientras que algunos autores resaltan su carácter codificador, almacenador y localizador de textos, particularmente en el caso del Ethnograph, otros exaltan sus virtudes analíticas para construir índices de manera jerarquizada, en el caso del Nudist, o de manera mucho más flexible, en el del Atlas-ti. Este último programa, y el Hypersoft, además, relacionan segmentos de texto sin necesidad de códigos.

de los conceptos "flexibles", que desde Blumer se consideraron la base del conocimiento construido *desde abajo* (Hammersley, 1989).

A partir de estos temas, que constituyen el centro del debate metodológico actual, me propongo analizar lo que podríamos llamar el círculo de la investigación cualitativa (véase diagrama 1) y los desafíos para destrabarla de los hábitos más arraigados de construcción del conocimiento provenientes de los enfoques deductivistas. Con este objetivo, parto de considerar las consecuencias metodológicas implícitas en la formulación del problema y las estrategias de investigación formuladas desde la perspectiva constructivista y particularmente aplicadas al estudio los comportamientos demográficos y de la salud reproductiva. Después analizo las inconsistencias de la llamada teoría fundamentada para analizar las "realidades difusas" y considero la necesidad de construir estructuras de vigilancia epistemológica que aseguren en este tipo de investigación la apertura hacia la realidad y su articulación teórica. Finalmente profundizo en uno de los aspectos cruciales de esta articulación planteados por la construcción "desde abajo" de las categorías para la interpretación de los datos y sus potencialidades teóricas.

De la naturaleza de los problemas de la investigación cualitativa

En México, a lo largo de los años noventa del siglo que acaba de terminar, algunas de las opiniones más interesantes sobre la investigación cualitativa surgieron entre los especialistas en problemas de la salud reproductiva que pusieron de relieve las interacciones entre los actores sociales y su relación con el mundo que los rodea. Desde esta perspectiva, los problemas de la salud y la enfermedad, la reproducción y la sexualidad son analizados como negociaciones cara a cara en las que se muestran las ambivalencias y contradicciones de los puntos de vista de los individuos. Éste fue el camino seguido por Castro y Bronfman (1992) para estudiar la introducción de programas de planificación familiar en una pequeña comunidad rural del estado de Morelos. Su preocupación se centró en analizar el proceso dinámico de negociación intersubjetiva a través del cual el discurso médico "moderno" es confrontado, intercambiado, refutado y/o asimilado por sus habitantes desde sus propias formas tradicionales de concebir la salud, la reproducción social y la contracepción (Castro y Bronfman, 1992: 27).

De forma similar, Amuchástegui (1996) propone que la construcción social de la sexualidad depende del contexto cultural en el que viven los individuos. Para demostrarlo analiza sus significados y las maneras en que tiene lugar la iniciación sexual entre jóvenes de tres regiones del país que presentan diferentes configuraciones de desarrollo socioeconómico y cultural.

En ambas investigaciones, los autores están convencidos de que la mejor manera de mostrar la diversidad de los fenómenos sociales, y de profundizar en

el significado que tienen para los grupos sociales, es mediante un enfoque *micro*. Éste es definido así por el tamaño de la muestra, la utilización de instrumentos que posibilitan la interacción en profundidad entre los investigadores y los informantes seleccionados, y el análisis inductivo e interpretativo de los datos.

En general, parece haber un acuerdo en el hecho de que la elección estratégica está asociada a la definición conceptual del fenómeno, es decir, a las dimensiones del mismo que se desean resaltar. Así lo demuestra, por ejemplo, un estudio sobre salud de los habitantes de Yukon, realizado por la oficina de estadística de ese territorio noroccidental de Canadá. El dilema que de inicio enfrentaron sus conductores se refería al contenido del problema, es decir, a dilucidar si lo que se buscaba conocer era la distribución y representación de las actitudes, conocimientos y comportamientos relacionados con la salud de los individuos, o el significado atribuido por ellos a su salud, o ambas cosas a la vez. En cualquier caso, estaban ante estrategias diferentes o complementarias de investigación. La primera estrategia requería de procedimientos de tipo numérico, relacional y distributivo, y la construcción de herramientas cuantitativas, mientras que la segunda sugería un procedimiento hermenéutico y fundamentado y sostenido en métodos cualitativos. Al final, se consideró pertinente avanzar por la segunda estrategia de investigación, que ponía el acento en la construcción normativa, valorativa y social de la salud y que, a la larga, podría ser complementaria de las bases cuantitativas de datos acumulados por ellos mismos (Grant, Grant y Tousignant, 1992: 2).

Otro ejemplo ilustrativo de esta polémica es una investigación sobre la pobreza, financiada por el Banco Mundial, en la que se demuestra ampliamente que este fenómeno exige no sólo la triangulación de métodos cuantitativos y cualitativos sino, antes que nada, resolver el problema de su definición conceptual y operacionalización que conduce a preguntas, métodos y técnicas distintas.

De acuerdo con sus autores, si lo que interesa es el nivel de vida de las personas, entonces tendríamos que medir el consumo alimentario doméstico, el promedio de desempleo y otros indicadores cuantitativos del mismo tipo. Pero si el punto de interés está en el significado que le atribuyen a la pobreza, entonces lo apropiado es una investigación de tipo interactivo, que involucre a informantes e investigadores, sobre los factores que reflejan sus actitudes, preferencias y prioridades (Carvalho y White, 1997: 2).

¿Cómo arribar a un concepto de pobreza que contemple ambos tipos de factores y procedimientos combinados para su medición y análisis?

Al respecto, Carvalho y White (1997: 16) proponen observar la integración de metodologías cuantitativas y cualitativas; el examen, explicación, confirmación, refutación y/o enriquecimiento de los datos construidos desde ambos enfoques y la mezcla de sus resultados. Según ellos, el primer procedimiento conduciría a una mejor *medición* de la pobreza; el segundo a un *análisis* más refinado, y el tercero a recomendaciones y acciones políticas más atinadas.

Ellos mismos aclaran que el primer procedimiento es el menos común, tal vez porque es el más complicado y el menos explorado. Por eso su preocupación especial por definir posibles opciones de integración metodológica cuanti-cuali que dependen de la jerarquización y el orden en que se utilizan ambos métodos. Por ejemplo, los datos de encuesta para establecer el número de individuos y/o comunidades estudiadas por medio de métodos cualitativos, o para diseñar la guía de entrevista y, al revés, los datos cualitativos para determinar la estratificación de muestras probabilísticas o el diseño del cuestionario para encuesta (Carvalho y White, 1997: 17).

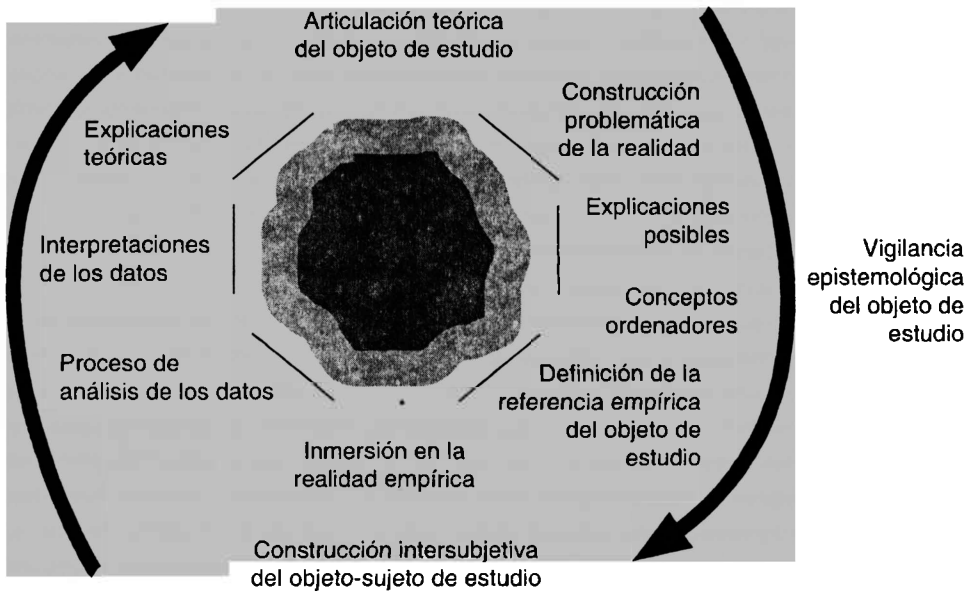
Estos ensayos de triangulación muestran que la pluralidad metodológica es un hecho ampliamente aceptado por los científicos sociales, pero también que muchas de las viejas preguntas sobre la relación teoría-dato, vinculadas a la disputa entre positivistas y hermenéuticos, siguen sin respuestas convincentes. Aquí sólo quiero destacar algunas de las referidas a la construcción de teorías "desde abajo". Al respecto, el punto a debate es si tal procedimiento inductivo comienza literalmente "desde abajo", a partir del momento de la recolección de datos, o si se trata de un proceso de acercamientos múltiples entre el investigador y la realidad empírica, en el que intervienen razonamientos de tipo epistémico, ciertos supuestos teóricos básicos esgrimidos por el investigador y los hallazgos que emergen en el encuentro entre éste y sus informantes dentro de cierto contexto social.

Para delimitar esta problemática analizaremos los momentos principales de lo que hemos denominado el círculo de la investigación, que no siguen una trayectoria lineal ni consecutiva (véase diagrama 1). Me refiero a la formulación teórico-conceptual; la construcción de ángulos epistémicos de razonamiento; las mediaciones operacionales e instrumentales del problema de estudio; el acercamiento con la realidad empírica; el proceso de análisis, codificación y clasificación de los datos y la construcción de categorías analíticas interpretativas y de explicaciones teóricas.

El círculo de la investigación y los problemas de la teoría fundamentada

El tema crucial de la llamada "teoría de base", que nace con los sociólogos estadounidenses Barney Glaser y Arnold Strauss, consiste en una "metodología general" para desarrollar conceptos que transcurren de lo informativo a lo interpretativo (Strauss y Corbin, 1994: 273). Al contrario de lo que sucede con los procedimientos hipotético-deductivos, esta metodología desecha la idea de que la investigación debe guiarse por contenidos preconcebidos por las teorías existentes y explicaciones probabilísticas sobre la realidad, aunque sigue atrapada en el viejo modelo concepto-indicador, aplicado ahora al proceso de registro, categorización, selección, interconexión y síntesis de los datos.

Diagrama 1
El ciclo de la investigación



A diferencia del procedimiento deductivo, cuyo paradigma es el cuestionario para encuesta, en el caso de los métodos cualitativos típicos como la entrevista abierta y la observación participante, la conceptualización empieza a partir de la fase de recogida de datos. ¿Hasta dónde este camino está desprovisto de teoría? Es algo que discutiremos más adelante. Por lo pronto, lo que parece evidente es que en el camino que va de la teoría a la observación y recolección de datos lo que predomina es la consistencia borrosa y blanda de los conceptos, las hipótesis y los instrumentos de investigación. La parte más sistemática del proceso inicia justamente en el trabajo de recolección y análisis de los datos, con su transcripción y clasificación, y tiene su punto crucial en su descripción, interpretación y explicación. En esta parte del círculo es donde, según la teoría fundamentada, se construyen los conceptos y teorías emergentes (véase diagrama 1). ¿Qué tan exacta y precisa es esta segunda etapa *post factum* de la investigación cualitativa? ¿En qué medida la llamada "teoría de base" constituye una nueva forma de operacionalización *al revés* del modelo concepto-indicador, desarrollada mediante la clasificación y codificación de los datos? ¿Cuáles son los alcances teóricos de estas categorías y códigos? Si lo que emerge de este proceso son teorías sustantivas, referidas a procesos particulares ¿cómo entonces establecemos la relación con las teorías más generales?

Al respecto, hay quienes consideran que el procedimiento inductivo, igual que el hipotético-deductivo, reduce los conceptos a un conjunto de indicadores

intercambiables que afloran de los datos codificados (Dey, 1999: 66). Dicho en otras palabras, que la codificación se limita al establecimiento de ciertas "reglas" o acuerdos sobre la segmentación de los fenómenos en categorías o dimensiones que sin embargo podrían cambiar si se modifica el ángulo de observación desde el cual se miran. En este sentido, este procedimiento dificulta la construcción de categorías explicativas más estables y coherentes con algún marco teórico.

Sobre este punto, los estudios en los campos de la lingüística y la psicología cognitiva proponen bases más claras y comprensivas para la categorización. Por ejemplo, el enfoque "basado en reglas" destaca el carácter "ambiguo" de las dimensiones de las cosas identificadas por las categorías. De acuerdo con este enfoque, éstas son siempre aproximadas y provisionales, y relativas al contexto particular desde el cual el investigador observa el fenómeno bajo estudio. Como un paliativo a tal relativismo, proponen la construcción de *conceptos-representaciones* que podrían servir como una especie de filtro de la "estructura configurativa cruda" de los fenómenos y asegurar una mayor estabilidad de las categorías (Harnad, citado por Dey, 1999: 67).

Para otros autores, como McNeill y Freiberger, citados por Dey (1999: 68-71), el punto a destacar es el carácter fluido de los fenómenos sociales y, por consiguiente, de las categorías que los definen. En este sentido, lo que sugieren es trabajar con categorías que pueden compartir ciertos rasgos de los fenómenos, en grados diferentes, pero que difieren en otros. En otras palabras, que la categorización sea concebida como un problema de grados y no de dicotomías.

A pesar de estos intentos por innovar el procedimiento de análisis de la realidad y de los datos provenientes de ésta, y por reflejar su carácter difuso y cambiante, la discusión parece estar todavía atrapada en los aspectos formales de la inducción analítica que, de alguna manera, la alejan de las necesarias consideraciones de tipo metodológico y epistemológico.

A continuación vamos a hacer un ejercicio en este sentido para el conjunto del proceso de construcción del objeto de estudio, que comienza con la inmersión en el universo concreto de estudio y continúa con el análisis e interpretación de los datos hasta llegar a formular explicaciones que dan cuenta de su especificidad y potencialidad teórica.

De los datos a la teoría

Contra lo que a veces se supone, el diseño de los instrumentos cualitativos, y su elección misma, conllevan una reflexión simultánea sobre el objeto de investigación y su aprehensión intersubjetiva,[3] que se expresa en *la exigencia de la vigilancia*

3. Esta forma de aprehender la realidad es la que se construye desde el punto de vista de los actores y tiene relación estrecha con la elección del tema, de los instrumentos y del marco con-

epistemológica permanente del proceso de investigación (Zemelman, 1992: 183). En este tipo de investigación, además, la estructura del edificio cognitivo no está constituida por la predeterminación teórica, conceptual y operacional del objeto de estudio, ni tampoco por la forma estructurada, formal y prediseñada de los instrumentos de investigación, como sucede con la de tipo cuantitativo. Esta estructura consiste más bien en una *plataforma epistemológica* construida por el investigador, desde la cual *vigila* permanentemente el proceso de investigación y el contexto que define su especificidad. Esta plataforma es la que asegura que la relación teoría-dato permanezca abierta pero siempre tensionada entre las exigencias de objetividad de la realidad y su articulación teórica, y la que guía simultáneamente la formulación operativa de la investigación, particularmente de su aplicación empírica y el análisis de los datos (véase diagrama 1).

La apertura cualitativa no debe confundirse entonces con el caso aislado y la arbitrariedad de los conceptos utilizados; el extravío y la imprevisión instrumental; la irrelevancia teórica de los datos o las descripciones de sentido común. La apertura es, fundamentalmente, una *postura epistemológica* para aprehender el mundo en su complejidad y transformación permanente, desde la profundidad de su significado y la fuerza interpretativa de sus representaciones simbólicas.

En el *nivel metodológico*, la apertura se resuelve mediante la construcción de las mediaciones y los conceptos ordenadores que permiten al investigador mantener una relación abierta y potencial con la realidad. Esto supone, en primer lugar, concebir la definición del problema de investigación y de su referencia empírica como una *construcción problemática* que se realiza en acercamientos múltiples que pasan por la localización contextual del problema, el reconocimiento del campo empírico de posibilidades, la definición de las opciones teóricas y la formulación de las explicaciones posibles.

Las mediaciones, en este sentido, son las relaciones contingentes entre elementos conceptuales, campos de observación empíricos y opciones teóricas.

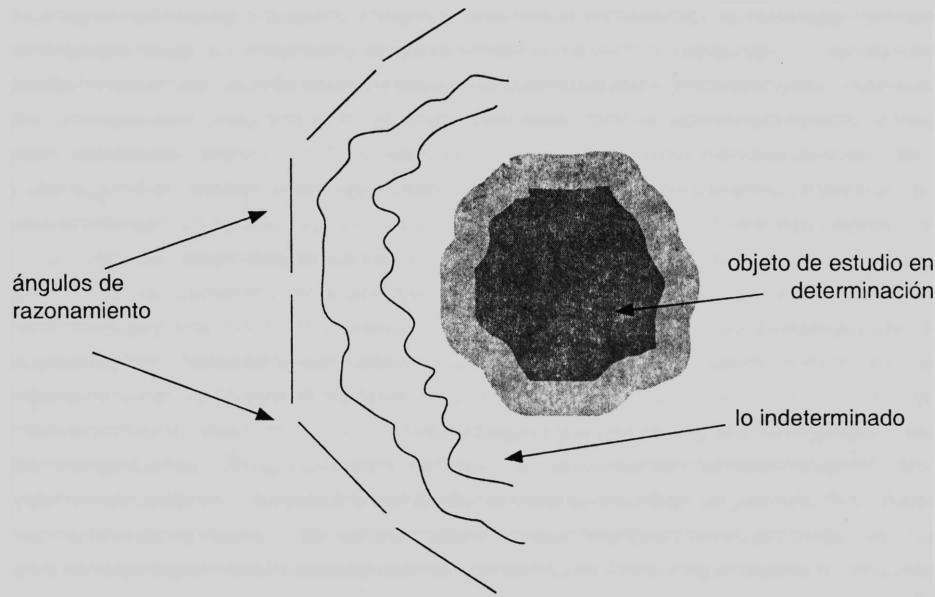
En la terminología epistemológica estas mediaciones se conocen como "conceptos ordenadores" (Zemelman, 1992: 202-204), cuya función consiste en organizar la realidad objetiva a través de los contextos que la especifican, de forma inclusiva, no jerarquizada, como capas de una cebolla que se superponen unas a otras (véase diagrama 2).

Estos contextos especificadores cobran vida en la medida en que el objeto de estudio es reconstruido en su historicidad, especificidad sincrónica y sus potencialidades hacia el futuro. La exploración de cada uno de estos "momentos" del proceso de conocimiento permite ampliar el campo problemático, las pre-

---

ceptual (Amunátegui, 1996: 140). Al respecto, Bronfman y Castro (1992: 5), inspirados en los postulados de las teorías fundamentadas, consideran que la negociación intersubjetiva de los significados de las prácticas médicas modernas, en niveles de análisis micro, debe ser enfocada desde el punto de vista de los actores, sus explicaciones y sus formas de apreciar y de atribuir sentido a la realidad que los rodea.

Diagrama 2
Proceso de aprehensión de la realidad



Contextos Especificadores
Movimiento-Coyuntura
Horizonte Histórico

guntas que guían la investigación y las opciones teóricas. En la medida en que se avanza por este camino, el (la) investigador(a) descubre nuevos "ángulos" de observación en los que sintetiza su postura epistemológica, sus explicaciones teóricas y las relaciones entre el objeto y los contextos que lo determinan. Estos ángulos son los conceptos ordenadores y el conjunto de las relaciones establecidas entre ellos conforman las explicaciones teóricas emergentes.

En el terreno *metodológico-instrumental*, la elección de los métodos adecuados para la investigación pasa necesariamente por estos ángulos de observación desde los cuales se reflexiona sobre el tipo de datos que se quiere recolectar y sus posibilidades de triangulación. Más arriba nos hemos referido a esto cuando analizamos las investigaciones cuanti-cuali sobre la pobreza.

Otro ejemplo de este tipo de consideraciones hace alusión a la introducción de procedimientos cualitativos en disciplinas tradicionalmente cuantitativas como la demografía. Al respecto, algunos estudiosos, como el sociólogo John Knodel (1997), consideran que los métodos antropológicos y etnográficos no son los más adecuados para estudiar los comportamientos demográficos. En su opinión, los demógrafos deben apoyarse en los métodos que producen datos de naturaleza *casi-estructurada*, como los grupos focales y las entrevistas semiestructuradas, los cuales además de fa-

cilitar la comparación entre grupos y comunidades, permiten una comunicación más tersa entre los datos cualitativos y el amplio cuerpo de las investigaciones demográficas dominado por los procedimientos estructurados y sistemáticos de recolección de datos, como la encuesta (Knodel, 1997: 56).

En el fondo esta discusión, entre posturas metodológicas abiertas *versus* formalizadas en la investigación sociodemográfica, no puede reducirse a una cuestión instrumental o de celos disciplinarios. En el fondo lo que Knodel discute son las posibilidades de combinar datos cuantitativos y cualitativos en una disciplina marcadamente cuantitativa.

Por último, habría que mencionar los problemas que los(as) investigadores(as) enfrentan al terminar sus experiencias de campo y que tienen que ver con la clasificación de los datos; la interpretación y reinterpretación de los mismos y, finalmente, con las explicaciones teóricas que surgen del análisis hermenéutico.

Este proceso de reconstrucción conceptual se inicia con la transcripción de las entrevistas grabadas y su ordenación temática, y posteriormente por subtemas y categorías, y/o con cualquier otro tipo de presentación (cronológica, geográfica, por fuentes, etc.) de los acontecimientos registrados mediante la observación directa, la investigación documental o el registro oral. En todos estos casos, la clasificación de los acontecimientos deriva en categorías descriptivas (códigos) y, potencialmente, en conceptos teóricos.

En resumen, podemos decir que el levantamiento de la teoría "desde los datos" es un proceso con múltiples resonancias: las que provienen de las experiencias prácticas y teóricas de los(as) investigadores(as); las que se derivan de las experiencias y formas de ver el mundo de sus sujetos-informantes y, en general, las que se "cuelan" como ideologías, culturas, subjetividades o simples intuiciones desde los contextos reales o imaginarios en los que se sitúan ambos sujetos de la investigación. En su conjunto, todas estas resonancias son las que le dan sentido y dirección a la investigación.

La aprehensión teórica de la realidad

De acuerdo con Corbin y Strauss (1990: 12) y con Charmaz (1995: 37), la codificación constituye "el proceso analítico fundamental" de la investigación basada en teoría fundamentada, ya que de ella depende la posibilidad o no de crear nuevas teorías. El peso tan grande que se le otorga a esta parte del proceso de investigación explica también el desarrollo de los procesadores electrónicos relacionados con esta tarea, y también el debate que se ha suscitado sobre sus potencialidades.

Al respecto, Kelle (1997: 1.4) disiente de los investigadores que piensan que los procesadores para analizar datos cualitativos tienen una función similar a los

paquetes estadísticos, basados en procedimientos algorítmicos y en reglas exactas y precisas. En su opinión, no habría que perder de vista que estos procesadores tan sólo son herramientas que facilitan el almacenamiento y despliegue de los datos. Según él, si renunciaran a sus falsas pretensiones como "constructores de teoría", los investigadores cualitativos podrían aceptarlos sin tantos resquemores, lo cual, a la postre le agregaría "reputación" al análisis cualitativo, generalmente calificado de asistemático e impresionista. Otros investigadores, como los Richards (1994a), autores del programa Nudist, consideran que los programas intervienen tanto en el *nivel del análisis textual*, en el que las operaciones fundamentales se refieren a la clasificación, almacenamiento y despliegue temático de los textos, como en el *nivel conceptual*, en el que las teorías acerca de la gente y del mundo se expresan a través de los conceptos y las relaciones entre éstos de manera cada vez más abstracta, pero siempre partiendo de los datos.

Con el propósito de profundizar en esta discusión, vale la pena distinguir primero entre el *nivel de trabajo sobre el texto*, caracterizado por su segmentación y reordenación temática, cronológica, espacial, etcétera, y el *nivel conceptual*, en el que el investigador trabaja con conceptos, explora sus posibles relaciones, "documenta" sus ideas con los "trozos" de información previamente clasificada y las reelabora apoyándose en "memos", modelos y diagramas.

Como puede verse en la voluminosa bibliografía sobre el tema, esta distinción entre conceptos "de base" o de primer orden, y conceptos teóricos, no es nueva. La mayoría de los investigadores cualitativos consideran esta distinción desde sus primeras versiones —me refiero particularmente a la investigación "naturalista" encabezada por Herbert Blumer a principios de los años treinta y a sus conceptos "sensibilizadores"—. Sin embargo, fue hasta hace aproximadamente veinte años que el tránsito entre ambos niveles pudo realmente consolidarse operacionalmente con la incorporación de los procesadores de análisis de datos cualitativos.

No es mi propósito rastrear aquí la historia de esta revolución tecnológica, que incluye más de una docena de programas disponibles en el mercado e innumerables "paquetes" para manejar texto.[4] Únicamente deseo resaltar la diferencia entre los dos niveles de análisis señalados arriba y las ventajas y problemas que se derivan del uso de las computadoras en cada uno de ellos.

Una primera cuestión, que no por obvia deja de ser importante para su reflexión, es el hecho de que igual que en otros campos de análisis, en el campo de lo cualitativo la computadora facilitó la manipulación de datos que, por su naturaleza narrativa y su densidad, resultaban de difícil o imposible manejo para los investigadores. Aparentemente, en este nivel no hubo cambios de fondo en la concepción de la investigación en la medida en que la computadora sólo hacía de manera mucho más ágil y eficaz lo que los investigadores ya realizaban ma-

4. Al respecto véase Richards y Richards, 1994a y 1994b.

nualmente. Me refiero a la fragmentación de los textos por temas, a su múltiple y cambiante denominación, intitulación o bautizo (para no usar la horrible palabra "etiquetar" que, como otras muchas, han puesto de moda los manuales de computadoras); a las casi infinitas búsquedas y relaciones entre estos distintos temas, y a su almacenamiento, conservación y "despliegue".

La eficacia de la computadora en la codificación-y-despliegue de datos, con todo, plantea una disyuntiva inevitable: en la medida en que nos permite trabajar con un número cada vez más grande de datos —léase más informantes, más entrevistas y la inclusión más cómoda de otras técnicas y fuentes de información paralelas—, crea las condiciones para hacerlos más "densos", pero también para "deformar" el sentido de la investigación cualitativa, cuyo rasgo fundamental es la profundización e interpretación de los datos con "nombre y apellido". La tentación de trabajar con muestras cada vez más grandes nos pone, pues, ante el riesgo no sólo de volver anónima la información, sino también de estandarizarla hasta el punto en el que las diferencias entre la investigación cualitativa y cuantitativa podrían prácticamente desaparecer.

Además, y a pesar de su eficacia, el método de codificar-y-desplegar datos no asegura por sí mismo la construcción de teoría. Al respecto quisiera insistir en algunos de los problemas que se presentan en el difícil tránsito entre el dato "crudo" y la elaboración conceptual. Me refiero, principalmente a la relación entre el (la) investigador(a) y los distintos tipos de registros (textuales, orales, visuales, etcétera) de la realidad; su habilidad para construir códigos, contextos de análisis, redes y nodos conceptuales y su capacidad de síntesis para convertir estos "nodos" en categorías "eje", cada vez más abstractas, que identifiquen los patrones de relaciones de los fenómenos estudiados.

La primera cuestión tiene que ver con las condiciones que requiere el investigador para mantener un contacto íntimo y directo con los datos textuales y descubrir su significado. El riesgo que enfrenta hoy día por el uso incontrolado de los PAC es que frecuentemente olvida regresar al dato personalizado para "leerlo" en su totalidad concreta, antes de su fragmentación y codificación.

Como puede comprobarse en la práctica misma de la investigación, aunque la codificación de los textos en sí misma es sólo una parte del proceso de construcción conceptual y del análisis de datos, su correcta operación resulta crucial en el tránsito hacia la teoría. De ahí que los teóricos de base hayan dedicado muchas páginas para analizar el proceso que va de los códigos a los conceptos y también el interés de sus operadores por traducir sus propuestas en analizadores electrónicos de datos.

Entre los primeros, sobresalen especialmente Corbin y Strauss (1990: 13-14), quienes configuraron el "croquis" teoría-dato más difundido entre los investigadores cualitativos, que consta de los siguientes pasos:

a) *La codificación propiamente dicha o analítica,* que resulta del proceso de "rompimiento" de los datos, es decir, de su descomposición en distintas di-

mensiones. Por esta vía, el (la) investigador(a) separa ciertos eventos/acciones/interacciones que tienen algo en común y les otorga un nombre o "etiqueta". La categoría que resulta de esta operación puede, a su vez, descomponerse en subcategorías que se refieren a propiedades específicas de los datos y sus dimensiones. Tal y como aclara Creswell (1998: 57), se trata de categorías "de información" ligadas a los eventos/acciones/interacciones tal y como son descritas por los propios informantes.

b) La *codificación ordenadora* expresa relaciones entre los datos que el (la) investigador(a) descubre en la lectura detallada y reiterada de los textos y su fragmentación analítica. De este proceso resultan categorías centrales o ejes de análisis que indican cierto tipo de relaciones, estrategias, contextos y consecuencias ("paradigmas" o "diagramas lógicos") provisionales que posteriormente deben probar su consistencia contra los datos que están siendo analizados o los nuevos datos que podrían eventualmente incorporarse en el proceso de análisis.

c) Finalmente, está la *codificación selectiva,* a través de la cuál se hace evidente la *línea de argumentación* que da sentido al análisis de los datos y permite integrar el conjunto de las categorías alrededor de ese eje argumentativo central.[5]

Otros autores proponen, además, una cuarta codificación que no es muy común en la teoría fundamentada, a la que llaman "matriz condicional", que sirve para hacer explícitas las condiciones sociales, históricas y económicas que influyen en el problema central.

En la práctica, este proceso de codificación admite distintos estilos de análisis de datos, desde aquellos más apegados al análisis del discurso, línea por línea, hasta los que prefieren trabajar con "trozos" de textos sobre los que posteriormente podría hacerse un escrutinio más fino.[6] En cualquier caso, no hay que olvidar que la codificación, especialmente la apoyada en los programas

5. Un ejemplo del proceso de construcción de categorías de análisis puede verse en Amuchástegui (1999). A partir de una categoría de primer orden, que describe hechos, como la referida a la *vigilancia comunitaria* de las prácticas sexuales de las mujeres, esta autora llegó a otra más abstracta que denomina *tecnología del poder* (que implica vigilancia y disciplina), desprendida de los datos pero también de la teoría sobre el poder en Foucault. Este ejemplo nos demuestra cómo las categorías pueden constituir "códigos *en vivo*" tomados directamente de los discursos de los informantes, o definiciones "teóricas o sustantivas" que aluden al contenido de los datos (Charmaz. 1995: 41).

6. Sobre las ventajas de los procesadores en esta fase de la investigación, Lyn y Tom Richards (1994a) señalan que una de sus virtudes es que permite crear dos bases de datos simultáneamente: una de documentos y otra en la cual se le da forma al texto y se le añaden los códigos de referencia. Ésta sería propiamente la base del índice de categorías y textos correspondientes. Es posible, además, relacionar unidades de otros documentos (como notas de diarios, artículos de periódico, etc.) no capturados en la computadora con las líneas o trozos de documentos que sí lo están. En resumen, la fuerza del programa está en el sistema dentro del cual las categorías y subcategorías están lógica y jerárquicamente ordenadas. Otros programas, como el Atlas/ti tienen una estructura hipertextual no jerarquizada, más compleja y "más intuitiva y fácil de aprender" (Barry, 1998: 6.1); esto implica formas distintas de relaciones entre la información clasificada y de acceso a los datos (Richards y Richards, 1994a: 154-160).

electrónicos, es una operación que se lleva a cabo con el objetivo de interpretar los datos y no sólo de cuantificar palabras o frases y todas sus reiteraciones o relaciones posibles. La codificación, por último, sirve para reconstruir los procesos revelados por un conjunto de documentos y sus múltiples lecturas. En otras palabras, la selección y depuración de la información no sólo permite un análisis más detallado de los datos sino, paralelamente, ver el conjunto del bosque.

Esto último, sin embargo, no es suficiente si lo que pretendemos es construir teorías. Al respecto, como vimos antes, un desafío central para las teorías fundamentadas sigue siendo desarmar el arraigado modelo concepto-indicador, que en el procedimiento inductivo frecuentemente se reduce a la comparación constante entre indicadores, e indicadores y conceptos emergentes.

El reto del investigador(a) cualitativo(a) consiste, entonces, en transformar esta "sensibilidad teórica" desde abajo, en una estrategia epistemológica que lo guíe en su transcurrir permanente entre las vetas profundas de la realidad concreta y la plataforma de observación y análisis de los datos.

Otra exigencia es el análisis hermenéutico también permanente del dato que fluye de los instrumentos de investigación, como la observación, la entrevista en profundidad y los relatos de vida, y su objetivación discursiva. De la lectura repetida de los mismos, surgen los códigos que permiten al investigador clasificar la información y construir categorías interpretativas.

Esta lógica articuladora del conocimiento, que está implícita en el proceso de codificación, no se limita a lo directamente observable, sino que supone también lo indeterminado, inaprensible e inexplicable. Pensada en su conjunto, la lógica de la aprehensión comprende los conceptos que tomamos de las teorías existentes en la primera parte del círculo de investigación; su transformación, mediante un proceso que tiene mucho de audaz y ecléctico, en *posibles explicaciones* de una realidad que emerge caótica y que se resiste a ser aprisionada por las definiciones rígidas y uniformes. De acuerdo con Zemelman (1992: 201), cuando la teoría se utiliza en esta función delimitadora (o epistemológica), toma la forma de los conceptos ordenadores y establece una relación abierta con la realidad concreta.

Bibliografía

Amuchástegui, A. (1999) "El significado de la virginidad y la iniciación sexual. Un relato de investigación", en I. Szasz y V. Lerner (comps.), *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*. México: El Colegio de México, pp. 137-172.

Barry, Ch. (1998) "Choosing Qualitative Data Analysis Software: Atlas-ti and Nudist Compared", en *Sociological Research Online*, vol. 3, núm. 3.

Bryman, Alan, y Robert G. Burgess (1994) *Analyzing qualitative data*. Londres: Routledge.

Carvalho, Soniya, y Howard White (1997) *Combining the Quantitative and Qualitative Approaches to Poverty Measurement and Analysis. The Practice and the Potential.* Washington, DC: Banco Mundial.

Castro, Roberto, y Mario Bronfman (1992) *Patterns of Integrating Traditional and Modern Approaches to health and pregnancy in rural Mexico*, Qualitative Analysis Conference. Ottawa: Carleton University.

Coffey, A., B. Holbrook, y P. Atkinson (1996) "Qualitative Data Analysis: Technologies and Representations", en *Sociological Research Online*, vol.1, núm. 1.

Corbin, J., y A. Strauss (1990) "Grounded Theory Research: Procedures, Canons, and Evaluative Criteria", en *Qualitative Sociology*, vol. 13, núm. 1, pp. 3-21.

Charmaz, K. (1995) "Grounded Theory", en Jonathan A. Smith, Rom Harré y Luk van Langenhove (eds.), *Rethinking Methods in Psychology*. Londres: Sage, pp. 27-49.

Creswell, J. W. (1998) *Qualitative Inquiry & Research Design.* Londres: Sage.

Denzin, Norman K., e Yvonna S. Lincoln (eds.) (1994) *Handbook of Qualitative Research.* Thousand Oaks: Sage.

Dey, Ian (1999) *Grounding Grounded Theory. Guidelines for Qualitative Inquiry.* San Diego: Academic Press.

Glaser, B., y A. Strauss (1967) *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research.* Nueva York: Aldine de Gruyter.

Grant, Glenn Cameron, Barbara Heather Grant, y James Pierre Tousignant (1992) *An accounting of health or what is a nice qualitative study like this doing in a place like a Bureau of Statistics*, Qualitative Analysis Conference. Ottawa: Carleton University.

Hammersley, M. (1989) "The Problem of the Concept: Herbert Blumer on the Relationship between Concepts and Data", en *Journal of Contemporary Ethnography*, vol. 18, núm. 2, julio, pp. 133-159.

Kelle, Udo (1997) "Theory Building in Qualitative Research and Computer Program for the Management of Textual Data", en *Sociological Research Online*, vol. 2, núm. 2.

Knodel, John (1997) "A case for no anthropological qualitative methods for demographers", Qualitative Methods in Population Studies: A Symposium, *Population and Development Review*, vol. 23, núm. 4, diciembre, pp. 55-108.

Marshall, C., y G. B. Rossman (1989) *Designing Qualitative Research.* Newbury Park: Sage.

Richards, Thomas J., y Lyn Richards (1994a) "From filing cabinet to computer", en A. Bryman y R. G. Burgess, *Analyzing qualitative data.* Londres: Routledge, pp. 146-172.

—— (1994b) "Using Computers in Qualitative Research", en Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research.* Thousand Oaks: Sage, pp. 445-462.

Schwartz, Howard, y Jerry Jacobs (1984) *Sociología cualitativa. Método para la reconstrucción de la realidad*. México.

Strauss, A., y J. Corbin (1994) "Grounded Theory Methodology. An Overview", en *Handbook of Qualitative Research.* Thousand Oaks: Sage, pp. 273-285.

Tashakkori, Abbas, y Charles Teddlie (1998) *Mixed Methodology. Combining Qualitative and Quantitative Approaches*, Applied Social Research Methods Series, vol. 46. Thousand Oaks: Sage.

Zemelman, Hugo (1992) *Los horizontes de la razón. Uso crítico de la teoría*, T. 1. México: El Colegio de México/Anthropos.

7

Aportes teóricos y desafíos metodológicos de la perspectiva de género para el análisis de los fenómenos demográficos[1]

IVONNE SZASZ
SUSANA LERNER

Introducción

El presente trabajo tiene por finalidad sistematizar algunas reflexiones sobre las complejidades teóricas y las dificultades metodológicas que significa la incorporación de la dimensión de género en el análisis de las variables que definen la dinámica demográfica: la fecundidad, la mortalidad y la migración.

Entendemos el género como un sistema de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores que las sociedades construyen en torno a la diferencia biológica entre hombres y mujeres. Este sistema organiza las relaciones entre lo femenino y lo masculino y lo hace por lo general de manera jerárquica y desigual (con variaciones históricas y entre grupos sociales). Es un sistema cuya finalidad es asegurar la reproducción social y la reproducción de la especie. Como construcción social, el género constituye tanto una realidad objetiva como subjetiva, es un orden social que se impone a los individuos, hombres y mujeres. A su vez, esos hombres y mujeres, como actores sociales, recrean continuamente esos significados que les proporcionan el lenguaje, la historia y la cultura a través de sus experiencias, su reflexividad, sus intercambios intersubjetivos y su participación institucional y social (Lamas, 1996; De Barbieri, 1992; Scott, 1996; Ariza y Oliveira, 2001).

---

1. Una versión preliminar referida exclusivamente a la investigación en el campo de la reproducción fue presentada en la sesión de "Desafíos conceptuales y exigencias metodológicas en los estudios de población en el siglo XXI", de la VI Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México, agosto 2000.

Esta concepción del género requiere de conceptos y dimensiones analíticas relacionales y multidimensionales que engloben las desigualdades económicas, socioculturales y de poder entre hombres y mujeres y entre los propios hombres y las propias mujeres. Asimismo, debe combinar estrategias analíticas que den cuenta de los desfases temporales entre las construcciones culturales y los comportamientos individuales, entre la expresión objetiva de esas prácticas y su dimensión subjetiva, y entre los discursos y las acciones.

Para examinar las dificultades y los desafíos teórico-metodológicos, este tipo de conceptos y dimensiones analíticas con las variables de la dinámica demográfica, en la primera parte del trabajo se presentan algunas reflexiones sobre los diversos conceptos de género que han estado presentes en los estudios sociodemográficos: la comparación de las diferencias por sexo, los estudios de género sobre el comportamiento de las mujeres y las investigaciones que intentan incorporar la dimensión relacional del género. Esta reflexión señala tanto las complejidades conceptuales como los desafíos que se han presentado en la instrumentación de estas perspectivas en los estudios demográficos.

En la segunda parte del trabajo se hace un recuento de los aportes teóricos y los desafíos metodológicos que ha incorporado la perspectiva de género en el análisis de tres de los fenómenos demográficos: las migraciones de mujeres, la morbi-mortalidad de hombres y mujeres y la fecundidad. En esta revisión no se incluyen las reflexiones teórico-metodológicas correspondientes a la incorporación de la perspectiva de género en el análisis sociodemográfico de la familia, de la participación económica de las mujeres y de las relaciones entre trabajo femenino y fecundidad, incluidas en otros trabajos sobre el tema (véanse García, 1999; García y Oliveira, 1994; Ariza y Oliveira, 2001).

Complejidades conceptuales y metodológicas en torno a la categoría de género

Los posibles significados y alcances en el uso de la categoría analítica del género en la investigación demográfica ha sido un tema que ha adquirido relevancia en la literatura sociodemográfica a partir de las últimas décadas. Este tema ha sido abordado desde diversas perspectivas analíticas, con diferentes objetivos, con énfasis distintos en determinados componentes de la dinámica demográfica, privilegiando determinadas dimensiones de dicho concepto o bien mostrando hallazgos empíricos concretos en determinados momentos y contextos sociales.

No obstante la amplia gama de estudios al respecto, existe consenso sobre el insuficiente y limitado conocimiento que se ha acumulado y que ha llevado a plantear numerosos y diversos interrogantes aún no resueltos y que remiten a problemas epistemológicos, metodológicos, técnicos e interpretativos acerca de la manera en que se ha incorporado la categoría de género en la investigación

sociodemográfica (Mason 1984, 1986, 1987, 1995; Lassonde, 1996; Basu, 1992; Szasz (varios); IUSSP, 2001; Dixon Mueller, mimeo 2001 y 2001a; Hill y Upchurch, 1995, Jejeebhoy, 1991 y 2000; García, 1999; Khan *et al.*, 1989; Lim, 1993; Federici *et al.*, 1993; Pedraza, 1991; Rubin, 1975; Cervantes, 1992; Kabeer, 1998 y 1998a; Ariza y Oliveira, 2001).

En este sentido nos interesa contribuir en el debate, presentando algunas reflexiones en torno a los diversos conceptos de género que están implícita o explícitamente presentes en el campo disciplinario de la demografía y la investigación sociodemográfica. Se incluyen algunas reflexiones iniciales sobre las complejidades metodológicas que subyacen en la operacionalización de la categoría de género de acuerdo con las especificidades propias del quehacer demográfico.

Acerca de los conceptos

La pertenencia de los individuos a un sexo, al igual que su pertenencia a otras dimensiones como la edad o la cohorte, representan las categorías analíticas fundamentales y centrales que subyacen en y caracterizan el análisis demográfico. Más aún, la diferenciación de los fenómenos demográficos, según estos atributos, forma parte de lo que se denomina la estructura o composición de la población. Estas categorías han sido utilizadas para mostrar las diferencias que se dan entre los hombres y las mujeres, así como también entre los grupos de edad, las generaciones y los grupos étnicos, respecto a los componentes de la dinámica poblacional (fecundidad, mortalidad, migración). Esta conceptualización de la diferenciación o de los "diferenciales por sexo" ha sido criticada por parte de algunos demógrafos al señalar el carácter asocial y ahistórico de los atributos personales asociados al comportamiento poblacional, pero, y sobre todo, ha sido cuestionada por parte del pensamiento feminista al reconocer en ella la presencia implícita y generalizada de una lógica de carácter biologicista, natural y universal para abordar las diferencias entre los hombres y las mujeres, y al restringir por lo tanto su pertenencia genérica a su constitución fisiológica o anatómica (Cervantes, 1992; Lamas, 1986; Barbieri, 1992).

Como parte de esta perspectiva, baste con señalar la tradicional estrategia de analizar las características, tendencias y cambios en los flujos migratorios, en la incidencia de enfermedades, en la ocurrencia de los decesos, en los ideales sobre el tamaño de familia o bien otros aspectos relacionados con la reproducción, diferenciados por sexos. La fecundidad es uno de los fenómenos demográficos donde, hasta hace poco tiempo, el sujeto de análisis era exclusivamente la mujer, al ser considerada ésta como la actora central y responsable en el ámbito reproductivo. Como diversos autores han advertido, aun cuando en los estudios sobre los componentes de la dinámica demográfica no se ha incorporado explícita y propiamente la perspectiva de género, o bien se ha hecho de manera estrecha

e insuficiente, sí se han considerado numerosos aspectos que diferencian comportamientos femeninos y masculinos, sus cambios en el tiempo y las características que éstos asumen según se trate de mujeres o de hombres (Véanse los trabajos de Szasz, 1969; Echarrí, 1999; Figueroa, 1999; Cervantes, 1999; IUSSP, 2001; Mason, 1984, 1993, 1995) La relevancia de este tipo de acercamiento ha posibilitado el contar con un conocimiento riguroso y necesario acerca de las magnitudes, características, así como la permanencia y los cambios en el tiempo que se observan en los fenómenos demográficos diferenciados mediante el sexo. Conocimiento que, por otra parte, ha sido fundamental tanto en el diseño de las políticas sociales, como en las demandas de los movimientos feministas que han utilizado los resultados de estos estudios para dar cuenta de las condiciones de vida de las mujeres.

A diferencia de este tipo de acercamiento, y a la luz de las aportaciones feministas y de los estudios sobre la mujer de los años ochenta del siglo XX, se pueden identificar tres abordajes para conceptualizar la categoría de género y dar cuenta de la diferenciación entre las mujeres y los hombres. El primero se ubica como parte de los estudios que hacen referencia a la *condición o situación social* de las mujeres y se caracteriza por visibilizar y dar cuenta de las condiciones sociales de vida de las mujeres, condiciones de opresión, de sumisión, de desventaja y, por tanto, de las condiciones de desigualdad que ellas viven frente a los hombres en los diferentes ámbitos de la vida social. Es a partir de planteamientos feministas de preocupación por la situación de vulnerabilidad y desventaja de las mujeres y por mejorar sus condiciones de vida, en particular por aspectos relacionados con el ámbito reproductivo y con las políticas de población, en la medida en que éstas fueron focalizadas a la reducción y control de fecundidad de las mujeres, que adquieren un lugar prominente los estudios de la mujer en el campo sociodemográfico. En segundo lugar, la conceptualización de la categoría de género como una construcción social y cultural de las diferencias entre hombres y mujeres se constituye en un elemento central para profundizar, comprender e interpretar los orígenes y condiciones de la desigualdad y subordinación de la mujer, es decir, como resultado de formas de organización y funcionamiento de la sociedad, y de la manera en que dicha construcción se da entre los diversos actores y los distintos ámbitos de la vida social. Lo anterior implicó una diferencia sustancial. Frente a las visiones biologicistas y esencialistas, se contraponen *las construcciones sociales y culturales de los procesos de diferenciación, dominación y subordinación entre hombres y mujeres* (Lamas, 1986; Cervantes, 1992; De Barbieri, 1992; García, 1998).

Esta perspectiva analítica se traduce, a nivel de la estrategia metodológica y empírica, en privilegiar aquellas dimensiones centrales que den cuenta de la diferenciación socialmente construida entre los sexos para comprender y explicar los comportamientos demográficos. Es decir, bajo esta perspectiva se considera que los roles, los privilegios y las relaciones de poder entre hombres y mujeres

son asignados social y culturalmente. Las valoraciones y normas sociales y culturales diferentes para cada sexo, la identidad y la especificidad de lo femenino y lo masculino y, las condiciones de desigualdad entre los sexos, son cuestiones que se construyen y reproducen socialmente y de manera diversa y cambiante en los diversos ámbitos institucionales y organizaciones de la sociedad. En este sentido, como veremos con mayor detalle en la segunda sección de este documento, las diferentes motivaciones, la mayor o menor autonomía de la mujer en el proceso de toma de decisiones, el control y poder ejercido por otros actores tanto en el ámbito material como simbólico, la valoración y roles asignados a ellas son, entre otros aspectos, los que subyacen en las modalidades y características que asumen los movimientos migratorios de las mujeres, en la frecuencia y caracterización de los procesos de morbimortalidad que las distinguen, y en sus comportamientos y prácticas reproductivas.

La amplia gama y riqueza de hallazgos e interpretaciones de los estudios realizados bajo esta perspectiva, así como el propio cuestionamiento acerca de la manera de incorporar a los hombres y otorgar visibilidad a través de sus propias voces al mundo simbólico, material y de prácticas y experiencias concretas que los define y caracteriza, llevó a su vez a considerar una segunda modalidad de conceptualizar y abordar la categoría de género: *la dimensión relacional de la perspectiva de género.* Aunque en cierto sentido se trata de complementar y enriquecer los análisis realizados desde los estudios sobre la condición de la mujer y los estudios de género sobre comportamientos de las mujeres, centrados en las mujeres y, en el mejor de los casos, en las percepciones de ellas sobre los varones, a diferencia de éstos el énfasis en la investigación bajo esta perspectiva reside en incluir y otorgar un significado al término relacional en los estudios sobre género.

La dimensión relacional del género significa una forma diferente de abordar las diferencias y similitudes entre lo masculino y lo femenino ya que, como acertadamente se ha señalado, "no hay un mundo de las mujeres aparte del mundo de los hombres y... las experiencias y comportamientos de un sexo tienen que ver con las experiencias y comportamientos del otro" (Scott, 1986, citado en García, Camarena y Salas, 1999: 24). Como su nombre también lo indica, esta perspectiva busca otorgar prioridad a la relaciones sociales entre los diferentes actores, "más que una característica de lo individual, el género se refiere a las relaciones sociales entre el hombre y la mujer que moldean la identidad personal" (Laslett y Brenner, 1989, citado en Cervantes, 1992: 1). Adicionalmente habría que agregar que son relaciones sociales que se construyen a partir de las condiciones sociales que estructuran las opciones del comportamiento individual, condiciones, actores y relaciones sociales que, a su vez, difieren según los diversos ámbitos de referencia en que participan las mujeres y los hombres: el ámbito reproductivo, escolar, laboral, social, político, religioso, etc. Más aún, la perspectiva relacional también implica considerar la manera de articular la

categoría de género con otras categorías de diferenciación social como serían la edad, la generación, la etnicidad y, sobre todo, la clase social, cuya pertinencia y valor explicativo ha sido una constante en los estudios sociodemográficos latinoamericanos y ha adquirido una creciente importancia a nivel internacional.[2]

Las investigaciones realizadas desde la perspectiva de género, tanto en el campo de la demografía como de otros campos disciplinarios, son muy recientes y escasas. Aún se requiere de reflexiones teóricas y propuestas analíticas para elaborar marcos conceptuales y explicativos y comprender las construcciones sociales específicas de las relaciones que se dan entre hombres y mujeres, entre generaciones, grupos sociales y étnicos.

Acerca de la instrumentación de la perspectiva de género

Las diversas y complejas dimensiones de la categoría de género ya nos advierten acerca de la complejidad y dificultad en la operacionalización de esta perspectiva, ya sea por la naturaleza o lógica inherente al propio sistema del análisis demográfico, así como a nivel de la producción o generación de la información, de los instrumentales metodológicos utilizados en la investigación demográfica, y de la adecuación de los conceptos, categorías analíticas, variables y preguntas para dar cuenta de la diferenciación social existente entre ambos sexos.

Como ya hemos mencionado, desde la perspectiva demográfica, ya sea en el estudio de las migraciones, en el análisis de las causas de morbilidad y mortalidad por sexo, o bien en el análisis de la fecundidad, limitada hasta hace pocos años exclusivamente a la mujer, el concepto de género fue entendido ya sea como "mujer" o bien como "hombre", o sea en su connotación esencialista, es decir, sin mayor especificación de lo que implicaba la construcción social de la identidad femenina y masculina y sin considerar la importancia de las diferencias socialmente construidas entre hombres y mujeres, ni las relaciones entre lo masculino y lo femenino.

En esta línea, entre los problemas conceptuales que dificultaron la medición de los fenómenos se puede citar como ejemplo las migraciones de las mujeres. Las propuestas feministas visibilizaron el carácter masculino del concepto de migrante, que a su vez se vinculaba con la noción indiferenciada de familia como unidad armónica compuesta por mujeres y niños dependientes. Estas concepciones esencialistas incluyeron el desarrollo de indicadores y cuestionarios basados en la experiencia masculina. Las normas culturales fueron entendidas de manera lineal, subordinando las motivaciones de las mujeres a las de sus esposos o padres. Se invisibilizó el trabajo remunerado femenino y se sobreenfatizaron los roles de reproductoras y amas de casa de las mujeres. Los aportes de los estudios

2. Sobre el tema de la vinculación entre diferentes sistemas de diferenciación social y en especial sobre la articulación entre clase y género, véanse, entre otros, Cervantes, 1992; Ariza y Oliveira, 1999 y 2001.

sobre la mujer y de las propuestas de género llevaron al desarrollo de métodos innovadores de recolección de datos sobre la migración, que desplazaron la unidad de medición del individuo al hogar, lo que implicó vincular al migrante con las características de las familias, con la situación conyugal y laboral de cada miembro del hogar antes y después de la migración, y con diversas relaciones sociales (Hugo, 1991; Tienda y Booth, 1991; Ariza, 1994).

Asimismo, pero en sentido inverso, el enfoque esencialista ha sido cuestionado en los estudios sobre la fecundidad de los hombres. Se advierte acerca de la errónea utilización de las mismas preguntas e indicadores que han sido elaborados para indagar acerca de las características de la fecundidad de las mujeres, sin considerar el significado que éstas adquieren en el caso de los hombres. Por otra parte, aun cuando la contribución de los estudios de la mujer ha permitido conocer las trayectorias reproductivas de las mujeres, sus condiciones, representaciones, y motivaciones y percepciones en torno a diversos procesos de su vida reproductiva, la articulación de esta problemática con el rol de los hombres se ha limitado, en la gran mayoría de los análisis, a las percepciones que las mujeres expresan acerca de las posibles respuestas de los varones (Figueroa, 1998; Guyer, 1998; Greene y Biddlecom, 1998).

Existen diversos problemas conceptuales y metodológicos inherentes al quehacer demográfico que requieren ser considerados y que se han señalado a partir de los estudios de la mujer y de las reflexiones acerca de las relaciones entre género y los fenómenos demográficos. Una de las principales dificultades se refiere a la naturaleza agregada bajo la cual se analizan los cambios demográficos y a la posibilidad de establecer inferencias causales sobre las relaciones entre sistemas de género y comportamiento reproductivo mediante análisis estadísticos. El análisis demográfico se ocupa de cambios en las conductas de agregados de individuos —y de los efectos demográficos de esas conductas— a lo largo de varias décadas y mediante la comparación de varias cohortes sucesivas por medio de estudios sincrónicos con preguntas retrospectivas. No es posible analizar los efectos de un determinado sistema de género en esos comportamientos si únicamente se conocen las relaciones culturales presentes en el momento de la entrevista, y no en el momento en que ocurrieron los comportamientos. No es fácil aprehender las relaciones de género vigentes en el pasado a través de recuentos individuales retrospectivos, por la tendencia a olvidar las relaciones sociales pasadas y a reinterpretar la historia individual a partir de las experiencias recientes (Mason, 1995).

También existe dificultad para distinguir entre los efectos de las condiciones de género y los efectos de otras posibles "variables confusoras" a las que ha estado expuesta una misma población. Este tipo de dificultades sugiere la conveniencia y las limitaciones de los estudios multivariados que cubren cohortes sucesivas para el análisis de los efectos demográficos de las condiciones de género (Mason, 1995). Aun cuando se puedan establecer variaciones en el tiempo en los sistemas

de género de una sociedad y cambios paralelos en fenómenos demográficos, es difícil establecer conexiones entre ambos procesos a nivel de los individuos entrevistados.

Como alternativa a los análisis multivariados de cohortes sucesivas, se han propuesto los estudios por aproximaciones comparativas entre contextos culturales diferentes con variaciones en los sistemas de género (por ejemplo, entre el norte y el sur de un país, entre áreas rurales y urbanas de un mismo país, entre grupos sociales diferentes). Las encuestas demográficas no fueron diseñadas inicialmente para medir sistemas de relaciones de género, ni permitían establecer comparaciones entre sistemas diferentes. Los estudios de caso en un solo contexto o país carecían de un grupo de control o comparación que permitiera inferencias causales. Los estudios comparativos han intentado incluir información individual y contextual sobre las relaciones de género. Sin embargo, aunque las variaciones entre dos contextos pueden ser consistentes con diversidades en los fenómenos demográficos, no hay manera de establecer una relación causal que permita constatar los efectos demográficos de cambios en las relaciones de género a través del tiempo (Mason, 1995; Ariza y Oliveira, 2001).

Otra dificultad metodológica se refiere a la insuficiencia de las medidas o indicadores que se han desarrollado para dar cuenta de los sistemas de género. Las variables que se han utilizado más frecuentemente para dar cuenta de asimetrías entre hombres y mujeres son la escolaridad, la participación económica y la jefatura de hogar femenina. Se han considerado útiles en el análisis de la anticoncepción, la fecundidad, la nupcialidad, la mortalidad infantil y la pobreza en los hogares, estableciendo que a mayor escolaridad y mayores niveles de participación económica femenina el uso de anticonceptivos es mayor y la fecundidad y la mortalidad infantil son menores. Sin embargo, esta relación no es directa, sino mediada por dimensiones de género como la autonomía y el empoderamiento (García y Oliveira, 1994; Casique, 2001; Ariza y Oliveira, 2001; IUSSP, 2001; Presser, 2001).

Los sistemas de género son complejos y multidimensionales y varían al articularse con otras dimensiones de estratificación o desigualdad social, como las clases sociales, la etnia o la generación. También varían según la esfera institucional de que se trate —como la familia, el mercado de trabajo o los sistemas de poder local— y según la etapa en la trayectoria de vida. Todo esto hace muy difícil la descripción a partir de indicadores únicos y mensurables. Los estudios que intentan vincular medidas de estratificación de género —o de división de tareas, roles, responsabilidades y recursos entre hombres y mujeres— tienen que elaborar modelos que consideren la interacción de estos indicadores con otras dimensiones de estratificación o diferenciación social, con las distintas esferas institucionales en las que operan estas diversidades y con las distintas posibilidades individuales de inserción en esas esferas (Mason, 1995; Ariza y Oliveira, 2001).

Algunas de las alternativas que se han adoptado frente a estas dificultades metodológicas se refieren a descomponer la estratificación de género en subcomponentes, como la autonomía, el poder, el control sobre recursos, la libertad de movimiento y la participación en espacios sociales. Cada uno de ellos se forma a su vez por diversos componentes, como el estatus en el hogar, la percepción de ingresos, etc. Estos subcomponentes se han tratado de medir por medio de encuestas o de observar a nivel individual y de los hogares. Otra alternativa ha consistido en buscar las rutas a través de las cuales los sistemas de género pueden influir en lo demográfico (Mason, 1995; Casique, 2001; Ariza y Oliveira, 2001; Szasz y Figueroa, 1996).

Por ejemplo, una de las rutas a través de las cuales las relaciones de género parecen afectar la anticoncepción, la fecundidad y la morbilidad, consiste en la normatividad diferenciada para hombres y mujeres sobre los comportamientos sexuales. En México, una serie de indicios sugieren actividad sexual más diversificada en los hombres respecto de las mujeres. Entre éstos se menciona un elevado porcentaje de mujeres unidas que declaran no tener relaciones sexuales, en las mayores proporciones de mujeres que viven solas con sus hijos o que se declaran divorciadas, separadas o viudas, en los varios años de relaciones y de parejas sexuales previas a la primera unión conyugal que declaran los varones, en la importante proporción de casados entre los varones usuarios del sexo comercial, en la mayor frecuencia de parejas sexuales simultáneas o sucesivas que declaran los varones, entre otros. Este tipo de relacionamiento sexual se puede estar vinculando con procreación extramarital, con embarazos no deseados, con interrupción de embarazos, con uniones múltiples, con inestabilidad de uniones, con negociaciones sobre el uso de métodos anticonceptivos y preventivos que requieren la participación masculina, y con contagios de enfermedades de transmisión sexual. Sin embargo, la posibilidad de considerar estas rutas a través de las cuales los sistemas de género pueden influir en eventos demográficos, introducen otras complejidades metodológicas, como el estudio de las relaciones entre individuos o la participación de los varones en los eventos reproductivos (Szasz y Figueroa, 1996).

Por último, cabe mencionar las limitaciones propias de los diferentes instrumentales y perspectivas metodológicas empleadas en la producción de la información. A la luz de diversas experiencias de los acercamientos cuantitativos y cualitativos, hoy día se reconoce la importancia de combinar diversas metodologías y técnicas como serían, por ejemplo, las encuestas y las entrevistas en profundidad. Mediante este procedimiento no sólo se logra una mejor comprensión y explicación de las relaciones causales y de los significados de los fenómenos demográficos que atañen a la vida íntima de los entrevistados, sino que además posibilita la redefinición y construcción de categorías analíticas, indicadores, variables y preguntas más pertinentes a ser incluidas en las encuestas para dar cuenta de los diferentes significados que los varones y las mujeres atribuyen

a sus comportamientos. El carácter multidimensional del concepto de género requiere el análisis de los desfases entre las dimensiones objetivas y subjetivas de la desigualdad genérica, y entre las prácticas y los discursos de los actores. El estudio de estos desfases requiere la complementación entre los acercamientos cuantitativos y cualitativos (Ariza y Oliveira, 2001).

Aportes de la perspectiva de género al estudio de los componentes de la dinámica demográfica

En esta sección nos interesa reseñar algunos aportes teóricos y desafíos metodológicos que representa la perspectiva de género en la investigación sociodemográfica. Nos limitamos a reflexiones sobre los tres principales componentes de la dinámica demográfica: la migración, la mortalidad (incluyendo la morbilidad) y la fecundidad. Nos interesa mostrar, asimismo, algunos de los principales ejes o rutas analíticas que bajo esta perspectiva se han considerado en el análisis de estos fenómenos y la riqueza interpretativa que aportan.

a) En torno al estudio de las migraciones

Al igual que otras dimensiones demográficas, las migraciones de las mujeres recibieron aportes conceptuales de los estudios de la mujer y de la perspectiva de género. Hasta fechas recientes, en el estudio de las migraciones el concepto de género fue entendido bajo la primera conceptualización, o sea, considerando las características de estos movimientos tanto para las mujeres como para los hombres, limitándose a señalar los diferenciales que existían entre ambos sexos. No obstante, también se encuentran estudios que han dado cuenta de las condiciones de género de las migraciones de las mujeres y en los últimos años se comienzan a estudiar también las migraciones de los varones desde esta perspectiva de género (Rosas, 2001; Hondagneu-Sotelo, 1994; Beserer, 1999).

Como parte de esta perspectiva se ha propuesto que la migración de mujeres responde a influencias económicas, sociales y culturales vinculadas con la construcción social de lo masculino y lo femenino, y que afecta y es afectada por las relaciones de género. Las construcciones de género y las relaciones de poder adquieren la categoría de mediación, es decir, aparecen mediando entre las transformaciones político-económicas macroestructurales y las características de los flujos migratorios.

Las relaciones de género dan lugar a motivaciones para la migración, tipos de corrientes y limitaciones a la movilidad femenina, o a la participación de las mujeres en las decisiones migratorias (Lim, 1993; Hugo, 1991; Tienda y Booth, 1991; Ariza, 1994). El enfoque de género desarrolló tipologías que permitieron identi-

ficar las corrientes migratorias donde las mujeres desempeñan un rol particular y establecer las tendencias diferenciadas entre hombres y mujeres para involucrarse en tipos de movimientos específicos. Estas tipologías son sensibles a la forma en que los contextos sociales y culturales construyen las relaciones de género (Hugo, 1991; Lim, 1993). Son tipologías que permitieron distinguir entre las migraciones autónomas y las asociativas (aquellas en las que existe un protagonismo individual y aquellas en que las mujeres forman parte de un movimiento familiar en el que ocupan una posición dependiente) y entre las migraciones con fines matrimoniales, en que las mujeres responden a condicionantes de género, y las migraciones laborales (Hugo, 1991; Lim, 1993).

Identidades femeninas y migraciones

Los hallazgos sobre las migraciones de mujeres se expondrán referidas a tres dimensiones de las relaciones de género: 1. La construcción social de la identidad femenina; 2. Las relaciones de poder en las interacciones entre hombres y mujeres, y 3. Las desigualdades sociales entre hombres y mujeres (Ariza y Oliveira, 1999).

Como parte de la construcción de las identidades femeninas existen normas sociales sobre los espacios propios para hombres y mujeres, sobre el tipo de actividades que deben y no deben desarrollar, y sobre el control de la sexualidad femenina, así como las particularidades de inserción en sistemas familiares de obligaciones recíprocas y estructuras de autoridad. Estas normas propician la construcción de identidades que afectan las posibilidades de migración femenina de una manera no experimentada por los varones. Estos efectos son semejantes a los que ocurren con los condicionantes comunitarios y familiares para la participación femenina en los mercados de trabajo. En especial, las normas sobre el control social de la sexualidad, las reglas sobre el parentesco y la composición genérica de los mercados de trabajo inhiben las posibilidades de desplazamiento femenino extrahogareño o bien le otorgan condiciones y características específicas. A través de estas construcciones culturales e instituciones sociales, la movilidad femenina está circunscrita a ciertas motivaciones, a ciertas etapas en la trayectoria de vida, a ciertos tipos de actividad y a determinadas formas de residencia que no afecten la condición de casaderas de las mujeres solteras y la fidelidad de las casadas, sin que existan formas de control semejante respecto de la sexualidad y la movilidad masculina (Arizpe, 1984; Hugo, 1991; Lim, 1993; Jones, 1991).

Algunas motivaciones para migrar aparecen como rasgos característicamente femeninos y vinculados con las identidades como la movilidad para escapar de contextos culturales excesivamente restrictivos para ellas, o la migración con fines vinculados a sus roles específicos como sería la migración por matrimonio. Son fuerzas que impulsan la movilidad femenina, especialmente en sociedades de residencia patrifocal, en las cuales las mujeres tienen escaso acceso y control

sobre los recursos (Hugo, 1991; Lim, 1993). Las migraciones por matrimonio se han asociado con las especificidades de la movilidad social femenina, puesto que las construcciones sociales del género limitan el acceso de las mujeres a los mercados de trabajo y las impulsan a esperar la subsistencia y la adquisición de estatus social por medio del matrimonio. Alentar la migración matrimonial de las hijas, vinculándolas con redes sociales y de parentesco en los lugares de destino, puede formar parte de estrategias familiares de asignación de recursos. La posición relativa de las mujeres en el contexto de origen y los cambios en patrones de nupcialidad y en la capacidad de las mujeres para decidir sobre el matrimonio, afectan sus pautas de migración de una manera diversa de la experiencia masculina (Thadani y Todaro, 1984; Hugo, 1991; Lim, 1993).

Asimetrías sociales entre hombres y mujeres

Existen desigualdades entre hombres y mujeres en los mercados de trabajo, y esas desigualdades se relacionan con la configuración de segmentos diferenciados por sexo en esos mercados. La vulnerabilidad económica de las mujeres, derivada de su desigual acceso a poder y recursos, las impulsa a aceptar empleos de menor prestigio y remuneración que aquellos ocupados por varones de calificación semejante, y esto ocurre con particular intensidad cuando se trata de mujeres migrantes (Lim, 1993; Hugo, 1991; Arizpe, 1985; Arias, 1992).

El enfoque de género ha propuesto analizar el papel que ejercen los mercados de trabajo en la configuración de las migraciones femeninas, así como las características de empleo que promueven en los contextos de origen y destino. Las particularidades de la actividad económica femenina, el acceso a escolaridad para las mujeres, la segmentación por sexo de los mercados laborales y la vulnerabilidad relativa de las mujeres migrantes en esos mercados, han sido objeto de los estudios sobre migraciones de mujeres (Recchini, 1990; Hugo, 1991; Jones, 1991; Lim, 1993). Entre los tipos de inserción de mujeres migrantes en los mercados de trabajo, han recibido especial atención conceptual el servicio doméstico urbano, la participación en la industria maquiladora de exportación, las labores en la agroindustria y la agricultura de exportación, y la participación en la industria del sexo comercial (Jellin, 1976; Arizpe, 1985 y 1989; Hugo, 1991; Lim, 1993; Pedraza, 1991).

Relaciones de poder entre hombres y mujeres

El estudio de las relaciones entre migración y familia ha estado vinculado a los desarrollos teóricos del pensamiento feminista sobre las relaciones de cooperación y conflicto al interior de los hogares.

Los estudios pioneros sobre el papel de la mujer en la reproducción social destacaron su protagonismo en la reproducción doméstica e identificaron a las

migraciones laborales de mujeres jóvenes como parte de estrategias familiares de asignación de fuerza de trabajo. La asignación diferenciada de tareas por género, las normas sobre la formación de parejas, la residencia, el parentesco y la organización doméstica fueron estudiadas como mediaciones entre los procesos macroeconómicos y la migración de mujeres (Oliveira, 1984; Tienda y Booth, 1991).

El enfoque de las estrategias familiares se asoció, en una primera etapa, con la idea del hogar como unidad, con la comunidad de recursos domésticos, y con la toma de decisiones colectivas. Enfoques más recientes proponen a los hogares como lugares de coexistencia de múltiples intereses y jerarquías de poder, de distribución desigual de recursos, y ponen mayor hincapié en las condiciones y capacidades de los individuos para tomar decisiones y negociar sus intereses en el grupo doméstico (Hondagneu-Sotelo, 1994; Donato y Kainaiaupuni, 1994; García y Oliveira, 1994).

El contexto familiar de las migraciones permitió vincularlas con otros procesos sociodemográficos y sociales. Los desarrollos conceptuales sobre las migraciones femeninas proponen que las transformaciones en la estructura y funciones de la familia, en los patrones de nupcialidad, en la formación y disolución de uniones, en las pautas de procreación y de crianza y en las estructuras de autoridad influyen de manera decisiva en la movilidad espacial femenina (Hugo, 1991). Se ha propuesto que el orden del nacimiento, el estado civil, la situación familiar y marital, la presencia y número de hijos, el tipo de estructura familiar, las líneas de autoridad, las relaciones de poder intergenéricas e intergeneracionales y la etapa en la trayectoria de vida son dimensiones necesarias para entender la especificidad de las relaciones de poder que moldean las migraciones femeninas (Tienda y Booth, 1991; Oliveira, 1984; Lim, 1993; Chant, 1992).

Los estudios de género han propuesto que las migraciones alteran la capacidad de las migrantes —y de las esposas de varones migrantes que se quedan a cargo del hogar— para tomar decisiones, para negociar y para disponer de recursos económicos. Otras consecuencias de las migraciones son las modificaciones en el tipo de actividades y la carga de trabajo de las mujeres (Tienda y Booth, 1991; Findley y Williams, 1991; Hugo, 1991). Asimismo, se observan cambios en sus patrones de nupcialidad, en su relación con el cónyuge y en su ámbito reproductivo como resultado, en gran parte, de su socialización y residencia en espacios y localidades diferentes a los de origen (Samuel, Lerner y Quesnel, 1994; Lerner, Quesnel y Yanes, 1994). Estas modificaciones han sido observadas a través de diversas dimensiones de las migraciones: cambios en la actividad económica, en el tipo de contexto social de residencia, en el tipo de redes sociales, en el tipo de contexto familiar, en la autoestima de las mujeres, en su capacidad de tomar decisiones, y en las relaciones de poder intra y extrafamiliares (Tienda y Booth, 1991; Hondagneu-Sotelo, 1994; Mummert, 1992).

Estas elaboraciones analizan la negociación intrafamiliar de las decisiones sobre la migración y las relaciones de poder intergenéricas en las familias de mi-

grantes, y en las redes migratorias. Proponen que no existe una relación directa y mecánica entre mayor autonomía femenina e incremento de la migración, ni entre migración femenina y mejor posición relativa de las mujeres. Pero los cambios en la autonomía de las mujeres modifican las motivaciones para migrar, el tipo de movimientos en que se involucran, su participación en las decisiones y la potencialidad del cambio de residencia para mejorar su posición relativa (Hondagneu-Sotelo, 1994; Lim, 1993).

b) La perspectiva de género en el análisis de la mortalidad y la morbilidad

La reflexión y la investigación sobre género y salud se refiere principalmente a los vínculos entre la condición social de las mujeres en las esferas de salud reproductiva, salud laboral y salud mental. Son reflexiones que suelen excluir la perspectiva de los varones y las relaciones hombre-mujer como dimensiones que afectan la morbimortalidad. El vínculo entre condición social y salud se plantea generalmente en términos de desventajas para las mujeres derivadas de sus roles tradicionales de género o de su menor acceso a recursos. Sin embargo, resulta paradójico que los indicadores de salud suelen señalar una mayor sobrevivencia de las mujeres respecto de los varones, que contrasta con estas desventajas sociales.

Existen algunas propuestas en el sentido de analizar la morbimortalidad desde una concepción relacional del género (De Keijzer, 1995; Gay, 2000; Szasz, 1999). Este enfoque considera que la subordinación social de las mujeres puede tener efectos diversos hacia su salud y la de sus hijos y, a su vez, ello no significa necesariamente una mejor posición de los varones frente a los riesgos.

La bibliografía sobre diferencias por sexo en los indicadores de morbimortalidad señala que en las sociedades occidentales y occidentalizadas, donde las desigualdades de género en el acceso a recursos no son muy pronunciadas y donde predominan las enfermedades crónicas y degenerativas como causas de mortalidad, las mujeres enferman más que los hombres, pero los varones mueren más que las mujeres. En cambio, en contextos donde la condición desigual de las mujeres es muy pronunciada y persiste el predominio de las enfermedades infecciosas y parasitarias, existe una sobremortalidad femenina. En los primeros, las diferencias por género parecen atribuirse más a los estilos de vida diferentes dictados por las normas diferenciadas para hombres y mujeres, mientras que en los segundos, la desigualdad y la discriminación de género aparecen más relevantes (Langer y Lozano, 1998).

En todo tipo de sociedades la salud de hombres y mujeres puede verse afectada por la manera en que se construyen y reconstruyen socialmente las relaciones entre ellos. Las asimetrías en las actividades, acceso a recursos, servicios de atención y decisiones, así como las diferencias en los estilos de vida enmarcadas por los sistemas de género, determinan que hombres y mujeres requieran diferentes con-

diciones para su bienestar y sobrevivencia. En este sentido se ha mostrado como si bien en algunos casos las normas de género pueden influir de manera positiva en los cuidados para la salud, también muchos aspectos de las relaciones de género pueden afectar de manera negativa el bienestar de hombres y de mujeres.

Las siguientes reflexiones sobre género y morbimortalidad proponen abordar tres dimensiones de las relaciones de género que afectan la salud: 1. La construcción social de las identidades masculina y femenina; 2. Las relaciones de poder en las interacciones entre hombres y mujeres, y 3. Las desigualdades o asimetrías sociales entre hombres y mujeres (Szasz, 1999).

Identidades de género y mortalidad

La literatura existente muestra que esta dimensión de las relaciones de género puede afectar la morbilidad y la mortalidad. En estudios que abarcan diferentes generaciones y diversos grupos sociales, se observa que algunas mujeres perciben su cuerpo como un espacio de esfuerzo y sufrimiento, vinculando ese sufrimiento con los mandatos de los estereotipos de género en relación con la sexualidad y la procreación (González, 1994; Szasz, 1996; Rivas, 1998). En cambio, los escasos estudios sobre varones señalan estereotipos que vinculan el cuerpo masculino con la dureza, la fuerza y la violencia (Horowitz y Kaufman, 1989; De Keijzer, 1995). La noción de "fuerza" es central en la experiencia subjetiva de la salud y la enfermedad en algunos contextos (Castro, 1995). La relación entre identidad masculina y fuerza, y su influencia en el comportamiento sexual y en el comportamiento de atención a la salud de los varones, apenas empieza a ser explorada (De Keijzer, 1995; Castro y Miranda, 1998).

Algunos autores han propuesto que en la práctica médica y el saber médico intervienen procesos de construcción simbólica de los cuerpos sexuados que afectan la salud. La construcción racional del conocimiento y la práctica científica occidental configuran una epistemología que asocia las dimensiones de naturaleza, cuerpo, subjetividad, emociones y reproducción con la identidad genérica femenina, y los conceptos de cultura, mente, objetividad, racionalidad y producción con la identidad genérica masculina. Al dividir el mundo entre el sujeto que conoce (científico, masculino) y el objeto conocido (naturaleza, cuerpo, femenino) establece las bases para excluir las dimensiones sociales del proceso salud-enfermedad, define a las mujeres como el "otro", construye diferentes maneras de padecer y evitar el sufrimiento para hombres y mujeres y define tipos y calidades diferentes de atención demandada y recibida (Castro y Bronfman, 1998).

Otro de los mecanismos de posible influencia de la identidad de género en la mortalidad se refiere al concepto de riesgo. Diversos autores proponen que la construcción cultural de la identidad masculina expone a los varones a la necesidad de enfrentar su cuerpo a riesgos, en particular a situaciones violentas, de

una manera no experimentada por las mujeres. En diversas culturas, la división social del trabajo entre los sexos reserva a los varones las actividades que suponen mayores peligros físicos, y la exposición a situaciones de violencia en las que el varón resulta "vencedor" —sobre otros varones o sobre mujeres— reafirmando así la identidad masculina (Godelier, 1984; Verbrugge, 1989; De Keijzer, 1995; Langer y Lozano, 1998). Estas situaciones determinan una mayor exposición de los varones a los accidentes y muertes violentas, así como diferencias en el tipo de violencias que experimentan varones y mujeres (Gay, 2000). Definen también diferencias en la morbimortalidad por dependencia del alcohol. Finalmente, se ha asociado a las desigualdades de género, en la manera de asumir los riesgos, con la sobremortalidad masculina derivada de la epidemia del virus de inmunodeficiencia humana (VIH-sida) en algunos contextos (Langer y Lozano, 1998; Bronfman y Gómez, 1998).

Una vía importante de influencia de la identidad de género sobre la salud se refiere al concepto de cuidado. La asignación cultural del "maternaje", o capacidad relacional y de cuidado de otros a la identidad femenina, así como la asignación de la independencia vinculada a la identidad masculina, tienen implicaciones para la percepción de signos y síntomas de padecimientos, para las acciones de requerimiento de atención y los cuidados, para la forma en que los agentes responden a esas demandas de atención, para la adopción del rol de enfermo o de cuidador y para el bienestar emocional o salud mental (Lara, 1994; Castro y Bronfman, 1998; Chodorow, 1984).

En propuestas recientes se señala también otra vía posible de influencia de la identidad de género sobre la salud: la importancia de los comportamientos sexuales en la afirmación de las identidades masculina y femenina, y el impacto de esos comportamientos sobre los procesos de salud-enfermedad. Los vínculos que diversas culturas establecen entre preservación de la virginidad, ausencia de expresiones eróticas y fidelidad sexual femenina con la afirmación del tipo de identidad de mujer que permite establecer relaciones afectivas y conyugales, presiona a las mujeres a establecer conductas sexuales que pueden implicar riesgos para su salud. Entre ellas destacan las relaciones coitales tempranas, la ausencia de anticoncepción entre las mujeres sin pareja conyugal, la imprevisión de las relaciones sexuales, la aceptación pasiva de las demandas sexuales masculinas, la ausencia de prevención de contagios de enfermedades de transmisión sexual (ETS) y la exposición a riesgos derivados del desconocimiento de la conducta sexual de la pareja (Sai y Nassim, 1989; Dixon-Mueller, 1993; Liguori, 1995; Rodríguez *et al.*, 1995; Szasz y Figueroa, 1996). Asimismo, se observa que estas normas sobre el recato corporal y la imposibilidad de denegar las relaciones sexuales a sus parejas producen consecuencias en cuanto a la prevención y tratamiento de las infecciones de las vías reproductivas (Koblinsky, Timyian y Gay, 1993).

La construcción de la identidad femenina en torno a la maternidad presiona hacia la procreación temprana y numerosa, más allá de los deseos personales

y condiciones de vida de los protagonistas y de condiciones de atención a la salud adecuadas para que los eventos procreativos no constituyan eventos de riesgo. A su vez, los mandatos culturales sobre la afirmación de la identidad masculina presionan a los varones hacia comportamientos sexuales que pueden afectar su salud o la de sûs parejas. Entre éstos destacan la creencia en una necesidad sexual o impulso biológico irrefrenable de los varones que requiere ser satisfecho en forma más o menos continua y en cualquier circunstancia, la idea de afirmación de virilidad implícita en el logro de la erección del pene, de la penetración sexual y de las conquistas y proezas sexuales, la asignación de desconocimiento masculino en materia de procreación, la escisión entre erotismo e identidad femenina apta para la vida conyugal y la imprevisión o escisión de la conciencia que requieren los eventos eróticos extraconyugales para poder llevarse a cabo (Bronfman y Minello, 1995; Rodríguez et al., 1995; Díaz, 1997; Paiva, 1996; Barbosa y Uziel, 1996; Castro y Miranda, 1998).

Estas creencias obstaculizan el uso de medidas preventivas de contagio de ETS y, en muchos casos, el uso de anticonceptivos, presionan hacia la diversidad de parejas y de prácticas sexuales penetrativas, avalan la violencia, el abuso y diversos grados de coerción sexual e impiden la previsión de los comportamientos y la conciencia de riesgos para la salud. Las creencias, mitos y experiencias de afirmación de las identidades masculina y femenina en el terreno de la sexualidad son diferentes, complementarias e interactivas y se reafirman mutuamente, de manera que se reitera una relación de asimetría que reproduce relacionalmente los estereotipos de género y los comportamientos de riesgo que resultan de ellos (Rodríguez *et al.*, 1995).

Relaciones de poder, morbilidad y mortalidad

Otra dimensión analítica comprende el análisis de las relaciones de poder que se expresan en las interacciones entre hombres y mujeres. El ejercicio de poder afecta la voluntad de las personas para actuar o dejar de hacerlo, así como la conciencia y la capacidad para tomar decisiones sobre su cuerpo, influyendo de esta manera sobre los cuidados a la salud. En las relaciones intrafamiliares las expresiones de poder que pueden interferir con la salud son las jerarquías de valoración de los miembros del hogar, la resolución violenta de conflictos de intereses y las negociaciones en torno a la actividad sexual y la procreación. En las relaciones y transacciones que se establecen en los servicios de atención a la salud también intervienen las relaciones de género en la interacción entre agentes de salud y pacientes. Otra dimensión de poder que afecta la salud es el ejercicio de la violencia sexual. Destacan la violencia sexual y violencia física y psicológica en el ámbito doméstico. Estas agresiones producen diversos daños directos e indirectos a la salud, tales como lesiones, mutilaciones, homicidios, abortos, traumas emocionales, trastornos psicológicos, estrés crónico, depre-

sión, enfermedades de adaptación, trastornos sexuales, menoscabo de funciones y habilidades y propensión a comportamientos de riesgo debidos a sensaciones de pérdida de control sobre el propio cuerpo y disminución de la autoestima. Los trastornos psicológicos y conductuales pueden ser especialmente frecuentes cuando el agresor es a la vez una persona con quien existen lazos afectivos y de protección (Saucedo, 1996; Heise, 1994; Riquer, Saucedo y Bedolla, 1996; Langer y Lozano, 1998; Gay, 2000). Finalmente, cabe señalar que la violencia suele ser una expresión extrema de la dominación masculina en el ámbito doméstico, existiendo situaciones de servidumbre, dependencia y temor por parte de las mujeres aunque no existan expresiones de violencia física en el hogar, que pueden afectar la autonomía, la capacidad para tomar decisiones y los cuidados a la salud (Castro, 1995; González, 1994).

La dimensión del poder aparece como central en los escasos estudios sobre la cultura sexual masculina. Diversas investigaciones afirman las percepciones, tanto en hombres como en mujeres, de que la iniciativa sobre cuándo y cómo tener relaciones sexuales corresponde al varón en las parejas heterosexuales. Los esfuerzos de dominación y control vinculados con la genitalidad aparecen presentes en prácticas como las bromas, juegos de palabras y contactos corporales en espacios de hombres solos, y el poder aparece como una dimensión importante en las relaciones sexuales conyugales y en los encuentros eróticos ocasionales y las parejas no maritales entre hombres y entre hombres y mujeres. Diversas formas de coerción, violencia y abuso sexual aparecen de manera persistente en los relatos sobre la vida sexual de las personas (Parker, 1991; Bronfman y Minello, 1995; Liguori, 1995b; Díaz, 1997). Al igual que el necesario uso de la sexualidad como recurso entre las mujeres que carecen de opciones alternativas, la necesidad de iniciativa, dominación y control sexual por parte de los varones dificulta la conciencia de riesgo, el uso de medidas preventivas y el control de la procreación, generando consecuencias para la salud (Campbell, 1995).

Un interesante estudio en una zona indígena de México aporta elementos contundentes sobre la forma en que las relaciones genéricas de poder pueden afectar la mortalidad materna. La violencia doméstica y la rígida división de espacios y roles entre hombres y mujeres en un contexto de discriminación étnica aparecen como causas subyacentes a muertes evitables (Freyermuth, 1999). (Véase sobre este tema el trabajo de Cook, 1999.)

Desigualdades sociales de género y mortalidad

Por último, la dimensión correspondiente a las asimetrías o desigualdades sociales de género son las que más se han explorado en su relación con la morbimortalidad femenina. Como parte de este eje analítico, las condiciones estructurales del contexto son las que definen de manera importante la relevancia de las desigualdades de género. Cuando las condiciones socioeconómicas y ambientales definen el pre-

dominio de enfermedades infecciosas y parasitarias en la estructura de las causas de mortalidad, las diferencias en las condiciones de salud entre hombres y mujeres pueden estar más vinculadas con estas desigualdades. Mientras que en aquellos contextos socioeconómicos y ambientales en que predominan las enfermedades crónico-degenerativas, o coexisten con los padecimientos infecciosos, cobran mayor importancia las diferencias de género en los estilos de vida de hombres y mujeres (Langer y Lozano, 1998).

Las desigualdades en el acceso a recursos materiales y simbólicos y a los servicios de salud, las desigualdades en las relaciones de parentesco, autonomía y capacidad para tomar decisiones, las desigualdades en la distribución de tareas y su valoración social diferenciada, el acceso y tipo de acceso a los mercados de trabajo y a la escolaridad y las desigualdades en las normas sobre la sexualidad y la reproducción, definen pautas diferenciadas de salud y mortalidad para hombres y mujeres (Mosley y Chen, 1984; Sai y Nassim, 1989; McArthy y Maine, 1992; Leslie, 1992; Koblinsky, Timyan y Gay, 1993; Stenberg y Wall, 1995; Santow, 1995; Ravelo, 1995; Castro, 1995; Langer y Lozano, 1998; Bronfman y Gómez, 1998; Castro y Bronfman, 1998; Zolla y Carrillo, 1998; Lara, 1998; García, 1999).

La división del trabajo entre los sexos es una construcción genérica que, con variaciones según los contextos, impone a las mujeres el trabajo doméstico y de cuidado de los menores, limita su acceso a recursos económicos y espacios extrahogareños, inhibe en ellas el desarrollo de habilidades y rasgos de personalidad para el trabajo en el mercado y para los logros laborales, limita la demanda de mano de obra femenina en los mercados de trabajo y la restringe a actividades poco valoradas y retribuidas y les impone extensas jornadas de trabajo, que en contextos privados representan excesivo esfuerzo físico (Lara, 1998; García, 1999; Langer y Lozano, 1998; Bronfman y Gómez, 1998; Ravelo, 1995; Sai y Nassim, 1989; Dixon-Mueller, 1993; Strathern, 1992; Sweeting, 1995).

Los efectos en la salud que pueden resultar de una estratificación social desfavorable para las mujeres, en términos de recursos y autonomía son, básicamente, desigualdades en el acceso a nutrientes y presiones sociales hacia patrones reproductivos con abundancia de eventos de riesgo para la salud. También influye la escasa autonomía y capacidad de decisión de las mujeres, y su escasa valoración social, en la capacidad de acceder y utilizar servicios de salud. La combinación de estos factores en contextos de privación socioeconómica —que son aquellos donde la discriminación de género en el acceso a recursos es más marcada— resulta en mayor morbilidad y mortalidad materna y a veces en sobremortalidad femenina (Koblinsky, Timyan y Gay, 1993).

Sin embargo, cuando las condiciones socioeconómicas no son tan desfavorables, ciertas dimensiones de la discriminación de género pueden operar en favor de las mujeres, como el mayor soporte de redes sociales y familiares y su influencia en los cuidados para la salud, o las restricciones a la movilidad

extrahogareña, y la menor exposición de las mujeres a situaciones de violencia física fuera del hogar (Shye *et al.*, 1995; Gay, 2000). A la vez, la idea de fuerza y estoicismo asociada con la virilidad en sectores de bajos ingresos puede influir también en una subutilización de los servicios de salud y mayor exposición a situaciones de violencia por parte de los varones.

c) Género, fecundidad y reproducción

A diferencia de la migración y la mortalidad, la fecundidad ha sido la dimensión del crecimiento demográfico que ha retomado con mayor frecuencia los aportes teóricos de las ciencias sociales. Sin embargo, la incorporación de la perspectiva de género en el análisis de la fecundidad presenta grandes complejidades metodológicas. Resulta paradójico, pues fue a la luz de las condiciones y experiencias de procreación de las mujeres y de las políticas de control de la fecundidad, que surgieron inicialmente las preocupaciones y demandas de los movimientos feministas. A las complejidades teórico-metodológicas que representa la aprehensión de las dimensiones y diversos actores que participan en el comportamiento reproductivo y que van más allá del propio estudio de la fecundidad restringido a las mujeres, deben agregarse las fuertes implicaciones para las políticas públicas que tiene la investigación sobre la fecundidad. En este apartado se exponen las críticas que se han formulado desde el enfoque de género a las teorías demográficas sobre este tema. Se hacen también algunos señalamientos sobre las complejidades metodológicas que representa la incorporación de la categoría de género y el estudio del comportamiento masculino para el análisis de la fecundidad.

Las críticas del enfoque de género a las teorizaciones demográficas sobre la fecundidad

Los enfoques teóricos que han orientado la investigación sociodemográfica sobre la fecundidad y el comportamiento reproductivo, han sido elaborados a partir de diversos esquemas y perspectivas analíticas formuladas por diversas disciplinas de las ciencias sociales (economía, sociología, psicología social, ciencias políticas, geografía, antropología). La demografía desarrolló desde sus inicios sistemas de recuento y de análisis estadístico de grandes agregados de individuos, y con posterioridad fue incorporando poco a poco síntesis organizadas de principios e inferencias de diversas teorías sobre la interrelación de los fenómenos demográficos con la dinámica social. Esta forma de incorporar la teorización social ha dado lugar a que la mayor parte de los supuestos que subyacen a los indicadores y modelos explicativos del comportamiento reproductivo no sean sometidos a una crítica sistemática y continua en la propia investigación demográfica. No obstante hay que reconocer el debate y aportaciones en este tema

desarrollados en América Latina por la Comisión de Población y Desarrollo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) entre 1970 y finales de 1980 (Montalli et al., 1983; Zemelman, 1982; Przeworsky, 1982).

Para diseñar e interpretar los estudios sobre la fecundidad y la anticoncepción se han retomado aspectos parciales del pensamiento en ciencias sociales y son casi nulos los esfuerzos para incorporar elementos de los debates epistemológicos. Los enfoques que más se han recuperado y han sido objeto de un análisis crítico datan de varias décadas atrás. Incluyen la teoría de la modernización, como fundamento sociológico de la teoría de la transición demográfica, y las teorías microeconómicas sobre la toma de decisiones en el hogar. Por ello, se reconoce que la insuficiente recuperación de los avances teóricos de las ciencias sociales para el estudio de la reproducción ha sido cuestionada tanto en el debate sociodemográfico latinoamericano como desde la demografía antropológica, los estudios histórico-demográficos y los estudios de género (Montalli et al., 1983; Saint-Martin, 1983; Tilly, s/a; Secombe, 1983; Greenhalg, 1990; Ginsburg y Rapp, 1991; Riley, 1997; Robinson, 1997; Renne, 1993; García y Oliveira, 1994; Ariza y Oliveira, 2001).

Aunado a los aportes de sociodemógrafos como Caldwell para la comprensión del comportamiento reproductivo en contextos locales rurales de sociedades no industrializados, desde los años ochenta la demografía antropológica ha ganado espacio como una subdisciplina dentro de los estudios demográficos. El aporte antropológico se ha referido principalmente a las dimensiones culturales del comportamiento reproductivo. Este avance ha permitido rescatar no solamente dimensiones metodológico-técnicas, sino que ha significado incorporar el estudio de la cultura, las relaciones de parentesco y las relaciones de género en investigaciones sobre procesos demográficos (Caldwell, s/a; Basu y Aaby, 1998). Al mismo tiempo, en Europa se desarrollaron estudios históricos y demográficos que cuestionaron críticamente los enfoques reduccionistas sobre los determinantes sociales de la fecundidad (Tilly, s/a; Secombe, 1983).

Los estudios de género han dirigido sus críticas principalmente a los modelos explicativos de la fecundidad que se formularon a partir de los llamados "determinantes próximos", como la anticoncepción, la lactancia, la edad a la primera unión marital de las mujeres, la frecuencia del coito, la infertilidad, el aborto, la duración y estabilidad de las uniones y las separaciones temporales (Davis y Blake, s/a; Bongaarts, s/a). Por una parte, han cuestionado que estos modelos excluyeron a la pareja y a las relaciones sexuales, conyugales y familiares (y a las dimensiones de poder y de conflicto implícitas en esas relaciones), centrando el estudio de la fecundidad y la anticoncepción únicamente en las mujeres y en sus procesos individuales de toma de decisión. Por otra parte, los modelos desarrollados para analizar los determinantes de la fecundidad y la anticoncepción con base en encuestas por muestreo asumieron que todas las personas adultas viven o vivieron en parejas estables, que esas parejas mantenían relaciones sexuales

exclusivas y voluntarias durante toda la vida reproductiva y que en esas relaciones monógamas y permanentes ocurría toda la reproducción humana. Con base en estos supuestos simplistas, bastaba obtener información mediante preguntas simples a las mujeres unidas para supuestamente conocer todo el comportamiento reproductivo (Figueroa, 1998; Greene y Biddlecom, 1999).

Las críticas desde los estudios antropológicos con perspectiva de género cuestionan que estos modelos no toman en cuenta la diversidad de posibilidades de encuentros heterosexuales —más allá de la pareja conyugal— ni diversas dimensiones que afectan tanto las posibilidades de tomar decisiones como los procesos de toma de decisión. Entre éstas, mencionan el contexto familiar y cultural, la etapa en la trayectoria de vida, la posición en la familia, la comunicación en la pareja, las relaciones familiares, la coacción, el acceso a ámbitos, redes y recursos distintos a los familiares, los espacios de negociación y transacción, las fantasías y expectativas sobre los deseos de la pareja y la interacción con las instituciones educativas y de salud, con los espacios de consumo y con los medios de comunicación (Samuel, Lerner y Quesnel, 1994; Lerner y Quesnel, 1994; Greene y Biddlecom, 1999; Figueroa, 1998; Mason, 1995; García y Oliveira, 1994).

Estas críticas a los modelos de análisis de la fecundidad y la anticoncepción señalan que la falta de consideración de la perspectiva relacional (entre procesos y actores) tiene que ver con las debilidades teóricas de la demografía, con las características del instrumental metodológico de la disciplina y también con cuestiones ideológicas. Plantean que las teorías y los supuestos de la demografía, utilizados de manera homogénea y acrítica en distintos países, se construyeron a partir de las normas conyugales y morales vigentes en los países industrializados a mediados del siglo XX. Esas normas enfatizaban la exclusividad del protagonismo femenino en la procreación y la crianza y acotaban la reproducción a las mujeres casadas. Estos supuestos no se adaptaban ni a la realidad de los propios países industrializados, ni mucho menos a las complejas realidades familiares, culturales y de relacionamiento sexual de Asia, África y América Latina.[3] Sin embargo, la estructura de la investigación demográfica sobre la fecundidad y la anticoncepción —basada en análisis estadísticos de datos agregados sobre características individuales de las mujeres en edad reproductiva— no permitía que emergieran de manera evidente los contrastes entre los supuestos basados en normas occidentales y las realidades locales. El objetivo de las investigaciones era detectar maneras de incrementar el uso de anticonceptivos por parte de las mujeres. Se partía del supuesto que los varones eran ajenos a las cargas de la re-

3. Las clases medias blancas de Estados Unidos proporcionaron el contexto cultural implícito para las teorías demográficas sobre la fecundidad (Townsend, 1997). Las diferencias con las estructuras familiares de otros contextos fueron ignoradas por largo tiempo. Tanto la teoría de la transición demográfica como los enfoques microeconómicos del "New Household Economics" compartieron los conceptos estereotipados del varón proveedor y la mujer reproductora (Watkins, 1993).

producción, excepto para obstaculizar a sus esposas en el uso de anticonceptivos (Greene y Biddlecom, 1999).

Otro supuesto fue la completa consonancia entre los intereses de hombres y mujeres dentro de la unión conyugal, sin considerar la unión y la procreación mismas como formas de resolución de intereses potencialmente conflictivos. Estas nociones de la pareja conyugal como unidad son particularmente problemáticas en los contextos donde el vínculo entre procreación y matrimonio es más débil, o donde los esposos y las esposas tienen mayor independencia económica entre sí (Lesthaeghe, 1989). La negación de las relaciones, de los intereses diversos, del conflicto y del ejercicio del poder —en las relaciones íntimas y en la sociedad— ha dificultado comprender el sentido de las decisiones reproductivas en diversos contextos (Figueroa, 1998; Greene y Biddlecom, 1999). El modelo occidental sobre la procreación y la crianza es inadecuado en muchos contextos, incluso en los propios países industrializados, pues existe un amplio rango de variación en los patrones de responsabilidad parental y muchos estereotipos sobre la promiscuidad masculina. La falta de información sobre los varones sobreenfatiza, implícitamente, la responsabilidad femenina en el uso de anticonceptivos, el embarazo y la crianza (Lloyd, 1996; Strattern, 1992).

Las críticas al reduccionismo de la teoría de la transición demográfica —que sobresimplificó las causas, el momento y las características de los cambios en la fecundidad sin tomar en cuenta las diversidades culturales— han facilitado el desarrollo de investigaciones que toman en mayor consideración las dimensiones socioculturales del comportamiento reproductivo. Además, la reciente inclusión del enfoque sobre salud reproductiva en las conferencias internacionales sobre población ha propiciado la realización de investigaciones sociales que consideran las diversidades de las identidades y de los comportamientos masculinos y femeninos en distintos entornos culturales (Hodgson, 1983 y 1988; Szreter, 1993; Speizer, 1995; Orubuloye *et al.*, 1992; Rao y Greene, 1993). En este tipo de estudios, lo que interesa para entender el comportamiento reproductivo no es solamente la edad de la mujer al casarse o la duración de la unión, sino también cómo se produce la unión, con quién se une, cuáles son las costumbres sexuales, maritales y procreativas, y los roles asignados a hombres y mujeres en su particular contexto social y cultural, quiénes y cómo se toman las decisiones procreativas y cuáles son los costos sociales y familiares de la manifestación explícita de conflictos de intereses sobre las decisiones reproductivas (Basu, 1996).

Desafíos metodológicos para el estudio de las relaciones de pareja y de la participación de los varones en la reproducción

Se ha aludido con bastante frecuencia que en la exclusión de la dimensión relacional, del conflicto y del papel de los varones en la reproducción adquieren un peso importante las cuestiones metodológico-técnicas. Los textos clásicos

sobre técnicas demográficas proponían no interrogar varones sobre cuestiones de fecundidad y anticoncepción porque los hombres pueden desconocer o negar su propia fecundidad, porque es más fácil encontrar mujeres en los hogares, porque las mujeres recuerdan mejor los eventos reproductivos —incluyendo los interrumpidos— y porque cuando no hay un padre presente los hijos suelen vivir con la madre (Shryock y Siegel, 1976). También se ha encontrado que los hombres declaran que han tenido hijos de sus múltiples encuentros sexuales que nunca han visto (Lerner, entrevistas a hombres en 1991) o bien niegan su paternidad de hijos nacidos fuera de su relación matrimonial formal o de una esposa anterior (Bledsoe, 1981, citado en Bledsoe, Guyer y Lerner, 2000). En la medida que el pensamiento hegemónico en la disciplina reducía el papel de la demografía al análisis estadístico de los eventos, que en el caso de la fecundidad se reduce a describir el número de hijos producidos, la estrategia metodológica de acudir a las declaraciones de las mujeres sobre la fecundidad pareciera ser más precisa y segura (Bachrach *et al.*, 1992; Becker, 1996; Watkins, 1993; Bledsoe, Guyer y Lerner, 2000). Sin embargo, ya sea que se trata tan sólo de cuantificar y describir los resultados de este evento, o bien de construir una explicación al respecto, la incorporación del varón al análisis de la fecundidad es una tarea postergada y sin lugar a dudas indispensable.

En la investigación demográfica clásica sobre fecundidad, la incorporación del varón se dio a través de las experiencias de las mujeres y de la información que ellas proporcionan de sus cónyuges acerca del tamaño de descendencia, de la valoración y preferencias de familias grandes o pequeñas y, en particular, en la participación de ambos en el proceso de decisiones. Enfoque que ha sido criticado no sólo por excluir las propias visiones de los hombres al respecto, sino por restringir la involucración de ellos a algunas de las vivencias más cercanas a la procreación, omitiendo su participación y responsabilidad en otros procesos que son parte del ámbito reproductivo: el proceso de formación familiar, las relaciones y prácticas sexuales con anterioridad y durante su vida conyugal, su involucración en las actividades del hogar y de la familia, su relación y compromiso con su pareja y con sus hijos, así como el significado de la construcción social de la paternidad.

La importancia de este tema, que fue intensamente promovida en la Conferencia Internacional de Población y Desarrollo celebrada en El Cairo, aunado a la incorporación de módulos sobre los varones en las encuestas demográficas y de salud (EDS) han llevado a una mayor proliferación de estudios en el tema que han mostrado el control que los hombres ejercen sobre las decisiones de fecundidad, así como la disparidad entre hombres y mujeres en sus percepciones, deseos y motivos acerca del número de hijos y del uso de anticonceptivos (Orobaton y Guyer, 1994). Sin embargo, se cuestiona que la información derivada de estas fuentes permita visualizar el comportamiento reproductivo de los hombres y las mujeres como resultado de las negociaciones, directas o indirectas, entre ambos actores o

socios responsables de la reproducción a la luz de sus propias trayectorias de vida y de la convergencias de las mismas. En este sentido, en años recientes las perspectivas microeconómicas aplicadas al análisis de la toma de decisiones sobre anticoncepción y procreación han buscado incorporar las dimensiones sociales que acotan las posibilidades de tomar decisiones y han desarrollado modelos sobre las negociaciones y regateos (*bargaining theory*) que se dan en las relaciones familiares y de pareja (Ben-Porath, 1980; Lundberg y Pollack, 1996).

A su vez, como parte de la perspectiva institucional en el estudio del comportamiento reproductivo, se ha centrado la atención en las transacciones que se dan entre las mujeres y los principales ámbitos y actores que ejercen una influencia en el comportamiento reproductivo, como son los cónyuges, los miembros de las familias, de la pareja, la comunidad y, particularmente, los diversos agentes de salud que intervienen en el ámbito reproductivo (Lerner, Quesnel y Yanes, 1994). Entre sus resultados se advierte acerca de las divergencias entre las lógicas, racionalidades, percepciones y necesidades de estos diferentes actores, pero también se evidencia la importancia y complejidad de combinar diversos acercamientos —cuantitativos y cualitativos— y los desafíos que esta perspectiva y estrategia impone a los instrumentales que se utilizan para la producción de datos, categorías e indicadores.

Otra perspectiva, abordada desde el movimiento feminista y las organizaciones civiles, ha impulsado estudios que buscan mejorar la situación familiar y social de las mujeres con respecto a sus derechos reproductivos. Son investigaciones que incorporan la dimensión de género con la perspectiva de resolver problemas sociales (*problem oriented research)*. Muchos de estos estudios incorporan modelos de análisis de negociaciones entre parejas. Algunos de estos estudios también han cuestionados desde la perspectiva académica que se establezcan conclusiones sobre los varones a partir de declaraciones de las mujeres. Se señala que son estudios que asumen estereotipos sobre la masculinidad, y al hacerlo, omiten las visiones de los propios varones sobre sus roles reproductivos, así como sus percepciones sobre los deseos e intenciones de las mujeres. Asimismo, plantean que son estudios que ponen demasiado énfasis —y un énfasis negativo— en las diferencias hombre-mujer, sin tomar en cuenta las diversidades de los hombres entre sí y de las mujeres entre sí. Señalan que no toman suficientemente en cuenta los grupos y clases sociales, las generaciones, la escolaridad, el contexto sociocultural ni la etapa en la trayectoria de vida. En general, se dice que son estudios que omiten los condicionamientos sociales estructurales sobre las relaciones de género, como las características de los mercados de trabajo, los cambios en los niveles salariales, el desempleo o las políticas de salud. Los comportamientos masculinos se reducen en forma simplista al rol de oponentes o no oponentes de los intereses de las mujeres, sin tomar en cuenta la construcción sociocultural de los comportamientos y de los deseos de ambos (Greene y Biddlecom, 1999).

Las revisiones críticas del abordaje de género sobre el comportamiento reproductivo plantean la necesidad de abordar las relaciones y transacciones entre hombres y mujeres comprendiendo las motivaciones y experiencias individuales de cada uno de ellos. Se trata de estudiar, por ejemplo, los grados de compromiso personal hacia la maternidad o la paternidad —medidos a través de la dedicación de tiempo, la afectividad, la participación en las tareas de la crianza o el aporte de recursos monetarios— o las expectativas sobre ser padre o ser madre, o las circunstancias que los transforman en padres o en madres, lo que invierten en sus hijos y los beneficios que les reporta ser padres o ser madres. Se propone que en el actual contexto de cambios dramáticos en el comportamiento reproductivo y la formación de familias, para explicar la fecundidad y la anticoncepción es necesario comprender los costos, beneficios y circunstancias de la procreación para diferentes conjuntos de hombres y de mujeres, como individuos y como grupo. Sin duda, se trata de propuestas que representan grandes desafíos metodológicos.

A manera de síntesis

En síntesis, la construcción social del género constituye una dimensión relacional cuya influencia en las migraciones, en la morbilidad y la mortalidad, en la fecundidad y en el comportamiento reproductivo, debe buscarse no solamente en las condiciones socioeconómicas de las mujeres, sino también en la esfera cultural, en los comportamientos y su significado, en las relaciones entre ambos sexos y en la experiencia subjetiva tanto de varones como de mujeres. La simbolización cultural de la diferencia sexual y las desigualdades de género se articulan con otras construcciones, relaciones y desigualdades sociales, particularmente con las relaciones entre clases sociales y grupos étnicos diferentes. También introducen matices en las relaciones de género otras dimensiones, como la generación de pertenencia, la etapa en la trayectoria de vida, la escolaridad y la posición en la familia, así como la presencia o ausencia de redes sociales y familiares. Las articulaciones entre desigualdad de género y otras formas de desigualdad social, y entre poder de género y otras relaciones de poder son tan complejas que cualquier intento de considerar las interrelaciones entre género y los fenómenos demográficos requiere la concreción del contexto espacial, temporal, histórico, sociocultural y de experiencias subjetivas en que ocurren esas relaciones.

Lo anterior plantea la necesidad de nuevas orientaciones y esfuerzos de carácter metodológico en el quehacer demográfico, no exentos de complejidades. No sólo se trata de la construcción de indicadores y variables que se aproximen a las categorías analíticas que se privilegien, sino de la producción y generación de información bajo diferentes perspectivas y acercamientos metodológicos. Sin

duda el camino por recorrer producirá nuevas estrategias para analizar, comprender e interpretar los fenómenos de la dinámica demográfica.

Una de las estrategias por desarrollar es la superación de los análisis que se centran exclusivamente en las conductas de agregados de individuos y que buscan explicaciones causales en variables individuales que determinan o intervienen en sus comportamientos. Se trata de incorporar el análisis de las relaciones sociales, de las instituciones, de las construcciones culturales y de los intercambios entre actores diversos con intereses potencialmente conflictivos.

Para enriquecer los estudios sincrónicos con preguntas retrospectivas una alternativa para observar transformaciones es la comparación de cohortes sucesivas. Los estudios de género requieren reconstruir los procesos históricos y las construcciones culturales en las que adquieren sentido los comportamientos y representaciones individuales. Consideramos que este tipo de complementariedad teórico-metodológica puede contribuir al enriquecimiento de la investigación demográfica. Sin embargo, no se trata de una propuesta sencilla, puesto que la categoría de género requiere desarrollar indicadores que den cuenta de sistemas complejos y multidimensionales que varían al articularse con otras dimensiones de desigualdad social y según la esfera institucional de que se trate y las etapas en la trayectoria de vida de las personas. Para remontar estas dificultades teórico-metodológicas, la investigación sociodemográfica que incorpora una visión de género ha intentado diversos caminos, destacando la descomposición de las construcciones de género en subcomponentes tales como la autonomía, las identidades y las relaciones de poder. Otro camino ha sido identificar las rutas a través de las cuales las construcciones de género pueden influir sobre los comportamientos demográficos, así como los estudios comparativos entre culturas y entre grupos sociales distintos.

En esta breve revisión de las reflexiones sobre la incorporación de la categoría de género en el análisis de las variables que definen la dinámica demográfica aparecen como obstáculos principales las debilidades teóricas de la demografía y las características de su instrumental metodológico. La demografía no tiene un desarrollo teórico único y característico de la disciplina, sino que ha ido incorporando selectivamente algunas síntesis organizadas de principios e inferencias de diversas teorías de las ciencias sociales. Esta forma de incorporar la teoría ha dado lugar a que los supuestos que subyacen a los indicadores y modelos explicativos de la dinámica demográfica no sean sometidos a una crítica sistemática y continua. Se retoman aspectos parciales del pensamiento en ciencias sociales y no se incorporan los debates epistemológicos más recientes. Algunos enfoques sociales que todavía se utilizan en la explicación del comportamiento demográfico fueron superados hace varias décadas en otras disciplinas de las ciencias sociales. El enfoque del construccionismo social, la perspectiva del análisis institucional y las teorías sociológicas y antropológicas sobre el orden simbólico y cultural, las relaciones entre actores sociales y la subjetividad en las que se inscribe teóricamente la categoría

de género difícilmente se pueden articular con el reduccionismo de la teoría de la transición demográfica, con las formulaciones instrumentales sobre variables intermedias o con los esquemas micro-económicos sobre toma de decisiones. Una propuesta teórico-metodológica para la incorporación de la dimensión de género en el análisis de la dinámica demográfica demandaría una actualización de la reflexión crítica sobre el bagaje teórico y los supuestos epistemológicos que subyacen al campo disciplinario.

Bibliografía

Ariza, M., y O. de Oliveira (1996) "Acerca de la condición femenina: propuesta de un marco analítico", manuscrito. México: El Colegio de México.

—— (1999) "Género y clase como ejes de inequidad: una mirada metodológica", mimeo.

Barbosa, R., y W. Uziel (1996) "Gender and Power: Sexual Negotiation in time of AIDS", ponencia presentada en *International Conference on Reconceiving Sexuality: International Perspectives on Gender, Sexuality and Sexual Health*, abril 14-17, Río de Janeiro.

Basu, A. (1992) *Culture, the Status of Women and Demographic Behavior: Illustrated with the Case of India.* Oxford: Clarenton Press.

Bledsoe, C., S. Lerner, y J. Guyer (eds.) (2000) *Fertility and the Male Life-Cycle in the Era of Fertility Decline.* Oxford: University Press.

—— (2000) "Introduction", en C. Bledsoe, S. Lerner y J. Guyer (eds.), *Fertility and the Male Life-Cycle in the Era of Fertility Decline.* Oxford: University Press.

Bronfman, M., y H. Gómez (1998) "La condición de la mujer y la salud infantil", en J. G. Figueroa (comp.), *La condición de la mujer en el espacio de la salud.* México: El Colegio de México, pp. 89-126.

——, y N. Minello (1995) "Hábitos sexuales de los migrantes temporales mexicanos a los Estados Unidos. Prácticas de riesgo para la infección por VIH", en M. Bronfman (ed.), *SIDA en México. Migración, adolescencia y género.* México: Información Profesional Especializada, pp. 3-89.

Campbell, C. (1995) "Male Gender Roles and Sexuality: Implications for Women's AIDS Risk and Prevention", en *Social, Science and Medicine*, vol. 41, núm. 2, Gran Bretaña, pp. 197-210.

Castro, R. (1995) "The Subjective Experience of Health and Illness in Ocuituco: A Case Study", en *Social, Science and Medicine*, vol. 41, núm. 7, Gran Bretaña, pp. 1005-1021.

——, y M. Bronfman (1998) "Teoría feminista y sociología médica: Bases para una discusión", en J. G. Figueroa (comp.), *La condición de la mujer en el espacio de la salud.* México: El Colegio de México, pp. 205-238.

——, y C. Miranda (1998) "La reproducción y la anticoncepción desde el punto de vista de los varones. Algunos hallazgos de una investigación en Ocuituco, Morelos" en S.

Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción.* México: El Colegio de México, pp. 223-244.

Cervantes, A. (1992) "Entretejiendo consensos: reflexiones sobre la dimensión social de la identidad de género de la mujer", mimeo.

Coleman, D. (1998) "Tendencias de la fecundidad masculina en los países industrializados: teorías en busca de alguna evidencia", en S. Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción.* México: El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 59-99.

Cook, R. (1999) "The Human Rights Dimensions of Maternal Mortality", *Gender in Population Studies,* Serie editada por A. Pinnelli. Lieja: IUSSP.

De Keijzer, B. (1995) "El hombre como factor de riesgo", ponencia presentada en la *V Reunión Nacional sobre la investigación demográfica en México.* México: El Colegio de México, junio 5 al 9.

De Barbieri, T. (1992) "Sobre la categoría de género: una introducción teórico-metodológica", *Revista Latinoamericana de Sociología*, año VI, núms. 2-3, pp. 147-178.

Díaz, R. (en prensa) "Latino gay men and the psycho-cultural barriers to AIDS prevention", en M. Levine, J. Gagnon y P. Nardi (eds.), *A Plague of Our Own: The impact of the AIDS epidemic on gay men and lesbians.* Chicago: University of Chicago Press.

Dixon-Müller, R. (1993) "The Sexuality Connection in Reproductive Health", en *Studies in Family Planning*, vol. 24, núm. 5, pp. 269-281.

—— (2001) "Female Empowerment and Demographic Processes: Moving beyond Cairo", en *Contributions to Gender Research.* Bélgica: IUSSP, pp. 89-108.

—— (2001a) "Gender Inequalities and Reproductive Health: Changing Priorities in an Era of Social Transformation and Globalization", en *Contributions to Gender Research.* Bélgica: IUSSP.

Echarri, C. J. (1999) "Salud materno-infantil y condición de la mujer", en B. García (coord.), *Mujer, género y población en México.* México: El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 103-166.

Federici, N., K. O. Mason, y S. Sogner (eds.) *Women's Position and Demographic Change.* Oxford: Clarendon Press.

Figueroa, J. G. (1998) "La presencia de los varones en los procesos reproductivos: algunas reflexiones" en S. Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción.* México: El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 163-193.

—— (1999) "Fecundidad, anticoncepción y derechos reproductivos", en B. García (coord.), *Mujer, género y población en México.* México: El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 61- 102.

García, B. (coord.) (1999) *Mujer, género y población en México.* México: El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía.

—— (en prensa) "Comentarios al trabajo: Investigación sobre trabajo femenino y salud: Avances y propuestas", en J. G. Figueroa (comp.), *La condición de la mujer en el espacio de la salud.* México: El Colegio de México,

——, R. M. Camarena, y G. Salas (1999) "Mujeres y relaciones de género en los estudios de población", en *Mujer, género y población en México.* México: El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 19-60.

Gay, D. (1997) "Las muertes por homicidio en el Distrito Federal: un abordaje desde el enfoque de género", proyecto de tesis de doctorado en Población. México: El Colegio de México.

George, A. (1996) "Gender, Sexuality and HIV/AIDS: Reflections from India", ponencia presentada en *International Conference on Reconceiving Sexuality: International Perspectives on Gender, Sexuality and Sexual Health*, 14-17 de abril, Río de Janeiro, Brasil.

González, S. (1994) "La maternidad en la construcción de la identidad femenina. Una experiencia de investigación participativa con mujeres rurales", en Vania Salles y Elsie McPhail (coords.), *Nuevos textos y renovados pretextos.* México: El Colegio de México, pp. 147-173.

Greene, M., y A. Biddlecom (1998) "Absent and Problematic Men: Demographic Accounts of Male Reproductive Roles", IUSSP Seminar on Men, Family Formation and Reproduction.

Guyer, J. (1998) "Las tradiciones en el estudio de la paternidad en la antropología social", en S. Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción. Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación.* México: El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 99-136.

Figueroa, J. G. (1998) "Fecundidad en el ciclo de vida masculino: apuntes sobre algunos temas para discusión", en S. Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción. Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación.* México: El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 47-58.

Heise, R. (1994) *Violencia contra la mujer: la carga oculta sobre la salud.* Washington, DC: Organización Panamericana de la Salud.

Hertrich, V., y T. Locoh (1999) "Rapports de genre, formation et dissolution des unions dans les pays en developpement", en *Gender in Population Studies,* Serie editada por A. Pinnelli. Lieja: IUSSP.

Hill, K., y D. M. Upchurch (1995) "Gender differences in child health: Evidence from the Demographic and Health Surveys", *Population and Development Review,* núm. 21, pp. 127-151.

IUSSP (2001) *Contributions to Gender Research.* Bélgica: IUSSP.

Jejeebhoy, S. J. (1991) "Women's status and fertility: Successive cross-sectional evidence from Tamil Nadu, India, 1970-80", *Studies in Family Planning*, núm. 22, pp. 217-230.

—— (1999) *Women's Education, Autonomy and Reproductive Behavior: Experience from Developing Countries.* Oxford: Clarendon Press.

Kabber, N. (1998) "Gender, demographic transition and the economic of family: population policy and human center development", ponencia presentada en el taller sobre Population Poverty and Environment, Roma.

—— (1998a) *Realidades trastocadas. Las jerarquías de género en el pensamiento del desarrollo.* México: Paidós/UNAM.

Khan, M. E., R. Anker, S. K. Gosh Dastidar, y S. Bairathi (1989) "Inequalities between men and women in nutrition and family services: An in-depth enquiry in an Indian village", en J. Caldwell y G. Santow (eds.), *Selected Readings in the Cultural, Social and Behavioral Determinants of Health.* Canberra: Australian National University/ Health Transition Centre.

Koblinsky, J., y G. Jill (eds.) (1993) *The Health of Women: A Global perspective.* Boulder: Westwiew

Lagarde, M. (1990) *El cautiverio de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Lamas, M. (1986) "La antropología feminista y la categoría de género", en *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30, México, pp. 146-187.

—— (1996) "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género", en M. Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual.* México: Miguel Ángel Porrúa/Programa Universitario de Estudios de Género de la Universidad Nacional Autónoma de México (PUEG-UNAM), pp. 327-366.

Langer, A., y R. Lozano (en prensa) "Condición de la mujer y salud", en J. G. Figueroa (comp.), *La condición de la mujer en el espacio de la salud.* México: El Colegio de México.

Lara, A. (en prensa) "Investigación sobre trabajo femenino y salud: Avances y propuestas", en J. G. Figueroa (comp.), *La condición de la mujer en el espacio de la salud.* México: El Colegio de México.

Lara, Ma. A., y N. Salgado (1994) "Mujer, pobreza y salud mental" en Alatorre *et al.*, *Las mujeres en la pobreza*, Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza (GIMTRAP). México: El Colegio de México.

Lassonde, Louise (1997) *Los desafíos de la demografía. ¿Qué calidad de vida habrá en el siglo XXI?* México: FCE/UNAM.

Lerner, S. (ed.) (1998) *Varones, sexualidad y reproducción. Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación.* México: El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía.

—— (1998) "Participación del varón en el proceso reproductivo: recuento de perspectivas analíticas y hallazgos de investigación", en S. Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción. Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación.* México: El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 9-46.

——, y A. Quesnel (1994) "Instituciones y reproducción: hacia una interpretación del papel de las instituciones de salud en la regulación de la fecundidad en México", en F. Alba y G. Cabrera (coords.), *La población en el desarrollo contemporáneo de México.* México: El Colegio de México, pp. 85-117.

——, A. Quesnel, y M. Yanes (1994) "La pluralidad de trayectorias reproductivas y las transacciones institucionales", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 9, núm. 3, pp. 543-578.

——, y M. Yanes (1994) "Elementos para una interpretación de los cambios de la fecundidad rural mexicana y de las nuevas trayectorias reproductivas", en T. Lartigue y H. Ávila (comps.), *Sexualidad y reproducción humana en México.* México: Universidad Iberoamericana/Plaza y Valdés, vol. II, pp. 121-148.

Liguori, A. L. (1995a) "Las mujeres y el SIDA en México", ponencia presentada en la *V Reunión Nacional sobre investigación demográfica en México.* México: El Colegio de México, junio 5 al 9.

—— (1995b) "Las investigaciones sobre bisexualidad en México", en *Debate Feminista*, vol. 6, núm. 11, pp. 132-156.

Lim, Lin Lean (1993) "Effects of women's position on the migration", en N. Federivi, K. O. Mason y S. Sogner (eds.), *Women's Position and Demographic Change.* Oxford: Clarendon Press, pp. 225-242.

Martínez, C. (en prensa) "Cinco notas en torno a la investigación sobre condición de la mujer y salud", en J. G. Figueroa (comp.), *La condición de la mujer en el espacio de la salud.* México: El Colegio de México.

Mason, K. O. (1995) *Gender and Demographic Change: What Do We Know?* Lieja: IUSSP.

—— (1993) "The Impact of Women's Position on Demographic Change During the Course of Development", en N. Fereci, K. O. Mason y Sogner Solvi (comps.), *Women's Position and Demographic Change.* Oxford: IUSSP/Oxford University Press, pp. 19-42.

—— (1987) "The impact of women's social position on fertility in developing countries", *Sociological Forum,* núm. 2, pp. 718-745.

—— (1986) "The status of women: Conceptual and methodological issues in demographic studies", *Sociological Forum,* núm.1, pp. 284-300.

—— (1984) *The Status of Women. A review of its Relationship to Fertility and Mortality.* Nueva York: The Rockefeller Foundation.

McCarthy, J., y D. Maine (1992) "A Framework for Analyzing the Determinants of Maternal Mortality", en *Studies in Family Planning,* vol. 23, núm. 1, pp. 23-33.

Mosley, H., y L. Chen (1984) "An Analytical Framework for the Study of Child Survival in Developing Countries", en *Population and Development Review,* Suplemento, vol. 10, pp. 25-45.

Paiva, V. (1996) "The Sexual Subject: Societal Vulnerability, Gender and Empowerment", ponencia presentada en la conferencia *International Conference on Reconceiving Sexuality: International Perspectives on Gender, Sexuality and Sexual Health,* 14 al 17 de abril, Río de Janeiro.

Pedraza, S. (1991) "Women and migration: The Social consequences of gender", *Annual Review of Sociology,* núm. 17, pp. 305-325.

Presser, H. (2000) "Bringing gender in: demography, feminism and the Science Policy Nexus", mimeo.

Ravelo, P. (1995) "Género y salud femenina: Una revisión de las investigaciones en México", en S. González (comp.), *Las mujeres y la salud.* México: El Colegio de México.

Riquer, F., I. Saucedo, y P. Bedolla (en prensa) "Violencia hacia la mujer. Un asunto de salud pública", en A. Langer (comp.), *La salud de la mujer mexicana.* México: Consejo Nacional de Población.

Rivas, M. (en prensa) "Valores, creencias y significados de la sexualidad femenina. Una reflexión indispensable para la comprensión de las prácticas sexuales", en I. Szasz y S. Lerner, *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales.* México: El Colegio de México.

Rodríguez *et al.* (1995) "Mitos y dilemas de los jóvenes en tiempos de SIDA", en M. Bronfman (ed.), *SIDA en México. Migración, adolescencia y género.* México: Información Profesional Especializada, pp. 93-199.

Rubin, G. (1986) "El tráfico de las mujeres: notas sobre la economía política del sexo", en *Nueva Antropología,* vol. VIII, núm. 30, México, pp. 95-145.

Sai, F., y J. Nassim (1989) "The Need for a Reproductive Health Approach", en *International Journal of Gynecology and Obstetrics,* Suplemento, núm. 3, pp. 103-113.

Samuel, O., S. Lerner, y A. Quesnel (1994) "Hacia un enfoque demoantropológico de la nupcialidad y su relación con nuevos esquemas de procreación: reflexiones a partir de un estudio realizado en la zona de influencia del Ingenio de Zacatepec, Morelos", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 9, núm. 1, pp. 71-103.

Santow, G. (1995) "Social Roles and Physical Health: The case of Female Disadvantage in Poor Countries", en *Social, Science and Medicine*, vol. 40, núm. 2, Gran Bretaña, pp. 147-161.

Saucedo, I. (1996) "Mujer y violencia. Entorno familiar y social", en M. García y A. Pulido (comps.), *Humanismo, mujer, familia y sociedad.* México: Sociedad Pro-valores humanos/Instituto Nacional de la Nutrición Salvador Zubirán/Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer de El Colegio de México.

Strathern, M. (1992) *Reproducing the future. Anthropology, Kinship and the New Reproductive Technologies.* Nueva York: Routledge.

Stemberg, B., y S. Wall (1995) "Why do women report 'sick building symptoms' more often than men?", en *Social Science and Medicine*, vol. 41, núm. 4, Gran Bretaña, pp. 491-502.

Sweeting, H. (1995) "Reversals of Fortune? Sex Differences in Health Childhood and Adolescence", en *Social Science and Medicine*, vol. 40, núm. 1, Gran Bretaña, pp. 77-90.

Szasz, I. (1996) "Separating sexual intercourse and reproduction. Reflections from a study of a rural context in Mexico", ponencia presentada en la conferencia *International Conference on Reconceiving Sexuality: International Perspectives on Gender, Sexuality and Sexual Health*, 14 al 17 de abril, Río de Janeiro.

—— (1999) "La perspectiva de género en el estudio de la migración femenina", en B. García (coord.), *Mujer, género y población en México.* México: El Colegio de México/ Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 167- 210.

——, y J. G. Figueroa (1997) "Sexuality, Gender Relations and Female Empowerment", ponencia presentada en el seminario *Female Empowerment and Demographic Processes: Moving Beyond Cairo,* Lund, Suecia, 21 al 24 de abril.

Thomas, V. (1994) "Using feminist and Social Structural Analysis to Focus on the Health of Poor Women", en *Women and Health*, vol. 22, núm. 1.

Verbrugge, L. (1989) "The Twain Meet: Empirical Explanations of Sex Differences in Health and Mortality", en *Journal of Health and Social Behavior*, núm. 30, pp. 282-304.

Zalduondo, B., M. Hernández, y P. Uribe (1991) "Intervention Research Needs for AIDS Prevention among Commercial Sex Workers and their Clients", en L. Chen, *AIDS and Women's Reproductive Health.* Nueva York: Plenum Press, pp. 165-178.

Zolla, C., y A. M. Carrillo (en prensa) "Mujeres, saberes médicos e institucionalización", en J. G. Figueroa (comp.), *La condición de la mujer en el espacio de la salud.* México: El Colegio de México.

TERCERA PARTE
Comentarios y reflexiones adicionales

8

La demografía latinoamericana en el nuevo siglo

José Miguel Guzmán[1]

> There is nothing inherently wrong with being small, and the field [of demography] display a refreshing modesty in contrast to several other fields that claim royal status among the social sciences.
>
> Samuel Preston, *Where is U.S. Demography Headed?*, 1997.

El contexto actual: ¿El fin de la demografía?

En el Seminario de la Sociedad Mexicana de Demografía realizado en la Ciudad de México entre el 31 de julio y el 4 de agosto de 2000, me atreví a decir, con espíritu de provocación, si acaso no debíamos hablar del fin de la demografía, en el mismo sentido en que se habló del fin de la historia. En esta oportunidad, aprovechando la revisión de los documentos presentados en la sesión que me tocó comentar y que ahora forman parte de este libro, quiero extenderme sobre el tema con la intención de analizar, con un poco más de profundidad, el momento en que se encuentra la disciplina de la demografía en la actualidad, especialmente en nuestra región,[2] tratando de reflexionar acerca de los nuevos vientos que soplan y de la medida en que éstos nos permitirán darle a nuestra disciplina un renovado impulso.

La hipótesis de base sobre la que se sustenta este análisis es que estamos en un momento de grandes cambios en nuestra disciplina, un punto de inflexión

---

1. El autor agradece los valiosos comentarios de Dalia Romero a la versión original de este documento.

2. He incursionado previamente en este tema tratando de determinar los avances de nuestra disciplina en la región, en algunas áreas específicas (véase Guzmán, 1989, 1995 y 1998).

único. Su origen se sitúa en la erosión de las bases sobre las que se desarrolló nuestra disciplina. De hecho, vivimos ahora una época en que empiezan a esfumarse las grandes cruzadas creadas por el miedo a una explosión demográfica; un miedo que, cual fantasma en desbandada, va siendo sustituido por una nueva dinámica, en la que los cambios demográficos actuales y los que se avecinan (por ejemplo envejecimiento, posible implosión demográfica en países desarrollados, fuertes corrientes migratorias internacionales) no logran (aún) provocar, ni en los países donantes ni en los que reciben la ayuda internacional, el impacto que causaba ver la curva de población de países subdesarrollados subir exponencialmente. Por tanto, vivimos un contexto en el que la disciplina tendrá que crecer y valerse por sí misma, sin contar ya con el fuerte sostén de los cuantiosos recursos internacionales que inyectaron dinamismo a su surgimiento y desarrollo, pero que ya van disminuyendo e incluso, en algunos casos, desapareciendo.

Vivimos una nueva realidad en donde los márgenes de acción de las políticas de población se complejizan. Los nuevos retos, muchos de ellos ratificados en las recientes conferencias, especialmente en la Conferencia de El Cairo, han ido desplazando el eje de las urgencias y de las prioridades hacia otros rumbos. Ya no basta con decir que abatir la fecundidad sirve para apoyar al desarrollo. En este nuevo contexto, para Lassonde (1997) la problemática malthusiana ya no permite apreciar los nuevos desafíos de la demografía que, según la autora, estarían en el campo de lo cualitativo y de lo normativo, es decir de lo ético. ¿Es éste realmente el único camino posible para nuestra disciplina?

Resulta paradójico que este contexto aparentemente poco prometedor para la demografía se produzca en un momento en que la dinámica demográfica actual y la que parece avecinase está cargada de desafíos e interrogantes. Por ejemplo, los desafíos individuales, familiares y sociales que plantean los procesos de envejecimiento poblacional; la enorme presión migratoria que generan los cambios económicos propios de la era de la información en un contexto de ubicación diferencial de países pobres y ricos en los procesos de transición demográfica; la fuerza con que el ejercicio de los derechos, en todos los campos, incluyendo el de la reproducción y el de la sexualidad, es de más en más reivindicado como base para las estrategias de desarrollo; el cambio en la posición y rol de las mujeres en la familia y la sociedad, unido al redimensionamiento, acotamiento y puesta a prueba de la construcción de la masculinidad; la creciente capacidad para manejar la biología misma de nuestras vidas. Estos procesos exigen nuevas orientaciones, nuevos instrumentos y una renovada manera de pensar la demografía, sin que ello implique que deba perder su núcleo básico que le da identidad y le sirve de base para su desarrollo futuro.

A partir de los comentarios a los documentos aquí presentados y del análisis que sigue, surge una invitación a repensar el contexto actual en que se encuentra la demografía y continuar avanzando hacia su fortalecimiento. A mi entender, ello exige lograr un balance entre lo que sería, por una parte, restablecer el estu-

dio de la dinámica demográfica a secas como único foco, por un lado y, por otro, provocar una excesiva dilución de nuestro campo de estudio más allá de sus viejas o nuevas fronteras. Para ello, me parece necesario que, más que nunca, la demografía inserte su quehacer en el centro mismo de la turbulencia científica, social, cultural y económica que tenemos la oportunidad de experimentar, dando prioridad a los procesos de síntesis[3] y de integración y al fortalecimiento de su rol predictivo, mediante un mejor conocimiento y manejo de relaciones entre lo micro y lo macro, entre lo cualitativo y lo cuantitativo. A través de su desarrollo, la demografía ha mostrado una gran flexibilidad y amplitud para aprovechar las herramientas de otras disciplinas y, por ello, es de esperarse que lo siga haciendo en el futuro.

Retomaremos esta discusión más adelante, después de analizar el aporte de los documentos presentados en este libro.

El aporte de los documentos presentados

Los documentos presentados constituyen reflexiones típicas de un proceso de transición y, por esa razón, se trata de trabajos que no necesariamente ofrecen respuestas y/o propuestas definitivas de cómo debe abordarse el quehacer de la demografía, pero nos incitan a hacerlo desde el cuestionamiento de la base misma de la investigación. En otras palabras, nos muestran, desde la crítica teórica, los bordes, tal vez aún borrosos, de ese ámbito de la práctica de investigación en demografía que debemos encarar.

Los documentos hacen aportes en dos áreas que podríamos llamar de metodológica-instrumental y sustantiva-metodológica. En la primera se sitúan los trabajos de Fernando Cortés, Rocío Guadarrama y Vania Salles, en tanto que en la segunda están los documentos de Ivonne Szasz y Susana Lerner y el documento de Alejandro Canales.

El documento de Fernando Cortés: "Algunos aspectos de la controversia entre la investigación cualitativa y cuantitativa" apunta sus dardos a uno de los temas más candentes de la investigación social de las últimas décadas: la investigación cualitativa y la cuantitativa como la mejor manera de aproximarse y aprehender la realidad social. El documento empieza con una excelente discusión acerca de cómo ha evolucionado el empirismo lógico hacia el paradigma post-positivista llevando a una situación en la cual se vuelve muy tenue la barrera que lo separa del paradigma constructivista/naturalista. A pesar de la importancia de esta discusión, me parece que su inclusión en el documento no es aprovechada para dar fuerza a los argumentos que siguen en la discusión central del documento que recién aparece al final de su artículo. En éste se analizan las

3. No creo que esta síntesis esté *ad portas,* pero sí creo que debe avanzarse en su construcción.

similitudes y áreas de acuerdo y desacuerdo entre las metodologías cuantitativa y cualitativa que pueden considerarse como banderas blancas que levanta el autor, en un terreno que al parecer ha tenido mucho más de confrontación que de colaboración transdisciplinaria.

Los aportes del documento van en el sentido de mostrar que son más subjetivas que objetivas las pretendidas diferencias entre ambos enfoques. Para ello analiza algunos de los elementos que son clave en esta distinción. En primer lugar, el lenguaje de medición. De acuerdo con el autor, la escala de medida (ordinal, nominal, de intervalos, de razón) puede ser usada en cualquiera de los dos enfoques. Lo cualitativo puede convertirse en medida cuantitativa y viceversa.

En segundo lugar, respecto de los instrumentos de recopilación señala que éstos suelen estar ligados a cada uno de estos enfoques. La elección de uno u otro procedimiento, según el autor, debe sólo depender de criterios de confiabilidad (saturación) y de validez (triangulación) de las medidas. De hecho, en ambos enfoques los resultados pueden terminar siendo resumidos en una matriz de datos. Se admite, sin embargo, que ambos enfoques pueden diferenciarse por el uso de paquetes computacionales distintos, unos basados en análisis estadístico y otros en operaciones tomadas de la lógica. Para el autor, incluso esta supuesta diferencia puede ser superada y, por tanto, sería posible usar el análisis estadístico en los estudios cualitativos, por el avance no sólo al nivel de la estadística sino también en los programas computacionales para el análisis de variables no métricas.

En tercer lugar está el concepto de aleatoriedad. De acuerdo con el autor, no sería válido el argumento en contra de la investigación cualitativa de que ésta se basa en muestras intencionales y por lo tanto no permitiría un análisis estadístico de las bases de datos generadas a través de este enfoque. Considero que efectivamente no hay impedimento para usar la estadística con datos cualitativos, pero el argumento usado por el autor de que los análisis estadísticos de estudios cuantitativos están también afectados por efectos aleatorios, y que incluso los datos censales están sujetos a variaciones aleatorias y que por lo tanto tampoco pueden ser considerados representaciones fieles de la realidad, no parece agregar ningún antecedente adicional que nos lleve a equiparar los resultados en ambos enfoques. La generalización que hace el autor en el sentido de que nada garantiza que las generalizaciones que proporciona el muestreo estadístico sean más precisas que las de la investigación cualitativa no parece completamente adecuada. En fin, no creo que deba sobrestimarse el enfoque cualitativo subestimando el cuantitativo, sino más bien de encontrar los caminos de complementariedad entre ambos. En suma, el documento muestra que los enfoques cualitativo y cuantitativo tienen áreas en común que deben ser aprovechadas.

En esta misma línea de trabajo, Rocío Guadarrama incursiona en el estudio de los avances en las metodologías de análisis cualitativo de la información so-

cial con su documento "Las paradojas actuales de la investigación cualitativa". Su invitación a reflexionar acerca de la construcción del conocimiento en ciencias sociales parece relevante a la luz de los avances en la utilización de paquetes *software* para la decodificación y análisis textuales que surgen de instrumentos tales como historias de vida, encuestas en profundidad. Para la autora, se trata de evitar el nuevo "pragmatismo tecnológico" y su reduccionismo. Su preocupación está centrada por tanto en el rol de los conceptos en la relación teoría-datos en este nuevo marco de uso de la tecnología informática para el análisis de contenidos textuales basados en la denominada 'teoría de base" (*grounded theory)*. La autora considera que el avance en los programas computacionales es importante en el proceso de codificar-desplegar datos, pero en sí no asegura la construcción de teoría. Para ello, es preciso considerar ciertas condiciones fundamentales que la autora precisa.

Se trata de un excelente documento, tal vez aún inicial, que presenta un estado del arte en esta materia y da pautas de los aspectos clave que sustentan la investigación cualitativa y la construcción de conocimientos a partir de una estrategia metodológica basada en este enfoque. Más allá de esta base común para la discusión teórica que desarrolla la autora, se echa de menos la especificidad del análisis interpretativo en temas específicos del campo de población. Pienso, por ejemplo, en cuáles serían las especificidades en el estudio de temas como las relaciones de género y sus efectos en la violencia sexual contra la mujer, o los factores asociados con la emigración, la forma en que se vive el envejecimiento y su impacto en las condiciones de morbilidad y mortalidad.

En otra área también metodológica de gran trascendencia para la discusión epistemológica en demografía, se sitúa el documento "De lo micro a lo macro: Acercamientos al debate y una ilustración con base en la investigación sobre familias y hogares". En este documento, Vania Salles irrumpe en un ámbito teórico de gran trascendencia para la práctica de la investigación en demografía, que es el debate entre lo micro y lo macro. La trascendencia de este tema, sobre el cual la autora muestra los avances y retrocesos de su desarrollo, está en que la interpretación de los fenómenos demográficos a nivel agregado sólo puede ser entendida como el resultado de la interacción entre las conductas y comportamientos a nivel micro y sus resultados a nivel macro (Chasteland y Russel, 1997; Caselli, 1997).

Sin embargo, en la parte práctica de su trabajo, que se relaciona con las familias y los hogares, el documento deja aún muchas dudas pendientes. La autora no hace referencia a lo global y lo local, como ámbito de la relación macro y micro, lo que sí es retomado por Alejandro Canales en el trabajo que comentamos más adelante.

Ivonne Szasz y Susana Lerner presentan el documento "Aportes teóricos y desafíos metodológicos de la perspectiva de género en el análisis de los fenómenos demográficos", en el que se sistematizan ciertas reflexiones acerca de la introducción de la dimensión de género en la comprensión de los fenómenos

demográficos. Primero, las autoras parten de un análisis crítico de los distintos enfoques de género que han estado presentes en los análisis sociodemográficos. Segundo, hacen un recuento de los aportes y desafíos que la perspectiva de género ha incorporado en el análisis de las migraciones, la morbi-mortalidad y la fecundidad.

Respecto al primer aspecto, las autoras subrayan la importancia que ha tenido la introducción de la perspectiva de género en los estudios de migración, morbi-mortalidad y fecundidad. Sin embargo, explican que la forma de recolección y análisis de la información (unidad de análisis, carácter retrospectivo de la información recolectada, tipo de variable utilizada, etc.) limitan un abordaje que privilegie el enfoque de género y en particular que permita desarrollar medidas o indicadores que den cuenta del sistema de relaciones género. En este sentido, los instrumentos de colectas tradicionales, como las encuestas, por su carácter retrospectivo, no permitirían llegar al momento mismo de la toma de decisiones, relacionando la ocurrencia de un hecho demográfico ocurrido con el sistema de género imperante en el momento mismo de la decisión que le dio origen. Si bien a escala agregada pueden establecerse relaciones, sería difícil, según las autoras, que se llegara a establecer cómo se interpretan estas conexiones derivadas del nivel agregado a nivel individual.

En torno a las migraciones femeninas, ¿que ha aportado el enfoque de género? Para las autoras este aporte se origina en el hecho de que la construcción de identidades femeninas que pueden inhibir ciertos movimientos migratorios o imponerle un carácter distinto (ejemplo: restricción de la migración a ciertas etapas en la trayectoria de vida, ciertas actividades, etc.). A lo anterior se le agrega el estudio de las asimetrías del mercado de trabajo que impone restricciones o incentiva la participación económica femenina y fomenta o impone restricciones a la migración. Finalmente, la introducción de las relaciones de poder al interior de los hogares permitiría una mejor comprensión, por ejemplo, de la alteración de los roles femeninos y masculinos con la migración, de la carga doméstica y de varios componentes que definen la relación entre hombres y mujeres al interior de los hogares.

Respecto a los estudios de morbilidad y mortalidad, señalan la importancia de las relaciones de género en la explicación de pautas de conductas distintas entre hombres y mujeres que condicionan una mayor exposición o mayores riesgos a la enfermedad y a la muerte. La construcción de identidades femeninas y masculinas con rasgos específicos condicionaría la forma en que hombres y mujeres se perciben a sí mismos y la forma en que se asume el cuidado (tanto el autocuidado como del cuidado de otros) como es el caso, por ejemplo, de la actitud diferencial frente a la exposición a los riesgos de ETS y VIH/SIDA. En lo que concierne a las relaciones de poder, subrayan que estas relaciones actúan sobre la posibilidad de actuar o no, por ejemplo, la capacidad de acceder a cuidados de salud en función de estas relaciones de poder y los efectos negativos en la salud fruto del ejercicio violento de estas relaciones. Consideran la importancia de las condiciones de desigualdad

sociales de género como determinantes de desigualdades en los niveles de morbilidad y mortalidad dados los distintos niveles de acceso de hombres y mujeres a los recursos sociales, económicos e institucionales.

Por último, analizan los aportes de esta perspectiva a los estudios de fecundidad, y critican los estudios en los que la exclusividad otorgada al "protagonismo femenino" en la procreación y la crianza de los hijos y a la consideración de las uniones como estructuras estables y exclusivas. Esta concepción, unida a la falta de consideración de los roles de hombres y mujeres en una perspectiva relacional llevaría, según las autoras, a la exclusión de las parejas en sus procesos de toma de decisiones basadas en acuerdos, conflictos y relaciones de poder. Las autoras ven algunas áreas de avance en la incorporación del concepto de salud reproductiva, que habría permitido un avance sustancial en la investigación en este campo, por considerar "la diversidad de las identidades y de los comportamientos femeninos y masculinos en distintos entornos culturales".

En suma, las autoras tratan de identificar los mayores retos metodológicos que plantea la incorporación de las relaciones de género en la demografía y avanzan con osadía por un terreno complejo analizando críticamente las diferentes perspectivas y los caminos que pueden servir de guía para enriquecer el análisis. Sin embargo, se trata de una labor compleja en esta nueva etapa demográfica, que algunos autores han empezado a llamar de segunda transición demográfica, ya que en este nuevo escenario la mayor emancipación de las mujeres y el nuevo marco relacional de género asociado a esta nueva dinámica relativiza e incluso volatiliza algunas relaciones desiguales que permitían ciertas pautas demográficas. Creo que la demografía, a pesar de las debilidades teóricas y metodológicas que le asignan las autoras, está en una muy buena posición para dar cuenta de estos procesos de forma consistente. Los avances mostrados por las autoras en cuanto a la incorporación del enfoque de género van a ser sin duda una de las herramientas conceptuales más importantes en el avance conceptual y metodológico de la demografía.

Finalmente, Alejandro Canales, en su documento "El discurso de la población en la Era de la Globalización", nos guía a través de los intrincados caminos de uno de los grandes temas del libro: los retos de la globalización para la demografía. Más allá de esa excelente síntesis del concepto de globalización basada en los aportes más recientes de diferentes autores, considero que lo central en su documento es esa llamada de atención sobre la necesidad de reconstruir el discurso de la población tomando en cuenta las "... nuevas configuraciones espacio-temporales de los procesos sociales que surgen con el advenimiento de la sociedad informacional". La tesis central es que si la "cuestión demográfica" se constituyó con los parámetros de la modernidad industrial, la ruptura de esos parámetros debe conducirnos a una reformulación de ésta.

Y en tal sentido, al final del documento el autor nos ofrece algunas pistas para poner en prácticas estas ideas. Dichas pistas están centradas, en primer lu-

gar, en los efectos de la globalización en el empleo y en la desigualdad social intrínseca a este desarrollo. Parte de su argumento se basa en que la globalización genera una polarización de la estructura de las ocupaciones, que lleva a puestos de trabajos precarizados, ocupados mayormente por minorías (mujeres, niños, grupos étnicos marginados, etc.) que se constituyen en grupos poblacionales vulnerables y con marcadas desventajas sociales. Es en la problematización de esta desigualdad social en lo que deberían centrarse los esfuerzos por situar la cuestión demográfica en la era de la globalización.

En segundo lugar el autor, apoyado en los trabajos de Ulrich Beck, nos lleva de la concepción de la teoría de la modernización como guiadora hacia un mundo de felicidad hacia otra concepción en que ésta es más bien una fuerza motora hacia un mundo de riesgos, en el cual en cada momento se opta por caminos cuyos rumbos son inciertos. Entre sus implicaciones se señala la necesidad de un enfoque no lineal de la transición demográfica. El aporte concreto es el llamado siguiente del autor:

> La problematización de la población y el desarrollo, debe surgir del análisis y conceptualización de las propias contradicciones y riesgos de la sociedad global. Por lo tanto se trata de un pensamiento demográfico no lineal, sino reflexivo, esto es, una forma de entendimiento que incorpore el movimiento y la contradicción, el futuro como riesgos posibles y no como destinos manifiestos.

Por último, el autor nos presenta un conjunto de retos de la globalización que deberíamos reconsiderar en este reenfoque de la demografía: 1. Los efectos de la anulación del espacio por efecto de la aceleración de las comunicaciones y sus efectos en la multiplicidad de experiencias personales y societales simultáneas; 2. Los avances de la genética con sus efectos inimaginados.

Si bien el autor nos advierte al principio de su documento que su interés no es el de responder a las interrogantes de cómo proceder, los pequeños amagos de propuestas que en tal sentido se hacen al final del documento nos dejan con muchas interrogantes de cómo y por dónde empezar. Asimismo, aunque el autor subraya en cuánto debe cambiar la demografía ante los embates de la globalización, no es igualmente explícito respecto al hecho de que aun con las ataduras que esta disciplina tiene con el pasado (palabras del autor), la demografía puede aportar a los países instrumentos, metodologías y conocimiento para apoyarlos en sus esfuerzos de insertarse exitosamente en la economía internacional y aprovechar mejor sus ventajas comparativas.

Reflexiones finales sobre los documentos

Los documentos presentados aportan una contribución sustantiva y metodológica importante para enriquecer el abordaje de la demografía, ayudando a dotar

de mejores de herramientas para abordar procesos que no se han abordado adecuadamente o se han hecho con instrumentos no adecuados. En este sentido a partir de ellos es posible contar con elementos claves para enfrentar los retos actuales de la disciplina. Queda pendiente sin embargo una mayor profundización en los procesos post-transicionales y en la relación de esta dinámica con los procesos de desarrollo. Un intento de situar la demografía en el marco más amplio de las ciencias sociales debería llevarnos a una mejor visualización de estos y otros temas emergentes.

Sobre los avances de la demografía en América Latina

Mi interés ahora es tratar de complementar los análisis de los documentos presentados con una mirada más general sobre el curso de la demografía en la región y sobre las perspectivas de esta disciplina. Para ello, primero se analizan muy brevemente las tendencias del quehacer de esta disciplina en las tres últimas décadas del siglo pasado, para luego presentar algunas propuestas a futuro.

Cuánto se ha avanzado en las últimas décadas

El desarrollo de la demografía latinoamericana tiene, dentro del contexto internacional, su propia especificidad.[4] Durante los años setenta e inicio de los ochenta hubo una gran producción de análisis, introspecciones, autocríticas y propuestas que apuntaban a la búsqueda de una nueva comprensión de los fenómenos demográficos como fenómenos sociales. Esta etapa tuvo una importancia crucial en posicionar a la demografía en un ámbito más amplio. Los conceptos de reproducción de la fuerza de trabajo, estrategias familiares, rol del Estado, familia como mediación entre los individuos y el Estado dieron origen a muchos estudios y análisis que potenciaron el desarrollo de la demografía como ciencia social. Sin embargo, como consecuencia de la limitada capacidad de avanzar en la relación entre teoría y práctica analítica, por una parte, y, por otra, de la atracción que ejerció el manejo de lo tangible, de lo empírico, en un mundo de demandas crecientes de datos duros, terminamos, en muchos de los ámbitos de nuestro trabajo, arropados por un aluvión de empirismo, dedicados más a responder a la demanda de un mercado que requería resultados que en invertir en

4. La demografía no marcha de manera paralela en los diferentes países. Por ejemplo, Lee (1997) considera que en los Estados Unidos, en los últimos 50 años del siglo pasado, la demografía tuvo ciertos rasgos distintivos. Ha sido más interdisciplinaria, más cuantitativa, más preocupada con las teorías del comportamiento de otras disciplinas, más interesada en modelos formales causales y menos interesada en la demografía formal y en los métodos demográficos. Los países europeos también parecen haber experimentado procesos específicos y, en cierto modo, distintos entre ellos (Chasteland y Roussel, 1997).

unir estas dos líneas de trabajo aparentemente indisociables.

Otra de las características de este proceso se relaciona con el tema de los recursos. Para Berquó (2001) la decisión de asignar considerables recursos a las políticas y las acciones en planificación familiar creó limitaciones de recursos en otras áreas, quitó credibilidad al campo de la demografía y limitó el desarrollo de teorías en este campo. Del mismo modo, esto habría llevado a que aspectos claves en la comprensión de los comportamientos reproductivos como las relaciones de género no fueran debidamente considerados.

En una descripción de los avances de esta etapa Guzmán (1995) mencionaba cinco características del desarrollo de la demografía hasta mediados de la década de los noventa. En primer lugar, se destacaban algunos avances en lo teórico, aunque en algunos casos se trataba más bien de una apropiación de formulaciones teóricas extrarregionales. Los avances se produjeron en el estudio de la inequidad demográfica como expresión de la desigualdad social, en el uso de la teoría de la difusión en la explicación de los cambios en la fecundidad y finalmente, en la contribución a la conceptualización, al menos a nivel general, de las interrelaciones entre población y medio ambiente. A estos tres podríamos agregar, especialmente a partir de mediados de la década de los noventa, la consideración de los temas de equidad de género, en la interpretación de los fenómenos y procesos demográficos, y de la sexualidad, especialmente con relación a la temática de la reproducción. A pesar de estos avances, se trató fundamentalmente de una etapa, que denominó de "pragmatización de la investigación", en que se privilegió el estudio de los efectos de los cambios demográficos y su incorporación en el terreno de las políticas sociales.

En segundo lugar, se produce un avance en lo metodológico al menos en dos áreas importantes. Primero, en términos de un creciente uso de herramientas estadísticas de análisis, entre las que se destacan los modelos para el estudio de series temporales, especialmente relacionados con la medición de los efectos de la crisis de la década de los ochenta en los comportamientos individuales y familiares en términos de fecundidad, migraciones y mortalidad. Segundo, las metodologías de investigación cualitativa penetran el campo de la demografía, especialmente a través de estrategias de recolección y análisis para la aprehensión de procesos de toma de decisiones, relaciones de género, sexualidad, etc., que toman fuerza especialmente a partir de la Conferencia de El Cairo en 1994 (ver Lerner; 1996: Szasz y Lerner, 1996). La búsqueda de integración de lo cualitativo con lo cuantitativo ya aparece claramente en esta década.

En tercer lugar, se opera un avance importante en el componente operacional de la investigación. Por una parte, en esta etapa se produce una revalorización de los censos de población como fuente principal de información demográfica, especialmente para el análisis y estimación desagregada como consecuencia de las demandas emergentes asociadas con los procesos de descentralización y desconcentración político-administrativa.

En cuarto lugar, se destaca la recuperación de la geografía en el análisis e interpretación de lo demográfico. Dentro de este campo se destaca el desarrollo de sistemas de información geográfica (SIG) y, a un nivel más analítico, las técnicas de análisis espacial de la información. A pesar de lo importante de estas herramientas, su desarrollo a partir de la segunda parte de la década de los años noventa no ha sido tan amplio como se esperaba y constituye aún una asignatura pendiente en los trabajos demográficos.

Finalmente, en la década de los noventa una característica de los estudios en población fue la diversificación de los campos de investigación y su interrelación con el estudio de problemas y las políticas sociales respectivas. Digamos que se abre la investigación en demografía a campos antes considerados fuera de esta área. Tal es el caso de los estudios en la relación población-medio ambiente, las relaciones de género, la sexualidad, la problemática adolescente y, más recientemente, las demandas emergentes del proceso de envejecimiento. Hay una creciente preocupación por ligar los resultados de los estudios y análisis a la solución de problemas concretos. Se busca que el conocimiento derivado del estudio de los fenómenos demográficos tenga una inserción más o menos directa en las políticas sociales o políticas de población.

Reflexiones finales: hacia dónde se orientan los retos

Las nuevas orientaciones de la demografía en América Latina no pueden ser ajenas a su actual desarrollo, tanto el que ocurre en la región como el que se produce en otras partes del mundo. Tampoco puede ser ajeno a la dinámica misma de los grandes procesos demográficos, económicos y sociales que ocurren en el actual escenario globalizado. En cualquier caso, los caminos que se abren muestran la necesidad de potenciar espacios de síntesis y de complementariedad con las formulaciones teóricas y con las propuestas metodológicas de otras disciplinas. También parecen apuntar a la búsqueda de nuevos métodos y modelos de análisis que privilegien la complejidad por sobre la simpleza, y la incertidumbre por encima de las certezas.

A continuación se presentan algunos de los caminos que parecen abrirse en la búsqueda de revitalizar la disciplina de la demografía en la región.

Revalorización de los objetivos sociales y políticos de una mayor comprensión de los fenómenos demográficos

En un sentido general, se requiere continuar los esfuerzos por repensar la demografía en términos de su contribución a una mayor comprensión de las interrelaciones entre población y desarrollo. La demografía, como lo manifiesta Berquó (2001), formada por la confluencia de dos disciplinas, la matemática actuarial y

la economía política, es una disciplina orientada por lo social y lo político. Ello implica que los recursos intelectuales, conocimientos y herramientas del campo de población, mediante el análisis de los procesos demográficos y sus relaciones con el contexto social, económico y cultural, deben hacer contribuciones estratégicas para el desarrollo, la disminución de la pobreza y la sostenibilidad (Martine, Hakkert y Guzmán, 2001). América Latina sigue manteniendo niveles de pobreza muy elevados y sigue siendo la región del mundo con mayores desigualdades sociales.

En este contexto, mi apreciación es que la demografía debe contribuir a mejorar y ampliar la comprensión de los procesos sociales para así apoyar los esfuerzos de los países, de las sociedades, de los grupos humanos para avanzar en las sendas del desarrollo, tal como éstas sean definidas y aceptadas por el conjunto de la sociedad. Por supuesto, la afirmación anterior no tiene que ser necesariamente compartida por todos aquellos que se dedican a este campo, porque el uso que se le dé a la información se relaciona con un marco previo de análisis y de propuestas de hacia dónde debe avanzar la sociedad, que no tiene porqué ser necesariamente compartido.

Profundización en el desarrollo teórico apoyándose en otras ciencias sociales y humanas

Existe una impresión en nuestra disciplina, cada vez más generalizada, de la necesidad de avanzar en el plano teórico. Jacques Vallin lo planteó así: "Más que nunca, me parece evidente que el primer esfuerzo que debemos hacer para conservar el atractivo de nuestra disciplina se sitúa a nivel de las teorías" (Vallin, 2001). Ello no es necesariamente contradictorio con la opinión de otros autores que consideran que en la última década la demografía ha evolucionado hacia formulaciones teóricas más precisas y más complejas (Palloni, 2001), porque se trata de formulaciones parciales sobre procesos específicos, y no necesariamente de teorías de gran alcance. Tal vez, en el contexto actual de desarrollo de la disciplina y de los nuevos retos que surgen, el camino a seguir sea justamente el de continuar avanzando en formulaciones parciales en aras de construir los pedazos de un *puzzle* que habría que ir armando a medida que vayamos definiendo sus piezas.

En este proceso, también existe cierto consenso en que es necesario aprovechar los recursos y desarrollos teóricos de otras disciplinas. Roussel y Chasteland (1997) plantean que este hecho es reconocido por los diferentes autores y se preguntan si en esta búsqueda la demografía no pudiese estar perdiendo su identidad. Para ellos, éste será un debate importante en las próximas décadas. Preston (1997) considera que no existe ninguna ventaja en considerar el campo de la demografía de manera tan estrecha que deje fuera temas no convencionales. Pero admite que la disciplina debe mantener un *set* básico de enfoques

y preocupaciones que le permitan mantener su integridad. En esta misma línea está la preocupación de Ronald Lee (2001), para quien el campo de la demografía se beneficia de la infusión de otras disciplinas, porque es lo que la mantiene fuera de ser solamente aritmética, pero la capacitación en demografía debe incluir un centro de demografía formal, para que los futuros demógrafos sepan demografía. Una demografía que para el autor, si bien profundiza en una mirada micro, mantiene sus aportes en el estudio de los efectos macro de las prácticas individuales. Ambos autores mencionan como áreas prometedoras en la demografía los nuevos modelos de proyecciones de población, las relaciones entre población y medio ambiente, la migración internacional, los cambios en la familia y la fecundidad, el envejecimiento poblacional y los modelos de enfermedad, discapacidad y muerte.

Abrir la demografía al aprovechamiento del desarrollo reciente de modelos matemáticos y estadísticos

Uno de los espacios para ampliar la demografía consiste justamente en la utilización de los avances en la formulación y aplicación de modelos más complejos. Un trabajo reciente de Palloni (2001) resume muy bien las nuevas avenidas que se abren a la demografía en este ámbito. El autor propone cuatro áreas o campos en los cuales se ha dado un desarrollo importante y que deberían ser la base de trabajos interpretativos en el campo de la demografía de este nuevo siglo; de hecho, el autor considera que este desarrollo metodológico y teórico transformará por completo la forma en que la demografía y las ciencias sociales, en general, son practicadas.

En primer lugar, destaca la potencialidad de los *modelos multiestados* en el análisis de la relación entre las conductas individuales y las propiedades sistémicas, y específicamente en las implicaciones a nivel macro de las conductas micro y en la formulación y estimación de la influencia de las características de los sistemas agregados sobre la toma de decisiones individual. El autor considera que los demógrafos (y sociólogos) han evitado formular explícitamente las relaciones entre lo micro y lo macro, en tanto que los economistas lo han abordado sólo desde la perspectiva del mercado.

En segundo lugar, considera el uso de *modelos de análisis secuencial*, como los usados en biología molecular y en la genética, para los análisis del ciclo de vida. Aunque no está probada la utilidad de este enfoque, cree que ofrece buenas perspectivas para verificar planteamientos teóricos de gran complejidad que no parecen tener solución con los modelos existentes.

En tercer lugar, propone la utilización de un modelo *logit* bilateral (TSL), usado especialmente en economía, para el estudio de lo que llama *problemas de correspondencia*. El proceso de correspondencia, aplicado por ejemplo a la toma de decisiones matrimoniales o a las transferencias entre padres e hijos, consi-

dera en un lado de la correspondencia las preferencias de los individuos y en el otro lado las restricciones a la disponibilidad que implican la materialización de esas mismas preferencias. Considera ésta una vía promisoria para el estudio de fenómenos que hasta el momento han sido difíciles de abordar.

Finalmente, considera la necesidad de aplicación más amplia de modelos de microsimulaciones, por sus claras ventajas sobre los de macrosimulaciones. Sus aplicaciones van desde las proyecciones de población, el estudio de las frecuencias de relaciones de parentesco en distintos regímenes demográficos, hasta el estudio de propiedades de largo plazo en modelos multiestados complejos.

La introducción de modelos matemáticos y estadísticos más complejos implican que estamos en condiciones de darle también mayor complejidad a las concepciones teóricas que soportan las redes de causalidad entre los fenómenos demográficos y sus determinaciones mediatas e inmediatas. En este sentido, la complejidad debe entenderse según Lassonde (1997) no en el sentido de elaboración de teorías o nuevos paradigmas. Lo que se nos propone es mejorar nuestra capacidad para hacernos nuevas preguntas y plantearnos nuevas exigencias, es reflexionar sobre los límites de la ciencia, la certeza y sobre los modos de representación científica de la realidad.

Otra manera de visualizarlo es si se consideran los fenómenos demográficos en el marco de sistemas complejos o, más específicamente, según lo concibe John Holland, como *sistemas complejos adaptativos,* descritos por Waldrop (1992). Según estos planteamientos, en los sistemas complejos adaptativos no existe el equilibrio, ya que el espacio de posibilidades es tan grande que no hay una vía práctica para lograr el óptimo; el margen de acción lo determina lo que los demás están haciendo en un momento dado, por lo que se trata de un proceso de innovación perpetua. Se trata de una creación continua de nuevas posibilidades. Una interacción continua entre sistemas simples en un proceso en el que nuevas estructuras emergen y a estas nuevas estructuras se asocian nuevas conductas.

Esta concepción puede apoyarnos, por ejemplo, en la búsqueda de una vía más dinámica para comprender los procesos demográficos transicionales en diferentes contextos. En este caso, los mismos factores determinantes pueden actuar de manera diferente, ampliando o restringiendo el rango de posibilidades de acción de los individuos, en función de las conductas previas en otros grupos o países y de los efectos de estas conductas en la estructuración de pautas nuevas. El análisis de fenómenos de correspondencia, como el descrito por Palloni, se asemeja en cierto modo a los procesos aquí descritos.

Introducir la incertidumbre en la demografía

En un artículo anterior subrayábamos que "La demografía se ha desarrollado sobre la base de certezas, de hechos que ocurren con una cierta frecuencia y que forman ciertos patrones. El determinismo en sus métodos y enfoques ha sido

su mejor arma y quizá la mejor fuente de aportes al conocimiento..." (Guzmán y Hakkert, 2000). Nos hemos acostumbrado a ver el mundo y a los fenómenos demográficos, subraya Blum (1997), como un universo de certezas. Para este autor, la demografía puede ejercer un papel pionero en las ciencias sociales en la modelización de lo incierto.

La pregunta obvia entonces es cómo incorporar la incertidumbre en una disciplina que se considera predictiva por naturaleza y en cuáles áreas específicas es factible incorporar este enfoque. Por una parte, estamos enfrentados a fenómenos cuya predictibilidad es más compleja de la que nuestros modelos actuales así lo permiten. Por otra parte, nos enfrentamos el hecho de que, tal como lo señala Vallin (2001), ya no contamos con un cuerpo teórico como la teoría de la transición demográfica que nos permita definir con cierto grado de certeza el curso futuro de variables como la mortalidad y la fecundidad en situaciones postransicionales.

Esta limitación, sin embargo, no aplica a aspectos específicos del desarrollo de la demografía en la cual la consideración de la incertidumbre ya está en marcha. Una de estas áreas se refiere a las proyecciones de población. Dadas las dificultades en predecir a mediano y largo plazos la tendencia de las variables más importantes: fecundidad y migración, ha habido un desarrollo reciente importante en cuanto al uso de modelos estocásticos para predecir las tendencias, como el método desarrollado por Lee y Tuljapurkar (1994), quienes usan métodos estadísticos de series temporales para estimar modelos estocásticos de la tendencia de la fecundidad y la mortalidad durante el siglo xx. En la misma línea, están los trabajos de Lee (1998) y Lutz, Sanderson y Scherbov (1998). Una aplicación de estos modelos para el caso de las proyecciones de población de México realizadas por Conapo, fue realizada por Hakkert y Guzmán (2000). Este enfoque aún se encuentra en desarrollo.

Otra área en la cual incorporar el concepto de incertidumbre puede ser de utilidad, es aquella que hace a nuestra capacidad de disponer de datos relativamente confiables sobre los procesos que estudiamos. Como es sabido, en muchos casos tenemos poca certeza acerca de la calidad de los datos que manejamos. Si bien es cierto que a escala agregada se ha avanzado en su mejoramiento, persisten áreas en que trabajamos con datos más bien débiles e inciertos. Ya sea por mala calidad o no disponibilidad, por manipulación o por las dificultades intrínsecas a fenómenos de escasa incidencia o difíciles de medir (abortos, mortalidad materna, etc.) existe una permanente incertidumbre en establecer la veracidad de la información. Un camino interesante, aún poco explotado, es la combinación de métodos cuantitativos con cualitativos. Éste fue el caso de la investigación sobre aborto realizada por The Alan Guttmacher Institute en varios países de la región, en el cual la información *dura* sobre hospitalizaciones fue combinada con información *blanda* recolectada mediante el uso de "opiniones expertas" (Singh, 1998).

Por último, se ha avanzado muy poco en la demografía latinoamericana en el estudio del impacto demográfico de fenómenos catastróficos no previstos, en

particular los desastres naturales (terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.), así como guerras, atentados terroristas, etc. Lograr una mejoría en las capacidades de predecir estos fenómenos está fuera del alcance de la demografía, pero esta disciplina sí puede y debe aportar instrumentos y análisis que permitan determinar sus efectos potenciales (tal como es el caso por ejemplo de la definición de las probabilidades de que ciertas poblaciones puedan ser afectadas por la ocupación de áreas ambientalmente frágiles) y reales, una vez que los fenómenos ocurren, y ayudar a trazar pautas para las acciones de recuperación (Martine y Guzmán, 1999). Tanto la prevención de los efectos de los desastres naturales como la protección de áreas frágiles son considerados elementos críticos en las estrategias de reducción de la pobreza (Martine, Hakkert y Guzmán, 2001).

Compromiso de la demografía con la ética y los derechos

La ética no ha sido suficientemente considerada en la demografía, a pesar de que los fenómenos que esta disciplina estudia tocan los aspectos más esenciales de los seres humanos: la vida y la muerte. Para Lassonde (1997), una de las razones por las que la ética debe ser telón de fondo en el debate sobre la evolución demográfica es porque vivimos en un momento en el que más que nunca tiene que elegirse entre opciones y esta elección requiere de fundamentos que tienen que ver con decisiones éticas que comprometen el futuro mismo de la humanidad. La ética se relaciona con el ejercicio de derechos porque las opciones que se tomen implican la responsabilidad ya no sólo con uno mismo, sino también con el conjunto. El ejercicio de los derechos, valor innegable en nuestros días, debe implicar al menos el conocimiento de su efecto en las generaciones que vienen.

En torno a esta preocupación se inscribe la propuesta de Vallin (2001), quien subrayó la necesidad de considerar el estudio de las relaciones entre la demografía y los derechos humanos como uno de los cuatro pilares sobre el que debía sustentarse la investigación en los próximos años. Refiriéndose a los actos de horror ocurridos recientemente en varios países, mencionaba que no deberíamos tener miedo en aportar nuestra contribución de los hechos que deshonran a la humanidad, en los que el simple reconocimiento es de por sí un inmenso progreso con relación al olvido. Es cierto que para Vallin esta entrada de la demografía tiene que ver más con los aspectos básicos de los derechos humanos, como el derecho a la vida y el derecho a la libertad, pero no excluye otros aspectos como la demografía de la violencia o de los conflictos o las catástrofes.

La consideración de la ética en nuestra disciplina es esencial, entre otras razones, por el creciente debate que plantean los desarrollos en la genética en relación con la creación de la vida y con la capacidad humana creciente de intervenir e incluso alterar los procesos biológicos tal como los hemos conocido hasta el momento. En este sentido, la demografía deberá buscar ampliar su relación

con en el desarrollo de la bioética, ya que allí se debatirán muchos de sus temas centrales. Ewbank (2001) va más allá y plantea que las actuales promesas de los nuevos descubrimientos genéticos cambiarán las preguntas que los demógrafos estudian y como se estudian. Es interesante en este sentido destacar la importancia que está dándose a los aspectos éticos relacionados con las propuestas de recolección de datos biológicos a través de encuestas multipropósitos (Finch et al., 2001).

Algunas consideraciones finales sobre capacitación en demografía

Los retos que se plantean en las notas anteriores no sólo tienen implicaciones sobre el tipo y características de los enfoques metodológicos y sustantivos de la investigación en población en el futuro, sino también en las modalidades de capacitación en demografía. En la investigación misma, la disciplina ha mostrado una mayor flexibilidad para incorporar nuevos temas y nuevas estrategias metodológicas. No obstante, ha sido menos flexible en lo que concierne a la capacitación. Éste es un reto adicional que deberá ser encarado en los años venideros.

Bibliografía

Berquó, Elza (2001) "The evolution of the Population Question in the Twentieth Century", en Daniel Joseph Hogan (org.), *Population Change in Brazil: Contemporary Perspectives*. São Paulo: Population Study Center/NEPO/UNICAAMP.

Caselli, G. (1997) "Réflexions sur l'avenir de la démographie en Italie", en Jean-Claude Chasteland y Luis Roussel (eds.), *Les contours de la Démographie au seuil du XXIe Siecle*. Francia: Editions de l'INED, pp. 295-327.

Blum, A. (1997) "Un future imaginaire pour la démographie (parmi d'autres)", en Jean-Claude Chasteland y Luis Roussel (eds.), *Les contours de la Démographie au seuil du XXIe Siecle*. Francia: Editions de l'INED, pp. 251-280.

Chasteland, J. C., y L. Roussel (1997) "L'avenir de la démographie dans les pays industriels. Quelques réflexions prospectives", en Jean-Claude Chasteland y Luois Roussel (eds.), *Les contours de la démographie au seuil du XXIe Siecle*. Francia: INED/ Presses Universitaires de France.

Ewbank, D. (2001) "Demography in the Age of genomics: A first look at the prospect", en Caleb E. Finch, James W. Vaupel y Kevin Kinsella (eds.), *Cells and Surveys: Should Biological Measures Be Included in Social Science Research?* Committee on Population/National Research Council/National Academy Press.

Finch, Caleb E., James W. Vaupel, y Kevin Kinsello (eds.) (2001) *Cells and Surveys: Should Biological Measures Be Included in Social Science Research?* Committee on Population/National Research Council/National Academy Press.

Granger Morgan, M., y M. Henrion (1990) *Uncertainty. A Guide to Dealing with Uncertainty in Quantitative Risk and Policy Analysis.* Cambridge: Cambridge University Press.

Guzmán, J. M. (1989) "Some New Approaches to the Collection of Demographic Data in Latin America", en *International Population Conference, New Delhi 1989.* Lieja: IUUSP, pp. 3-16.

—— (1995) "Investigación en Población en América Latina: Experiencias y retos", en AMIDEP (eds.), *IV Reunión Nacional de Población.* Lima: AMIDEP/FNUAP/USAID.

—— (1998) "Visiones teóricas del Cambio de la fecundidad: El aporte latinoamericano", documento presentado a la Reunión de la ABEP, octubre, Caixambú, Brasil.

Lassonde, L. (1997) *Los desafíos de la demografía. ¿Qué calidad de vida habrá en el Siglo XXI?* Ciudad de México: UNAM/FCE.

Lee, Ronald D. (1998) "Probabilistic approaches to population forecasting", en Wolfgang Lutz, James W. Vaupel y Dennis A. Ahlburg (eds.), *Frontiers to population forecasting,* Suplemento de *Population and Development Review,* vol. 24. Nueva York: Population Council, pp. 139-155.

——(2001) The Decline of Formal and Aggregate Analysis: Demography Abandons Its Core. Berkeley: University of California, Center on the Economics and Demography of Aging. http://www.demog.berkeley.edu/~rlee/papers/FormalDemog.pdf.

——, y S. Tuljapulkar (1994) "Stochastic population projection for the U.S. beyond the high, medium and low", *Journal of the American Statistical Association,* Estados Unidos.

Lerner, S. (1996) "La formación en metodología cualitativa. Perspectiva del Programa Salud Reproductiva y Sociedad", en Ivonne Szasz y Susana Lerner (eds.), *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad.* México: El Colegio de México.

Lutz, W., W. Sanderson, y S. Scherbov (1998) "Expert-based probabilistic population projections", en Wolfgang Lutz, James W. Vaupel y Dennis A. Ahlburg (eds.), *Frontiers to population forecasting.* Suplemento de *Population and Development Review,* vol. 24. Nueva York: Population Council, pp. 156-190.

Martine, G., y J. M. Guzmán (1999) *Population, Poverty and Vulnerability. Mitigating the effects of natural disasters,* documento de trabajo. México: EAT/LAC/UNFPA.

——, R. Hakkert, y J. M. Guzmán (2001) *Population and Development Strategies: Responding to New Challenges,* mimeo. Estados Unidos: UNFPA Country Support Team for Latin America and the Caribbean, agosto.

Palloni, A. (2001) "Análisis demográfico: Nuevas teorías, nuevos modelos y nuevos datos", *Notas de población* XXVIII, vol. 72. Santiago de Chile: Celade, pp. 7-38.

Preston, S. (1997) "Where is U.S. Demography Headed?", en Jean-Claude Chasteland y Luis Roussel (eds.), *Les contours de la Démographie au seuil du XXIe Siecle.* Francia: Editions de l'INED, pp. 233-250.

Roussel, L. y J. C. Chasteland (1997) "Un demi-siècle de démographie dans les pays industriels. Quelques réflexions sur un bilan", en Jean-Claude Chasteland y Luois Roussel (eds.), *Les contours de la démographie au seuil du XXIe Siecle.* Francia: INED/ Presses Universitaires de France.

Szasz y Lerner (eds.) (1996) *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*. México: El Colegio de México.

Singh, S. (1998) "Adolescent childbearing in developing countries: a global review", *Studies in Family Planning,* vol. 29, núm. 2, pp. 117-136.

Vallin, J. (2001) *Allocution de Jacques Vallin à la Session de Clôture de la XXIV Conferencia General de Población de la IUSSP*, mimeo, Salvador, Bahía, 18-24 de agosto.

Waldrop, M. Mitchell (1992) *Complexity: the emerging Science at the Edge of Order and Caos*. Nueva York: Touchstone.

9

A propósito del "Debate sobre la situación actual de las ciencias sociales", de Hugo Zemelman. Reflexiones desde y para la demografía

ALEJANDRO I. CANALES

El presente documento presenta algunas reflexiones que surgen de la lectura del texto "Debate sobre la situación actual de las ciencias sociales", presentado por Hugo Zemelman en la sesión "Balance y perspectivas de la demografía ante el nuevo milenio", en la VI Reunión Nacional de Demografía, de la Somede, y que se reproduce en la primera sección de este libro. Las ideas y comentarios que aquí se presentan intentan ser un ejercicio por pensar los aportes de este autor tomando como referencia los desafíos teóricos y metodológicos de la investigación sociodemográfica en la época actual, y que guiaron y motivaron la organización de dicha sesión de trabajo, así como la publicación de los trabajos allí presentados.

Ahora bien, tres son las ideas-fuerzas que recorren éste y otros trabajos de Hugo Zemelman. Por un lado, la exigencia epistemológica resumida en la pregunta del "para qué" de la investigación social (demográfica, en nuestro caso). Por otro, la exigencia de un pensamiento dialéctico con base en una lógica de mediaciones. Por último, el tiempo y la historia no sólo como referencia contextual de los fenómenos, sino también y fundamentalmente, como ámbito de mediaciones. De aquí se deriva un cuarto nivel de exigencia epistémica: el posicionamiento del investigador respecto a su época.

Tomando en cuenta estas ideas generales del pensamiento de Hugo Zemelman, a continuación presento un conjunto de reflexiones que desde y para la demografía, surgen de la lectura de su texto. He organizado estas reflexiones

como un conjunto de siete notas, en cada una de las cuales intento un ejercicio de pensar algunas de las principales ideas y tesis de su documento, en función de la demografía y de los desafíos que implican para la investigación sociodemográfica.

1. Desde un inicio, el autor señala la necesidad de constituir el pensamiento social desde una perspectiva de autorreflexión. El concepto, si bien no es nuevo, resulta sin duda pertinente retomarlo en la época actual, especialmente desde una posición crítica a la práctica hegemónica en la investigación sociodemográfica. En efecto, en el quehacer del demógrafo ha predominado una práctica cognoscitiva y de investigación basada en un pensamiento lineal. En este sentido, desde la demografía, el concepto de autorreflexión, de reflexividad de la investigación y del conocimiento demográfico, encierra una potencialidad nada despreciable, especialmente en términos de las exigencias de un *quehacer* científico centrado más en el *saber pensar* que en el *saber hacer*. Por lo mismo, resulta pertinente y necesario profundizar en este concepto, en esta perspectiva de conocimiento, especialmente pensando en la práctica de los demógrafos, quienes no siempre están expuestos ni predispuestos a exigencias de este tipo.

Esta perspectiva de reflexividad del conocimiento, que Hugo Zemelman postula como necesaria para las ciencias sociales en general, adquiere un valor especial en términos de que permite dar cuenta de los limitados alcances de la actual práctica de investigación en demografía. En efecto, tal pareciera, por ejemplo, que la exigencia de pasar de un *saber hacer* a un *saber pensar*, hubiese sido formulada pensando en el demógrafo y la demografía como disciplina. Sin negar las excepciones (notables por su escasez), los demógrafos nos guiamos más por el principio del hacer, por la predominancia de la técnica, y hoy por la supremacía de la tecnología aplicada al análisis demográfico. En los últimos lustros, hemos dejado de lado el ejercicio de pensar la demografía y la población, para centrarnos en el perfeccionamiento de un saber hacer, perdiendo gran parte de la tradición del pensamiento demográfico latinoamericano.

En efecto, en América Latina hubo una importante corriente dentro de la demografía que desde sus inicios había retomado esta exigencia de pensar el presente, de incorporar los compromisos con el futuro. Se trató de una investigación demográfica que no sólo se centró en la rigurosidad de las estrategias, de las técnicas y metodologías, sino también en la trascendencia e historicidad del conocimiento demográfico, y por tanto del papel del investigador y de su responsabilidad para con su época. Fue fructífera en generar un pensamiento demográfico propio, una delimitación de parámetros y categorías desde las cuales pensar la demografía, y problematizar la dinámica de la población. Hoy podemos criticar esta posición, sus alcances, sus sesgos modernistas, etc., pero metodológica y epistémicamente hay que reconocer su importancia, su especificidad y su capacidad de generar un pensamiento crítico.

Ésta es una tradición de articulación entre el hacer y el pensar demográfico que lamentablemente se ha tendido a perder en la demografía latinoamericana, y que es necesario recuperar. Actualmente, sin embargo, en la investigación demográfica contemporánea tiende a predominar una estrategia de conocimiento hegemonizada por las exigencias técnicas y metodológicas del saber hacer por sobre las del saber pensar. De aquí la relevancia de este texto y, por lo mismo, la necesidad de complementarlo con especificaciones y referencias hacia la demografía.

Sin embargo, habría que hacer ciertas precisiones para evitar malos entendidos. La predominancia de un saber hacer en la demografía no debe asociarse con el predominio de técnicas y métodos cuantitativos. El dilema entre el *saber hacer* contra un *saber pensar*, se aplica tanto a las investigaciones basadas en métodos de corte cuantitativo como cualitativo. Señalo esto, para evitar que pudiera considerarse que la solución estaría en el método y técnica de análisis, y no en la posición epistemológica del investigador. Como señala Jesús Ibáñez,[1] en ambos casos estamos en presencia de investigaciones de primer orden, y por tanto expuestas a las mismas limitantes y desafíos epistémicos. De lo que se trata es de un cambio de orden, de nivel en el proceso de investigación. De hecho, el predominio de la técnica y del saber hacer ha afectado no sólo a demógrafos y economistas, sino también a antropólogos, historiadores, sociólogos, politólogos, etcétera.

Asimismo, no sólo los estudios cuantitativos se han visto beneficiados por el desarrollo de las tecnologías de la información, también los estudios de corte cualitativo se han visto potenciados por el auge de dichas tecnologías, mediante las cuales se ha facilitado el predominio del saber hacer por sobre el saber pensar. Piénsese, por ejemplo, en el desarrollo de *software* de cómputo para el análisis de discursos y textos.[2] La exigencia de un *saber pensar* no es de orden metodológico, sino epistémico. En este sentido, pensando desde la demografía, el problema no radica en su tradición cuantitativista, sino en una deficiencia de orden mayor. Es una exigencia epistemológica que implica considerar aspectos como la posición del investigador en su sociedad, sus horizontes de futuro, la reflexividad de su pensamiento, etc. Por lo mismo, la solución para la demografía no es la apertura hacia nuevos métodos de generación y análisis de la información. Ello es sin duda necesario y enriquecedor, pero no resolvería el problema que se señala en el texto. La investigación demográfica basada en métodos cualitativos permitirá ampliar los horizontes del *saber hacer*, lo cual es bienvenido, pero aún deja pendiente la cuestión del *saber pensar*, esto es, de una exigencia de reflexividad del pensamiento demográfico.

---

1. Véase Jesús Ibáñez (1994) *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden.* Madrid: Siglo XXI Editores.
2. Sobre el punto, véase el trabajo de Rocío Guadarrama en este mismo volumen.

2. En el inicio del texto, Zemelman se refiere a la necesidad de pensar nuestro presente como un cambio de época. Esta perspectiva de entendimiento de los tiempos actuales resulta relevante para el pensamiento social en general, y la demografía en particular. Este cambio epocal plantea una exigencia doble. Por un lado, la necesidad de nuevas perspectivas que permitan "ver" y captar los nuevos parámetros que rigen el movimiento de la sociedad. Y por otro, la necesidad de nuevos instrumentos conceptuales y metodológicos que permitan "leer" e interpretar estos cambios a la luz de las condiciones sociales de la época actual.

El caso de la demografía resulta ilustrativo al respecto. En relación con la dinámica de la población, no hay duda que asistimos a un cambio de no poca importancia. Me refiero al surgimiento de un nuevo régimen demográfico, caracterizado por el proceso de envejecimiento de la población, que viene a clausurar además el proceso (y discurso) de la transición demográfica. Con base en el análisis demográfico tradicional, hemos podido "ver" estas nuevas tendencias en la dinámica de la población, así como diversos aspectos que nos permiten una adecuada descripción y formalización del cambio demográfico que actualmente vivimos. Sin embargo, aún carecemos de una conceptualización de este cambio demográfico a la luz de las transformaciones sociales de nuestra época. Seguimos "leyendo" el cambio demográfico desde las matrices discursivas y comprensivas de la modernización.

Sin embargo, no hemos considerado suficientemente el hecho de que junto a los cambios sociales de la época actual, se ha dado una profunda crisis y desencanto respecto a los paradigmas teóricos y metodológicos, limitando sustancialmente su capacidad para dar cuenta de dichos cambios sociales. En este sentido, y nuevamente pensando en función de la Demografía, el desafío no sólo consiste en la descripción de los cambios demográficos, sino fundamentalmente en la forma como el presente reconfigura los marcos de significación de las categorías y teorías que hemos usado y desarrollado para entender la sociedad y la población. En otras palabras, el envejecimiento de la población, no sólo se refiere a un cambio en la dinámica y estructuras demográficas, sino también, y fundamentalmente, a un cambio en el sentido y significados sociales de dicha dinámica y estructuras.[3]

En la época actual el pensamiento "tradicional" se torna ineficaz para entender y actuar en el presente. No sólo porque se reduce a la mera descripción y formalización del cambio de la dinámica demográfica (de la transición demográfica al proceso de envejecimiento, por ejemplo), sino porque ese pensamiento no deja de estar prefigurado, encapsulado en un pasado, y por sobre todo, en

3. Un desarrollo más acabado y completo de esta tesis se encuentra en: Alejandro Canales (2001) "La población en la era de la información. De la transición demográfica al proceso de envejecimiento", en *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 48. México, DF: El Colegio de México, pp. 485-518.

una forma de entender el mundo que ha quedado atrás, que no logra dar cuenta del presente y sus complejidades. De allí, la necesidad de pensar el presente como un cambio de época, y las exigencias que ello plantea para el pensamiento social y demográfico. En síntesis, pensar los cambios en la dinámica de la población en términos de un cambio de época, exige repensar las categorías y teorías que en el pasado hemos usado para el entendimiento de la población.

3. Una tercera reflexión se refiere a la dimensión histórica de los procesos sociales y demográficos, punto sobre el cual el texto de Hugo Zemelman llama especialmente la atención. En este sentido, mi reflexión se refiere a que es necesario precisar que la incorporación de lo histórico puede entenderse en dos sentidos, al menos:

- *La historia como proceso.* Visión longitudinal, diacronía de los procesos, sus herencias e historias particulares, etc. Es algo que se ha desarrollado, e implica pensar en los distintos tiempos y temporalidades de los diferentes procesos sociales que se articulan en cada momento histórico. En demografía esta visión longitudinal ha sido fundamental para diseñar las técnicas del análisis demográfico. Sin embargo, en ellas predomina una visión lineal del tiempo, que a veces confunde la medición del tiempo (años-edades) con su incorporación como ámbito de mediación. El tiempo en demografía suele tener un uso como unidad de control, que permite evitar no pocas falacias y errores en el análisis de los procesos demográficos. Sin embargo, lo que se pretendería es pensar no en un tiempo en el cual transcurren los eventos, sino en cómo estos eventos construyen los tiempos individuales, familiares, poblacionales y sociales. En este sentido, el desafío no es sólo de una correcta medición de los distintos tiempos, sino de su articulación en cada evento demográfico. El supuesto subyacente es que cada evento demográfico es expresión de una diversidad de tiempos, esto es que, como proceso social, la dinámica demográfica implica la conjunción y articulación de procesos con diferentes temporalidades, con distintos ritmos y secuencias.
- *La historia como presente.* El conocimiento de procesos sociales no es ajeno al momento histórico desde el cual se conocen dichos procesos. En este sentido, se trata de pensar el presente como ámbito de *mediación*. Se trata de incorporar no sólo el pasado de los procesos sino, por sobre ello, el presente en un doble sentido. Por un lado, como condicionante del proceso en sí, y por otro, como marco de estructuración de un pensamiento sobre sí mismo (*reflexividad)*. De aquí se deriva una especificidad del concepto de autorreflexión, como exigencia para el investigador: no apartarse de las coordenadas de su tiempo pero, también, no asumirlas como neutras, sino como generadoras de su conocimiento. Por lo mismo, el sujeto que investiga no es ajeno a su tiempo, a la coyuntura desde la cual investiga y, por tanto, a las preguntas de cada tiempo y de cada coyuntura. Muchas veces creemos descubrir nuevos procesos, cuando sólo se trata de nuevas miradas de un mismo proceso.

4. Una cuarta reflexión surge del señalamiento que hace el autor, en términos de que en las ciencias sociales el problema no radica sólo en la naturaleza de su "objeto", en la naturaleza del conocimiento sino, por sobre ello, en la naturaleza del propio sujeto cognoscente y de su relación con el objeto de su conocimiento. Esta tesis conlleva importantes derivaciones éticas y políticas, además de las epistémicas que, en cierta forma, se desarrollan a lo largo del texto. En particular, la importancia del sujeto no es sólo en función de sus coordenadas espacio-temporales, de su posición en la sociedad, de su mirada de la sociedad, sino también de su compromiso con el futuro.

Sobre este aspecto, el autor señala en el texto que la ausencia de una mirada al futuro, de un compromiso con él, hace que se asuma implícitamente el compromiso de quienes poseen el poder dentro de la investigación científica. No hay ausencia de compromiso con el futuro, lo que hay es falta de conciencia de ese compromiso. Si eso es así, entonces cabe preguntarse por las implicaciones éticas, políticas y epistémicas que tendría esta ausencia de "compromiso". Esto parece especialmente válido plantearlo para el caso de la investigación demográfica.

En efecto, en el caso de la demografía constantemente estamos siendo presionados por parte de instituciones oficiales, privadas y de todo tipo para elaborar tendencias prospectivas de la población. En este sentido, no puede negarse que en el caso de la demografía el futuro está siempre presente. En no pocos casos, las mismas proyecciones de población han permitido legitimar y consolidar la investigación demográfica. Sin embargo, la incorporación del futuro en procesos de investigación de ese tipo, nunca es como un campo de *mediación* para el análisis del presente, tampoco como su condicionante, ni menos como horizonte de opciones. En estos casos, el futuro importa sólo como mera proyección de condiciones existentes en el presente. No obstante, ese futuro proyectado permite diseñar no sólo alternativas de acción política concreta *en* el presente, sino que también permite configurar un discurso demográfico predominante, no cuestionado, desde el cual se construye una problemática demográfica. O, lo que es lo mismo, el futuro proyectado demográficamente es sólo un instrumento para validar y legitimar un discurso demográfico *en* el presente y una estrategia de acción política también en los tiempos del presente.

Así pasó, por ejemplo, con la llamada "explosión demográfica", la que con base en las proyecciones demográficas terminó constituyéndose en un horizonte de futuro ante el cual se exigía una política demográfica urgente, esto es, una línea de acción en el presente. Hoy día vemos algo similar respecto al uso de las proyecciones demográficas como un medio de legitimación de una nueva problemática poblacional: el proceso de envejecimiento demográfico. No se trata de negar la validez de estas técnicas de análisis demográfico, sino de enfatizar que su construcción y uso suele hacerse desde una perspectiva lineal que considera al presente como algo dado, no cuestionado ni cuestionable y que, por lo

mismo, la posición del investigador respecto a ese presente no es incorporada en el proceso de investigación.

En otras palabras, el papel del demógrafo se reduce a un profesional que desarrolla un oficio, que sabe aplicar ciertas técnicas y métodos estadísticos y matemáticos para proyectar tendencias actuales. Pero no hay una exigencia para el demógrafo, ni para la demografía, de pensar el futuro, o al menos ese futuro que se proyecta. El futuro, si existe en la demografía, es construido como "riesgo" en su doble acepción, de *peligrosidad* y de probabilidad. El futuro es el tiempo dónde los límites del presente son sobrepasados (los propios modelos de simulación son diseñados para elaborar esos sobrepasamientos). Por lo mismo, define un horizonte de riesgo, ante lo cual se exige una acción política de prevención del peligro, y de reducción de sus posibilidades. Se trata de un concepto lineal de riesgo, no de un riesgo reflexivo, esto es, generado por la propia sociedad, como tampoco se plantea una reflexión del presente a partir de ese futuro proyectado. El ejercicio de las proyecciones no se hace para repensar el presente, para cuestionar y reflexionar las categorías de entendimiento y acción sobre este presente. En ese sentido, tampoco es reflexivo (menos autorreflexivo).

El futuro incluido en las proyecciones demográficas no exige un compromiso con él; antes bien, este futuro proyectado señala las necesidades de acción política para mantener en el futuro el pensamiento del presente sobre sí mismo. Por lo mismo, el estudio prospectivo (las proyecciones) no es con base en un compromiso con el futuro, sino sólo la aplicación de modelos que simulan las tendencias actuales en un futuro hipotético y abstracto, con base en un proceso lineal, no reflexivo. En todo caso, el compromiso es con el presente y, por sobre todo, con la forma dominante de pensar el presente (la idea del presente como mediación es evidente en este aspecto). En este sentido, ninguna proyección es neutra, pues todas se construyen desde un presente, desde una posición en ese presente, ya sea que esté explícita o no. Asimismo, el objetivo de todo análisis prospectivo no es determinar destinos sociales o demográficos, sino legitimar determinadas líneas de acción política *en* el presente.

5. Un quinto punto de reflexión se refiere al continuo divorcio entre la práctica de investigación y los discursos filosóficos y epistemológicos, práctica que suele ser recurrente en la investigación demográfica tradicional. De hecho, en no pocos casos, no sólo se da este divorcio, sino que suele enaltecerse esta separación. Tal pareciera que lo fundamental fuera el desarrollo de las técnicas y la aplicación de tecnologías por sobre el proceso de pensamiento y reflexión de la misma investigación demográfica. En este marco, la riqueza técnico-metodológica contrasta con la pobreza teórica y conceptual. Hay mucho análisis, pero poca reflexión. Hay una amplia capacidad de trabajo técnico, de apropiación de objetos, pero no de construcción de ellos.

En los últimos lustros, sin embargo, ha habido diversos intentos de sobrepasar esta limitante. Son investigaciones que desde la multidisciplina se enfocan

hacia nuevas problemáticas, y nuevos enfoques y perspectivas para el entendimiento de la población. Es el caso de estudios sobre sexualidad, salud reproductiva, familia, género, entre otros. Pero también hay que señalar que, en general, no suele reconocérseles como estudios demográficos propiamente tales. Aún no gozan de plenos derechos en el mundo de los demógrafos. Lo más grave de esta situación es que esta posición se les asigna básicamente porque no se basan en lo que tradicionalmente ha dado el sello de identidad disciplinaria a la demografía: la fuerza técnico-metodológica del análisis demográfico. Esto es especialmente válido cuando se revisan los *curricula* de los programas de estudio. Allí, lo que no es cuantitativo, suele relegarse a planos subordinados y secundarios, confundiéndose en no pocos casos los estudios cualitativos con el análisis teórico y la reflexión epistemológica.

6. Asimismo, en el texto que se comenta se habla también de las mediaciones del movimiento, en particular, de la *transitividad* de cada fenómeno social. Sobre este punto sería interesante señalar las especificidades que ello pudiera tener para el pensamiento demográfico. El concepto de transición demográfica, por ejemplo, plantea la idea de un movimiento pero que, sin embargo, no considera su reflexividad. El concepto es aplicado y construido desde visiones lineales del movimiento. Así por ejemplo, el concepto de transitividad usado por el autor trasladado para el entendimiento de la transición demográfica, aludiría no sólo al tránsito de una dinámica demográfica a otra, de un régimen de población a otro, sino también plantearía la exigencia de pensar dicho tránsito en términos de sus significados, esto es, de los significados en cada sociedad y en cada tiempo, de cada régimen demográfico. Esta exigencia de reflexividad en el uso del término de transición, no es retomada en el discurso demográfico. De acuerdo con ese discurso, la dinámica de la población transita de un estado a otro (de lo tradicional a lo moderno), pero en ningún momento se plantea que este tránsito exige repensar las categorías de entendimiento de dicha transición, así como de los usos y significados de las categorías demográficas. No hay reflexividad, en la medida que la transición demográfica no implica un cuestionamiento de sí misma ni de sus significados. No hay una transitividad de significaciones.

Así por ejemplo, el envejecimiento demográfico es visto como una consecuencia de la transición demográfica, pero en ningún caso como el surgimiento de nuevos contextos de significación de lo demográfico y, por tanto, como una exigencia de repensar los términos en los cuales entendíamos dicha transición demográfica, esto es, los términos históricos, conceptuales y epistémicos. El movimiento de la población que se señala en la transición demográfica, es un movimiento abstracto, sólo analítico. Las referencias temporales e históricas sólo se incluyen como especificaciones empíricas de cada transición, pero en ningún caso como referencia del concepto mismo de transición.

Más recientemente ha surgido en demografía un nuevo enfoque que implica pensar y entender los cambios demográficos (individuales, familiares, etc.), en

términos de sus *transiciones*. Así por ejemplo, se habla de la transición de joven a adulto, de soltero a casado, de económicamente inactivo a activo, entre otras. En este caso, el concepto de transición permitiría aprehender la complejidad del movimiento sólo en la medida que no se reduzca a un mero análisis y descripción del cambio de una situación a otra, de un estado a otro. Ello será posible sólo en la medida que este enfoque de las transiciones de los individuos y los grupos sociales, retome el cambio demográfico como un proceso social complejo, retomando y articulando los distintos niveles y dimensiones de la acción social y demográfica. Una perspectiva de este tipo exige pensar en los contextos en que se dan las transiciones y, en especial, en cómo la misma transición reconstruye dichos contextos.

Así por ejemplo, la transición de soltero a unido no implica sólo un cambio en el estado marital de los dos individuos involucrados, sino que es necesario recuperar el contexto histórico, cultural, económico, etc., en que dicho cambio se da. Asimismo, es necesario pensar en los múltiples significados que ese cambio pueda tener para los sujetos involucrados, así como para el resto de los individuos y la sociedad como un todo. En este sentido, el pensar en términos de transiciones, debe permitir el pensar en términos de su transitividad y reflexividad. El cambio no es sólo en el estado marital de los individuos involucrados, sino que es también una transformación de sí mismos.

7. Finalmente, cabe señalar que las exigencias epistemológicas que se señalan en el texto (expresadas en el dilema "saber hacer" contra "saber pensar", o en la incorporación del presente como mediación, o el tema de la transitividad, entre otros aspectos) van más allá del tradicional debate entre los "estudios de población" y el "análisis demográfico", el primero asociado más a una visión sociológica de la demografía, y el segundo más a una visión técnico-metodológica. Sin duda esta diferenciación permitió avanzar en el debate y la reflexión durante varios años, especialmente en el pensamiento latinoamericano. Sin embargo, lo que se expone en el texto implica una reflexión aún más profunda que involucra a ambas posiciones de este debate. Dicho en otras palabras, las exigencias epistémicas que se señalan en el texto no se restringen a señalar las deficiencias del análisis demográfico, sino también de los llamados "estudios de población". Vaya esto también como una aclaración para evitar malos entendidos por parte de algunos posibles lectores.

10
Reflexiones a partir de los comentarios recibidos de Alejandro I. Canales

HUGO ZEMELMAN

Uno de los problemas del conocimiento social actual, quizás oculto en el trasfondo de sus dispositivos conceptuales y técnicos, es su penumbrosa relación con los metadiscursos que buscan definir los grandes ángulos filosófico-epistémicos del razonamiento científico. Ello no quiere decir que no exista una vinculación, sino que ésta se ha hecho más ambigua.

Creo que lo más destacable de la forma de pensar científicamente es la fuerte gravitación de la función operativa sobre las estructuras discursivas debido a la presencia de la exigencia de empiricidad en sus diferentes modalidades. En este sentido, se puede apreciar la gran dificultad para hacerse presente en el marco de una cientificidad fuertemente positivista, aunque soslayada, de metadiscursos que no se ajustan fácilmente a esas exigencias. Lo que ha llevado a dejarlos de lado, o bien a hacer de ellos traducciones inadecuadas (por ejemplo, tratar de adecuar la metodología inspirada en el marxismo a los esquemas de un texto como el de Nagel). Es el caso de otras propuestas, como el historicismo alemán y la fenomenología, cada una con sus diferentes variantes.

La importancia que tiene establecer esta relación, además reside en la circunstancia de que en estos metadiscursos se busca resolver el modo de relación con el momento histórico desde el que se produce conocimiento; de ahí su carácter con frecuencia globalista y abstracto, así como la complejidad de niveles de racionalidad que en ellos se pueden distinguir, lo que permite trascender los marcos de un positivismo, a veces, ramplón.

Ubicación en el momento que es fundamental, que proporciona lo que llamaremos "visión de contornos", como la base desde la que se plantea la necesidad de conocimientos particulares; contornos que cumplen la función de

anticipar las posibilidades de darse lo dado y lo conocido. Corresponden a las grandes preguntas filosófico-epistemológicas que forman los primeros síntomas de una "época" que, como tales, deben tomarse en cuenta para su recuperación en el terreno de problemas posibles de estudiarse.

A este respecto, no es casual que durante un gran trecho de la historia de las humanidades, la ciencia se haya enriquecido del desarrollo de la filosofía; en cambio, hoy esa relación se encuentra rota, determinando una separación del conocimiento científico del pensar filosófico, o simplemente especulativo, lo que conlleva el riesgo, ya bastante visible, de ir encerrando a la ciencia en simples tecnologías sin pensamiento, como hace tiempo lo advirtiera Husserl.

En el caso de las ciencias sociales, lo que decimos es todavía más grave, pues lleva a construir un conocimiento carente, muchas veces, de perspectivas, al perderse en el detalle del hecho (aparentemente apropiado con todo rigor), pero sin claridad acerca de su significación, en razón de que el conocimiento se construye sin preocupación por el momento histórico en que se ubica. Y cuando éste es considerado, se transforma en un objeto en sí en vez de cumplir la función de ángulo desde el que se organiza el pensamiento; un objeto que fácilmente se transforma en contenido de un discurso ideológico.

En lo dicho se contienen cuestiones epistémico-filosóficas que hay que abordar y resolver antes de pasar a las cuestiones epistémico-metodológicas o, peor todavía, a las metodológico-operativas. Pero que, además, supone corregir las políticas de formación de los científicos sociales, de manera de procurar que ésta no descuide una formación cultural amplia y sólida, que ha sido sacrificada en beneficio de un entrenamiento técnico-instrumental y mecánico. Sin esa formación, difícilmente se puede lograr crear un científico con autonomía de pensamiento, como ya ha quedado de manifiesto en muchas disciplinas.

La consecuencia práctica de lo que decimos se encuentra en que ningún problema, digno de investigación, puede construirse restringiendo su significación a las preferencias apriorísticas del investigador y, en consecuencia, subjetivista y arbitraria, sino ubicándolo en un contexto que escapa a las posibilidades de los simples diseños técnicos. Es una cuestión de pensamiento, no de simple ejecución de programas o de opciones metódicas, lo que obliga a no mimetizarse con la realidad que se observa para rápidamente reducirla a objeto, según las preferencias bibliográficas o técnicas de cada quien. Más bien hay que hacer el esfuerzo de colocarse ante ella, lo que no es un acto simplemente lógico, sino epistémico, en forma de reconocer (que no es lo mismo que conocer) el contexto en que está ubicado el problema. Es la enseñanza de los clásicos del pensamiento social por sobre sus propias teorizaciones o propuestas metodológicas. Este "ante" que supone pensar en los cambios de época.

Lo anterior exige construir un conocimiento desde lo incierto, pero también desde valores que garanticen posturas de desafío frente a los parámetros dominantes. Desafío que principalmente consiste en incorporar lo nuevo en el

análisis de los fenómenos histórico-sociales lo que, básicamente, expresa su especificidad; aunque también la dimensión de que su construcción desde esta especificidad permita desarrollar la capacidad de intervención para activar procesos en una u otra dirección. El contexto determina estas especificidades históricas. Por ello el concepto de época permite un distanciamiento indispensable para recuperar el sentido del conocimiento, como es dar cuenta de lo posible de ser activado por el hombre a través de sus múltiples prácticas, cuando a éste se le comprende en su mayor concreción histórica (que no se puede confundir con lo contingente o con lo particular).

Pero, este sentido del conocimiento puede quedar subordinado a las exigencias derivadas de la acumulación, por lo que puede implicar una separación del conocimiento respecto del sujeto, en cuanto ocultar a éste un despliegue de opciones diferentes. El hombre no es solamente lo que puede ser sino lo que descubre en sí como perteneciente a una época. Puede ser la continuidad en lo nuevo, lo nuevo que nos envuelve para volver a conectarnos con la totalidad (o enteridad, como diría Maffesoli).

La cuestión de fondo que se desprende de este planteamiento en torno de la época, o de la ubicación histórica, es que nos obliga a distinguir entre dos momentos en el proceso de construcción del conocimiento; un primer momento, que es propio del acto de pensar el tema particular desde la exigencia de su contexto, que llamamos colocación ante la realidad, que es donde destaca la genialidad de los clásicos, desde Marx hasta Simmel. Y un segundo momento, propiamente el de la apropiación de la realidad, a partir de la construcción del problema que puede, como tal, dar lugar a distintos objetos analíticos de investigación.

Nos ubicamos ante requerimientos fundamentales como son entender la especificidad histórica del problema, y de otra, a partir de esa comprensión construir un conocimiento que sirva para apoyar el desenvolvimiento de la capacidad del hombre para activar la realidad. Formulación en la que subyace el planteamiento de que cualquier fenómeno, al estar inserto en un momento histórico, refleja una necesidad que no se agota en ningún fenómeno particular, por lo tanto que no se puede restringir a un simple cálculo de probabilidades; ni tampoco a una reflexión sobre los efectos posibles de determinadas causas.

El fenómeno, más bien, queda enmarcado en un campo de potenciación que, por esa circunstancia, conjuga la necesidad histórica de darse con la activación por el hombre. En cualquiera de las disciplinas, la realidad social no se limita simplemente a la configuración de objetos estructurados, sino que constituye ámbitos de sentidos posibles para el desenvolvimiento del sujeto. De ahí la importancia de la exigencia de presente en el recorte metodológico; pues, de lo contrario, la realidad estudiada será siempre una externalidad en la que se pierde la función del conocimiento social como instrumento para enriquecer la vida y prácticas del hombre. En este marco procede plantearse el problema de la causa.

La causa puede ser la expresión de relaciones entre factores que se contienen definidos por la propia acumulación de conocimiento, pero que no necesariamente reflejan el cambio de significaciones como resultado de sus especificidades históricas. De esta manera, permite que se pueda hablar de universalidades de contenidos posibles pero deshistorizadas; por ello el contexto debe predominar sobre la causa en forma de problematizar históricamente la relación causal o de determinación; problematización que implica analizar estas relaciones desde el complejo de relaciones que el fenómeno particular establece con otros fenómenos de la misma o de distinta pertenencia disciplinaria.

Esta constelación de relaciones especifica a las relaciones de determinación, de manera que no se pueda extrapolar acerca del comportamiento futuro del fenómeno a partir de sus relaciones de determinación particulares, pero aisladas de su contexto.

Desde este cruce en las relaciones entre los fenómenos, se puede constatar la complejidad en las relaciones de determinación, en cuanto a abrirse a campos de posibilidades históricas; por ello se pueden reconocer las posibilidades de potenciación, o de construcción, por lo que el concepto de causa, o de determinación, deviene en lo que es potenciable por la capacidad de potenciación de los sujetos.

También queda claro, de esta argumentación, que los fenómenos nunca están totalmente determinados, en la medida que las determinaciones están insertas en un complejo de relaciones que hacen a la especificidad de aquellas pudiendo abrirse en distintas direcciones; lo que es parte de las correspondientes discontinuidades y continuidades de los fenómenos y de sus respectivas relaciones.

Detrás del planteamiento de lo potenciable-potenciador se encuentra una concepción de la realidad como construcción en movimiento y que en plano formal del razonamiento determina como su rasgo predominante el carácter transitivo de los contenidos sobre su descripción como contenidos cristalizados en objetos: ello nos enfrenta a tener que concebir al conocimiento desde el ángulo del movimiento de los propios límites conceptuales, para que las "certezas" reclamen su propia transformación, en función de la necesidad de acción de los sujetos según sus opciones.

De manera concomitante al esfuerzo por construir conocimiento, surge la necesidad de tener claro a qué necesidades del sujeto responde, en forma de enriquecerlo con ese ámbito de necesidades que configuran el lugar del sujeto. Se requiere por parte de los científicos sociales una autorreflexión, no en la acepción psicológica de reflexividad, sino en el sentido de reconocer las condiciones en que surge el pensamiento orientado a la construcción de conocimiento, ya sea atendiendo a sus límites como a sus posibilidades, de modo de no quedar atrapado en los cánones que caracterizan al conocimiento acumulado. Es también una manifestación de cómo el sujeto se siente parte de una época.

Para ello se requiere de más pensamiento que complemente equilibrando la eficacia instrumental de los métodos (lo que decimos se acerca, pero a gran distancia todavía, de aquello que hace un literato o un artista de reflejar todo el contorno de un momento histórico en la singularidad de su creación).

En esta dirección debemos advertir sobre el desequilibrio que puede apreciarse hoy día entre el *saber pensar* y el *saber hacer*. Saber pensar que nos impulsa a reconocer los límites en lo posible, no en lo ya resuelto, desequilibrio del hacer sobre el pensar que muestra una de las deformaciones contextuales que el actual desarrollo histórico de la sociedad inflinge sobre el modo de conocer. Y que obliga para superarla recuperar al conocimiento como espacio desde donde se pueda reconocer un lugar al sujeto, abierto a múltiples posibilidades de construcción y que se corresponde con la necesidad de ir más allá de los parámetros que rigen a la realidad inmediata bajo el imperativo de su apropiación como "externalidad morfológica", por medio de objetos particulares.

No obstante, antes que esto se debe respaldar el esfuerzo por potenciar la necesidad y la capacidad del hombre para colocarse ante las circunstancias del momento, en vez de limitarse a la formulación de proposiciones con contenidos operacionales.

Sobre los autores

ALEJANDRO I. CANALES
Director del Centro de Estudios de Población e Investigador del Departamento de Estudios Regionales-INESER, de la Universidad de Guadalajara. Correo electrónico: cca00790@cucea.udg.mx

FERNANDO CORTÉS CÁCERES
Profesor-investigador del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. Correo electrónico: fcortes@colmex.mx

ROCÍO GUADARRAMA
Profesora-investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Correo electrónico: utopia2001@prodigy.net.mx

JOSÉ MIGUEL GUZMÁN
Investigador del Centro Latinoamericano y del Caribe de Demografía (CELADE), División de Población, de la Comisión Económica para América Latina y El Caribe (CEPAL). Correo electrónico: jmguzman@eclac.cl

SUSANA LERNER SIGAL
Profesora-investigadora del Centro de Estudios Demográficos de El Colegio de México. Correo electrónico: slerner@colmex.mx

VANIA SALLES
Profesora-investigadora del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. Directora de la revista *Estudios Sociológicos*.
Correo electrónico: vsalles@colmex.mx

IVONNE SZASZ PIANTA
Profesora-investigadora del Centro de Estudios Demográficos de El Colegio de México. Correo electrónico: izas@colmex.mx

HUGO ZEMELMAN MERINO
Profesor-investigador del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. Correo electrónico: hzemel@colmex.mx

Desafíos teórico-metodológicos en los estudios de población en el inicio del milenio
se terminó de imprimir en octubre de 2003
en los talleres de Ediciones de la Noche.
Guadalajara, Jalisco.
El tiraje fue de 1,000 ejemplares.

Las reflexiones y debates teóricos y metodológicos en torno a la cuestión poblacional han representado una preocupación central para los investigadores interesados en los campos de la Demografía y de los Estudios de Población. Testimonio de lo anterior ha sido la trayectoria en el quehacer sociodemográfico en Latinoamérica, iniciada en la década de los años sesenta del siglo XX, y que en su momento llegó a representar una lógica y pensamiento propios y alternativos a las posiciones hegemónicas, con miras al análisis y comprensión de la dinámica demográfica a la luz de las especificidades de los procesos de desarrollo que caracterizaban a las sociedades latinoamericanas.

Los textos que forman parte de esta obra colectiva responden a estas inquietudes y se entroncan en esta trayectoria del pensamiento sociodemográfico latinoamericano, a la vez que introducen, una vez más, planteamientos y acercamientos distintos, novedosos y no exentos de incertidumbres sobre el significado de los procesos de cambio social y demográfico en las sociedades contemporáneas y, en particular, la forma de abordar las relaciones entre población y desarrollo en la actualidad.

Los textos reunidos en este libro corresponden a una selección de los trabajos presentados en la sesión "Balance y perspectivas de la demografía nacional ante el nuevo milenio" de la VI Reunión Nacional de Investigación Demográfica, organizada por la Sociedad Mexicana de Demografía (Somede), que se celebró en El Colegio de México del 31 de julio al 4 de agosto de 2000. Con la publicación de estos trabajos (que ni agotan ni representan en su totalidad el amplio abanico de cuestiones fundamentales que requieren ser abordadas desde la demografía), buscamos no sólo recuperar la discusión de problemas significativos, sino sobre todo ofrecer una agenda para continuar la reflexión sistemática en este campo.

EL COLEGIO DE MÉXICO
Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano
Programa de Salud Reproductiva y Sociedad
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Departamento de Estudios Regionales-INESER
Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas
SOCIEDAD MEXICANA DE DEMOGRAFÍA

ISBN 970-27-0404-9